This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

BUHR A

a39015 01814569 1b

PROPERTY OF
University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

FRANCISCO BALLESTER

MONOGRAFÍAS ESPAÑOLAS.

FRANCISCO BALLESTER

MONOGRAFÍAS ESPAÑOLAS.

RAMILLETE

DE

GLORIAS NACIONALES

POR

D. RAMON CAMPUZANO Y GONZALEZ.

FRANCISCO BALLESTER

MADRID.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.

1874.

DP
66
.C18

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

576331-613

PRÓLOGO.

El reunir en un solo y no difuso volúmen la relacion de aquellos hechos gloriosos que se destacan más principalmente en los anales pátrios, simbolizándolos y patentizando las grandes condiciones de carácter que adornaban el de nuestros mayores, tarea es, no solo útil, por cuanto contribuye á propagar el conocimiento de la historia nacional, sino que tiene mucho de patriótico, puesto que estimula en los vivos el deseo de imitar los altos ejemplos que les dejaron los que, lejos de morir al descender al sepulcro, viven hoy en nuestra memoria, como continuarán viviendo en la de las futuras generaciones.

Gastado el corazon, no tanto por el trascurso de los cansados años, como por el contagioso excepticismo del siglo, sentimos, sin embargo, que late con mayor energía al recordar el heróico sacrificio de Sagunto y de Numancia; la fé que guió á nuestros padres al recogerse en las asperezas de Astúrias y de Sobrarve para emprender la lenta y difícil obra de restaurar la pátria; el entusiasmo religioso y caballeresco con que despues de haber quebrantado el poder de la media luna en Calatañazor, las Na-

vas y el Salado, acabaron de destruirlo en Lepanto, y á la par que se coronaban en Europa con los laureles de Cerinola y de Pavía, iban á buscar otros nuevos en Otumba, despues de haber desafiado el poder del Atlántico, arrancando á su celosa vigilancia acaso la parte más espléndida de la creacion divina.

Hoy más que nunca es preciso procurar que nuestra juventud se empape en el conocimiento de esos hechos, que siempre encuentran eco en un corazon vírgen todavía de bastardas pasiones, y que marcan en él profunda huella que tarde desaparece. Hoy, que tantos ejemplos se nos ofrecen de mezquino egoismo, necesitamos refrescar el recuerdo del pasmoso sacrificio que valió á Guzman el dictado de *El Bueno*; hoy, que apenas alienta entre nosotros el amor á la pátria, es indispensable vigorizarlo haciendo familiares á nuestros hijos episodios como los de Daoiz y Velarde, como los de Zaragoza y Gerona, que prefirieron sepultarse entre las ruinas de sus edificios antes que franquear al extranjero el sagrado recinto.

Dios quiera que produzca el fruto que apetezco este pequeño trabajo, que no tiene pretensiones de figurar en la biblioteca del literato, sino de ser manoseado por la juventud en los campos y en las ciudades.

MONOGRAFÍAS ESPAÑOLAS.

RUINA DE SAGUNTO.

El primer hecho histórico de reconocida nombradía que mencionan los anales de nuestra pátria, es el de la terrible catástrofe que, inmortalizando la memoria de Sagunto, viene admirándose hace más de veinte siglos como pasmoso ejemplo de constancia, como muestra del indomable y fiero patriotismo que alentaba en los corazones de los primitivos españoles, y que todavía impulsó ayer á nuestros padres á desafiar altivos el poder y la cólera del vencedor de Europa.

España fué poblada primero por los iberos, que la legaron su nombre, y despues por los celtas. Estos se establecieron en las partes septentrional y occidental; aquellos lo hicieron en las de Oriente y Mediodia; y viniendo unos y otros á mezclarse en la central, dieron orígen á la nacion *celtíbera*.

No mucho despues aportaron á nuestras costas los fenicios, á quienes deben su fundacion Cádiz, Málaga, Sevilla, Córdoba y otras varias ciudades. Dedicados al comercio, y mucho más ilustrados que los iberos y los celtas, nos trajeron la civilizacion, llevándose en cambio inmensas riquezas, pues el oro y la plata abundaban entonces en nuestro suelo hasta tal punto, que tendriamos por fabuloso cuanto sobre este particular nos refieren los historiadores

griegos y romanos, á no abonarlo la uniformidad de sus relaciones. Tras los fenicios vinieron los rodios, los focenses, los samios y otros pueblos de Grecia.

La llegada de los cartagineses no tuvo lugar sino quinientos años antes de la Era cristiana, motivándola el haber implorado su auxilio los fenicios para defender á Cádiz, fuertemente combatida por los naturales. Era Cartago una colonia de los mismos fenicios, establecida en la costa de Africa muy cerca de la moderna Túnez, y se habia hecho poderosa con el comercio y por las armas.

Acudieron los cartagineses al llamamiento, pero no respetando la comunidad de orígen, posesionáronse de la ciudad, y despues de asegurar su conquista empezaron á extender su dominacion por el litoral del Mediterráneo, fundando factorías de comercio, que muy luego se trocaban en plazas fortificadas.

Habia encontrado Cartago una rival temible en la ambiciosa Roma, y ambas repúblicas se disputaban con las armas la posesion de Sicilia. Arrojados de esta isla los cartagineses, trataron de compensar su pérdida con la conquista de España, y á este fin levantaron un poderoso ejército, que pusieron á cargo de Amílcar Barca, uno de sus más experimentados capitanes.

Fueron sus operaciones tan activas que, infundiendo temor en muchos pueblos, algunos, y entre ellos Sagunto, trataron de asegurar su libertad buscando la alianza de Roma. Valióles por lo pronto este recurso, y Amílcar, respetando á los aliados de la rival de su pátria, dirigió sus armas hácia otros puntos, fundó á Barcelona y vino á perecer en una batalla, dejando aun de pocos años á su hijo el famoso Aníbal.

Nombró Cartago por sucesor de Amílcar á su yerno Asdrúbal, que, despues de fundar á Cartagena, fué asesinado

por un esclavo de cierto noble celtíbero, á quien el cartaginés habia hecho morir crucificado.

Ya por entonces se hallaba Aníbal en la flor de la juventud, y su ánimo arrogante, su serenidad en los peligros, su prudencia y sabiduría en los consejos, el valor en la ejecucion, su ódio á Roma y el conocimiento que tenia de las cosas de España le valieron el ser elegido para suceder á Asdrúbal.

Las operaciones militares recibieron con su llegada un vigor desacostumbrado. Vencidos los olcades, los carpetanos y los arevacos, Aníbal se valió de un ligero pretexto para presentarse enfrente de Sagunto, resuelto á no respetar á los aliados de Roma. En vano envió esta una embajada al general cartaginés exigiendo el cumplimiento de los tratados que amparaban la libertad de Sagunto, pues lejos de cejar de su propósito, bien provisto de las máquinas é ingenios de guerra entonces conocidos, empezó los ataques á la cabeza de un ejército, que algunos suponen hasta de ciento cincuenta mil combatientes.

Defendiéronse los saguntinos con valor asombroso, aunque se veian abandonados por Roma, que limitaba su proteccion á enviar al Senado cartaginés embajadas inútiles.

Los muros se hundian al impulso de los arietes y de las catapultas, pero tropezaba el enemigo con otras defensas interiores, ó hallábase detenido por el fuerte brazo de los valerosos ciudadanos, que á su vez le molestaban con rebatos y contínuas salidas, abriendo en sus filas ancha y sangrientísima brecha. En uno de aquellos combates recibió Aníbal una peligrosa herida en un muslo, pero apenas restablecido, redobló con más furia los ataques.

Una inmensa torre de madera que dominaba los muros hacia dificilísima la defensa; y derribados al fin aquellos por el poder de las máquinas, se vieron precisados los sa-

guntinos á parapetarse entre sus escombros y luego en el interior de la ciudad. Nada era bastante á domar la entereza de tan heróicos españoles, aunque sus cuerpos se hallaban enflaquecidos por los rigores del hambre.

Era imposible prolongar tan triste situacion, por lo que Alcon y Alorco, sin conocimiento de sus compatriotas, quisieron tentar el medio de salvarlos entablando pláticas de paz con el general enemigo. Pero fueron tan duras las condiciones que impuso, que los saguntinos rehusaron aceptarlas, prefiriendo perecer con las armas en la mano antes que suscribir la pérdida de su independencia. Al efecto, despues de preparar en la plaza pública una inmensa hoguera, donde acumularon todas las riquezas que poseian, hicieron una terrible salida contra los sitiadores, y viéndose rechazados, prendiendo fuego á la hoguera, se arrojaron en sus llamas con sus mujeres é hijos, mientras que otros se atravesaban con sus propias espadas.

Así pereció Sagunto á los ocho meses de sitio el año 534 de la fundacion de Roma y 219 antes de J. C.

DESTRUCCION DE NUMANCIA.

El abandono en que dejó Roma á los saguntinos fué fatal á su influencia en España y no la libró de empuñar las armas contra Cartago, arrastrándola á ello la indignacion pública, excitada al más alto punto al recibirse la noticia de la ruina de tan fiel aliada.

Aníbal, que se hallaba convenientemente preparado, atravesó con una pasmosa marcha los Pirineos y los Alpes, batió en el Tesino, en Trebia, en Trasimeno y en Cannas las legiones de Roma, y fué á campar á la vista de los muros de su soberbia enemiga. Pero adormecido en las delicias de Cápua, dió lugar á que cambiase el mudable viento de la fortuna.

Comprendió el Senado romano que en ninguna parte como en España podia herir más cruelmente á su aborrecida rival, y aun en medio de tan extremo peligro no temió desprenderse para ello de dos ejércitos, que puso á cargo de los hermanos Gneo y Publio Scipion. La prudencia de estos caudillos hizo desaparecer la prevencion con que era mirada Roma desde el abandono de los saguntinos, y su pericia militar les dió los medios de vencer á los cartagineses, reduciéndolos á una situacion lamentable. Pero habiendo dividido luego sus fuerzas, fueron sucesivamente derrotados, quedando uno y otro muertos en el campo.

Del todo hubiera perecido la causa de Roma, si el jóven Lúcio Marcio no hubiese logrado rehacer algun tanto las dispersas legiones, animándolas con ligeros triunfos y dando lugar á que les llegasen numerosos refuerzos. Pero

solo las eminentes cualidades de Publio Cornelio Scipion, hijo del difunto Publio Scipion, pudieron conseguir, como fruto de brillantes victorias, el que los cartagineses fuesen arrojados definitivamente de nuestro suelo el año 205 antes de J. C.

Si las virtudes de Scipion habian llegado á cautivar la voluntad de los españoles, la insaciable codicia y la pérfida crueldad de los pretores que le sucedieron en el gobierno, avivando en aquellos su natural amor á la independencia, hicieron que apenas dejase de resonar un solo dia en los campos de la Península el fragor de las armas hasta el reinado de Augusto.

Una de las guerras más ominosas para Roma fué la que produjo en la Lusitania la inícua traicion de que se valió el pretor Galba para quitar la vida á miles de infelices, que, congregados so pretexto de una reparticion de tierras, perecieron por la espada de las legiones. Viriato, antiguo pastor, que acaudillaba á los lusitanos, se acreditó de general prudente y valeroso derrotando en repetidos encuentros á los ejércitos de la República, y obligando á la orgullosa Roma á ratificar el tratado de paz que el cónsul Serviliano, vencido y encerrado en un estrecho desfiladero, habia tenido que suscribir. Por él reconocia á Viriato como aliado y amigo; pero no pudiendo soportar mucho tiempo esta vergüenza, envió al cónsul Cepion con poderoso ejército contra el lusitano. El cónsul, desconfiando triunfar en franca lucha, apeló al puñal asesino, consiguiendo sobornar á tres miserables, que, introduciéndose en la tienda de su general, le cosieron á estocadas mientras dormia.

Aquella guerra concluyó con la muerte de Viriato, pero de sus cenizas nació otra no ménos bochornosa para Roma, y en la que rayaron todavía á mayor altura el heróico valor, la constancia y el patriotismo de los españoles.

Numancia, ciudad de los pelendones, situada muy cerca de la moderna Soria, habia ya tenido ocasion de medir sus armas con las de Roma, que acabó por respetar su independencia, reconociéndola como aliada y amiga. Pero á la antigua queja de haber dado asilo á varios ciudadanos de Segeda, auxiliares de Viriato, añadióse luego el que Numancia se negaba á entregar á la venganza de la República algunos fugitivos del ejército lusitano, que habian buscado en ella su salvacion cuando la muerte de su general. Roma exigió imperiosamente su entrega, que le fué negada, y entonces, aumentando sus pretensiones, intimó á los numantinos que rindiesen sus armas, cuya osada demanda ocasionó la guerra.

Con no más de ocho mil hombres contaba Numancia para contrarrestar las formidables legiones de la República, pero estaban mandados por Megara, varon prudente y esforzado, en cuyas manos no corria peligro el sagrado depósito del honor de la pátria.

El cónsul Quinto Pompeyo Rufo acometió con treinta mil hombres á Numancia, intentando tomarla de rebato. Al verse rechazado, se dedicó á someter los pueblos de las inmediaciones de donde pudieran llegarla socorros, y revolviendo luego sobre ella la estrechó con apretadísimo sitio. Pero burlando sus esfuerzos el valor numantino y temiendo el rigor del invierno, levantó sus reales, despues de firmar un tratado, que Roma se negó á ratificar.

Marco Popilio Lenate, sucesor de Quinto Pompeyo, fué completamente derrotado en una salida que hicieron los sitiados y le reemplazó Cayo Hostilio Mancino.

No se atrevian ya los romanos á salir de sus atrincheramientos, ni aun en ellos se consideraban seguros; así que, al solo anuncio de que acudian en auxilio de Numancia los vaccéos y los cántabros, levantó el cónsul el sitio á favor

de las tinieblas de la noche. Sabedores de ello los cercados, corrieron en persecucion de los fugitivos, logrando encerrarlos en una estrechura donde tenian que perecer ó rendirse. En tal apuro Mancino pidió humildemente la paz, que le fué concedida, garantizando el tratado, por exigirlo así los numantinos, el cuestor Tiberio Graco, de quien fiaban más que del cónsul. El ejército romano se vió obligado á entregar sus bagajes, las máquinas de guerra, las alhajas y demás objetos preciosos, quedando Numancia reconocida como ciudad libre é independiente. A este precio rescató Mancino la vida de veinte mil soldados.

Pronto tuvo motivo Numancia para arrepentirse de su generosidad. No solamente rehusó Roma su aprobacion al tratado, sino que se negó tambien á reponer las cosas en la situacion en que estaban cuando se celebró, contentándose con disponer que Mancino fuese entregado á los numantinos desnudo y atado de piés y manos. Así fué, en efecto, colocado á las puertas de la ciudad, que se negó á admitirle, no queriendo deshonrarse con vengar en tan mezquina víctima la deslealtad del Senado.

No fueron más felices que Mancino los cónsules Emilio Lepido y Lúcio Furio Philon. Ningun soldado romano se atrevia á mirar cara á cara á un numantino. En la misma Roma se apellidaba á Numancia *terror de la República*, y los ciudadanos se negaban á alistarse para servir en España.

El Senado, comprendiendo que necesitaba hacer un esfuerzo supremo, encomendó el mando del ejército al célebre Scipion Emiliano, el vencedor de Aníbal y destructor de Cartago, por cuyos triunfos habia merecido el sobrenombre de *el Africano*.

Llegó Scipion á España con numerosos refuerzos, acompañándole una escogida cohorte de quinientos caballeros

romanos. No ménos de sesenta mil hombres llegó á reunir contra una ciudad que apenas contaba ya con cinco mil defensores. A pesar de disponer de tantas fuerzas, el general romano, justo apreciador de las virtudes guerreras de sus contrarios, no quiso fiar el éxito de su empresa á los ciegos caprichos de la fortuna, y resolvió rendir por el hambre á los que no podia domar con la espada.

A este fin fortificó cuidadosamente su campo, cercó á Numancia con fosos, vallados y obras de todo género que impidiesen la entrada de socorros, y desentendiéndose de las provocaciones de los numantinos, esperó con paciencia á que la necesidad postrase aquellos pechos tan indomables. En vano los sitiados agotaron todos los medios posibles para romper la red que les envolvia. Scipion, resuelto á no combatir, ocultaba sus legiones tras de los parapetos.

El valeroso Retógenes Caraunio, acompañado de cuatro de sus conciudadanos, se atrevió á escalar el campo enemigo, atropellando á cuantos quisieron detenerle, y corrió los pueblos comarcanos en demanda de auxilios. Disponíanse á prestárselos los de *Lutia*, pero cayó sobre ellos repentinamente Scipion, y haciendo que le fuesen entregados cuatrocientos jóvenes guerreros, les mandó cortar ambas manos con horrible crueldad.

Ya el hambre ejercia su irresistible influjo en aquellos valientes, que, encerrados en estrecha jaula como furiosos leones, ni aun tenian el consuelo de medir sus armas con el invisible enemigo.

En semejante trance, preguntaron á Scipion qué condiciones honrosas podrian esperar de su generosidad; pero contestándoles que tendrian que rendirse á discrecion, resolvieron no entregar ni sus vidas ni su pátria á la ruin venganza del cobarde enemigo. Así, despues de haber tentado por última vez asaltar los reales romanos, arrojándose

sobre las fortificaciones como fieras embravecidas, regresaron á la ciudad para entregarla á las llamas, lanzando en medio de ellas sus mujeres, sus hijos y sus riquezas, atravesándose unos á otros con sus espadas, y no dejando á Scipion sino un monton de ruinas y algunos miles de cadáveres calcinados por el fuego.

¡Pasmoso ejemplo de valerosa constancia, de puro y acendrado amor pátrio, que vivirá en la historia cuanto viva en ella el nombre de España!

TEODOMIRO.

Sitio y salvacion de Auriola (Orihuela).

La serenidad de ánimo y el valor prudente que permiten medir el peligro sin desfallecer á su vista, suelen ser el mejor remedio para salvar las más difíciles situaciones.

Buena prueba de ello nos ofrece la historia de aquellos dias funestos, en que, apoderado de los españoles un terror insensato por la rota del Guadalete, ocurrida en 711, se apresuraban á rendir sus cuellos al afrentoso yugo antes que exponerse á perder las deshonradas vidas al filo de las cimitarras musulmanas.

Teodomiro, príncipe de la sangre real de los godos, despues de haber peleado valerosísimamente en la batalla, recogió las reliquias del ejército y procuró por todos los medios posibles embarazar los progresos del vencedor. A este fin ocupaba con inteligencia los pasos difíciles, acechaba al enemigo desde los montes, le acometia en los desfiladeros, le cortaba las comunicaciones y rehuia prudentemente el comprometerse en desigual combate. De este modo se habia ido retirando hácia la provincia de Múrcia, á la que los historiadores árabes llaman tierra de Tadmir, designando al valeroso príncipe con el nombre de Tadmir-ben-Gobdos y suponiéndole rey de aquella comarca.

Perseguíale sin descanso con numerosa hueste el célebre Abdalazis, hijo de Muza, walí ó gobernador de España por el califa de Damasco, y fué tal la diligencia del árabe, que

logró alcanzar á los cristianos en el campo de Lorca. La inmensa superioridad del número consiguió no difícil victoria, y Teodomiro se consideró feliz con poder acogerse al abrigo de las murallas de Auriola seguido de unos pocos valientes.

Llegó tras de ellos el activo Abdalazis, y ya se disponia á arrojar sus tropas al asalto de la fortaleza, que juzgaba casi desguarnecida, cuando de repente vió coronados los muros por multitud de guerreros. Sorprendido el árabe, detuvo sus soldados y se dispuso á formalizar el sitio.

A la mañana siguiente presentóse en el campamento musulman un caballero cristiano, que se decia enviado por Teodomiro, y pidió ser conducido á la presencia de Abdalazis. Logrado el permiso, manifestó que, aunque la ciudad contaba con los recursos necesarios para una larga y tal vez victoriosa defensa, sin embargo, el deseo de evitar el derramamiento de sangre movia á su príncipe á proponer la paz, si se le otorgaba con buenas condiciones.

Agradó el mensaje al caudillo muslim, cuyo ánimo era naturalmente generoso, y quedó firmado el siguiente concierto:

«Escritura y convenio de paz de Abdalazis ben Muza ben »Noseir con Tadmir ben Gobdos, Rey de tierra de Tad»mir.»

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso, Abda»lazis y Tadmir hacen este convenio de paz, que Dios con»firme y proteja: que Tadmir haya el mando de sus gen»tes, y no otro de los cristianos de su reino: que no habrá »entre ellos guerra, ni se les tomarán cautivos sus hijos ni »mujeres: que no serán molestados sobre religion, ni se les »incendiarán sus iglesias, sin otros servicios ni obliga»ciones que las aquí contenidas: que esta avenencia se ex»tienda tambien sobre siete ciudades Auriola (Orihuela),

»Valentila (Valencia), Lecant (Alicante), Mula, Bocsara, »Ota y Lorca: que él no recibirá nuestros enemigos, ni nos »faltará á la fidelidad, ni ocultará trato hostil que entien»da: que él y sus nobles pagarán el servicio de un dinar ó »aureo cada año, y cuatro medidas de trigo, y cuatro de ce»bada, y cuatro de mosto, y cuatro de vinagre, y cuatro de »miel, y cuatro de aceite, y para los siervos y pecheros la »mitad de esto. Fué escrita en cuatro de Regeb, año noven»ta y cuatro de la Hegira. Testificaron sobre esto Otzman »ben Abi Abda, Habib ben Abi Obeida, Edris ben Maice»ra, y Abulcasim el Mezeli.»

Firmado el convenio, manifestó el cristiano que él era el mismo Teodomiro, siendo muy obsequiado por Abdalazis, quien al dia inmediato pasó á visitarle á Auriola con otros de sus caudillos, encontrando todas las puertas abiertas y viéndose objeto de las mayores atenciones.

Maravillados de ver en la ciudad muy poca gente de armas, preguntaron á Teodomiro dónde se ocultaba el gran número de guerreros que habian visto coronar las murallas. Entonces les manifestó el príncipe que los que creyeron soldados no eran sino mujeres disfrazadas por él, y cuyos cabellos, cruzados y dispuestos sobre el rostro, las hacian parecer varones. Abdalazis celebró la estratagema y se despidió, renovando á Teodomiro la seguridad de su particular aprecio y amistad.

De esta suerte la serenidad y el valor del príncipe godo libraron á siete ciudades de los horrores que sufrieron las restantes del reino, y á él le proporcionaron la posesion de un Estado, que disfrutó hasta su muerte.

COVADONGA.

Restauracion de la pátria.

Roma, la dominadora universal, cuyo imperio en España se consolidó bajo el reinado de Augusto, vino á experimentar la suerte comun á todos los pueblos, como lo es tambien á todos los séres de este mundo, fugaz y deleznable. El tiempo marchitó sus laureles, secaron los años la nutritiva sávia de su virilidad y acabó por servir de presa á otras naciones más jóvenes y no enervadas por la molicie, hija siempre del poder y de las riquezas.

En el siglo v de la Era cristiana, los pueblos bárbaros del Norte de Europa se precipitaron como terrible avalancha sobre los países centrales y del Mediodia buscando un clima más dulce y tierras que pudiesen alimentar su inmensa muchedumbre. Fueron cayendo en su poder una tras otra las mejores provincias del Imperio, y la misma Roma sirvió de botin á los godos del victorioso Alarico.

No escapó España á la devastacion general. Arrojáronse sobre ella los alanos, los suevos, los vándalos y los visigodos; y estos últimos, más fuertes y mejor organizados, venciendo á los demás bárbaros y aniquilando los postreros restos del Imperio, fundaron un solo reino, en el que vinieron á fundirse los vencedores con los vencidos tan

luego como bajo el gran Recaredo llegaron á uniformarse las creencias religiosas de los dos pueblos.

Solo tres siglos duró la monarquía visigoda fundada por Ataulfo, pues que se abismó con su rey D. Rodrigo en las aguas del Guadalete en 711, pereciendo á un tiempo el trono, la religion y la pátria al impulso irresistible de los fanáticos musulmanes, acaudillados por el valiente Tarik. No era posible que una nacion debilitada y corrompida por el ejemplo de sus últimos reyes lograse contrarestar á los que, á un temperamento tan ardiente como el árabe, añadian el fanatismo religioso, que les prometia los goces eternos del Eden si espiraban en un combate extendiendo la religion de Mahoma.

Los godos, amilanados por su derrota, opusieron escasísima resistencia, y el estandarte de la media luna tremóló pronto vencedor en todas nuestras ciudades.

Pero si la sorpresa y el espanto consiguientes á lo feroz y repentino de la irrupcion impidieron la defensa comun, no faltaron fervorosos cristianos, españoles intrépidos que, ansiosos de restaurar la religion y la pátria, buscaron en la fragosidad de los montes el único asilo á cuyo amparo les seria posible emprender la grande obra de la restauracion.

Lo que en aquellos hizo el amor á tan sagrados objetos, lo obró en otros el miedo á los invasores y el deseo de conservar sus vidas y sus riquezas. Los países más montuosos é inaccesibles, y entre ellos más especialmeute las Astúrias, fueron el refugio comun, permitiendo la Providencia que los árabes descuidasen el perseguir á los fugitivos en aquellas ásperas breñas.

Pronto renacieron el valor y la confianza al abrigo de la tranquilidad, y eligiendo por caudillo al infante D. Pelayo, hijo de Favila, duque de Cantábria, y de la sangre real

de los godos, atreviéronse aquellos españoles á abandonar sus guaridas y á hacer correrías por las comarcas que ocupaban los musulmanes.

Noticioso del suceso el walí Alhaur ben Abderraman, comprendió que era preciso ahogar en su orígen una rebelion, que podría ser funesto ejemplo para los muchos cristianos que vivian tranquilos bajo el poder agareno, y al efecto envió á Astúrias un poderoso ejército á las órdenes de su lugarteniente Alkaman.

Retiróse Pelayo á las asperezas del monte Auseba, y encerrándose con parte de los suyos en la cueva de Covadonga, apostó los restantes en las alturas y quebradas que limitan el estrecho valle regado por las aguas del Deba.

Avanzó imprudentemente Alkaman por el peligroso desfiladero, y empezó el ataque fiado en la multitud de los suyos. Recibiéronle los cristianos con una granizada de flechas y haciendo rodar al valle enormes peñascos, que causaban horrible destrozo en las apretadas filas de sus contrarios. Embarazaba á estos su misma muchedumbre.

Alkaman redobló sus ataques, siempre vigorosamente repelidos, y sobreviniendo de repente una fuerte tormenta, cuyos truenos resonaban pavorosos en los montes, mientras que se desprendia á torrentes la lluvia, amilanóse el ánimo de los musulmanes tanto como creció el valor de los cristianos, que atribuian el suceso al socorro divino, y cuya fé religiosa les hacia ver las saetas de los árabes rebotando en las peñas para herir de muerte á los mismos que las lanzaban.

El combate se convirtió muy pronto en horrorosa carnicería, quedando muerto Alkaman con otros veinte mil de los suyos, y dejando libres los demás las Astúrias, recogidos y acaudillados por Munuza, gobernador de Gijon.

Los españoles eligieron por su rey á D. Pelayo despues de la victoria, levantándole sobre el pavés. Ocurrió tan glorioso suceso en 718, siendo el primero de aquella larga série de triunfos, que no terminaron sino con el completo rescate de nuestro territorio al enarbolar la enseña de la cruz sobre las torres de la Alhambra en 1492.

BATALLA DE CALATAÑAZOR.

El último tercio del siglo x fué fatal para los reinos cristianos de España, que se vieron asolados por las irrupciones de los muslimes, conducidos siempre á la victoria por el valeroso y terrible Muhamad ben Abí Amer, apellidado Almanzor, de la palabra arábiga *el Mansur* (el victorioso.)

Desde el año 977 hasta el de su muerte hizo en cada uno de ellos dos entradas en las tierras de los cristianos, á quienes jamás otorgó tregua ni descanso, llevándolo todo á sangre y fuego. Castilla, Leon, Astúrias, Galicia, Navarra y Cataluña sufrieron sucesivamente el rigor de sus iras; cayeron en su poder y fueron arrasadas las principales poblaciones, y las campanas de la catedral de Santiago, conducidas á hombros de cautivos, pasaron á servir de lámparas en la mezquita de Córdoba.

Habia nacido Almanzor en una aldea de las cercanías de Algeciras el año 327 de la Hegira, que corresponde al 937 de nuestra Era. Sus grandes prendas le habian valido la estimacion y confianza de la sultana Sobeiha, esposa favorita del califa de Córdoba, Alhaken II, y madre de su sucesor Hixem, que subió al trono á la temprana edad de diez años. Desempeñaba Muhamad cerca de ella las funciones de secretario, pero muy pronto fué nombrado primer Hagib, empuñando las riendas del gobierno, que supo conservar con general aplauso engrandeciendo el imperio, ín-

terin el débil Hixem solo pensaba en disfrutar las dulzuras del serrallo.

Franco, generoso, de claro ingénio y singular gentileza, de un valor no reñido con la prudencia, sabiendo hacerse temer de sus enemigos y amar y respetar de los grandes, del pueblo y especialmente de los soldados, á quienes enriquecia con su prodigalidad al mismo tiempo que era inexorable en el mantenimiento de la disciplina, Muhamad atesoraba todas las prendas necesarias para brillar en primera línea, realzándolas para los musulmanes el ódio que profesaba al nombre cristiano.

Aunque enemigo tan irreconciliable de nuestra religion, es preciso reconocer que Almanzor fué un hombre verdaderamente grande, que hace honor á la pátria como se lo hacen tantos otros ilustres guerreros, tantos ingeniosos poetas, tantos sábios profundos, que hicieron de Córdoba la Atenas de aquella época y la elevaron al más alto grado de esplendor y grandeza.

Parecia llegado el momento de que hasta se extinguiese en España el nombre cristiano, á pesar de que los nuestros no cejaban en su briosa defensa, pero nada era bastante á contener al terrible Almanzor.

Comprendiéron los reyes de Castilla, Leon y Navarra que solo un esfuerzo supremo podia salvarlos de una ruina segura, y se coligaron con tanto más motivo cuanto que llegó á su noticia que en toda la España árabe se hacian extraordinarios aprestos para que la campaña de 1002 fuese ya decisiva.

Hallábase D. Alonso V, rey de Leon, niño de cinco años, bajo la tutela del conde de Galicia, Menendo Gonzalez; regia á Navarra D. Sancho IV, apellidado el Mayor, y era conde de Castilla Sancho Garcés, hijo y sucesor de García Fernandez, muerto en 995 en combate contra el mismo

Almanzor. Cupo al castellano la honra de acaudillar el ejército aliado, que fué á acampar en las cercanías de Calatañazor, próximo á las riberas del Duero. Allí fué donde se presentó á su vista la inmensa muchedumbre conducida por Almanzor, de la que formaba parte la numerosa y escogida caballería que habia hecho venir de Africa.

Al amanecer el 9 de Agosto de dicho año de 1002, las trompetas, añafiles y atambores de los dos ejércitos dieron la señal del combate, y muy pronto quedó empapada en sangre la tierra, removida por el galopar de tantos caballos, é inmensas nubes de polvo apagaron la luz del sol, al mismo tiempo que con el estruendo de las armas retumbaban los montes vecinos.

Los caballeros cristianos, cubiertos de hierro, abrian anchas brechas en las huestes muslimes, y segun un escritor arábigo, peleaban como lobos hambrientos; tambien los ginetes africanos y andaluces desordenaron más de una vez á los nuestros, que instantáneamente se rehacian. Llegó la noche sin que hubiesen cedido terreno unos ni otros, y parecia quedar indecisa la victoria. Pero pronto conoció Almanzor que por primera vez se le habia mostrado contraria la fortuna.

Habíase retirado á su tienda, y descuidando sus numerosas heridas, esperaba que, como de costumbre, se reuniesen en ella sus caudillos, cuando sorprendido de ver los pocos que se le presentaban, preguntó: «¿Dónde están mis caudillos?—Señor, le respondieron, muchos están heridos, pero la mayor parte han muerto peleando como buenos muslimes.» Entonces mandó levantar el campo, y antes de que llegase el dia empezó la retirada repasando los puentes del Duero.

La pena que aquejaba al heróico caudillo le hizo desatender sus heridas, y este abandono le puso pronto en el

trance de conocer que llegaba su última hora. No pudiendo seguir á caballo, fué puesto en una silla, y en ella caminó catorce leguas conducido por sus soldados; pero poco antes de llegar á Medinaceli rindió su postrer aliento.

Fué enterrado en dicha poblacion, y, segun su voluntad, se le cubrió con el polvo recogido en más de cincuenta batallas en que habia salido siempre vencedor. Ese polvo lo hacia guardar cuidadosamente en una caja, cepillando con esmero los vestidos que usara en el combate.

Muy llorada fué en todo el imperio árabe la muerte de Almanzor, pero razon habia para llorarla, pues que desde entonces se eclipsó la estrella del califado cordobés. Y aunque sucedió á aquel en el cargo de Hagib su hijo Abdelmelic, heredero de su valor y prudencia, no le sonreia lo mismo en sus empresas la mudable fortuna.

Los cristianos, libres de tan temible enemigo, se repusieron pronto de los pasados desastres, y volvieron con nuevos bríos á proseguir la gloriosa obra de la reconquista, tan funestamente interrumpida.

BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA.

Reinaba en Castilla el noble D. Alfonso VIII, incansable en pelear contra los infieles, á cuya costa habia ensanchado considerablemente los límites de su pequeño reino.

Nada bastaba á contener sus ímpetus guerreros, y en 1194, en que atropellando por el corazon de los estados muzlimes de Andalucía, no paró hasta llegar á la playa de Algeciras, escribió desde ella al poderoso Yacub ben Yussuf, emperador de Marruecos, el siguiente soberbio reto: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso, el rey »de los cristianos al rey de los muzlimes. Puesto que segun »parece no puedes venir contra mí ni enviar tus gentes, »envíame barcos, queyo pasaré contra tí con mis cristianos »donde tú estás, y pelearé contigo en tu misma tierra con »esta condicion: que si me vencieres seré tu cautivo, y ten»drás grandes despojos, y tú serás quien dé la ley; mas si »yo salgo vencedor, entonces todo será mio, y seré yo quien »se la dé al islam.»

Fácil es comprender el efecto que causaria tan arrogante desafío en el emperador almohade. Para encender tambien la ira de los suyos, hizo que se leyese la carta á todas las kabilas del imperio, y despues mandó á su hijo Cid Mahomed que la contestase al respaldo con las siguientes palabras del Corán: «Dijo Alá omnipotente, revolveré con-

»tra ellos, y los haré polvo de podredumbre con ejércitos »que no han visto, y que no podrán evitar ni huir de ellos, »y los sumiré en profundidad y los desharé.»

No tardó Yacub en reunir numerosísimo ejército, con el cual se trasladó á Algeciras en la primavera de 1195, reforzándolo allí con las huestes andaluzas que aguardaban su desembarco.

Habia pedido auxilio D. Alfonso á los reyes de Leon, Navarra, Aragon y Portugal, todos los cuales le ofrecieron reunírsele en Toledo; pero pareciéndole que tardaban, salió solo en demanda de los infieles, sin arredrarle la inmensidad de su número. Llegó á topar con ellos en Alarcos, y aunque él y los suyos pelearon con la mayor valentía, fueron derrotados por la muchedumbre de sus contrarios con pérdida de veinte mil guerreros, quedando tendida en el campo la flor de los caballeros de las Órdenes militares.

D. Alfonso, en vez de reconocer su imprudencia, echó la culpa del desastre á la tardanza de su primo el rey de Leon y le declaró la guerra. Así las discordias de los reyes cristianos permitieron al emperador de los almohades correr y talar la tierra, retirándose despues á Marruecos triunfante y envanecido. Murió á poco, sucediéndole su hijo Muhamad.

Al fin llegaron á comprender los reyes cristianos que solo les producian frutos muy amargos sus insensatas discordias, y tomando mejor acuerdo, resolvieron volver sus armas contra el comun enemigo. Deseábalo ardientemente D. Alfonso para vengar el desastre de Alarcos, y no contento con haberse asegurado el concurso de los demás monárcas españoles, imploró y obtuvo del Pontífice Inocencio III numerosas gracias para aquella guerra sagrada, y envió á Francia al arzobispo de Toledo para que predicase una cruzada contra los musulmanes.

No fué inútil la predicacion del arzobispo, que lo era á la sazon el célebre D. Domingo Jimenez de Rada. Multitud de caballeros de todas naciones se cruzaron para conseguir las gracias espirituales concedidas por el Papa, y pronto llégaron á Toledo dos mil de ellos, acaudillando diez mil ginetes y cincuenta mil peones. Poco tardó tambien D. Pedro III de Aragon en acudir á la misma ciudad con numerosa hueste de catalanes y aragoneses, y aun corrieron á alistarse bajo el pendon de D. Alfonso muchos caballeros de Leon y de Portugal, cuyos reyes no tomaron parte en la campaña.

Asombra el que un reino tan reducido como lo era el de Castilla, y cuyos recursos parecia debieran estar agotados con tan contínuas guerras, pudiese sufragar los gastos enormes y acudir al mantenimiento de la multitud de gentes, que no cabiendo en la ciudad hubo de acampar en su vega, que quedó muy pronto asolada. Pero á todos acudió D. Alfonso con pasmosa magnificencia.

No se descuidaba por su parte Muhamad, quien llegó á reunir un ejército tan numeroso como jamás se habia visto en España.

El 21 de Junio de 1212, se pusieron en movimiento las fuerzas cristianas. Guiaba la vanguardia, en la que iban los extranjeros, D. Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, acompañándole los arzobispos de Burdeos y de Narbona, el obispo de Nantes, el conde de Benevento, el vizconde de Turena, Teobaldo Blascon y otros caballeros distinguidos de Francia y de Alemania. Regia el centro el rey de Aragon, y la retaguardia el de Castilla, á quienes servian de brillante séquito el arzobispo D. Rodrigo; los obispos de Tarazona, de Palencia, de Osma, de Sigüenza, de Barcelona, de Plasencia y de Avila; los grandes maestres de las Órdenes militares de Santiago, de Calatrava, del Temple y de San

Juan, con casi todos sus caballeros; D. Sancho Fernandez, infante de Leon; los condes D. Fernando, D. Gonzalo y don Alvaro de Lara; D. Gonzalo Rodriguez Giron, D. García Romeu, el conde del Rosellon, el de Ampúrias, D. Gimeno Cornel y otros ricos-hombres y caballeros que seria prolijo nombrar. Seguian á D. Alfonso los concejos de Madrid, Toledo, Valladolid, Guadalajara, Alarcon, Cuenca, Huete, Segovia, Avila, Atienza, San Estéban de Gormaz, Ayllon, Medinaceli, Almazan, Arévalo, Soria, Olmedo y Medina del Campo.

El dia 23 los extranjeros asaltaron á Malagon y pasaron á cuchillo sus defensores. Lo mismo querian ejecutar con el valeroso Aben Cadis, alcaide de Calatrava, y con toda la guarnicion de esta plaza, que tras de una briosa defensa y perdida la esperanza de ser socorridos, la entregaron con la condicion de salir libres. Pero los reyes de Aragon y de Castilla hicieron que se cumpliese el tratado.

El desgraciado Aben Cadis, tan luego como llegó á los reales de Muhamad, fué preso y decapitado de órden del visir Abu Said, que habia tenido oculto al Amir Muhamad el peligro en que se encontraba la plaza de Calatrava, por miedo de que, por acudir en su socorro, levantase el sitio de la fortaleza de Salvatierra, en que le tenia empeñado. Y este sitio duró tanto, que, segun un historiador arábigo, durante él anidó una golondrina sobre el pabellon de Muhamad, puso sus huevos, los empolló y volaron los pajarillos.

Tomada Calatrava, los extranjeros, abatidos por el calor y por las fatigas, creyeron haber hecho bastante para ganar las indulgencias concedidas por el Pontífice, y sin que nada bastase á detenerlos, dieron la vuelta hácia sus respectivos paises, sin otra excepcion que la de Arnoldo, arzobispo de Narbona, y la de Teobaldo Blascon, caballero de Poi-

tiers, con sus compañías respectivas. Tal disminucion de fuerzas impresionó dolorosamente al ejército; pero muy luego la compensó con ventaja la llegada de los navarros, acaudillados por su rey Sancho el Fuerte.

El 12 de Julio acamparon los cristianos al pié del puerto de Muradal, encontrándose frente á aquellos desfiladeros, que, perfectamente guarnecidos por los musulmanes, ofrecian inmensas dificultades al paso del ejército. Cuantas tentativas se hicieron para salvarlo resultaron infructuosas.

En tal apuro, reunieron consejo los tres reyes para acordar lo que deberia hacerse, y en él hubo quienes opinaron por la retirada. Duraba la congojosa angustia, cuando se presentó en los reales un pastor ofreciendo conducir el ejército por veredas desconocidas hasta la cumbre misma de la sierra, donde hallaria sitio á propósito para la batalla. Temióse que encubriera alguna asechanza la promesa; pero no encontrando otro remedio para salir del paso, brindáronse á tantear el lance D. Diego Lopez de Haro y el caballero aragonés García Romeu, resultando felicísimo el éxito.

Avisados los reyes, hicieron que se pusiera en movimiento el ejército, y siguiendo las mismas veredas desembocó en una extensa llanura conocida con el nombre de las Navas de Tolosa, del que tomó el suyo la batalla que allí se vino á dar al tercer dia.

Ocurria esto el 14 de Julio, y el Amir Muhamad, que habia sentado su campo en Baeza, quedó no poco sorprendido al verse tan cerca de los cristianos; pero fiando en la muchedumbre de sus guerreros, marchó al encuentro de los tres reyes y les presentó la batalla. Rehusaron aquellos admitirla para dar lugar á que descansara su gente, que se hallaba muy fatigada.

Volvió Muhamad á ofrecérsela al alborear la mañana del

15; pero por ser domingo resolvieron los reyes no pelear hasta el lúnes. Con esto creció al más alto punto el orgullo de Muhamad, que envió mensajeros á todas partes con la noticia de que tenia cercados á los nuestros y que muy luego caerian en su poder.

Antes de rayar el dia 16, ya los obispos y los sacerdotes que acompañaban al ejército recorrian las filas excitando á los cristianos á arriesgar su vidas en defensa de la religion y de la pátria.

Mandaba la vanguardia D. Diego Lopez de Haro, á quien acompañaban sus hijos D. Lope y D. Pedro, su primo don Iñigo de Mendoza y sus sobrinos D. Sancho Fernandez y D. Martin Nuñez. Componian este cuerpo las Órdenes militares regidas por sus respectivos maestres, que lo eran: de la de Santiago, D. Pedro Arias de Toledo; de la de Calatrava, D. Ruiz Diaz de Yanguas; de la del Temple, D. Gonzalo Ramirez; á la de San Juan la guiaba su prior D. Gutierre de Armildez. Tambien formaban parte de él los concejos de Madrid, Almazan, Atienza, Ayllon, Cuenca, Huete, Alarcon, Uclés y San Estéban de Gormaz. El estandarte lo conducia D. Pedro Arias.

El rey de Navarra, cuyo pendon llevaba su alférez mayor D. Gomez García, acaudillaba el ala derecha, compuesta de sus propias tropas, las de los concejos de Avila, Medina del Campo y Segovia, y de muchos caballeros portugueses, vizcainos, gallegos y guipuzcoanos.

A la sombra de la bandera de San Jorge, que tremolaba D. Miguel de Luesia, y siguiendo á D. Pedro III de Aragon, formaban el ala izquierda los caballeros y tropas de aquel reino. El centro y la retaguardia los mandaba D. Alfonso de Castilla, y se componian de los concejos de Toledo, Arévalo, Valladolid y Olmedo, y de las mesnadas de D. Fernan Nuñez de Lara, de los Girones, de D. Suero Téllez, de don

guion del arzobispo se metió por lo más espeso de las filas contrarias, saliendo ileso por milagro.

El botin fué riquísimo; pero D. Alfonso, sin reservar nada para sí y muy poco para sus castellanos, lo repartió generosamente entre sus auxiliares. La tienda de Muhamad se envió como trofeo á Inocencio III.

Fruto inmediato de la victoria fué la toma de los castillos de Ferral, Vilches, Baños y Tolosa, así como de las ciudades de Baeza y Ubeda; pero quedó herido de muerte el poder agareno, y ya no fué dudoso el triunfo definitivo de la cruz sobre la media luna. En recuerdo de tan gloriosa jornada instituyó la Iglesia la fiesta del Triunfo de la cruz, que todavía se celebra el 16 de Julio.

RECONQUISTA DE CÓRDOBA.

Era rey de Castilla y de Leon D. Fernando III, el Santo, reunidas ya en él definitivamente ambas coronas, y proseguia con infatigable denuedo la gloriosa obra de la reconquista. Rendida Ubeda en 29 de Setiembre de 1234, habíase vuelto á Castilla el esforzado monarca, y residia á la sazon en Benavente.

Finaba el año de 1235, cuando algunos caudillos, que estaban de guarnicion en aquella conquista y en otras plazas de la frontera, supieron por varios cautivos moros que la ciudad de Córdoba, y especialmente su arrabal, se hallaban guardados con muchísima negligencia. Con esta noticia, sin consultar más que su valor, resolvieron arriesgar un golpe de mano, y poniéndose de acuerdo con los cautivos, que por alcanzar su libertad y otros presentes se brindaron á auxiliarles, se dispusieron á acometer empresa tan arriesgada.

Encargóse de la ejecucion el capitan Domingo Muñoz, frontero de Andújar, á quien llamaban el Adalid, y debian apoyarle con sus gentes Pedro Ruiz Tafur, Martin Ruiz, D. Pedro Ruiz y D. Alvaro Perez de Castro.

La noche del 8 de Enero de 1236, que se presentó muy oscura y lluviosa, Muñoz llegó con sus soldados al pié de la muralla del arrabal, y aplicando las escalas que llevaban ya prevenidas, subieron sin tropiezo, marchando de-

lante de sus demás compañeros Alvaro Colodro y Benito de Baños, que hablaban la lengua árabe.

Encontráronse en una torre con cuatro centinelas, uno de los cuales era de los cautivos libertados, y con su auxilio sorprendieron á los tres restantes, y tapándoles las bocas los arrojaron de la torre abajo. Con igual fortuna fueron ocupando otros puntos, y por último la puerta de Martos, por la que dieron entrada á Pedro Ruiz Tafur, que esperaba fuera con el resto de los peones y con la caballería.

Ya entonces acometieron á las casas, empezando á degollar á cuantos se les ponian por delante. Asustados los vecinos del arrabal corrieron á refugiarse á la ciudad, y hasta dentro de ella tuvo la osadía de perseguirles el capitan Muñoz; pero cargando sobre él mucha morisma, se recogió al arrabal, donde se fortificó cuidadosamente.

D. Alvaro Perez de Castro, que se hallaba al acecho con sus tropas, acudió para asegurar la conquista, y sin pérdida de tiempo se despachó un mensajero que participase al rey la noticia. Llegó aquel á Benavente cuando D. Fernando acababa de sentarse á comer, y al punto, tomando un corto alimento, montó el monarca á caballo, siguiéndole solo treinta caballeros; pero en el camino se le fueron reuniendo otros muchos, de modo que al llegar al puente de Alcolea, donde asentó su campo, llevaba ya una hueste bastante numerosa. No tardaron en acudir las Órdenes militares y muchos ricos-hombres con sus mesnadas.

Los moros no habian cesado de redoblar sus ataques contra el arrabal, pero siempre fueron repelidos. Avisaron tambien á Aben Hud, rey de Sevilla, para que acudiese inmediatamente á socorrerlos. Pero este, no queriendo habérselas con D. Fernando, cuyas fuerzas le ponderaban sus confidentes, accedió á las instancias del rey Zaen, de Va-

lencia, que le pedia auxilio contra el aragonés, y abandonó á Córdoba á sus propios recursos.

No pudo la ciudad resistir largo tiempo, y el 29 de Junio de 1236 se plantó el signo de la cruz en lo más alto de la grande aljama ó mezquita. Las campanas de la catedral de Santiago, que estaban aun sirviendo de lámparas, fueron restituidas á la iglesia compostelana conducidas en hombros de cautivos moros, como en tiempo de Almanzor habian sido llevadas á Córdoba por cautivos cristianos.

SITIO Y RENDICION DE SEVILLA.

Rendida Córdoba, el rey D. Fernando III cobró naturalmente nuevos bríos para seguir la carrera de sus gloriosos triunfos.

Ocho meses se resistió Jaen, sin que todos los esfuerzos de Aben Alhamar, rey de Granada, fuesen bastantes para obligar á los cristianos á levantar el cerco. Al fin, perdida ya toda esperanza, Alhamar no solo se resignó á entregar la ciudad, sino que se reconoció vasallo de don Fernando, comprometiéndose á pagarle cada año 150.000 doblas y á asistirle con sus tropas cuando le necesitase.

Ya entonces no pensó el castellano sino en atacar y rendir á la reina de Andalucía, á la magnífica y populosa Sevilla, cabeza yprincipal asiento en España del poderío musulman. Con este objeto reunió un poderoso ejército, intimó al rey de Granada que le acudiese con los auxilios estipulados, y despues de haber talado la tierra y sometido las poblaciones que podian hostilizarle, se dispuso á formalizar el sitio de aquella gran capital.

Como preliminar indispensable para asegurar el éxito, habia dispuesto de antemano que D. Ramon Bonifaz, noble burgalés, muy práctico y entendido en las cosas de

mar, cuidase de formar en las marismas de Santander y Vizcaya una armada suficiente para cortar las comunicaciones con Africa y para dominar el Guadalquivir. Desempeñó bien su cometido el valiente marino, y reunidas trece naves y algunas galeras, se presentó en el Estrecho, derrotó una escuadra muy superior, con que los marroquíes acudian al socorro de los sevillanos, quemando ó echando á pique gran número de bajeles, y subió el Guadalquivir despues de ahuyentar la innumerable morisma que desde Sanlúcar pretendia embarazar el paso.

Al recibir D. Fernando la noticia levantó su campo de Alcalá de Guadaira, donde lo habia sentado, y el 20 de Agosto de 1247 se presentó ante los muros de Sevilla.

Fiel á su palabra Aben Alhamar, habia llegado al campo cristiano con una muy lucida hueste, y sus servicios fueron de grande estima. El y D. Pelayo Correa, maestre de Santiago, cruzaron el Guadalquivir con grave peligro por bajo de Aznalfarache para atacar el arrabal de Triana y oponerse á Aben Hamafon, rey de Niebla, que acudió á auxiliar á los sevillanos. Por aquel arrabal, unido á la ciudad con un puente de barcas, era por donde los sitiados recibian víveres y socorros.

Gobernaba la defensa el walí Abul Hassan, que no perdonó medio de salvar á Sevilla, defendiéndola valerosamente él y todos sus caballeros. No cesaban los rebatos, las salidas y las escaramuzas en una y otra ribera. Intentaron los cercados quemar la escuadra de Bonifaz lanzando contra ellos una gran balsa llena de alquitran y otras materias inflamables, pero salióles mal la intentona.

Sobrevino el invierno; mas no por eso aflojó la vigilancia, ni reposaron tranquilamente en sus tiendas los sitiadores. Carmona, que habia pactado una tregua de seis meses á condicion de entregarse si no era socorrida en ese

tiempo, se rindió pasado el plazo, sirviendo esto de gran ventaja para facilitar la llegada de víveres al campo de los cristianos.

Esforzábanse estos por rendir á Triana, pero la defendian los moros con buen éxito, usando unas ballestas tan poderosas, que sus tiros atravesaban de parte á parte á los contrarios, sin que bastasen á resguardarlos sus fortísimas armaduras. Mandó el rey al infante D. Alfonso, que habia acudido desde Múrcia con buenos refuerzos, que tentase el minar el castillo; pero tropezando con la contra-mina de los sitiados, tuvo que abandonar la empresa.

La fama del cerco habia traido al campo cristiano multitud de caballeros de Aragon, Cataluña y Portugal, entre ellos al príncipe D. Alonso de Aragon, al infante D. Pedro de Portugal, señor de Mallorca, y al conde de Urgel. Algo más tarde llegó el maestre de Avis, enviado por el rey de Portugal con un buen cuerpo de tropas.

Comprendió D. Fernando que era necesario cortar á cualquier precio la comunicacion entre la ciudad y Triana, y consultando el medio con Bonifaz, discurrió este uno que produjo el apetecido resultado.

Pertrechó dos naves de las más fuertes, y aprovechando la subida de la marea y el violentísimo Sur que soplaba el dia 3 de Mayo, dió al viento todas sus velas, y las dejó ir contra el puente de barcas, que se rompió al choque con indescriptible sentimiento de los sevillanos, que perdieron desde entonces toda esperanza de salvacion. Aprovechando el espanto que produjo en los defensores de Triana la rotura del puente, los castellanos corrieron al asalto, y se hicieron dueños, no solo del arrabal, sino tambien de Alfarache.

Desde entonces se empezó á sentir el hambre en la ciudad, que encerraba á la sazon más de trescientos mil ha-

bitantes. Pero todavía se resistió largo tiempo, y cuando ya el walí Abul Hassan se resignó á capitular, propuso hacerlo bajo condiciones que el rey de Castilla no quiso escuchar siquiera. Por último, perdida toda esperanza de salvacion, el walí tuvo que acomodarse á sufrir la ley del vencedor, que obligó á los vecinos á desamparar la ciudad sin concederles otros bienes que los que pudieran llevar consigo. Trescientos mil musulmanes abandonaron llorando sus hogares, y fueron á buscar asilo, los unos á las comarcas de Niebla y del Algarbe, los otros á Granada y muchos más al Africa, á donde los trasportó la escuadra cristiana. Se firmó la capitulacion el 23 de Noviembre de 1248.

Distinguiéronse muy particularmente en aquel dilatado sitio el almirante Bonifaz; D. Pelayo Correa, maestre de Santiago; D. Fernando Ordoñez, que lo era de Calatrava; D. Pedro Yañez, de Alcántara; D. Fernando Ruiz, de San Juan; D. Gomez Ramirez, del Temple; el infante D. Enrique, D. Diego Lopez de Haro, D. Arias Gonzalez, D. Rodrigo Gonzalez Giron, Alfonso Téllez, Gomez Ruiz de Manzanedo, que acaudillaba la gente del concejo de Madrid, y acaso sobre todos el caballero toledano Garci Perez de Vargas, apellidado *Machuca*, porque habiéndosele roto la espada en un combate, aporreaba á los moros con una gruesa rama que desgajó de un árbol. Este guerrero llegó á ser el terror de los sevillanos, y hubo ocasion en que él solo peleó con siete de ellos, haciendo huir vergonzosamente á los que no quedaron en el campo.

Aun cuando la ciudad capituló el 23 de Noviembre, el ejército cristiano no la ocupó solemnemente hasta el 22 del inmediato Diciembre, para dar lugar á que saliesen de ella todos los mahometanos. Purificada la mezquita mayor por el arzobispo de Toledo, se restableció la antigua metropolitana, nombrándose arzobispo á D. Ramon de Lozana, obis-

po de Segovia. Pronto se llenó Sevilla de nuevos pobladores, atraidos por las franquicias que el rey les concedió, por la suavidad del clima y por la fertilidad del riquísimo suelo.

Así volvió á poder de los cristianos la reina del Guadalquivir, despues de haber permanecido más de cinco siglos bajo el yugo muslímico.

GUZMAN EL BUENO.

El rey D. Sancho IV (el Bravo) habia logrado al fin ceñirse aquella corona, que osó disputar á su padre D. Alfonso el Sábio, y dedicando á más nobles empresas sus instintos generosos, habíase apoderado de la importante plaza de Tarifa.

Muy pesaroso tenia al rey Yussuf de Marruecos pérdida semejante, cuando el infante D. Juan de Castilla, hombre sin fé, ambicioso y de bajas inclinaciones, que se hallaba desavenido con su hermano D. Sancho, se le presentó en Tánger ofreciendo que si le daba medios para ello se comprometia á recobrarle á Tarifa.

Admitida la oferta, allí mismo puso el marroquí á su disposicion cinco mil caballos zenetes, y dió órden de que le siguiesen las tropas que tenia en Almería.

Reuniendo con esto el infante un respetable ejército, se puso sobre Tarifa y la combatió desesperadamente con toda clase de ingénios y máquinas de guerra. Pero sus esfuerzos se estrellaban en el valor de la guarnicion y en la vigilancia y energía del gobernador ó alcaide, que lo era D. Alonso Perez de Guzman.

Desesperado el villano D. Juan, y temeroso al mismo tiempo de las iras del de Marruecos si la empresa se malograba, no dudó recurrir á un medio tan infame, que acabó con él de mancillar su nombre, ya de antes harto odioso y despreciable.

Sabedor de que en una de las aldeas inmediatas se criaba un hijo de D. Alonso, mandó conducirlo á sus reales, y presentándolo ante el muro, intimó al heróico alcaide la rendicion de la plaza, amenazándole con que, de no hacerlo, cortaria la cabeza al inocente niño. Pero ni un momento vaciló la fidelidad de D. Alonso. «Antes querria, contestó, »que me matasen ese hijo y otros cinco si los toviere, que »non dar la villa del rey, mi señor, de que le he fecho ome»naje.» Y como redoblase el infante sus amenazas, don Alonso se retiró del muro despues de arrojar al campo su espada desde uno de los adarves.

Mas, enfurecido D. Juan, llevó á cabo el horroroso sacrificio, y cuando los gritos de los que coronaban la muralla hicieron correr á ella al heróico Guzman, informado de la ocurrencia, se contentó con decir tranquilamente: «Creí que los enemigos escalaban el muro.»

La estóica constancia de D. Alonso hizo perder al infante sus últimas esperanzas, y levantando el sitio fué á ocultar su vergüenza en Algeciras.

Sus contemporáneos dieron al insigne varon el dictado de *El Bueno*, que le ha conservado la historia, y el nombre de Alonso Perez de Guzman ha quedado hasta hoy, y quedará á las futuras generaciones, como dechado de fidelidad, de singular constancia y purísimo y acendrado civismo.

BATALLA DEL SALADO.

Más de seis siglos de un batallar contínuo habian dado por fruto el rescatar, aunque á costa de torrentes de sangre, la mayor parte del suelo pátrio, perdido en 711 tras la funesta rota del Guadalete. Solo el pequeño reino de Granada obedecia aun á los sectarios de Mahoma, sosteniéndose por haber crecido considerablemente en poblacion y riqueza con servir de refugio á las infinitas familias muslimes que tenian que evacuar los pueblos ocupados por los cristianos. Y más aun que por el propio poderío, manteníase por las intestinas discordias de aquellos, que volvian contra sí propios las armas que solo debian esgrimir contra el comun enemigo.

Jucef, rey de Granada, sucesor de su hermano Abu Abdala Muhamad, conociendo que él solo no tenia fuerzas bastantes para defender sus Estados, solicitó la alianza de Abul Hassan, emperador de los benimerines de Africa, aun cuando estaba sentido con él por haberle arrebatado la plaza de Gibraltar. Concediósela el benimerin, y el de Granada, no solo se abstuvo de reclamarle á Gibraltar, sino que además le cedió á Algeciras.

Estaba para espirar la tregua de cuatro años ajustada por ambos monarcas con el rey D. Alfonso el onceno de Castilla, y Abul Hassan hizo que fuesen pasando poco á poco

el Estrecho numerosas tropas africanas, que se iban alojando en las plazas que le habia cedido el granadino. En el año de 1339 los inmensos preparativos del de Marruecos alarmaron á la España cristiana, y los reyes de Castilla, de Aragon y de Portugal se confederaron para resistir la formidable invasion que se preparaba.

El príncipe Abdelmelic, hijo de Abul Hassan, y el valeroso caudillo Aliatar, que habian desembarcado en Algeciras con 7.000 caballos escogidos y numerosa infantería, tan luego como espiró la tregua empezaron á talar las tierras de Jerez, Lebrija y Arcos; pero sorprendidos en el paso del rio Patute por el maestre de Alcántara D. Gonzalo Fernandez de Oviedo, fueron completamente derrotados, quedando muertos en el campo ambos caudillos con diez mil de los suyos.

Tan horrible descalabro, y la pérdida de un hijo querido, encendieron en el benimerin ardientísimo deseo de venganza, y redoblando sus aprestos, se dispuso á lanzar sobre España todas las fuerzas de su imperio en la primavera de 1340.

Los reyes de Castilla y de Aragon habian colocado sus escuadras en el Estrecho para impedir el paso á los marroquíes, pero el almirante aragonés Gilabert de Cruillas pereció en un desembarco que hizo en la playa de Algeciras arrastrado por su valor imprudente, y sus galeras se retiraron á Cataluña.

Quedó sola la escuadra castellana, que constaba de seis navíos y veintisiete galeras, sin que por eso se acobardase el valiente Jofre Tenorio, que era quien la mandaba. Abul Hassan tenia ya dispuestos en Ceuta hasta doscientos setenta buques de guerra y de trasporte para verificar el paso, y burlando, favorecido por la oscuridad de la noche, la vigilancia del castellano, lo efectuó por mucho más

abajo de donde aquel cruzaba. Algunos enemigos del almirante propalaron hablillas que atacaban su honor, suponiéndole ganado por el marroquí, y su mujer tuvo la imprudencia de escribírselo. Despechado el pundonoroso Jofre, hizo que aparejase su pequeñísima escuadra, y se lanzó con ella dentro del puerto mismo de Algeciras, trabando con la africana temerario combate. El desenlace no podia ser dudoso; casi todas nuestras galeras fueron echadas á pique, y el almirante, despues de haberse defendido largo tiempo como un héroe, teniendo en una mano el estandarte de Castilla y en la otra su espada, murió de un golpe que le dieron en la cabeza con una barra de hierro.

Con este descalabro quedó libre el paso del Estrecho para los marroquíes, y aunque la actividad de D. Alfonso hizo que muy luego se presentase en aquel otra escuadra compuesta de algunas naves castellanas, reforzadas por mayor número de Génova, Aragon y Portugal, ya Abul Hassan habia hecho pasar á Almería cuantas tropas y recursos tenia prevenidos para la expedicion. Él mismo cruzó el mar en el mes de Setiembre, y reuniéndose con Jucef, fueron ambos á cercar á Tarifa, que defendió bravamente su alcaide Juan Alfonso de Benavides.

Hallábase en Sevilla D. Alfonso, y con su actividad y energía acostumbradas pronto allegó medios para acudir al socorro de Tarifa; habiendo conseguido que D. Alonso IV de Portugal, su suegro, le ofreciese venir en persona con ejército competente. Así lo verificó, reuniéndose ambos monarcas en la Peña del Ciervo, lugar sito á dos leguas de la ciudad cercada.

A la noticia de su aproximacion levantaron el sitio Abul Hassan y Jucef y marcharon al encuentro de los cristianos, sentando su campo separadamente al frente de ellos. El número de los moros lo hacen subir los historiadores á

seiscientos mil; pero es notoriamente exagerado, si bien parece indudable que por lo ménos eran tres tantos más que los nuestros.

La vanguardia castellana la formaban entre otras las mesnadas de los Laras, de los La-Cerdas y de los Guzmanes con los pendones de Sevilla, Jaen, Ecija, Jerez y Carmona; en el centro con la mesnada real iban las de los hijos del rey, las de los arzobispos y obispos y las de los concejos de Castilla; en la retaguardia el pendon de Córdoba con las mesnadas de Alava, Guipúzcoa, Vizcaya y Astúrias. Acompañaban al rey los arzobispos y obispos de Toledo, Sevilla, Santiago, Palencia y Mondoñedo; los maestres de las Órdenes militares, el infante D. Juan Manuel, D. Juan Nuñez de Lara, D. Pedro Fernandez de Castro, D. Juan Alfonso de Alburquerque, D. Juan de la Cerda, D. Diego Lopez de Haro, D. Alvar Perez de Guzman, D. Gonzalo Ruiz Giron y otros nobilísimos caballeros. Se habia acordado que los castellanos atacarian á los marroquíes y los portugueses á los granadinos.

El rey de Portugal llevaba consigo al obispo de Braga, al prior de O-crato, á los maestres de sus Órdenes y á muchos de los primeros nobles del reino, entre quienes figuraba D. Gonzalo Gomez de Sousa, D. Lope Fernandez Pacheco y D. Gonzalo Acebedo. Como el portugués habia traido poca caballería, el castellano le cedió tres mil caballos de los suyos para que pudiese resistir á la numerosa y brillante de Jucef.

Separaba á ambos ejércitos el pequeño rio Salado, llamado por los árabes Wadacelito, del que tomó su nombre la batalla.

Comenzóla la vanguardia de los castellanos, á la que ordenó su rey atravesar el Salado, entonces crecido con las lluvias, para establecer un puente por donde pudiera cru-

zar lo demás del ejército. Encontró vigorosa resistencia; pero poniéndose al frente de ochocientos valientes los hermanos Garci-Laso y Gonzalo Laso de la Vega, arrollaron á dos mil quinientos berberiscos que se les oponian, y se mantuvieron firmes hasta dar lugar á que, echado el puente, cruzase á la otra orilla el rey D. Alfonso el onceno, con lo que la batalla se hizo general.

Atacaron los castellanos un pequeño cerro que dominaba los reales de Abul Hassan, y allí fué lo más empeñado de la lucha. D. Alfonso, por enviar refuerzos á los suyos, no temió quedarse casi solo, lo que hizo que, observado esto por los enemigos, le acometiesen con numerosas fuerzas; pero D. Alfonso animaba á los castellanos con la voz y con el ejemplo, y les gritaba: «Feridlos, que yo soy el rey don »Alfonso de Castilla é de Leon, é en el dia de hoy yo veré »cuales son mis vasallos, et verán ellos quien soy yo.»

Tomado el cerro, hizo una salida la guarnicion de Tarifa, que el rey habia logrado reforzar con mil caballos y cuatro mil infantes á las órdenes de Martin Fernandez Portocarrero, y acometió á los reales del benimerin, que pronto fueron su presa. No tardó el combate en convertirse en carnicería, habiendo sido el portugués no menos feliz que su yerno al atacar á los granadinos.

La derrota de los mulsumanes fué tan completa y no menos sangrienta que la de las Navas de Tolosa. El botin acaso más rico todavía, puesto que, segun la crónica, «el valor del oro y de la plata bajaron una sexta parte en Paris, Avignon, Valencia, Barcelona, Pamplona y en Estella.» Los hijos y mujeres de Abul Hassan cayeron en poder de los vencedores, y aquel se dió tanta prisa en volverse á Marruecos, que lo verificó en aquella misma noche, embarcándose para Ceuta. El granadino huyó á Granada, queriendo ocultar allí la vergüenza del vencimiento.

Fué notable la generosidad de D. Alonso de Portugal, que invitado á que tomase del botin cuanto le conviniese, solo cogió algunas armas ricas por su trabajo, negándose obstinadamente á tomar oro ú plata, y diciendo que á él y á sus caballeros les bastaba con la gloria del triunfo. Solo pudo hacerle aceptar el rey de Castilla algunos nobles cautivos, y entre ellos á Abú Ali, rey de Sigilmesa.

Tal fué la famosa batalla del Salado, que aseguró el ya próximo y definitivo triunfo de las armas cristianas.

CONQUISTA DE GRANADA.

Llegaba ya la hora en que, tras de ocho siglos de batallar contínuo, un pueblo tan sufrido como constante y valeroso iba á recibir el premio debido á tantos esfuerzos. Aun dominaban un bellísimo rincon del suelo pátrio los descendientes de aquellos feroces agarenos que en 711, conducidos por Taric y por Muza, al derrocar el trono de los antiguos godos, nos habian arrebatado á un mismo tiempo nuestro culto y nuestra nacionalidad. Arroyos de sangre habia costado cada paso que dieron los españoles para reconquistar tan caros y preciosos objetos, y solo en el pequeño reino de Granada flotaba ya la enseña del Islam, cuando la union definitiva de todos los reinos cristianos de España en las personas de los gloriosísimos príncipes doña Isabel I de Castilla y D. Fernando V de Aragon dejaba ver muy cercano el momento soñado por tantas generaciones.

Pero aunque por su extension era pequeño aquel último asilo de los muslimes españoles, era muy grande por su riqueza, fruto de un comercio activo y de una agricultura floreciente, y lo era tambien por su numerosísima poblacion, aumentada de contínuo por la ruina de los demás Estados en que habia venido á dividirse el antiguo imperio de los Omeyas cordobeses. Solo la capital del reino, la soberbia Granada, podia poner sobre las armas cuarenta mil guerreros, y además contaba aquel con ciudades tan im-

portantes como Málaga, Ronda, Almería, Loja, Guadix, Baza y otras muchas que encerraban millares de valerosísimos combatientes avezados á los peligros, y á quienes no espantaba el horrible fragor de las batallas. Servia tambien de grande apoyo á los granadinos su fácil y contínua comunicacion con el Africa, que, no solo les brindaba abundancia de bastimentos, sino defensores innumerables en sus tribus bárbaras y fanáticas. Era, pues, enemigo harto temible el que ante sí tenian doña Isabel y D. Fernando, y no muy hacedero el arrebatarle la presa que aun guardaba.

Pero cuando llega la hora de la caida de los imperios, Dios la prepara por medios que son siempre infalibles. Si la hacia inminente la unidad española, llevada á cabo con la reunion en uno solo de todos los reinos cristianos, la convirtió en inevitable la discordia que se introdujo entre los últimos defensores del vacilante Estado.

Ocupó el trono granadino por muerte de Aben Ismail su hijo mayor Muley Abul Hacen, príncipe más guerrero que político. Aunque enemigo irreconciliable de los cristianos, se vió obligado á solicitar la prorogacion de la tregua que habia firmado con Enrique IV, el Impotente, á causa de los disturbios que originaba en su reino la ambicion del walí de Málaga; y aunque al exigirle los reyes de Castilla el pago del acostumbrado tributo, contestó con arrogancia «que en Granada no se labraba ya oro, sino alfanjes y hierros de lanzas contra sus enemigos;» sin embargo, se otorgaron las treguas, hallándose entonces D. Fernando y doña Isabel ocupados en la guerra con Portugal.

Seguian las cosas en ese estado, cuando llegó á noticia de Abul Hacen que la fortaleza de Zahara se hallaba mal vigilada por la guarnicion cristiana, y no pudiendo ya contener sus ímpetus guerreros, resolvió tentar contra ella

un golpe de mano, que llevó á cabo con favorable éxito en una noche tempestuosa del año 1481. Sorprendida la villa, quedó pronto en su poder, y sus habitantes y defensores, ó perecieron en el acto, ó fueron conducidos esclavos á Granada.

La felicidad del suceso redobló el orgullo de Abul Hacen; pero aquella empresa no quebrantaba la tregua, porque esta clase de rebatos estaban permitidos para que no se adormeciese la vigilancia de los fronterizos. Los reyes de Castilla disimularon por entonces su enojo, pero la imprudencia del granadino afirmó en ellos el propósito de desembarazarse de una vez de tan molestos vecinos.

El insulto de Zahara quedó muy pronto vengado; y la misma causa que ocasionó la pérdida de aquella fortaleza proporcionó la conquista de la rica y fuertísima Alhama. Más razon tenia esta para estar descuidada, porque, además de hallarse en el corazon del reino, como que solo dista de Granada ocho leguas, su situacion la hacia considerar como inexpugnable.

Concibió el temerario proyecto de la sorpresa el capitan de escaladores Juan Ortega de Prado, y consultándolo con el asistente de Sevilla, D. Diego de Merlo, y con el célebre D. Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz, obtenida la aprobacion de ambos, se empezaron á disponer las cosas para la expedicion. La mandaba el marqués en persona, habiéndosele reunido D. Pedro Enriquez, adelantado de Andalucía, y hasta tres mil ginetes y cuatro mil peones.

Partieron de Marchena, y cruzando escabrosas sierras y montes espesísimos, ocultándose de dia y caminando de noche, á la tercera de marcha se encontraron al pié de los muros del castillo de Alhama. Sin perder momento, Juan de Ortega, seguido de treinta soldados, aplicó las escalas, mató dos centinelas y facilitó que subiesen hasta trescientos

hombres, los que acometiendo á los moros que acudian á la defensa lograron ahuyentarlos y franquear la entrada al marqués de Cádiz, que esperaba fuera con las tropas. Ya entonces no habia peligro de que se les escapase el castillo; pero ofrecia inmensas dificultades el tomar la ciudad. Nada bastó, sin embargo, á resistir el ímpetu de los cristianos, que animados por el ejemplo que les daban el de Cádiz, el conde de Miranda, D. Pedro Enriquez y el asistente Merlo, sin temor al aceite y pez hirviendo que desde las casas arrojaban sobre sus cabezas las mujeres y niños, mientras que los varones defendian con encarnizamiento las calles obstruidas con estacadas y parapetos, arrollaron cuanto se les puso por delante, y se hicieron dueños de Alhama en Marzo de 1482, despues de degollar á casi todos sus defensores.

Tan grande como la alegría de los cristianos fué la pena que causó á los moros la pérdida de tan importante ciudad, y levantando Muley Hacen á toda prisa un formidable ejército, se puso sobre ella, la estrechó con asaltos contínuos, y habiendo cortado el agua que la surtía, redujo á los sitiados hasta el postrer apuro. Pero defendía la plaza el marqués de Cádiz, cuyo intrépido corazon no se amilanaba ante ningun peligro. Por medio de algunos soldados que se descolgaron por la muralla puso en conocimiento de sus amigos y deudos la extremidad en que se encontraba, y toda la nobleza de Andalucía corrió á su socorro, siendo uno de los primeros D. Enrique de Guzman, duque de Medinasidonia, que olvidó noblemente antiguos agravios y enconadas rivalidades. El granadino levantó el sitio despechado, y aunque de allí á poco resolvió ir sobre Alhama con mayores recursos, le obligó de nuevo á retirarse el rey D. Fernando, que acudió en persona con la flor de sus caballeros.

La guerra estaba completamente declarada, y el rey de Castilla sitió á Loja; pero la briosa defensa de la guarnicion, lo mal que se establecieron los reales cristianos y el acudir Abul Hacen al socorro malograron la empresa y fueron causa de un sangriento descalabro.

Aguósele al granadino la alegría del suceso cuando al volver hácia su capital supo que esta se hallaba en poder de su hijo Abdaláh el Zaquir, á quien los cristianos llamaban Boabdil ó el rey chico. La ambicion de reinar hizo que este príncipe, además de ser mal hijo, viniese á constituirse en instrumento principal de la ruina y acabamiento de su pátria. Favorecido por la poderosa tribu de los Abencerrages, ya antes habia sido causa de que se tiñesen en sangre las calles de Granada; valiéndose ahora del disgusto que causara al inconstante vulgo la pérdida de Alhama, consiguió que, desconocida la autoridad de su padre, se le aclamase por rey de aquel espirante reino. Abul Hacen hubo de retirarse á Málaga, adonde le siguieron sus parciales, entre ellos su hermano Abdalah el Zagal, y Reduan y Abul Cacin Venegas, afamados guerreros.

Una imprudencia de los cristianos brindó á aquellos un importante triunfo. Sin el necesario conocimiento del terreno, y sin observar las precauciones debidas, una hueste acaudillada por el maestre de Santiago D. Alonso de Cárdenas, por el marqués de Cádiz, por el conde de Cifuentes, por D. Alonso de Aguilar y por otros renombrados caudillos, hizo entrada en el territorio de Málaga, y ya embarazados con el botin, fueron á engolfarse en el escabroso terreno de la Axarquia. Valióles su temeridad una espantosa derrota, pudiendo librar su vida á duras penas los expresados jefes, si bien quedó cautivo el de Cifuentes (1483).

Envidioso Boabdil de la gloria adquirida por los de Málaga, quiso tambien ilustrar su nombre con alguna empre-

sa notable. Al efecto salió de Granada, acompañado de Alí Atar, el defensor de Loja, y puso sitio á Lucena. Defendióla con brío D. Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles, el cual pidió auxilio al conde de Cabra y á D. Alonso de Aguilar, quienes acudiendo con buen número de tropas derrotaron á Boabdil y le hicieron prisionero. Conducido á presencia de D. Fernando, este le trató con la mayor distincion, devolviéndole su libertad despues que se hubo reconocido su vasallo ofreciendo pagarle tributo y acudirle con sus fuerzas cuando á ello fuese requerido. Aprovechando los parciales de Abul Hacen la prision del Zaquir, que habia perdido muchos parciales por sus tratos con los cristianos, hicieron al rey viejo dueño de Granada; pero llegado que fué el Zaquir, los suyos le recibieron en el Albaicin.

Ya á punto de venir á las manos ambos bandos, propusieron algunos, como remedio á los males que amenazaban, que depuestos padre é hijo fuese elevado al trono Abdalah el Zagal. Muchos asintieron á esta propuesta, aprobada por el mismo Abul Hacen, y avisaron al Zagal, que acudió acompañado por Reduan. Pero hubo de contentarse con reinar en la Alhambra, pues Boabdil se sostuvo en el Albaicin, y ambos rivales ensangrentaron con frecuentes combates las calles de Granada.

Entre tanto los cristianos iban adelantando sus fronteras, y sucesivamente se apoderaron de Alora, Coin, Cartama, Marbella y otras fortalezas. En estos combates ocurrian hechos tan heróicos, que merecen pasar á la posteridad. En El ataque de Coin, metiéndose por la brecha con su compañía el capitan Pedro Ruiz de Alarcon, sin mirar si le seguia ó no lo demás del ejército, se adelantó hasta la plaza, donde se vió envuelto por multitud de enemigos. Aconsejábale uno de los suyos que se retirase, pero el valiente cas-

tellano le contestó: «No entré aquí á pelear para salir hu»yendo.» Y allí rindió su alma, acabado por multitud de heridas. Poco despues, en la toma de Ronda, los soldados del maestre de Alcántara y los del conde de Benavente, que montaban la brecha, repararon con admiracion en un caballero que, seguido de muy pocos, se les habia adelantado, y habiendo escalado una casa, se iba encaramando de tejado en tejado hasta plantar una bandera que llevaba en la mano sobre la cúpula de la mezquita principal. Aquel valiente era el alférez D. Juan Fajardo, y su hazaña contribuyó poderosamente á la rendicion de la plaza.

La muerte de Abul Hacen, que acabó de vejez en Almuñécar, no mejoró la situacion de los granadinos, porque Boabdil y el Zagal continuaron sus funestas discordias, sin que entre ellos hubiese pacto estable ni avenencia posible.

Los cristianos pusieron sitió á Loja en la primavera de 1486, y aunque acudió Boabdil á la defensa y logró introducirse en la plaza, tuvo al fin que rendirla, despues de haber peleado con valentía. Una de las condiciones que entonces pactó con el rey D. Fernando fué que si este, por avenencia ó por la fuerza, llegaba á hacerse dueño de las ciudades de Baza, Guadix y Almería, que pertenecian al Zagal, al punto le entregaria á Granada y el resto de sus dominios.

Tras de una tentativa infructuosa contra Moclin, cayeron en poder de los cristianos Illora, Bentomix, la misma Moclin nuevamente acometida, Vélez Málaga, y en 18 de Agosto de 1487 la famosísima Málaga, despues de un largo y apretado sitio, en el que los reyes de Castilla estuvieron á punto de perecer por el puñal de un fanático musulman, que pidió presentárseles bajo pretexto de comunicarles un aviso importante.

Aprovechando Boabdil la ausencia del Zagal cuando fué al socorro de Vélez, se hizo único dueño de Granada, teniendo su rival que recogerse en Guadix. Como aquel habia reanudado sus alianzas con los cristianos, estos dirigieron sus fuerzas contra los pueblos que obedecian al Zagal, y en la primavera de 1489 cercaron la fuerte ciudad de Baza. Defendióla valerosísimamente el infante Cide Yahye, y solo la entregó cuando desahuciado de todo socorro le faltaron medios de prolongar la resistencia. La acogida que le dispensaron los reyes ganó su corazon en tales términos, que se comprometió á hacer que su primo el Zagal les entregase sin oposicion las ciudades de Guadix y Almería, resto de sus dominios, y en efecto, así lo verificó aquel mediante ciertas compensaciones, retirándose al Africa de allí á poco.

Quedaba sola Granada estrechada por los victoriosos cristianos, y que, segun el convenio antes citado, debia ser entregada á los reyes de Castilla, puesto que ya estos se habian hecho dueños de las ciudades que obedecian al Zagal. Pero al exigirle al desventurado Boabdil el cumplimiento de su palabra, el temor á una sublevacion de su pueblo le hizo preferir el correr los peligros de una guerra sin esperanzas.

Algo le sonrió la fortuna en su principio, puesto que se hizo dueño de Alhendin, logró sublevar la Serranía y puso en grave aprieto á Salobreña; pero defendió esta villa con singular denuedo Hernan Perez del Pulgar, el de las Hazañas, y Boabdil hubo de retirarse á Granada, á cuya vista se presentó por fin el rey D. Fernando en la primavera de 1491 con un ejército de cuarenta mil infantes y diez mil caballos. Le acompañaba lo más escogido de sus guerreros, entre los que descollaban el marqués de Cádiz, el de Villena, los condes de Cabra, de Tendilla, de Ureña y de Gifo...

el célebre D. Alonso de Aguilar, y su hermano el aun más ilustre Gonzalo Fernandez de Córdoba, conocido luego por el Gran Capitan; Garcilaso de la Vega, Hernan Perez del Pulgar y otros de gran nombradía.

Talada rigorosamente la vega, hizo lo mismo el rey don Fernando con el valle de Lecrin y la Alpujarra, de donde la ciudad se surtia, y en seguida revolvió sobre esta, y sentó definitivamente su campo, acudiendo á él la reina con un lucido cortejo, que lo componian el príncipe D. Juan, las infantas y muchas damas jóvenes y hermosas.

La vega fué teatro diario de reñidos encuentros, en que cuando no se combatian de poder á poder ambos ejércitos, lo hacian en desafios particulares los caballeros moros y cristianos, no siendo aquellos ni ménos valientes ni ménos diestros que estos. Entre los hechos de singular arrojo que se llevaron á cabo en tan famosa guerra, merece mencionarse el ejecutado por Hernan Perez del Pulgar y por otros quince de sus compañeros. Favorecidos por las sombras de la noche lograron introducirse en la ciudad, y llegando hasta la mezquita mayor, clavaron en sus puertas un puñal, del que pendia un ancho tarjeton, en cuyo centro campeaba el lema cristiano: *Ave María*. En seguida trataron de poner fuego al Albaicin, para lo que llevaban prevenidas teas y haces de leña; pero descubiertos por una patrulla, se puso en armas todo el barrio, y solo pudieron pensar en salvarse, como lo consiguieron saliendo por donde habian entrado. Al dia siguiente se presentó delante de los reales cristianos el moro Tarfe, llevando colgado de la cola del caballo el pergamino con el Ave María. Salió contra él Garcilaso de la Vega, y tras de un reñido combate le atravesó con su lanza y rescató la preciosa prenda.

Durante los primeros meses del sitio, los moros, como en desprecio de sus contrarios, mantuvieron abiertas de dia y

noche las puertas de la ciudad, y segun los historiadores árabes, cada dia salian por ellas tres mil caballos á pelear con los castellanos, acaudillándolos Muza ben Abil Gazan, Muhamad Aben Zayde, Naim Reduan, Abdel Kerin y otros muy valientes guerreros; pero despues de una terrible derrota, en que perdieron la artillería, las torres de las atalayas, y más de dos mil soldados, mandó ya Muza que se cerrasen las de la vega.

En la noche del 14 de Julio cundió de repente una terrible alarma en los reales cristianos. Un violento incendio, que tuvo su orígen en la tienda misma de la reina, y que de ella se comunicó instantáneamente á otras muchas, amenazaba devorar todo el campamento. Supúsose en aquellos momentos que era obra de los moros, y que á él seguiria un ataque furioso. El rey, á medio vestir, montó á caballo, salió al campo y puso en órden sus tropas; pero pasada la primera confusion pudo averiguarse que la causa del fuego habia sido la imprudencia de una doncella de la reina, que colocó una bujía encendida al lado de una colgadura.

Para evitar en lo sucesivo estos sucesos, y al mismo tiempo para hacer comprender á los granadinos la irrevocable resolucion de no levantar el sitio hasta rendirlos, dispusieron los reyes reemplazar las tiendas con casas, edificando una verdadera poblacion. Puesta mano á la obra, quedó aquella terminada en solos ochenta dias, y recibió por nombre *Santa Fé*.

Imposible es calcular el efecto que produjo su vista en los ya descorazonados granadinos, y entonces comprendieron sus principales caudillos que era preciso pensar en la capitulacion; pero por temor á la plebe se tuvieron secretas las negociaciones. Fueron los comisionados para seguirlas, por parte de Boabdil, el wazir Abul Cacim Abdelmelik y el

alcaide Aben Comixa; por los reyes de Castilla, su secretario Hernando de Zafra y Gonzalo Fernandez de Córdoba. Quedó estipulado que los reyes recibirian á los vecinos como vasallos suyos, conservándoles sus bienes, el ejercicio de su religion y el privilegio de ser juzgados por sus cadíes; los que no quisiesen permanecer en Granada podrian retirarse con sus bienes á donde mejor les acomodase; se les permitiria el uso de su traje y de su lengua; quedarian por tres años libres de tributos, y luego no se les impondrian mayores que los que acostumbraban pagar á sus reyes. A Boabdil se le dejaba el señorío de ciertos lugares, donde podia vivir como rey, dándole además una cantidad en dinero. Con estas condiciones, Granada y todas sus fortalezas deberian ser entregadas á los reyes de Castilla el 6 de Enero de 1492, y desde luego serian puestos en libertad sin rescate todos los cautivos cristianos que existiesen en la ciudad, dando en rehenes para el cumplimiento de esta cláusula quinientos jóvenes de las mejores familias.

Tan luego como se susurró lo de la capitulacion empezó á murmurar la plebe incitada por varios alfaquíes, y Boabdil, temiendo cualquier trastorno, anticipó la entrega al 2 de Enero. En ese dia tremolaron en la Alhambra las banderas cristianas, y el infeliz Zaquir, despues de entregar á su vencedor las llaves de Granada, partió con toda su familia á esconderse en el pequeño Estado que se le habia concedido. Al llegar al cerro del Padul se volvió para mirar por última vez á la hermosa ciudad, y derramó abundantes lágrimas, que hicieron le dijese su madre: «Llora, »llora como mujer, ya que no has sabido defender como »hombre tu corona.» Nó tardó el destronado monarca en vender sus Estados á los reyes, y se embarcó para Africa, donde treinta y cuatro años más tarde pereció en una ba-

talla defendiendo el trono de su protector y pariente Muley Amed, rey de Fez.

Los reyes de Castilla tomaron solemne posesion de tan preciosa conquista entre la más frenética alegría de todo el ejército, y confirieron su guarda al ilustre conde de Tendilla. Así terminó aquella gigantesca lucha de cerca de ocho siglos, que no ménos tiempo de incesantes esfuerzos costó el arrancar á los sectarios del Islam el fruto de su victoria del Guadalete.

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

POR CRISTÓBAL COLON.

El año de 1492, tan célebre en la historia de nuestra pátria, porque en él tuvo lugar la toma de la hermosa Granada y con ella terminaron D. Fernando y doña Isabel la larga y difícil obra que empezó Pelayo en Covadonga, lo fué tambien por otra empresa de gigantesca concepcion, de más reconocida importancia, de más trascendentales y portentosas consecuencias.

Esa empresa, que ningun génio humano habia llegado á concebir, y mucho menos á tantear, fué concebida y llevada á feliz remate por un hombre, hasta entonces oscuro y desconocido, por Cristóbal Colon, natural de Génova, é hijo de un cardador de lana.

Dedicado á la navegacion, y siendo muy instruido en matemáticas, en geografía y en astronomía, su génio superior le inclinaba á las grandes empresas marítimas, y miraba con envidia á los célebres navegantes, que bajo la ilustrada proteccion del rey D. Juan II de Portugal asombraban á la sazon al mundo con arriesgados viajes, y se disponian á doblar el terrible cabo de las Tormentas, cuyo nombre cambió aquel monarca en el de Buena Esperanza, cumpliéndose muy en breve la que abrigaba de llegar por él á las codiciadas tierras de la India. Así que no tardó Co-

lon en pasar á Lisboa, donde casó con la hija de un piloto llamado Moñiz de Palestrello, que al servicio de los portugueses habia tomado parte en muchas de sus expediciones. Las cartas, mapas y papeles del piloto le fueron de grande utilidad, y las maravillosas relaciones de los viajes del veneciano Marco Polo acabaron de inflamar su imaginacion, que llegó á fijarse en la idea de descubrir un camino más directo para las Indias, navegando siempre al Occidente á través del Atlántico, fundando su cálculo en la redondez de la tierra. Cada vez más penetrado de la posibilidad de la ejecucion, propuso á D. Juan II que le facilitase buques y recursos para intentar la empresa; pero sometida la proposicion por el portugués á una junta de personas inteligentes, estas la desecharon por quimérica y aun insensata. Despechado Colon, se ausentó de Lisboa y fué á exponer su propósito al Senado de Génova, pero no encontró mejor acogida; y entonces resolvió pasar á Castilla, como lo verificó en 1485.

Ofrecióle la fortuna el conocimiento y la proteccion de un varon tan docto como piadoso y enérgico, y que, por haber sido confesor de la reina doña Isabel, gozaba en la córte de suma consideracion é influjo personal, además del que le proporcionaba la particular amistad del célebre fray Fernando de Talavera, que le habia sucedido en aquel elevado cargo. Fray Juan Perez de Marchena, prior del convento de la Rávida, conoció al ilustre genovés con ocasion de llegar este con su hijo Diego, ambos extenuados de fatiga, á pedir asilo á aquella casa. Comunicó Colon al fraile sus proyectos, y sabiendo el segundo comprenderlos, se resolvió á proteger la empresa á todo trance. Por recomendacion suya, fray Fernando de Talavera y D. Pedro Gonzalez de Mendoza, gran cardenal de España, propusieron á Colon una audiencia de los reyes, que le oyeron con bene-

volencia, y sometieron al exámen del cláustro de la Universidad de Salamanca el exámen de sus proyectos y de sus proposiciones. La junta de profesores, compuesta en su mayoría de eclesiásticos, oponia á las ideas del marino textos de la Biblia y de los Santos Padres, de los que deducia que la tierra era plana, y llegaba á calificarlas hasta de poco ortodoxas. Colon se defendia con dignidad y elocuencia, pero convenció á pocos, y la junta, al cabo de mucho tiempo, acabó por declarar quimérico el pensamiento, opinando que los reyes no debian apoyarle. Contrariaba tambien á Colon el que, comprometidos entonces en la guerra de Granada, no podian aquellos atenderle como quisieran, todo lo cual apuraba su paciencia, y llegó á hacerle tomar la resolucion de abandonar á Castilla y de ir á ofrecer sus servicios al rey de Francia.

Pero los amigos que contaba en la córte, que eran ya muchos y poderosos, lograron que la reina despachase un correo al marino previniéndole que se presentase en Santa Fé, y coincidiendo su llegada con la rendicion de la capital morisca, pudo ya desde luego entrarse á discutir los medios de realizar los gigantescos proyectos del genovés.

Sin embargo, parecieron tan excesivas y onerosas las condiciones que proponia, que otra vez estuvo á punto de romperse el acomodamiento; pero el padre Marchena, Alonso de Quintanilla, Luis de Santángel, la célebre marquesa de Moya, amiga de la reina, y otras personas de influjo, hicieron comprender fácilmente á aquella señora que nada se arriesgaba en prometer á Colon un premio, que solo habia de gozar si la empresa se veia coronada por el éxito; y que en este caso, ningun galardon era excesivo para quien procuraba á la corona tan valioso descubrimiento y al mismo tiempo abria tan anchuroso campo á la propagacion de la fé.

Quedó al fin concluido un tratado, por el que los reyes concedian á Colon: 1.°, que él, y despues de él sus hijos y sucesores, gozarian para siempre el empleo de almirante en todas las tierras y continentes que pudiesen descubrir y adquirir en el Océano; 2.°, que seria virey y gobernador de ellas, con privilegio de proponer para el gobierno de cada provincia tres sugetos, entre los cuales habia de elegir el soberano; 3.°, que tendria derecho á reservar para sí la décima parte de todas las riquezas ó artículos de comercio que por cambio, compra ó conquista se obtuviesen en los términos de su almirantazgo, deducido el coste primeramente; 4.°, que él y su lugarteniente serian los únicos jueces en los litigios que ocasionara el tráfico entre España y los países descubiertos; 5.°, que podria contribuir con la octava parte de los gastos de armamento de los buques que irian al descubrimiento, y recibiria la octava parte de las utilidades.

Ajustado el convenio, activáronse los preparativos para la ejecucion, y vencidas las dificultades que ofrecia el reclutar gente que se prestara á tripular las naves para empresa tan sobrenatural, pudieron aquellas darse á la vela el 3 de Agosto de 1492, partiendo del pequeño puerto de Palos, inmediato á Moguer, en Andalucía. Componian la escuadra tres pequeñas carabelas; la primera, nombrada *Santa María*, iba á las órdenes de Colon; la segunda, *La Pinta*, á las de Alonso Pinzon, vecino y comerciante de *Palos*; la tercera, *La Niña*, á las de Francisco Yañez Pinzon, hermano del anterior. Embarcáronse hasta unas ciento veinte personas, entre ellas noventa marineros. ¡Medios harto escasos y fuerzas demasiado débiles para lanzarse en las inmensas soledades del Atlántico tras un objeto que bien podia entonces calificarse de puramente quimérico!

Sin tropiezos de ningun género llevaron adelante su em-

presa los atrevidos marinos hasta dejar muy atrás las *Canarias*; pero cuando trascurrido más de un mes sin ver tierra, pasábanse uno y otro dia sin que sus ojos descubriesen sino un mar sin límites, empezó á cundir la desconfianza entre los tripulantes; á la desconfianza siguieron los temores y las murmuraciones, y pronto quedó del todo desconocida la autoridad de Colon, cuya cualidad de extranjero atizaba la ojeriza de aquella gente, á la que no sin motivo asustaba lo crítico de su situacion.

Colon procuraba volver la esperanza á los abatidos espíritus, demostrando en su rostro una tranquilidad de que él mismo no participaba. Favorecióle la aparicion de algunas aves desconocidas y el verse flotar sobre la superficie del agua yerbas verdes, que parecia que acababan de desprenderse de la tierra. Esto acalló por entonces las murmuraciones; pero se reprodujeron con furiosa violencia cuando los marineros observaron que pasaban los dias sin que la sonda encontrase fondo, ni la vista el ansiado límite de aquel mar interminable. Entonces tomó la rebelion tan temible carácter, que los mismos Pinzones aconsejaron á Colon que virase de bordo para regresar á España; pero el genovés, con las lágrimas en los ojos, les suplicó le alcanzasen un último plazo de tres dias, al cabo de los cuales se comprometia á complacerles si salian fallidos sus cálculos. Otorgáronselo los sublevados, que Dios habia dispuesto poner ya término á las angustias y sufrimientos del intrépido navegante.

Poco tardó en aparecer sobre las olas una caña recien cortada, y á esta siguieron una rama de árbol con fruta y un baston labrado. La esperanza renació en todos los corazones, y Colon pasó aquella noche devorado por febril impaciencia, y aun creyó haber visto á lo lejos una luz que cambiaba de sitio. Amaneció al fin el nuevo dia, y un grito

general anunció que estaba á la vista aquella tierra tan suspirada. Era el 12 de Octubre de 1492, y la tierra, que era una isla llamada por los naturales *Guanahani,* recibió de Colon el nombre de *San Salvador.*

La costa aparecia cubierta de hermoso follaje, llegando hasta los buques un perfume aromático. Hallábase poblada de gentes de extraño aspecto y enteramente desnudas; los hombres, sin barba ni vello alguno, iban armados con palos, cuya punta estaba endurecida por el fuego, ó con cañas terminadas con un hueso afilado. Al acercarse los españoles huyeron precipitadamente, y Colon saltó á tierra sin obstáculo, llevando en una mano su espada desnuda y en la otra el estandarte de Castilla. Despues de besar devotamente la arena, él y sus compañeros dieron á Dios rendidas gracias por el feliz éxito de su navegacion, y se tomó posesion del país en nombre de la corona.

La actitud pacífica de los españoles alentó á los isleños, que llegándose á ellos, al principio con timidez y luego con mayor confianza, les tocaban la barba, examinaban sus trajes y admiraban sus relucientes armas. Un pequeño pedazo de vidrio ó de cristal, algunos cascabeles, los botones y otras baratijas por el estilo eran para ellos tesoros inapreciables, por los que ofrecian gustosos las producciónes de la isla y el oro que poseian.

Reembarcóse Colon para continuar sus descubrimientos dirigiendo el rumbo al Mediodia, y no tardó en aportar á una tierra de exuberante vegetacion, llamada *Cuba* por sus naturales, que recibieron á los españoles con las mismas muestras de asombro y tan pacíficamente como los de *Guanahani.* Pero no encontrando allí tampoco la abundancia de oro que se prometia, é indicándole por señas los isleños que les venia de un país más al Este, siguió su derrotero el almirante hasta descubrir la isla de *Haiti,* á la que bau-

tizó con el nombre de la *Española*, y es tambien conocida con el de *Santo Domingo*.

Asombráronse los expedicionarios al ver la fertilidad y buena disposicion de la tierra, sus vegas opulentas, sus espesos bosques poblados de maderas riquísimas, la abundancia de pastos, sus buenos puertos y los rios caudalosos que arrastraban oro en sus arenas. Creyó Colon de buena fé ser aquella la famosa *Cipango* descrita por el veneciano *Marco Polo*, y confirmóse en la idea de haber llegado por el nuevo camino á las ansiadas *Indias*.

Huyeron al principio los indígenas; pero habiéndose dado alcance á una jóven, á la que se agasajó y regaló con algunas bagatelas, esta volvió á los suyos, y ponderándoles la amabilidad de los blancos, les animó á acudir en tropel, no tardando en establecerse un mercado, cuyos cambios halagaban aun más á los sencillos indios que á los recien llegados. El cacique Guacanagari, que mandaba en aquella parte de la isla, se declaró leal amigo de los españoles y no tardó en prestarles un importante servicio, contribuyendo á la salvacion de los tripulantes y de muchos de los objetos de valor que conducia la *Santa María*, la cual, por descuido de un grumete, se estrelló impensadamente en un escollo.

La pérdida de su carabela, el haber desaparecido *La Pinta* y temer que Alonso Pinzon quisiese adelantarse á llevar á España la noticia del descubrimiento, y el considerar los pocos recursos con que contaba para fundar en aquellos países los necesarios establecimientos, indujeron á Colon á regresar cuanto antes, no sin construir una pequeña fortaleza defendida por los cañones de la *Santa María*, en la que dejó treinta y nueve hombres á las órdenes de Diego de Arana, encargándoles mantuviesen buenas relaciones con los indígenas y que fuesen aprendiendo su lengua.

Brindóse Guacanagari á velar por la seguridad de aquel puñado de españoles.

Embarcando consigo algunos indios de ambos sexos, muchas vistosas aves, plantas, maderas y oro en pepitas, en polvo y labrado en planchas y coronas, Colon se dió á la vela el 4 de Enero de 1493. Al tercer dia se encontró con *La Pinta,* y ambas naves siguieron reunidas hasta que las separó una espantosa borrasca, que estuvo á punto de sumergirlas. Quiso Dios que, abonanzando el tiempo, aportasen ambas á Lisboa con pocas horas de diferencia.

Aunque celoso y disgustado el rey D. Juan II por no haber dado oidos en su tiempo á las proposiciones de Colon, le recibió con las mayores atenciones, y facilitó el que desde allí mismo enviase un correo á doña Isabel y á D. Fernando participándoles su regreso y el éxito feliz de la expedicion. Hallábanse aquellos en Barcelona, y el almirante, despues de descansar unos dias, se dió de nuevo á la vela, tocó al paso en Palos de Moguer y llegó felizmente á la capital de Cataluña, donde los reyes, los magnates y el pueblo le hicieron el más distinguido recibimiento, no cansándose de festejarle, así como tampoco de admirar las ricas y hermosas producciones de aquellas tierras descubiertas por el atrevido marino.

¡Tal fué el resultado de la empresa más grande que ha concebido la imaginacion humana, y que supieron acometer y llevar á cabo el valor y la prudencia de un hombre!

PRIMERAS GUERRAS DE NÁPOLES.

El casamiento de doña Isabel I de Castilla con D. Fernando II de Aragon, y la conquista de Granada, llevada á feliz remate por dichos monarcas en 1492, reconstituyeron la unidad nacional, rota fatalmente en la batalla del Guadalete, y pusieron á España en condiciones de figurar en primer término en los asuntos de Europa, á los que hasta entonces habia permanecido extraña casi siempre.

Aquella larga lucha de ocho siglos, que habia venido sosteniendo contra los musulmanes, elevó al más alto punto las virtudes guerreras, que eran natural patrimonio de sus valientes hijos, y al terminar el siglo XV, España, que contaba con una poblacion numerosa, valiente y aguerrida, con una nobleza caballeresca, y que se hallaba gobernada por un eminente político, no podia avenirse á representar un oscuro papel en la escena del mundo. Brindóle la fortuna la ocasion que necesitaba, y la Italia le ofreció sus magníficos campos para que sirvieran de palenque á las hazañas de sus soldados.

Hallábase aquella hermosa península dividida en pequeños Estados, de los que eran los principales las repúblicas de Venecia y de Florencia, el ducado de Milán, el reino de Nápoles y los Estados Pontificios. Ludovico Sforza, apellidado el Moro, gobernaba á Milán en nombre de su sobrino Juan Galeazo, á quien no tardó en heredar. Temeroso de

que el rey D. Fernando de Nápoles, de acuerdo con Pedro de Médicis, jefe de la república de Florencia, tramase algo contra él, excitó á Cárlos VIII de Francia á que renovara las antiguas pretensiones de su familia al reino de Nápoles, y seducido el jóven monarca, se decidió á la empresa forjando en su imaginacion las más brillantes ilusiones.

A fin de quedar más desembarazado, ajustó sus diferencias con Alemania, Inglaterra y España, cediendo á esta por el tratado de Barcelona los condados de Rosellon y Cerdaña, que le venia disputando el rey de Aragon.

Aunque contento este con tan importante adquisicion, no por eso veia con buenos ojos la empresa que meditaba el francés, é hizo cuanto le fué posible por disuadirle de ella; pero no pudiendo conseguirlo le declaró la guerra pretextando que se hallaba obligado á defender á Nápoles como feudo que era de la Santa Sede. A pesar de todo, Cárlos VIII llevó adelante su propósito; entró en Italia con poderoso ejército en el verano de 1494; penetró en Roma contra la voluntad del Pontífice, que lo era entonces Alejandro VI, y casi sin combatir se apoderó de todo el reino de Nápoles.

Pero el rey de Aragon era un enemigo no menos temible como político que como guerrero, y supo en poco tiempo formar contra Cárlos VIII la que se llamó *Liga Santa*, de la que formaron parte el Papa, el emperador Maximiliano de Austria, la república de Venecia y el mismo Luis Sforza, ya duque de Milán por la muerte de su sobrino. D. Fernando tenia prevenida en Sicilia una armada á las órdenes de Galceran de Requesens, y las tropas que aquella llevaba á bordo iban á cargo de Gonzalo Fernandez de Córdoba, que pronto iba á ser conocido con el dictado de *El Gran Capitan*.

Tan luego como Cárlos VIII supo el peligro que le ame-

nazaba dividió su ejército en dos partes, y dejando la una para guardar su conquista, partió con la otra á Francia, á donde llegó sin más que sostener un pequeño choque con los venecianos en las orillas del Taro.

Era entonces rey de Nápoles D. Fernando II, quien, cediendo á las superiores fuerzas del francés, habia tenido que refugiarse en Sicilia, y de ella salió con Gonzalo de Córdoba para recuperar su reino. Empezóse la reconquista por la Calábria, donde, por no seguir los consejos de Gonzalo, sufrió D. Fernando un fuerte revés en Seminara; vengándolo de allí á poco con arrojarse en la armada de Requesens sobre la capital del reino, que le abrió sus puertas, y con obligar al duque de Montpensier, regente por Cárlos VIII, á retirarse á Salerno y de allí á la provincia de la Pulla, encerrándose por último en la plaza de Atella, donde pronto le tuvo bloqueado el activo y valeroso D. Fernando II.

No se atrevió, sin embargo, este príncipe á arriesgar un golpe decisivo sin el concurso de Gonzalo, y le envió á llamar con premura. Acudió el español desde la Calábria, haciendo una pasmosa marcha por país enemigo sin más ejército que mil infantes, cuatrocientos caballos y setenta hombres de armas, siendo tan acertadas y vigorosas sus disposiciones, que obligó á Montpensier á rendirse, entregando á Atella y otras plazas que obedecian sus órdenes. De regreso en la Calábria, terminó su conquista poniendo al general francés Aubigni en la precision de desampararla.

Aquella campaña habia valido á Gonzalo el dictado de *Gran Capitan*; y la reconquista de Ostia, ciudad importantísima por su posicion sobre la embocadura del Tíber, que tenia usurpada á la Santa Sede el terrible aventurero Guerri, le consiguió la más ruidosa ovacion en la capital

del orbe cristiano. Tampoco fué con él ingrato el rey don Fadrique de Napóles, sucesor de su sobrino D. Fernando II, pues le hizo duque de Santángelo, asignándole al mismo tiempo cuantiosísimas rentas.

Expulsados los franceses de Italia y muerto Cárlos VIII en 1498, su sucesor, Luis XII, ajustó en el mismo año la paz con España. No pensaba que sus súbditos gozasen mucho tiempo de tan gran beneficio, pues movíale á dar aquel paso el deseo de apoderarse del Milanesado, como lo verificó en el siguiente año, haciendo prisionero á Ludovico.

Dueño de tan bello país, y contando con la alianza del Papa, con la de Venecia y con la de otros Estados italianos, no disimuló ya los proyectos que abrigaba contra el reino de Nápoles. Temeroso D. Fadrique, y no prometiéndose encontrar apoyo ni aun en su pariente D. Fernando de Aragon, lo buscó en el emperador de los turcos Bayaceto, quien envió una escuadra contra las posesiones venecianas del Adriático. Esta alianza, que no produjo á don Fadrique ninguna ventaja positiva, sirvió para encubrir la ambicion de Luis XII y de D. Fernando de Aragon bajo un honroso pretexto, y pintando al monarca de Nápoles como enemigo de la cristiandad, le declararon depuesto del trono con anuencia del Soberano Pontífice.

Si el francés alegaba á aquella corona los derechos de la casa de Anjou, el aragonés decia que D. Fadrique la ceñia indebidamente, porque D. Alonso V el Magnánimo no habia podido privar de ella á su descendencia legítima en beneficio de una rama bastarda. Uno y otro deseaban la codiciada presa; pero no encontrándose con fuerzas bastantes ninguno de ellos para arrebatarla por sí solo si tenia por contrario á su rival, se acomodaron por lo pronto á repartírsela, no sin ánimo de aprovechar la primera ocasion

que se les presentase de reivindicar la porcion á que por lo pronto renunciaban. Quedó, pues, acordado que la ciudad de Nápoles y toda la parte septentrional del reino con el título de rey quedaria para el de Francia, y para el de Aragon las Calábrias, la Pulla y el Abruzo.

Fácil era á dos tan poderosos monarcas llevar á cabo el tratado de particion, tanto más cuanto que encomendaron su ejecucion á dos generales tan experimentados como el Gran Capitan y el caballero d'Aubigni. Solo encontró este resistencia en la ciudad de Cápua, cuyas puertas le franqueó la traicion, y en la que sus tropas cometieron los más horribles excesos. Los españoles se vieron detenidos mucho tiempo delante de los muros de la fuerte Tarento, pero al fin la obligaron á entregarse. En este asedio corrió un dia gran peligro la vida de Gonzalo. Hostigada por la escasez de víveres y por la falta de pagas, la mayor parte de sus soldados se subleva, y empuñando las armas corre desalada á la tienda de su general. En vano este procura calmarlos alegando la falta de fondos: un capitan vizcaino se atreve á interrumpirle diciendo: «Que vaya tu hija á ganarlos y »pronto los tendrás.» El prudente Gonzalo disimula por el momento el ultraje y sigue sus exhortaciones, cuando un soldado furioso dirige su pica contra el pecho del general. Este aparta el arma con la mano, y dice al soldado con la mayor sangre fria: «Muchacho, alza un poco más esa pica, »pues con tu descuido has podido causarme una herida.» Esta presencia de ánimo produjo más efecto que las palabras, y los sublevados se retiraron avergonzados. A la mañana siguiente amaneció ahorcado de una de las ventanas de su alojamiento el capitan vizcaino.

Tuvo lugar esta breve campaña en 1501. El infeliz don Fadrique aceptó las propuestas de Luis XII y se retiró á Farncia, donde permaneció tranquilo hasta su muerte.

CONQUISTA DEFINITIVA DEL REINO DE

NÁPOLES POR EL GRAN CAPITAN.

El tratado de particion del reino de Nápoles, concluido entre Luis XII de Francia y D. Fernando V de España, respondia perfectamente al objeto que ambos se habian propuesto al celebrarlo, pues la oscuridad y poca fijeza de sus cláusulas se prestaban á diferentes interpretaciones. Uno y otro habian procedido de mala fé; pero fué el francés el que hizo patente la suya pretextando que su porcion valia menos que la del rey católico, y exigiendo que este le cediese la provincia de la Capitanata. No queria perder la ocasion que le brindaba el ser el ejército francés de Nápoles muy superior en fuerzas al de los españoles.

Por eso precisamente trató de ganar tiempo el rey D. Fernando hasta enviar los indispensables refuerzos, y por órden suya el Gran Capitan hizo al duque de Nemours, general en jefe del ejército francés, las proposiciones más moderadas; pero el duque, negándose á toda transaccion, intimó al español que en el término de veinticuatro horas evacuase toda la Capitanata. Con esto quedó declarada la guerra.

Apurada era la situacion de Gonzalo de Córdoba, que no contaba sino con tres mil infantes, setecientos caballos ligeros, y trescientos hombres de armas para resistir á los mil hombres de armas, y á los diez mil peones de que dis[illegible]ours. Tenia este por segundo al veterano Aubig-

ni y le acompañaban capitanes tan famosos como Jacobo de Chabannes, señor de la Paliza, Luis de Ars, Ibo de Alegre y el terrible Bayardo, apellidado *El caballero sin miedo y sin tacha.* Descollaban entre los españoles el célebre Pedro Navarro, Diego García de Paredes, el capitan Zamudio, Gonzalo Pizarro padre de Francisco Pizarro conquistador del Perú, Pedro de Paz, Diego de Mendoza y otros no menos ilustres y valerosos.

Corria el año de 1502 cuando empezaron las hostilidades. El Gran Capitan reconcentró cuanto le fué posible sus tropas, encerrándose él con la mayor parte en Barletta, ciudad bien situada, y que por estar sobre el Adriático le brindaba segura comunicacion con su escuadra.

El duque de Nemours resolvió bloquear á Barletta; pero antes quiso apoderarse de Canosa, plaza que defendia Diego García de Paredes con seiscientos soldados escogidos. Lo brioso de la defensa correspondió á lo terrible de los ataques, dirigidos por el caballero Bayardo y por el señor de la Paliza. Rechazados los franceses en dos asaltos, se preparaban á dar el tercero, cuando García de Paredes, obedeciendo las órdenes de su general, pidió capitulacion, que le fué concedida con las más ventajosas condiciones. Los españoles, que habian quedado reducidos á unos doscientos, salieron libres con armas y bagajes, desfilando por en medio del ejército francés al grito de *¡viva España!*

Desembarazado Nemours de este estorbo, envió á Aubigni con parte de las tropas á sujetar la Calábria, y él con las restantes estrechó el bloqueo de Barletta. Gonzalo no le dejaba un momento de reposo, molestándole con contínuos rebatos, en que siempre sacaba ventaja. Los campos de Barletta fueron teatro de brillantes hechos de armas, mereciendo particular mencion el desafío de once caballeros franceses con otros once españoles, que tuvo lugar el dia 20

de Setiembre. El combate duró desde las diez de la mañana hasta la puesta del sol, y aunque los españoles llevaban señalada ventaja por quedar solo dos franceses montados, los jueces del campo dieron por concluido el combate, declarando que unos y otros se habian portado como buenos y esforzados caballeros.

Crítica iba siendo la posicion de Barletta por la falta de víveres, de dinero y de toda clase de pertrechos. Algunos socorros que se le enviaban de España y de Sicilia habian sido interceptados por Aubigni, ó por la escuadra francesa que dominaba el Adriático, y solo el ascendiente de un general como Gonzalo de Córdoba podia hacer que los soldados sufriesen con alegre semblante tantas molestias y privaciones.

Antes que la constancia española se cansó la ligereza francesa, y á principios de 1503 el duque de Nemours salió de Canosa, y formando su ejército al pié de los muros de Barletta, envió un mensajero á Gonzalo provocándole á la batalla. «No acostumbro á combatir, contestó el español, cuando quieren mis enemigos, sino cuando yo creo que la ocasion lo pide.» Retiróse Nemours despechado con la respuesta, llevando aires y confianza de vencedor; pero cuando iba más descuidado dió sobre su retaguardia la caballería de Gonzalo, la desbarató y la hizo multitud de prisioneros, que condujo sin tropiezo á Barletta.

Otro golpe más rudo descargó de allí á poco el general español sobre sus enemigos. Habíase rebelado contra estos la ciudad de Castellaneta, exasperada por los excesos de su guarnicion, y Nemours acudió con un buen golpe de gente á sujetarla. Gonzalo, que vigilaba sin descanso todos los movimientos de su contrario, no quiso desaprovechar tan buena ocasion, y saliendo precipitadamente de Barletta, se arrojó sobre Rubo, plantó su artillería, abrió brecha

á las cuatro horas, dió el asalto, y á pesar de la heróica defensa de los franceses acaudillados por el valeroso La Paliza, se hizo dueño de aquella importante plaza y de todos sus defensores. Con aquella cayeron en su poder mil caballos, con los que reforzó su caballería. Cuando avisado Nemours quiso acudir al socorro de La Paliza, abandonando el de Castellaneta, ya estaba Gonzalo en Barletta con sus prisioneros, dejando bien guardada su conquista.

La fortuna empezaba á sonreir á los españoles. Su almirante Lezcano derrotó la armada francesa en las aguas de Otranto, y pudieron llegar á Barletta víveres y refuerzos. Entre estos recibió Gonzalo el de dos mil lansquenetes alemanes, reclutados por el embajador de España cerca del rey de romanos. Ya entonces, considerándose bastante fuerte, resolvió tomar la ofensiva, y mandó que se le reuniesen algunas tropas que tenia diseminadas. Al verificarlo, Pedro Navarro destrozó é hizo prisionero al duque de Atri, que trató de oponérsele.

No andaban peor nuestras cosas en la Calábria, donde corrian á cargo de D. Hugo de Cardona. Habia este recibido un refuerzo de dos mil españoles, conducidos por D. Luis de Portocarrero, quien no bien tomó tierra, falleció, nombrando por sucesor en el mando á Fernando de Andrade.

Los franceses tenian bloqueada á Terranova, y Andrade y Cardona acudieron á socorrerla, encontrándose con Aubigni el 21 de Abril de 1503 en aquellos mismos campos de Seminara, donde siete años antes habia aquel derrotado á D. Fernando de Nápoles y á su auxiliar Gonzalo. Tocóle ahora el quedar vencido, y hubo de refugiarse en Antígola, donde capituló, quedando prisionero y dejando la Calábria en poder de los españoles.

El Gran Capitan dejó á Barletta el 28 y fué á sentar su campo en Ceriñola, pequeña aldea muy próxima al sitio en

que se encontraban los franceses. La posicion estaba bien escogida para inutilizar la superioridad de la caballería francesa; pues Ceriñola ocupaba la cima de una eminencia rodeada de viñedos, y á cuyo pié se extendia un profundo barranco, cuyo suelo cubrieron los españoles de estacas puntiaguadas. En el flanco izquierdo de su posicion, que era el punto más débil, levantó Gonzalo un parapeto defendido por cuatro piezas de artillería.

Ya iba á ponerse el sol cuando apareció el ejército francés frente á Ceriñola. El duque de Nemours queria dejar el ataque para el siguiente dia; pero fueron de contraria opinion casi todos sus capitanes, y aun Ibo de Alegre profirió algunas expresiones ofensivas al duque, quien se contentó con responder: «Ojalá que los que ahora se muestran tan arrogantes no hagan más uso de las espuelas que de las espadas.»

Pequeños, y casi iguales en número, eran los dos ejércitos; pero los franceses fiaban el triunfo á su magnífica caballería. Guiaba la pesada Luis de Ars; Ibo de Alegre la ligera; el coronel suizo Chandieu la infantería suiza y la gascona, y el duque de Nemours ocupó la vanguardia con los hombres de armas. Gonzalo habia colocado en el centro á los alemanes, armados de largas picas; en las dos alas la infantería española, mandando la derecha Pizarro, Zamudio y Villalba; y la izquierda Diego García de Paredes y Pedro Navarro, á quienes encargó proteger la artillería. Diego de Mendoza y Fabricio Colona mandaban la caballería pesada, y la ligera Pedro de Paz y Próspero Colona.

Acometió Nemours al galope con sus hombres de armas contra la izquierda española, siendo recibido con un nutrido fuego de artillería; pero de repente el almacen de pólvora se voló con horrible estrépito, quedando inutilizadas las piezas. Este contratiempo podía desanimar á los nues-

tros; pero Gonzalo los desimpresionó exclamando con poderosa voz: «Animo, compañeros; esas son las luminarias de la victoria.» El de Nemours se precipita á una nueva carga; pero los caballos se clavan en las estacas del barranco, y se ve precisado á emprender una marcha de costado para buscar un punto más accesible, alcanzándole en este movimiento una bala de arcabuz, que le tendió cadáver, lo que produjo gran confusion en los hombres de armas.

Mientras tanto la infantería francesa habia acometido á nuestro centro; pero fué victoriosamente rechazada por los alemanes, protegidos por la arcabucería española de ambas alas. El coronel suizo Chandieu cayó muerto al intentar otra acometida, y su gente se retiró en desórden.

No era hombre el Gran Capitan que dejase perder el fruto de estas ventajas, y sacando de repente sus tropas del atrincheramiento, dispuso una carga general, que dió por resultado la fuga y completa dispersion de todo el ejército francés, cuya pérdida se elevó á más de tres mil hombres.

Conociendo la importancia de su victoria, se lanzó Gonzalo el siguiente dia 29 al camino de Nápoles, y al llegar á Benevento, envió á aquella ciudad una diputacion exhortándola á que le abriera sus puertas y reconociese á D. Fernando como rey. A todo asintieron los napolitanos, y el 16 de Mayo entró en la capital el ejército español, retirándose la guarnicion francesa á los castillos. Inmediatamente fueron estos acometidos por el Gran Capitan. El titulado *Nuevo* fué entrado por asalto, habiendo abierto ancha brecha en su muralla la explosion de una mina dirigida por Pedro Navarro, y el del *Huevo,* amenazado de igual suerte, prefirió rendirse.

Pronto quedaron reducidos los franceses á la fuerte plaza de Gaeta, donde se habian refugiado Ibo de Alegre y los demás fugitivos de Ceriñola. Teníala sitiada el Gran Capi-

tan, quien tuvo el sentimiento de ver allí morir á su lado al valeroso D. Hugo de Cardona, al que le arrebató la cabeza una bala de cañon. Las débiles fuerzas de Gonzalo no pudieron impedir que la escuadra francesa desembarcara un refuerzo de cuatro mil hombres, acaudillados por el marqués de Saluzzo, y con esto se vió precisado á convertir el sitio en bloqueo.

Habian causado en Francia extraordinaria impresion las noticias de Nápoles, exaltando el patriotismo francés hasta tal punto, que fué fácil á su rey el levantar tres ejércitos, con los que se jactaba de hundir para siempre la potencia española. Pero el primero, que al mando del Sr. de Albret debia penetrar en España por Fuenterrabía, se deshizo sin siquiera pisar la frontera; y el segundo, conducido por el mariscal de Bretaña, aunque acometió el Rosellon y puso en grande aprieto á la plaza de Salsas, corrió á refugiarse en Narbona al saber que el rey de Aragon se aproximaba al frente de un ejército numeroso. El malograrse estas empresas, y el haber maltratado mucho una borrasca la escuadra que debia hostilizar las costas de Cataluña, hicieron que Luis XII, por mediacion del destronado D. Fadrique de Nápoles, ajustase con D. Fernando una tregua de cinco meses, luego prorogada hasta tres años, pero en la cual no se incluian los Estados de Italia.

A esta se dirigió el tercer ejército francés, que guiaba el mariscal de La Tremonille, el mejor capitan de la Francia. Componíanlo cerca de veinte mil infantes gascones y suizos, diez mil caballos, y un magnífico y numeroso tren de artillería.

La muerte del papa Alejandro VI, ocurrida el 18 de Agosto, y el deseo de influir en la eleccion de su sucesor, detuvieron mucho tiempo á los franceses en las inmediaciones de Roma, y dieron lugar al Gran Capitan para que se pre-

parase á recibirlos. Tambien cortó aquella el paso á La Tremonille, quien fiaba tanto en la victoria, que se atrevió á decir con jactancia: «Daria veinte mil ducados por encontrar al Gran Capitan en el campo de Viterbo;» á lo que contestó el embajador español en Venecia, Lorenzo Suarez de la Vega: «El duque de Nemours hubiera dado doble por no haberle encontrado en Ceriñola.» El mando del ejército francés recayó en el marqués de Mántua.

Solo contaba Gonzalo para resistir á sus enemigos con tres mil caballos y seis mil infantes, por lo que, abandonando el bloqueo de Gaeta, llamó hácia sí los pequeños cuerpos de tropas que conducian Pedro Navarro y Fernando de Andrade, y reunidos unos doce mil hombres fué á situarse con ellos en la márgen derecha del Garellano, que teniendo su orígen en las montañas del Abruzzo, atraviesa la Pulla y la Calábria, y va á arrojarse al mar cerca de Gaeta. Colocado en la posicion de San German, y apoyándose en las fortalezas de Monte-Cassino y Rocca-Secca, esperaba impedir que avanzasen más los franceses, y dar lugar á que á él le llegasen algunos refuerzos.

No bien tocó el marqués de Mántua la izquierda del Garellano, cuando vadeándolo con sus tropas acometió furiosamente á Rocca-Secca, pensando que la entraria de rebato; pero le escarmentaron tanto los españoles en este y en otros ataques que la dió al otro dia, que vólviéndose á la izquierda del rio, se corrió por su orilla hasta encontrar mucho más abajo sitio á propósito donde establecer un puente que le permitiese dominar una y otra.

Los españoles, orgullosos con el feliz éxito de la defensa de Rocca-Secca, sufrian con resignacion admirable los muchos padecimientos que les acarreaba su posicion. Acampados en un terreno bajo y pantanoso, que inundaban con frecuencia las lluvias torrenciales de aquel Octubre, vivian

en un lodazal inmundo, donde además de las naturales molestias, les aquejaban las consiguientes enfermedades, mas la escasez de víveres, por tener á sus espaldas un país devastado. Pero nada era capaz de quebrantar su constancia, estimulada con el ejemplo de su general, que partia con ellos todos los sufrimientos y los cuidaba con el cariño de un padre. Conocian por otra parte su inalterable firmeza, y sabian que á algunos de sus capitanes que le aconsejaban la retirada les habia contestado: «Sabed, que prefiero recibir la muerte por adelantar un paso, á prolongar cien años mi vida por retroceder medio.»

El marqués de Mántua, protegido por su poderosa artillería, logró al fin establecer un puente, y desembocando por él en la orilla derecha del Garellano el dia 6 de Noviembre, arrolló un destacamento español; pero acudió Gonzalo al peligro, y tras una sangrienta y porfiadísima lucha hizo retroceder en desórden á los franceses. Pedro Navarro, Paredes, Fabricio Colona, Zamudio, Andrade y Moncada se inmortalizaron con gloriosas hazañas. «Los españoles, se»gun testimonio del mismo general enemigo, se presenta»ban delante de la artillería con tan poco cuidado de sus »personas, como si hubieran sido espíritus aéreos y no hom»brès de carne y hueso.» Merece especial mencion el hecho del alférez Illescas, quien habiéndole llevado una bala de cañon el brazo con que sostenia su bandera, al ver que se bajaba á recogerla otro español, le contuvo diciendo: «que »aun le quedaba la mano izquierda para empuñarla, y que »si se la cortaban la agarraria con los dientes.»

El marqués de Mántua, desprestigiado con sus soldados, entregó el mando al de Saluzzo, quien no hizo sino fortificar la cabeza del puente y procurar restablecer la disciplina. Con esto concluyó Noviembre y trascurrió casi todo Diciembre.

Los españoles, aunque habian mejorado algo sus posiciones, no se veian libres de penosísimos sufrimientos, por lo que el Gran Capitan, que acababa de reforzarse con tres mil soldados que condujo á su campo Bartolomé de Alviano, jefe de la familia de los Ursinos, resolvió salir de aquella situacion descargando un furibundo golpe sobre su confiado enemigo.

Ordenó á Alviano que echase un puente cuatro millas más arriba de donde tenian el suyo los franceses, y verificada felizmente la operacion, en la noche del 27 de Diciembre cruzó por él la vanguardia española, compuesta especialmente de caballería y acaudillada por Pedro Navarro, García de Paredes, Pizarro y por el mismo Alviano. Siguióla el centro, á cargo del Gran Capitan, y Fernando de Andrade quedó encargado de forzar el paso del puente ocupado por los franceses.

La vanguardia se precipitó á toda brida sobre Suzio, acuchilló su guarnicion y se apoderó del pueblo. Sorprendido Saluzzo con la noticia de que habian pasado el rio los españoles y venian á atacarle, abandonó precipitadamente su campamento con todo lo que contenia y corrió á ampararse en Gaeta. Temiendo el Gran Capitan que se le escapara, envió en su persecucion á Próspero Colona con la caballería, y este alcanzó y atacó con furia la retaguardia francesa, en la que iban los hombres de armas, que se defendieron con sobresaliente valor.

Llegado á la Mola de Gaeta, el marqués de Saluzzo ocupó el puente y las colinas inmediatas, y se dispuso á recibir á los españoles. El choque fué espantoso; los hombres de armas franceses hicieron replegarse á nuestra infantería; pero se rehizo con el oportuno socorro que la prestó el Gran Capitan, quien acometiendo al frente de su caballería pesada cayó con su caballo, pero se levantó en el mismo mo-

mento. Entonces apareció en el campo de batalla Fernando de Andrade, que habia tenido que detenerse á recomponer el puente inutilizado por los franceses al retirarse, y nada fué bastante á contener el ímpetu arrollador del ataque general que dispuso el valiente Gonzalo. Roto y desbaratado el ejército enemigo corrió á refugiarse en Gaeta, dejando tendidos cuatro mil de los suyos, y en poder de los vencedores toda la artillería, los bagajes, mil quinientos caballos y multitud de prisioneros.

Todavía creyó el Gran Capitan que encontraria terrible resistencia en Gaeta; pero fué tal el aturdimiento de los franceses, que á pesar de la fortaleza de la plaza, y de estar en ella encerrados tantos y tan valientes caballeros, la rindieron sin intentar la menor defensa, con la única condicion de que se les permitiria retirarse libres á su pátria.

Así, en una breve campaña, los talentos del Gran Capitan y el valor y la constancia de un puñado de españoles llevaron á cabo la conquista de todo el reino de Nápoles, arrancándolo de las garras francesas.

CONQUISTA DE ORÁN.

El año de 1504, que tan próspero comenzó para España con la toma de Gaeta y con el felicísimo remate de la guerra de Nápoles, no llegó á terminar sin dejar á aquella cubierta de luto por la muerte de su gran reina doña Isabel I, acaecida el 26 de Noviembre.

Momentáneamente volvieron á separarse las coronas de Aragon y Castilla, pasando esta á las sienes de la princesa doña Juana, apellidada La Loca, que habia contraido matrimonio con el archiduque de Austria D. Felipe, hijo del emperador Maximiliano I. Y aunque la reina católica habia dispuesto en su testamento, que la gobernacion del reino corriese á cargo de D. Fernando de Aragon hasta que su nieto el príncipe D. Cárlos cumpliese la edad de veinte años, siendo ya manifiesta la incapacidad de doña Juana, el jóven archiduque, hostigado por algunos magnates ambiciosos que no podian avenirse á vivir bajo el severo gobierno del rey católico, reclamó sus derechos de esposo, y negándose á toda prudente avenencia, acabó por conseguir que, para evitar otros males mayores, su prudente suegro le abandonase por completo las riendas del gobierno. Poco tiempo logró empuñarlas, pues la muerte llegó á sorprenderle en Búrgos el 25 de Setiembre de 1506, cuando solo contaba la temprana edad de 28 años. Con esto habia vuelto D. Fernando V á correr con la gobernacion de Castilla, llamado por su hija en un momento de

lucidez, y vivamente solicitado por los pueblos y aun por los mismos magnates.

Ya de mucho tiempo atrás gozaba de gran autoridad y representacion en Castilla un antiguo varon, que desde la humilde celda de un convento de franciscanos habia llegado por su mérito á ocupar la silla primada de España y mereció ceñirse el birrete cardenalicio. Cuando ocurrió la muerte de D. Felipe, fué nombrado presidente del consejo de regencia que se estableció hasta la llegada del rey don Fernando, que al ocurrir aquella, se hallaba visitando sus estados de Nápoles; y al regresar el católico, el arzobispo Fray Francisco Ximenez de Cisneros siguió ocupando el primer lugar despues del monarca.

No podia ocultarse á tan eminente político la importancia que tenia para España el hacerse dueña de la costa Norte de Africa, no solo por las ventajas que podria reportarla su cultivo y colonizacion, sino porque de esa manera dominaria exclusivamente en toda la porcion del Mediterráneo comprendida entre aquella parte del mundo, el litoral de nuestra península y los reinos de Sicilia y Nápoles. Recomendaba tambien el proyecto, haciéndolo entonces muy bien quisto de todas las naciones de Europa, la necesidad de destruir la piratería, que hacia casi imposible el comercio en aquel mar, y tenía en contínua alarma y sobresalto á todos sus ribereños. Así que, por consejo suyo, ya en 1505 y en 1508 se habian llevado á cabo dos expediciones contra los berberiscos, cuyo fruto habia sido la conquista de las plazas de Mazalquivir y del peñon de la Gomera.

A fines de dicho año de 1508 quedó resuelta otra empresa de mayor importancia, la de la conquista de la fuerte plaza de Orán, situada en el reino de Tremecen, y solo distante de Mazalquivir unos tres cuartos de legua, lo

que proporcionaba al ejército expedicionario una excelente base de operaciones. La única dificultad que presentaba el rey D. Fernando, que era la falta de dinero, la venció el arzobispo encargándose de la expedicion, cuyos gastos debian serle luego resarcidos en la forma que se estipuló. El animoso prelado, á pesar de su edad, ya septuagenaria, quiso participar personalmente de los riesgos y de las glorias de la empresa que él habia aconsejado.

Los preparativos se hicieron con actividad, venciendo todas las dificultades la enérgica voluntad de Cisneros, y en la primavera del año 1509 quedó equipada en Cartagena una armada compuesta de diez galeras y ochenta naves menores, en las que se embarcaron catorce mil soldados, que iban á cargo del famoso Pedro Navarro. Tambien pasó á su bordo el cardenal, acompañado de muchos canónigos y de otros clérigos de sus diócesis.

La escuadra se dió á la vela el 16 de Mayo, y al dia siguiente aportó á Mazalquivir, donde desembarcó el ejército. Estaban ya los moros sobre aviso, y en número de quince mil hombres ocupaban una sierra situada entre aquella plaza y la de Orán. Queria el conde Pedro Navarro suspender para el dia inmediato el ataque, pero Cisneros se opuso, hizo formar las tropas, les diririgió una calurosa exhortacion, y manifestó su firme propósito de combatir al frente de los soldados. Mucho costó el persuadirle que permaneciese en Mazalquivir sin exponer á riesgo su persona, que era tan necesaria para el feliz éxito de la expedicion.

Marchó el ejército al combate con el mayor entusiasmo. Los moros le recibieron con nutridas descargas, y al ver que, á pesar de ellas, empezaba á trepar la sierra, se lanzaron valerosamente á su encuentro blandiendo sus lanzas y las corvas gumías. La posicion de los españoles era muy

peligrosa, pero á la voz de «Santiago y España» avanzaban sin titubear, cayendo allí muerto por un exceso de valor temerario el capitan Luis Contreras, que mandaba la gente de Guadalajara.

La oportuna colocacion de una bateria, que cogía de costado á los moros, y las terribles descargas de los arcabuceros, decidieron á nuestro favor la victoria, corriendo los infieles á refugiarse en Orán.

Ofrecíales ésta plaza un asilo que consideraban impenetrable, pues estaba cercada de altas murallas defendidas por sesenta cañones, y su poblacion, de veinte mil almas, dedicada á la piratería, se hallaba muy hecha á los peligros y á las fatigas. No dieron los españoles tiempo á los fugitivos para desterrar el terror que los embargaba, pues que llegando al pié de los muros detrás de ellos, se lanzaron desde luego al asalto, sirviéndoles de escalas sus picas, por no dar lugar su impaciencia á que se desembarcasen las que conducia la escuadra.

Esta, que habia seguido por la costa el movimiento del ejército, desembarcó al abrigo de su artillería algunas tropas que conservaba á bordo, y que corrieron á auxiliar á sus compañeros. Nada fué bastante á detener el ímpetu de los españoles, á quienes muy pronto se vió coronar la muralla, siendo el primero que plantó en ella su estandarte el capitan Gonzalo de Sousa, que tremolaba el del cardenal. Entrada la ciudad por asalto, sufrió el más espantoso saqueo, y sus defensores fueron acuchillados sin piedad. Se estimó el botin en medio millon de ducados de oro, de los cuales empleó Cisneros mucha parte en recompensar á los jefes y soldados y en aliviar la suerte de trescientos cautivos cristianos que yacian en las mazmorras y fueron puestos en libertad.

Pedro Navarro hizo avisar al cardenal tan luego como

amaneció, y este marchó á la ciudad, donde fué recibido por el ejército con las más entusiastas aclamaciones. Hizo purificar las mezquitas, consagrando la principal á Nuestra Señora de la Victoria; mejoró las fortificaciones, y despues de tomar otras medidas encaminadas al buen gobierno de su conquista, confirmó en el mando á Pedro Navarro, se despidió del ejército, y el dia 23 del mismo Mayo se embarcó para España sin más compañía que algunos criados, llevando consigo la parte de botin que habia reservado para el rey, y una coleccion de libros arábigos destinada á la biblioteca de la Universidad de Alcalá, que le debia en fundacion. Asombra ciertamente la rapidez con que se llevó á cabo tan importante conquista.

SITIO Y BATALLA DE PAVIA.

Dos monarcas jóvenes, igualmente ambiciosos, y que habian llegado á considerarse como intolerables rivales, ocupaban los tronos de Francia y de España, el uno como sucesor de Luis XII, el otro como heredero de Felipe el Hermoso y de Fernando el Católico. Se habian disputado con empeño el trono imperial, vacante por la muerte de Maximiliano I, y cuando el voto de los electores ciñó aquella corona á las sienes del que siendo Cárlos I en España vino á serlo el V en Alemania, no tuvo límites el despecho de Francisco de Valois.

Arrojados los franceses de Nápoles por la victoriosa espada del Gran Capitan, limitaron por entonces su ambicion á señorear el Milanesado, que además de su propia importancia tenia la de facilitarles cualquiera empresa que quisieran tentar en Italia. Pero su carácter nacional, naturalmente ligero y galanteador, los hizo siempre insoportables á los celosos italianos, que suspiraban por deshacerse de tan importunos señores; y por eso fué siempre fácil á los reyes de España el contar en la hermosa península con las simpatías de los pueblos, como tambien contaban en lo general con la alianza de sus príncipes y repúblicas, que temian más la despótica ambicion de los reyes de Francia que el suave yugo que les imponian los nuestros, honrosamente encubierto con los laureles de que les hacian partí-

cipes al darles importante lugar en sus valerosos ejércitos.

El tratado de Noyon, en el que Cárlos y Francisco habian pactado amistad y alianza, fué roto por el segundo, que creyó oportuna la ocasion que le brindaban nuestras revueltas de las Comunidades y Germanías para arrebatarnos la Navarra. Un ejército francés penetró hasta Logroño; pero fué derrotado en la llanura de Esquiroz y sus restos volvieron á traspasar la frontera.

A su vez los generales del emperador se apoderaron del Milanesado, sin que pudiera arrancárselo el francés Lautrec, que acudió en socorro de los suyos con numerosos refuerzos, antes bien sufrió él mismo un sangriento descalabro en la Bicoca. No por eso se desanimó Francisco I, y en la siguiente campaña de 1523 envió al Milanesado otro ejército de cuarenta mil hombres á cargo del almirante Bonivet. Avanzó este resueltamente hasta llegar á las puertas de Milán, donde se detuvo. Próspero Colona, general de los imperiales, se redujo á cortar los víveres y á molestar con contínuos rebatos á los franceses, reduciéndolos al extremo de abandonar el bloqueo de aquella capital.

Muerto el anciano Colona, su sucesor Cárlos de Lannoy y el marqués de Pescara, que mandaba la infantería española, se prepararon á tomar la ofensiva. Pescara se arrojó de improviso sobre el caballero Bayardo, que con quinientas lanzas y tres mil infantes ocupaba el fuerte pueblo de Rebeca, y le hizo huir despues de cogerle muchos prisioneros. El ejército imperial salió de Milán el 6 de Febrero de 1524, y dándose la mano con el de Venecia, empezó á maniobrar para envolver en su mismo campo á los franceses. El almirante Bonivet se vió precisado á abandonarlo, y cruzando el Tesino, emprendió su movimiento de retirada. Sucedióronse diferentes combates, y por último, destrozados

los enemigos en las riberas del Sesia, y muerto su héroe Bayardo, tuvo Bonivet que precipitar su marcha, repasando los Alpes con las tristes reliquias de su brillante ejército.

Menos felices fueron los nuestros en la invasion de Provenza. Habíala dispuesto el emperador á instancias de su aliado Enrique VIII de Inglaterra y á las del famoso condestable Borbon, príncipe de la familia real de Francia, que enemistado con su rey, se habia pasado á las filas de los enemigos de su pátria. Aunque los españoles pusieron sitio á Marsella despues de apoderarse de Tolon y de otras plazas, el marqués de Pescara tuvo que levantarlo al saber que Francisco I, despreciando el peligro que corria aquella ciudad, se habia lanzado personalmente en Italia y amenazaba apoderarse de la Lombardía. Verificó una retirada admirable, y uniéndose con Lannoy, ambos se mantuvieron á la defensiva, reconcentrando en Lodi el nervio de sus escasas fuerzas. No creyendo prudente defender á Milán, que acababa de ser devastada por una horrorosa epidemia, la abandonaron, dejando guarnecida la ciudadela, y Antonio de Leyva se encerró en Pavía con una corta pero valerosa guarnicion.

Francisco I, conduciendo un floridísimo ejército en que militaba la principal nobleza, cruzó el monte Cénis el 25 de Octubre de dicho año 1524, y arrojándose sobre la Lombardía penetró en Milán y fué á poner su campo sobre Pavía. Pensando rendirla fácilmente, estableció varias baterías, que la abrasaban con un fuego horrososo, y el 7 de Noviembre lanzó al asalto sus tropas, que fueron rechazadas con pérdida de dos mil soldados; de nuevo comenzó á jugar la artillería, y no tardaron en repetirse los asaltos con no mejor resultado. El activo y vigilante Leyva, presente siempre al peligro, animaba á los suyos con el ejemplo, hacia reparar las brechas, y no omitió medio de burlar los esfuer-

zos del monarca francés, quien, herido ya su amor propio, sacrificó el éxito de su expedicion al afan de rendir al valeroso español.

Infatigable este, y siempre espiando la ocasion oportuna, organizó dos salidas contra los italianos y grisones, auxiliares de los franceses, y asaltando sus campamentos les mató mil doscientos hombres y les quitó tres cañones, que fueron conducidos en triunfo á la ciudad.

Los mayores enemigos de Leyva eran la escasez de víveres y la absoluta falta de dinero, siendo esta tanto más sensible cuanto que los tudescos, que componian la mayor parte de la guarnicion, no aguantaban la falta de pagas, y más de una vez habian prorumpido en quejas, que terminaron en sedicion formidable. Leyva pudo calmarlos entregándoles cuanto oro y plata particularmente le pertenecia, pero este era un recurso harto pequeño.

No olvidaban los generales del emperador al defensor de Pavía, y mientras que no podian valerse de la fuerza, emplearon varios ardides para proporcionarle socorros. Algunos tuvieron feliz éxito, entre ellos el ideado por el alférez Cisneros y por Francisco Romero, que fingiéndose desertores se presentaron en el campamento francés, y en él aguardaron la oportunidad de ganar una mina que desembocaba junto al muro y de meterse en la ciudad llevando cosidos en sus vestidos tres mil escudos de oro.

Sin embargo, la siuacion de la plaza iba siendo ya insostenible, y Francisco I confiaba tanto en rendirla, que no temió desprenderse de diez mil hombres, enviándolos con el duque de Albany contra el reino de Nápoles. Los generales del emperador no hicieron caso de esta expedicion, sabiendo que la suerte de Nápoles se decidiria ante los muros de Pavía. Pero no estaban ociosos en Lodi. Ocupábanse sin descanso en reunir gente y recursos, y cuando al fin el du-

que de Borbon volvió á reunírseles conduciendo doce mil lansquenetes reclutados en Alemania, desde luego se resolvieron á salir á campaña.

Aquejábalos, como siempre, la falta de fondos, y siendo indispensable reunir algunos para contentar á los tudescos, no temió el marqués de Pescara, despues de haberse desprendido de cuanto poseian él y los demás jefes del ejército, de acudir á la generosidad de los soldados españoles. Hízoles presente con su natural y agradable franqueza el apuro en que se encontraba, y no solo consiguió que continuaran sirviendo sin reclamar sus pagas, sino que se ofreciesen á dar á los tudescos *ochenta de ciento* ó *seis de diez*, segun lo que cada uno tuviese. ¡Admirable rasgo de generosidad, que honra tanto al soldado como al general, que hasta tal punto logró conquistar su afecto é inspirarle tan nobles y patrióticos sentimientos!

El ejército imperial salió de Lodi el 24 de Enero de 1525, dejando para guardar la ciudad al duque Francisco Sforzia con la gente más necesaria. Rompia la marcha el marqués de Santángelo con los caballos ligeros; seguian el virey Lannoy, el duque de Borbon y Hernando de Alarcon al frente de setecientas lanzas; detrás marchaban los marqueses de Pescara y del Vasto con seis mil infantes españoles, á continuacion dos mil italianos con sus capitanes Papapode y Cesero, y la artillería, compuesta de cuatro malas piezas de bronce y dos pequeñas bombardas de hierro; cerraban la retaguardia los tudescos á las órdenes de Jorge Tronsberg.

Los imperiales marchaban con precaucion, y su primera empresa fué apoderarse por asalto de Santángelo, villa fortificada que interceptaba las comunicaciones entre Lodi y Pavía. El 7 de Febrero dieron vista á la ciudad sitiada, y fueron á sentar resueltamente su campo á media legua

de las murallas y casi tocando el de sus enemigos, que los recibieron con nutridas descargas de su artillería y arcabuces.

El rey de Francia fortificó cuidadosamente sus reales, y no se mostraba ya tan ansioso de pelear como cuando enviaba á decir al marqués de Pescara que le daria veinte mil ducados si le iba á presentar la batalla. Habia trasladado su cuartel al centro del hermoso parque de Mirabello, que se extiende al Oeste de Pavía, y apoyando en el Tesino las dos alas de su ejército, que contaba con la poderosa ayuda de cincuenta cañones y culebrinas, queria ya fiar al tiempo el éxito de la campaña, esperando que la falta de víveres y de recursos de todo género pondrian en sus manos la plaza y disolverian el ejército de los imperiales.

Grandes eran efectivamente los apuros en que aquella y estos se encontraban por las referidas causas, siendo urgentísimo remediar la escasez de pólvora que se estaba sufriendo en Pavía. Para ello dispuso el marqués de Pescara que cincuenta ginetes, cada uno de los cuales habia de llevar á la grupa un saquito de aquella, se lanzasen á toda brida sobre los sitiadores, y procurando atravesar su campo sin detenerse, se metiesen en la ciudad. La sorpresa paralizó por un momento á los franceses y aseguró el éxito de la atrevida intentona.

Pescara se propuso no dejar un momento de reposo á los enemigos, y al efecto todas las noches figuraba ataques que les tenian en alarma contínua, obligándoles á formar sus escuadrones y á permanecer sobre las armas hasta la llegada del dia. Con esto fué confiándolos poco á poco, hasta que vió que ya permanecian tranquilos en sus tiendas, sin preocuparse de los simulados amagos. El marqués, que esperaba esta ocasion, sacó de su campo en la noche del 19 al 20 de Febrero mil cuatrocientos infantes españo-

les, y asaltando rápidamente las trincheras francesas, se metió resuelto por el cuartel que ocupaban los italianos. Huyeron estos, enervando su valor la sorpresa, é introdujeron el desconcierto en lo demás del ejército sitiador, que corrió á las armas sufriendo el horroroso fuego de nuestros arcabuceros. El prudente marqués, despues de dejar tendidos en el campo mil franceses, se retiró antes de apuntar el alba sin ninguna pérdida de su parte.

Esta y otras ventajas, aunque mantenian en el mejor estado la moral del soldado, no le libraban de los padecimientos que le ocasionaban el hambre y la miseria, llegando ambas á tal punto, que muchos opinaban que era indispensable retroceder á Lodi, ó ir á buscar recursos á países no esquilmados aun por el azote de la guerra. Sin embargo, prevaleció la opinion del marqués de Pescara, que era la de atacar inmediatamente al enemigo. Aquella misma noche quedaron tomadas las disposiciones necesarias, y para que en la confusion del combate pudieran reconocerse mútuamente los imperiales, se mandó que todos llevasen las camisas sobre los coseletes, sujetas con una banda encarnada.

Puesto en órden el ejército antes de rayar el dia 24, cumpleaños del emperador, á un mismo tiempo se prendió fuego á todas las tiendas, lo que hizo que los franceses prorumpiesen en alegres exclamaciones creyendo que los nuestros se retiraban. Pronto tocaron el desengaño y hubieron de disponerse á combatir.

Marchaban á vanguardia de los imperiales mil doscientas lanzas conducidas por el virey Lannoy, el condestable Borbon, el marqués del Vasto y Hernando de Alarcon, sosteniéndolos el marqués de Pescara con seis mil infantes españoles; el centro lo constituian los doce mil alemanes de Jorge Tronsberg, y la retaguardia dos mil italianos encar-

gados de proteger la artillería. El marqués de Santángelo iba de descubierta con cuatrocientos caballos ligeros.

Los franceses se habian ordenado en la forma siguiente: tenian un campo avanzado de cuatrocientas lanzas y cinco mil suizos, á las órdenes del duque de Alenzon. La vanguardia la componian dos mil lanzas mandadas por el rey en persona, á quien acompañaba la flor de la nobleza de su reino; el cuerpo de batalla lo formaban las bandas negras de alemanes, en número de quince mil hombres, y el resto de la línea diez mil suizos, otros tantos infantes franceses y cinco mil italianos. A la vista de Pavía, y para contener cualquier tentativa de los sitiados, quedaron otros diez mil hombres con algunos caballos ligeros. Se ve pues, cuán superior en número era el ejército francés, que tenia además la ventaja de la posicion y de su poderosísima artillería.

La infantería española se adelantó con resolucion, cruzando un riachuelo que dividia ambos campos, y proponiéndose no solo cortar la comunicacion del cuerpo que vigilaba á Pavía con el resto del ejército francés, sino amenazar vigorosamente su ala izquierda. El duque de Alenzon, para burlar esta maniobra, quiso interponerse entre los españoles y los dos mil italianos que les apoyaban; pero no pudiendo lograrlo cargó sobre los últimos, que resistieron valerosamente tres cargas consecutivas, hasta que se retiraron en desórden perdiendo la artillería.

Este contratiempo desconcertó algun tanto al virey, que envió á decir á Pescara que se atrincherase en la casa de Mirabello; pero el valeroso marqués contestó en alta voz al mensajero: «Decid al virey que, una vez sacada la espada, ya no es tiempo sino de vencer ó morir; que ataque rápidamente, y que confíe en Dios y en el valor de nuestros soldados.» Bien podia fiar en el de sus españoles el herói-

co Pescara, pues habia sabido hacerles bramar de coraje, diciéndoles al llevarlos á la batalla: «¿Pensais que es poca »arrogancia la de esos borrachos, que han hecho al rey de »Francia dar un bando para que no dejen un español á vida, »so pena de perder la suya? ¿Si creerán que tenemos las »manos atadas?»

Al ver la retirada de los italianos, el virey, el condestable y Alarcon cargaron réciamente sobre la brillante caballería francesa. Francisco I animaba á los suyos con el ejemplo, y con los nobles que le seguian se presentaba en los sitios de mayor peligro; igual conducta observaban los caballeros principales del ejército imperial. Entonces Pescara destacó doscientos arcabuceros españoles sobre el flanco de la caballería francesa, los que con su certera puntería y con una serenidad admirable empezaron á sembrar la muerte en sus filas. «En viendo cruz blanca ó caballero sin camisa »sobre las armas, daban con ellos en tierra,» segun dice el historiador Sandoval. Aquellos terribles arcabuceros, multiplicándose, por decirlo así, y metiéndose audazmente entre los enemigos, hicieron morder el polvo á los mejores caballeros franceses. Así murieron el famoso La Paliza, el mariscal de La Tremonille y el mismo almirante Bonnivet.

Generalizada la batalla, las bandas negras alemanas se arrojaron sobre la infantería española, y los suizos sobre los tudescos de Fronsberg. El ataque de los segundos fué muy débil, y pronto se retiraron sobre el Tesino; el de los primeros tenaz y muy sangriento; pero quebrantados por el fuego de los arcabuceros no pudieron resistir un ataque terrible de nuestros infantes, á quienes llenó de desesperacion la falsa voz de haber muerto el marqués de Pescara. Por fortuna pronto le vieron que salía cubierto de sangre de entre las filas contrarias, en las que se habia metido arrebatado por su valor. Volvía, sin embargo, herido en el

rostro y en la mano derecha, y aun creyéndose él mismo que lo estaba mortalmente de un balazo en el pecho que le habia traspasado el coselete; pero al desabrochársele su escudero cayó la bala, que se habia quedado entre el vestido y la carne. Menos feliz su famoso caballo el *Mantuano*, murió acribillado de cuchilladas. El marqués, montando otro de refresco, volvió á colocarse á la cabeza de los españoles.

Poco tardó en decidirse la batalla, no habiendo enemigos que resistiesen á los arcabuceros españoles, á quienes se debió principalmente el triunfo de los imperiales. Tambien contribuyó á él la valiente guarnicion de Pavía, que derribando un gran trozo del muro se lanzó sobre el cuerpo de observacion y le entretuvo hasta que se decidió la victoria.

Francisco I, al ver dispersas sus tropas, se arrojó desesperado entre los imperiales, pero su caballo cayó herido de un arcabuzazo, y cogiéndole debajo una pierna imposibilitó al rey todo movimiento. Corrió entonces inminente peligro, porque muchos, sin conocerle, se obstinaban en matarle. Salvóle la oportuna llegada de Mr. de La Mote, uno de los pocos caballeros franceses que habian seguido al condestable Borbon, quien ayudándole á levantar, le besó la mano y dió lugar á que llegasen el virey, Pescara y los demás jefes, que le trataron con todo género de consideraciones. La prision de Francisco I puso término á toda resistencia.

Funestísima fué para la Francia aquella jornada. Quedó tendida en el campo la flor de su nobleza y hasta ocho mil soldados, siendo otros muchos los que se ahogaron en el Tesino al huir de la batalla. Contábanse entre los muertos el almirante Bonnivet, los mariscales de La Tremonille, de Foix y de Chabannes; el bastardo de Saboya, el señor de

Lorena, el duque de Longueville, el de Suffolt, y el jóven príncipe de Escocia, asesinado traidoramente al pasar el rio por un aldeano, á quien el marqués de Pescara hizo ahorcar en castigo de su alevosía. Quedaron prisioneros con Francisco I Enrique de Labrit, titulado rey de Navarra, el mariscal de Montmorency, el príncipe de Talemond, el conde de Saint-Paul, el senescal de Armagnac, los señores de Nevers, de Saluces, d'Aubigni y otros muchisimos, entre los que se contaba el célebre poeta Clemente Marot. En el término de quince dias no quedó ni un francés en toda la Lombardía, siendo muy pocos los que consiguieron regresar sin tropiezo á su país.

Al rey Francisco, que por lo pronto fué encerrado en la fortaleza de Pizzighitone, se le trasladó á España, y conducido á Madrid se le puso en la torre de los Lujanes, bajo la vigilancia de Hernando de Alarcon. La espada que tuvo que rendir en Pavía se ha conservado en la Armería Real como trofeo de tan gloriosa jornada, hasta que en 1808 una vergonzosa condescendencia permitió que fuese devuelta á la Francia.

SORPRESA DE MELZI.

Cuando el rey Francisco I de Francia llevó á cabo la invasion del Milanesado, los generales del emperador, que tenian escasísimas fuerzas que oponerle, tuvieron que encerrarse en Lodi con las pocas que les dejó disponibles la necesidad de guarnecer á Pavía y otras plazas. Tal vino á ser su impotencia, y tan desaparecibido llegó á quedar para la Italia entera aquel puñado de hombres oculto tras de las murallas de la ciudad antedicha, que una mañana apareció en Roma el siguiente pasquin: «Cualquiera que »supiere del ejército imperial, que se perdió en las mon»tañas de Génova, véngalo diciendo y se le dará un buen »hallazgo, y donde no, sepa que se lo pedirán por hurto y »se sacarán cédulas de excomunion sobre ello.»

Pero no eran los españoles de aquella época gentes que pudieran estar mucho tiempo sin dar buena cuenta de sus personas, y mucho ménos cuando tenian á su cabeza jefes del temple y de la actividad del marqués de Pescara. Harto lo prueba el famoso hecho de armas que vamos á referir.

Supo Pescara que Gerónimo y Jacobo Tribulcio, nobles milaneses al servicio de Francia, se hallaban con doscientas lanzas y los correspondientes infantes en la plaza de Melzi, separada cinco leguas de Lodi, cuya distancia les parecia harto suficiente para vivir tranquilos, dominando todo el país el numeroso ejército de Francisco I, y suponiendo que los españoles no se atreverian á abandonar el

abrigo de sus murallas. El marqués se propuso castigar aquella confianza y hacer ver á sus enemigos que ya empezaban á despertar sus valientes leones de España.

En una noche de las más oscuras de Noviembre de 1524 reunió con el mayor secreto en el castillo de Lodi hasta dos mil hombres de infantería española, haciéndoles poner sus camisas blancas sobre los coseletes. Mandó bajar el puente levadizo y los hizo salir al campo con gran sigilo, diciéndoles: «Hijos, salid despacio, que para todos habrá »en el despojo, porque os hago saber que tenemos en Ita»lia tres reyes que despojar, el de Francia, el de Navarra y »el de Escocia.» Sin hablarles más que esas palabras echó delante, acompañándole el marqués del Vasto, y seguido de los soldados, que por el amor que le tenian y la ciega confianza que les inspiraba marchaban alegres sin preguntar á dónde iban, atollando lodos y metidos en nieve hasta las rodillas.

Dos horas antes de amanecer llegaron á la orilla de un rio, en cuyas aguas se metió sin titubear el de Pescara. Pasaron tras de él los suyos, aunque aquellas venian heladas, y fué preciso colocar en la parte superior una fila de caballos para quebrantar la fuerza de la corriente. Ya al apuntar el alba llegaron los expedicionarios cerca de los muros de Melzi, y oyeron decir á un centinela: «No sé qué »cosas blancas veo moverse allá lejos.» «Serán, contestó »otra voz, los árboles nevados que se menean con el viento.»

Entonces sonó un clarin que tocaba á montar: «Ea, »amigos, exclamó Pescara, pues que esos caballeros quie»ren cabalgar, razon es que nosotros como infantes vaya»mos á calzarles las espuelas.» Al punto mandó cruzar el foso, que estaba lleno de agua, y él y el del Vasto fueron los primeros en trepar á la muralla. Algunos más diligen-

tes llegaron á una puerta que franquearon á los restantes, desparramándose todos por la poblacion. El capitan Gerónimo Tribulcio, jefe de los de Melzi, se encontró con el famoso alférez español Santillana, cuyas hazañas le habian hecho célebre en toda Italia, y tras un ligero combate, Tribulcio, herido mortalmente, fué hecho prisionero. La misma suerte sufrió toda la guarnicion, que, acorralada en la plaza de la iglesia, trató en vano de ensayar alguna defensa.

Inmediatamente dispuso Pescara regresar á Lodi, á donde llegó sin tropiezo con todos sus prisioneros, á quienes luego tuvo la generosidad de dejar ir libres y sin rescate.

Cuando se tuvo en Roma noticia de este suceso, fijóse un pasquin como contestacion al primero, que decía: «Los »que tenian por perdido el campo del emperador, sepan »que es parecido. El cual pareció en camisa un dia en »amaneciendo y muy helado; y con ir de esta manera se »llevaban en las uñas doscientos hombres de armas y »otros tantos infantes. ¿Qué harán cuando ya vestidos y »armados salieren al campo?

LA QUEMA DE LAS NAVES

POR HERNAN CORTÉS.

La mayor indudablemente de las empresas, que, pareciendo superiores á las fuerzas de la humana naturaleza, fueron, sin embargo, llevadas á feliz remate por el heróico ardimiento de los españoles á principios del gloriosísimo siglo XVI, fué la de la conquista del poderoso imperio de los aztecas.

Hallábase este á la sazon en todo el apogeo de su grandeza, componiéndolo numerosas provincias, que contenian una poblacion crecidísima, cuyos instintos, naturalmente belicosos, permitian tener siempre en pié de guerra ejércitos no menos temibles por el valor que por el número de sus soldados.

No estaba el imperio sumido en las tinieblas de la barbárie, floreciendo en él una civilizacion relativamente considerable, aunque se hallaba manchada por el diario y repugnante espectáculo de los sacrificios humanos. Su organizacion administrativa era mucho más acabada de lo que nadie hubiera creido poder hallar en aquellas apartadas regiones; abundaba en riquezas de todo género; se cultivaban en él con fruto ciertas artes mecánicas y no pocas industrias; brindaba la tierra abundosos y escogidísimos frutos, y empuñaba las riendas del gobierno un emperador, que habia

debido su elevacion á sus prendas de hábil político y de valiente y entendido guerrero.

Era cosa de no poca monta el emprender la conquista de un imperio que contaba con tantos y tan poderosos elementos de defensa, aumentando la dificultad de la colosal empresa el hallarse aquel apartado de España por las inmensas soledades del Atlántico.

Halló, sin embargo, la idea pronta y como natural acogida en la fogosa imaginacion de uno de aquellos intrépidos aventureros, que corrian al mundo recien descubierto en demanda de gloria y de fortuna, el cual, aunque penetrado de lo temerario del proyecto, encontró en su génio medios de madurarlo, en su prudencia recursos para vencer los infinitos obstáculos que se le presentaron, y en el heróico valor que atesoraba su pecho, el ardimiento necesario para resolverse á ponerlo en ejecucion y la constancia que tanto habia menester para llevarlo á feliz remate.

Aquel varon, digno de figurar entre los más grandes héroes de la antigüedad, se llamaba D. Fernando Cortés, y era natural de Medellin, villa de Extremadura.

Habia merecido por su buen nombre y honrosos antecedentes el que Diego Velazquez, gobernador de Cuba, le encomendara el mando de una pequeña armada, que debia proseguir los descubrimientos hechos en la Nueva España por Juan de Grijalva y fundar en ella establecimientos permanentes. Y si bien, despertada la envidia, habian logrado sus émulos que el gobernador se arrepintiese luego del nombramiento, conservóle en el mando su propia diligencia, y en breve le confirmó en él la voluntad unánime de sus subordinados.

Corria el año de 1518, y pasada muestra del ejército al emprender la conquista, hallóse que constaba de quinientos ocho infantes y diez y seis caballos, á cuyo número ha-

bia que agregar otros ciento nueve hombres empleados en los necesarios oficios de los bajeles. ¡Pásmase la imaginacion de que hubiese ánimo bastante esforzado para acometer con tan débiles fuerzas al poderoso imperio de Motezuma!

Pronto empezó Cortés á tocar las grandes dificultades de la ejecucion.

Si en la pequeña isla de *Cozumel* logró captarse el afecto de su cacique, no tardó en experimentar la resistencia de los indios en el rio de Grijalva, y esa resistencia fué mucho más viva tan luego como puso el pié en la provincia de Tabasco, donde tuvo que sostener terrible batalla contra un ejército que los historiadores hacen subir no menos que á cuarenta mil combatientes.

Allí en Tabasco, y despues en San Juan de Ulúa, empezó Cortés á recoger más exactas y detalladas noticias respecto á la grandeza del imperio á que pertenecia aquella apartada provincia, y acabaron de confirmárselas sus conferencias, con *Pilpatoe* y *Teutile*, ministros de Motezuma, quienes, á trueque de ofrecerles en nombre de su amo riquísimos presentes como á huésped de distincion y embajador de un poderoso príncipe de Oriente, no descuidaron el ponderarle los peligros que correria al querer penetrar en lo interior de la tierra.

Demasiado los comprendia Hernan Cortés, pues aunque le inclinaba á aminorarlos la varonil entereza de su ánimo, los aquilataban en su justo valor la prudencia y la claridad de su entendimiento.

Mayor zozobra le infundian los síntomas de descontento que empezaba á notar en muchos de sus soldados, movidos bajo mano por algunos parciales de Velazquez. Clamaban aquellos contra la prosecucion de una empresa que calificaban de temeraria, y aunque sin romper todavía los víncu-

los de la disciplina, hicieron que el capitan Diego de Ordáz manifestase al general que era preciso regresar á Cuba para proporcionarse los refuerzos que hacia indispensables lo jigantesco de la obra que iban á acometer.

Oyó Cortés con paciencia la embajada, y no manifestó rechazar el deseo de los descontentos, logrando entretenerlos con buenas palabras ínterin sus amigos trabajaban por asegurarle las voluntades de la mayoría del ejército, consiguiendo su objeto hasta tal punto, que pudo resolver sin peligro la fundacion de la *Villa Rica de la Vera Cruz*, cuyo Ayuntamiento, elegido á pluralidad de votos, y en cuyas manos hizo renuncia de los poderes que le habia conferido el gobernador Velazquez, puso definitivamente á su cargo la direccion de la conquista, entregándole el baston de mando en nombre del rey D. Cárlos.

Sosegadas por breve rato las inquietudes del valeroso caudillo, pronto volvió á despertarlas el haberse descubierto una conjuracion que hizo ya necesario un severo castigo; y así para evitar nuevas contingencias que pudieran ocasionar el malogro de la conquista, adoptó una resolucion cuya sola idea es capaz de poner espanto en el ánimo más sereno y esforzado.

Comprendiendo que mientras que los soldados contasen con el abrigo de los bajeles no faltaría á los descontentos la esperanza de sustraerse á los riesgos y á las penalidades de una empresa que presentaba tantas dificultades, resolvió arrebatarles esa esperanza y obligarles á vencer ó morir, no dejándoles más recurso para asegurar su libertad y sus vidas que el fiarlas al esfuerzo de sus brazos y á la segura garantía de la victoria.

Para ello resolvió barrenar los bajeles, haciendo que sus confidentes publicasen que el mal estado en que se encontraban los tenia en peligro de irse á pique de uno á

otro momento. Ni anduvo tardo en aprovecharse de aquellas voces, sino que sobre la marcha dispuso que se sacase á tierra cuanto en las naves pudiera haber de algun servicio, y tan luego como esto se verificó, las hizo hundir en las profundidades del Océano. Resolucion tanto más pasmosa cuanto que fué el fruto de una meditacion séria y detenida en que el héroe español midió toda la extension del inapreciable sacrificio.

Quedó con esto aquel puñado de hombres preso en lejanísimas tierras, separándole de la propia la inmensidad de los mares; rodeado de multitud innumerable de enemigos; falto de medios propios de subsistencia, que solo habia de deber en adelante á la dudosa fidelidad de unos bárbaros; teniendo que atravesar pasmosas distancias, siempre con la mano en la espada, por caminos que le disputarian con encarnizamiento naciones belicosas y á cuyo término habrian de tropezar con una ciudad populosísima defendida por un emperador valiente, que tenia á sus órdenes centenares de miles de guerreros.

Peligros eran estos capaces de arredrar al varon más fuerte y animoso, pero que servian de cebo al arrojado extremeño, quien estaba seguro de vencerlos con su constancia, con la prudencia de que habia dado ya tantas pruebas, y con aquel heróico ardimiento que le hacia encontrar llano lo que para hombres de menor temple se presentaba preñado de insuperables obstáculos.

Pocas acciones que á esta puedan compararse registra la historia en la vida de los mayores héroes, y bien merecia haber tenido un Homero que la cantase y pasar grabada en bronce de generacion en generacion hasta la última posteridad para pasmo de extraños, para servir de noble ejemplo á los propios, para que sobre base tan indestructible quedase cimentada la fama póstuma del insigne varon

que tuvo aliento para llevarla á cabo.

Cortés adquirió con ella el derecho de fijar para siempre la rueda de la voluble diosa, y no es mucho que esta le mirase sonriente desde aquel momento y que la empresa comenzada con tan pasmosa hazaña tuviese digna y felicísima terminacion.

Desde entonces pudieron adivinarse los triunfos de Tlascala, de Cholula, de Otumba y los innumerables que pusieron término á la conquista con la rendicion de la capital azteca; desde entonces se hizo creible que aquel corazon intrépido no titubearía en prender á Motezuma dentro de su propio palacio, en medio de su corte y cuando se hallaba rodeado de sus numerosísimos servidores; en hacerle atravesar como prisionero su propia capital y conducirle al cuartel donde se alojaba el reducidísimo número de los españoles; en cargarle de grillos mientras se hacia ejecutar la sentencia de muerte dictada contra el triste y desventurado Qualpopoca.

Héroes como Fernando Cortés no han nacido solo para gloria de su pátria, sino para producir nuevos héroes con el estímulo de sus pasmosos ejemplos.

LA BATALLA DE OTUMBA.

Una série no interrumpida de gloriosas hazañas, de sucesos casi increibles, en que el valor y el ingénio, marchando siempre á una, obligaron á la mudable diosa á suspender el curso de su traidora rueda, habian llevado á Hernan Cortés hasta la capital del emperador azteca, y obligado al soberbio Motezuma á reconocerse vasallo de los reyes de España.

Obtenido tan asombroso éxito, y habiendo recogido como prenda de vasallaje rico tributo que le ofrecieron Motezuma y sus grandes en oro y pedrería, discurria Cortés el medio de asegurar aquella conquista, cuando llegó á su conocimiento que acababan de aportar á Veracruz diez y ocho navíos conduciendo ochocientos infantes, ochenta caballos y alguna artillería, los cuales enviaba Diego Velazquez, á las órdenes de Pámfilo de Narvaez, para castigar su desobediencia y recoger las ventajas de una empresa que habia acometido por su órden.

En duro trance colocaba este suceso al valiente extremeño, y bien habia menester de toda la serenidad de su ánimo para no descorazonar ante semejante peligro. Midiólo con reposo, atento antes que á nada á alejar de Motezuma sospechas que pudieran infundirle aliento para intentar el sacudir el nuevo y penoso yugo. Así que, haciéndole creer que aquel ejército estaba ignorante de que su emperador le

hubiese encargado á él la ejecucion de su voluntad en aquellas tierras, le aseguró que se volveria á sus naves tan luego como le presentase sus despachos, y aun supo interesar al azteca en el pronto y feliz éxito de aquella expedicion, añadiendo que aquellos soldados eran poco observantes de la disciplina y podrian ocasionar á sus vasallos daños y disgustos.

Resuelto á afrontar el peligro, dejó en Méjico á Pedro de Alvarado con solo ochenta españoles, y él partió para Veracruz con ménos de otros trescientos.

No es nuestro ánimo referir los pormenores de esta empresa, de que le sacaron triunfante su génio y la fortuna. Vencido Narvaez, y apenas acababa de engrosar su pequeño ejército con el muy superior de su contrario, tuvo Cortés que tomar apresuradamente la vuelta de Méjico, sabedor de que una repentina sublevacion tenia en gran peligro á Alvarado y sus compañeros.

Alentados con la ausencia de Cortés, no tardaron los mejicanos en empezar á confabularse, tomando por pretexto el procurar la libertad de su emperador, á quien miraban como prisionero, por verle residir en el cuartel de los españoles. Allegaron armas, dispusieron sus tropas y resolvieron acabar con aquel puñado de enemigos el dia en que celebraban una de sus principales fiestas religiosas.

No ignoraba Alvarado sus propósitos, y quiso anticipárseles para asombrarlos con un terrible escarmiento. A este fin, cuando estuvieron reunidos con el bullicio de la fiesta, y antes de que pensasen todavía en tomar las armas, dió sobre ellos con cincuenta de los suyos, atropellándolos y causándoles algunos muertos y bastantes heridos, precipitándose muchos desde las ventanas del adoratorio por escapar del filo de las espadas.

Fué la accion de Alvarado excesivamente temeraria, por

lanzarse á tal peligro con solo cincuenta hombres y no dejar más de treinta en la guarda del cuartel y de la persona de Motezuma; siendo de lamentar que tampoco consiguiese el fin que se habia propuesto, pues encendió los ánimos en vez de apaciguarlos con el rigor del castigo. Desde aquel dia, declarados en rebelion abierta, no hubo uno en que los mejicanos dejaran de fatigar á los españoles con frecuentes acometidas.

Al saber que se aproximaba Cortés resolvieron dejarle franca la entrada, esperando les seria fácil concluir de un solo golpe con todos los extranjeros; así que admiróse mucho el general español cuando al llegar á la capital vió desiertas las calles y del todo francos los peligrosos pasos de las calzadas.

Encontró en Motezuma favorable disposicion de ánimo. Mostrábase quejoso de la conducta de sus vasallos y muy propicio en procurar la avenencia, pero hallábanse aquellos hasta tal punto obcecados, que fueron inútiles los pasos que dió para lograrla.

Repetíanse con creciente furia los ataques de los mejicanos, y un dia en que Motezuma se asomó á una azotea para exhortarlos á deponer las armas, recibió una pedrada en la cabeza, que tardó poco en ocasionarle la muerte. Pérdida irreparable para los españoles, á quienes servia de mucho el prestigio de su autoridad, aunque ya muy menoscabada.

Conoció Hernan Cortés que tan infausto suceso le colocaba en una situacion de todo punto insostenible. Se veía en medio de una ciudad populosísima enteramente enemiga, sin poder esperar socorro humano, y espuesto á perecer de hambre ya que no por el rigor de las armas contrarias. La prudencia le aconsejaba evitar un trance de que no podria salvarle el valor sobrehumano de sus soldados, y así, con-

sultado el caso con los demás capitanes, resolvióse abandonar á Méjico, é ir á buscar entre los Tlascaltecas y demás indios amigos fuerzas suficientes para sojuzgar á los mejicanos.

Se eligió para la evacuacion una noche oscurísima y lluviosa, y al promediar aquella se puso en marcha el ejército con el más profundo silencio.

Asentada la ciudad de Méjico en medio de una extensa laguna, comunica con tierra firme por medio de calzadas, que se hallaban cortadas por canales para el paso de las canoas. Era, pues, peligrosísima la retirada si los enemigos advertian el movimiento, lo que no tardó en suceder hallándose aquellos siempre sobre aviso.

De repente se vieron asaltados por todas partes los españoles. Innumerable multitud de canoas bordeaba la calzada, cubriéndola los indios con sus flechas, y precipitándose en ella para pelear como valientes. Embarazábales la inmensidad del número y ofrecian ancho blanco á los tiros de sus contrarios; sirvieron sus cuerpos para rellenar los canales, y para facilitar el paso que tanto les convenia impedir. Pero la pérdida que sufrieron los españoles fué tambien muy considerable, elevándose á cerca de doscientos, entre ellos algunos capitanes de cuenta. Lloró todo el ejército la muerte de Juan Velazquez de Leon, que cubriendo la retaguardia, pereció lastimosamente traspasado por mil heridas.

No desmayó un momento Hernan Cortés, ni su rostro reveló las congojas que debian atormentar el espíritu, antes bien, despues de haber peleado como valiente, atendia con sereno semblante á reparar el daño, animando á los suyos, y haciéndoles esperar el remedio de aquel funesto accidente.

Ordenó su ejército tan luego como acabó de salir á tierra

firme, y tomó las disposiciones necesarias para resistir y escarmentar á los mejicanos, si es que insistian en su persecucion.

No la descuidaban los enemigos, aunque algo la retrasaron por haber encontrado entre los muertos á los infelices hijos de su difunto emperador Motezuma, que siendo conducidos como prisioneros, perecieron á los golpes de sus propios amigos en medio de la confusion y de la lobreguez de aquella noche terrible. Pero tan luego como tributaron las últimas honras á los cuerpos de aquellos desventurados, volvieron á emprender con nueva saña el seguimiento de los españoles, dándoles infinitos asaltos y no permitiéndoles el menor reposo ni aun para atender á la curacion de sus muchos heridos.

Pronto cesó, sin embargo, de hostilizar á Cortés el grueso del enemigo, porque entendieron como mejor sus capitanes que, reforzado convenientemente el ejército, era más seguro dirigirlo por caminos trasversales para adelantar á los españoles y cortarles el paso. Así que, cuando algo más tranquilos asomaron los nuestros á las crestas de la montaña á cuyos piés se extiende el famoso valle de Otumba, admiráronse de verlo todo ocupado por huestes innumerables, que daban bien aconocer que allí habia acumulado el poder mejicano sus más extremos recursos. Para que no quedase ninguna duda en este particular descollaba en el centro de aquella muchedumbre el capitan general del imperio, conducido en unas magníficas andas, que llevaban á hombros varios indios, y empuñando en su diestra el estandarte real, que solo se sacaba en ocasiones del mayor empeño.

Pero la sorpresa no embarazó al valor un solo instante, antes bien sirvió mucho para encender la ira aquel impensado tropiezo.

Viendo Cortés la buena disposicion de los suyos, no quiso que se enfriasen los ánimos, y tomadas brevemente las medidas que aconsejaba el caso, dió luego la señal del combate. Mucha falta hizo en aquel trance la artillería, que toda fué arrojada al agua la noche en que se salió de Méjico; pero supliéronla en lo posible los arcabuces, que estuvieron bien manejados.

Tan briosa fué la acometida, que apenas tuvieron tiempo los indios para servirse de las armas arrojadizas, sintiendo pronto en sus cuerpos el filo de las espadas y las agudas puntas de las picas; pero oprimian á los nuestros con sus inmensas masas, en las que los claros que dejaban los muertos eran inmediatamente cubiertos por nuevos combatientes. No habia brazos que pudiesen resistir tan contínuo ejercicio, y en esto consistia el más temible peligro.

Peleaban los mejicanos con creciente y desesperado valor, supliendo el número con inmensa ventaja á la diferencia de las armas. Receloso Cortés, resolvió aventurar á un supremo esfuerzo el éxito de la batalla, y llamando á Gonzalo de Sandobal, á Cristóbal de Olid, á Pedro de Alvarado y á Alonso Dávila para que le siguiesen, rompiendo y atropellando escuadrones de indios, llegó sin detenerse al paraje donde se encontraba el estandarte del Imperio escoltado por numerosa y escogida nobleza, y mientras que aquellos capitanes la acuchillaban, él, metiendo espuelas á su caballo, cerró con el general de los mejicanos, derribándole mal herido de las andas con un bote de lanza. Acabó de rematarle de una estocada Juan de Salamanca, que andaba por allí cerca peleando, y apoderándose del estandarte, lo puso en manos de Cortés.

Apenas vieron perdida los mejicanos aquella gloriosa insignia, cuando arrojando las armas, solo fiaron su salvacion á la ligereza de la fuga. En breves momentos desapa-

reció aquel innumerable ejército, dejando sembrado el valle de cadáveres. Tal fué la famosa batalla de Otumba, que ejerció decisivo influjo en el éxito de aquella guerra, no tanto por lo que quebrantó el poder mejicano como porque aseguró á Cortés la alianza y el respeto de los Tlascaltecas y de los demás indios amigos, pues si bien, en especial los primeros, tenian probada su fidelidad, era de temer que si la fortuna hubiera vuelto el rostro á los nuestros en Otumba, el partido de Xicotencal, el mozo, que nos era contrario en Tlascala, podria haber tomado mayores alientos y acaso decidir á la república á cambiar de política.

Fortalecido el prestigio de nuestras armas con tan señalada victoria, pronto acudieron á colocarse bajo las banderas de Cortés numerosas tropas de indios, que, unidas á algunos refuerzos de españoles, le permitieron emprender una nueva campaña, que tuvo breve término con la conquista y sumision de todo el imperio azteca.

CONQUISTA DEL PERÚ.

El camino descubierto por Cristóbal Colon á través del Atlántico en 1492 fué muy luego frecuentado por millares de españoles, ansiosos de conocer aquellos países, cuya espléndida vegetacion y cuyas riquísimas y variadas producciones excitaban á la par el asombro y la codicia, sirviendo de irresistible estímulo al carácter aventurero que distinguia á unos hombres criados entre los azares de la guerra que puso término en nuestra pátria al poderío musulman, y que luego buscaron en los campos de la florida Italia otro nuevo palenque para no dar lugar á que se enervase el valor que atesoraban sus corazones.

En el número de aquellos españoles intrépidos, que habian corrido á las opulentas Indias en busca de fortuna, pero tambien movidos por el deseo de propagar entre sus naturales el conocimiento de la fé verdadera y de extender los límites del imperio español, ya entonces tan poderoso, se contaban Francisco Pizarro, natural de Trujillo, en Extremadura, hijo de Gonzalo Pizarro, compañero del Gran Capitan en las guerras de Nápoles, y Diego de Almagro, natural de la ciudad de este nombre.

Residian uno y otro en Panamá, y en 1525, asociados con el maestre-escuela Hernando de Luque, su convecino, se decidieron á emprender nuevos descubrimientos. Con arreglo al contrato que celebraron, Luque habia de permane-

cer en Panamá para administrar los intereses comunes y reunir los víveres y auxilios de todo género que debia ir enviando á sus compañeros, y estos, montando dos pequeños navíos, habian de encargarse de llevar adelante la empresa.

Se dió el primero á la vela Francisco Pizarro, acompañándole ciento catorce hombres; y despues de navegar cien leguas, aportó á una tierra fria y lluviosa, cuyos habitantes le acometieron con tan singular coraje, que despues de matarle mucha gente, le obligaron á retirarse á bordo mal herido.

A los pocos dias llegó al mismo punto Diego de Almagro, quien no encontró mejor recibimiento; y aunque tuvo la suerte de derrotar á los naturales, á costa de perder un ojo de un flechazo, no se creyó con fuerzas para seguir la conquista, y marchó en busca de Pizarro, logrando encontrarle en el puerto de Chinchama, donde se estaba curando sus heridas. Todavía, reunidos ambos caudillos, volvieron á intentar varios desembarcos; pero en ningun punto pudieron sostenerse, ni aun despues de haberles llegado ochenta hombres de refuerzo; por lo que resolvieron que Almagro marchara solo á Panamá en demanda de los necesarios auxilios, y que Pizarro le esperase en la isla del Gallo con toda su gente, reducida á solo doscientos hombres.

Hallábanse estos tan estrechados por los trabajos, que muchos intentaron volverse con Almagro; pero á ninguno quiso recibir en su nave, y aun procuróse impedir que en ella fuese carta ó aviso que perjudicara el éxito de las diligencias que aquel iba á practicar. Mas á pesar de los cuidados de ambos jefes, algunos de los arrepentidos hicieron llegar sus quejas al gobernador de Panamá, quien envió á la isla del Gallo un juez, apellidado Tafúr, para que cuidase de que á ninguno se le hiciese violencia.

La llegada de Tafúr dió mayores brios á los descontentos, acabando de desanimar á muchos, aún dudosos, el saber que, á consecuencia de la mision del juez y de las noticias que circulaban por Panamá, eran inútiles cuantas diligencias practicaba Diego de Almagro para procurarse soldados. Con esto abandonaron á Pizarro casi todos sus compañeros, que corrieron á embarcarse con Tafúr, y solo trece le fueron fieles, permaneciendo en la isla resueltos á seguir la suerte de su valiente jefe. La historia ha conservado los nombres de once de ellos, y debiera haber conservado el de los trece, que á ello les hizo acreedores su denodado ánimo y esforzada constancia. Fueron los once: Bartolomé Ruiz, natural de Moguer; Nicolás Ribera, de Olvera; Francisco Rodriguez de Villa-Fuerte; Juan de la Torre; Alonso Briseño, de Benavente; Cristóbal Peralta, de Baeza; Alonso Trujillo, de la ciudad del mismo nombre; Francisco de Cuéllar; Alonso Molina, de Ubeda; Gerónimo Ribera y Pedro de Candía, que era griego de nacion.

Pizarro y sus compañeros permanecieron algun tiempo en la isla del Gallo, y de ella se pasaron á otra llamada Gorgona, en la que fueron infinitas sus miserias y privaciones, viéndose reducidos á alimentarse de asquerosos insectos y á arrostrar lo lluvioso del clima sin tiendas ni abrigo de ningun género. Al fin quiso Dios que les encontrase una pequeña nave, en la que Almagro les enviaba algunos víveres, aunque no socorro de gente, y ansiosos de salir de tan triste situacion, decidieron lanzarse á la mar y proseguir sus descubrimientos.

Pusieron la proa al Sur, y despues de navegar centenares de millas arrostrando bravísimos mares, en los que vagaron por espacio de dos años á merced de los vientos, sin tener rumbo fijo ni atreverse á internar en las tierras donde arribaban por su escasísimo número, al fin aportaron á las

playas de Tumpiz, ó Tumbez, pueblo situado en un hermoso valle, y que formaba parte del colosal imperio de los Incas, que los españoles conocieron con el nombre de el Perú.

Llamó la atencion de Pizarro y la de sus compañeros el buen aspecto del pueblo, la grandiosidad de algunos de sus edificios y lo numerosa que parecia la poblacion, pero por eso mismo recelaban saltar á tierra en la duda de cómo serian recibidos. Brindóse á hacerlo Pedro de Candía, y así lo verificó con acuerdo de todos, siendo extrema la curiosidad que les aquejaba. Puesta sobre sus vestidos una cota de mallas que le cubria hasta las rodillas, calándose una buena celada de hierro, embrazada la rodela, ceñida su espada y llevando en la mano derecha una gran cruz de madera, se dirigió resuelta y gravemente hácia el pueblo.

Los indios, que ya estaban admirados con la llegada del navío, se asombraron más al ver aquel hombre cubierto de hierro, de muy crecida estatura y con larga y espesa barba, cosa para ellos nueva y totalmente desconocida. Así, en vez de ofenderle, creyendo que podria ser hijo del Sol, que era la divinidad á quien adoraban, no solo le respetaron, sino que llegándose á él unos tras de otros, le acogieron con agasajo, enseñándole el templo, el palacio de los Incas y las grandes riquezas que uno y otro encerraban. Satisfecha la curiosidad de Pedro de Candía, volvióse muy luego á dar cuenta á sus compañeros de las maravillas y tesoros que habia visto, con lo que resolvieron volverse á Panamá para disponer lo necesario para emprender cuanto antes la codiciada conquista.

Muy animados Almagro y Luque con la relacion del descubrimiento, acordaron que Pizarro viniese á España á solicitar del emperador D. Cárlos la conquista y gobierno de tan ricos paises.

Realizado el viaje, no tardó Pizarro en conseguir lo que

deseaba, recibiendo el título de adelantado mayor del Perú y capitan general y gobernador de las tierras que conquistase; con lo que regresó á Panamá, llevando consigo á sus hermanos Hernando. Gonzalo, Juan, y Martin Alcántara. No quedaron tan satisfechos como Pizarro ninguno de sus compañeros, y en especial Almagro, quejosos, y con razon, de que ninguna mencion se hiciese de ellos en los despachos reales, ni se les hubiese concedido la menor gracia; pero aquietado su resentimiento con la mediacion de algunos amigos, dedicáronse á disponer lo necesario para la conquista, satisfechos con la promesa de Pizarro de que se partirian por igual todas las utilidades y suplicaria á S. M. le permitiese renunciar en D. Diego el título de adelantado.

Embarcóse al fin Pizarro en Febrero de 1531, llevando en tres navíos ciento ochenta infantes y treinta y siete caballos, acompañado de sus cuatro hermanos. A los quince dias de navegacion, molestándoles mucho el viento Sur, que soplaba con extraordinaria violencia, tomaron tierra cien leguas antes de llegar á Tumpiz, despachando á Panamá los navíos.

Grandes fueron los trabajos que pasaron en el camino, siendo aquellos lugares ásperos y estériles, y tropezando con caudalosos rios, que tenian que atravesar en balsas á costa de mil peligros. Animaba á todos el ejemplo de Francisco Pizarro, que hasta cargaba sobre sus hombros á los enfermos en los pasos más arriesgados. Llegando á la provincia de Coaqui ya encontraron abundancia de mantenimiento, bastante oro y no pocas esmeraldas; y sabiendo que en la vecina isla de Puna hallarian mayores riquezas, pasaron á ella en balsas, y despues de sostener con los indios sangrientos combates, en que murieron cuatro españoles y quedó herido Hernando Pizarro, sujetaron á los naturales y recogieron un crecido botin.

Ya entonces se habian unido á Francisco Pizarro algunos españoles procedentes de Nicaragua, conducidos por Sebastian de Belalcázar, y no tardó en incorporársele Hernando de Soto, enviado con gente y armas por D. Diego de Almagro, á quien se habian remitido algunos miles de ducados de oro y otras muestras de las riquezas descubiertas.

Desde Puna, de donde regresaron los españoles con gran trabajo, por no permitirles la resaca el gobernar las balsas, marchó Pizarro hácia Tumpiz, cuyos habitantes le recibieron ahora hostilmente, mal prevenidos contra él y los suyos por algunos cautivos, á quienes los nuestros habian devuelto la libertad generosamente. Fué preciso recurrir á las armas, hasta que vencidos y amedrentados los indios, se rindieron, aplacando á Pizarro con cuantiosos presentes. Restablecida la paz fundó aquel un pueblo, al que puso por nombre San Miguel; y dejando en él los equipajes y la guarnicion competente, prosiguió su marcha á la cabeza de cien infantes y de sesenta y dos caballos, dirigiéndose bravamente á Caxamarca en busca del Inca, soberano de tan hermoso imperio, que apellidaban los naturales del Cozco por el nombre de su capital.

Reinaba á la sazon Atahualpa, hijo de Huaina Capac, pero no porque le correspondiese el trono de derecho, sino porque se lo habia arrebatado á su hermano Huascar, á quien tenia encerrado en estrecha prision, y no tardó en arrancar tambien la vida por haber sabido que solicitaba la proteccion de los españoles.

Eran extensísimos los límites del imperio de los Incas, que, comprendiendo el reino de Quito, se prolongaban de Norte á Sur por espacio de setecientas leguas. Tenia una poblacion numerosa, ejército aguerrido y bien ordenado; abundaba en mantenimientos de todo género, y era innumerable la cantidad de animales útiles que poseia, como

huanacos, vicuñas y otros muy preciosos y desconocidos para los españoles. El oro y la plata eran metales muy comunes, prodigado el primero en templos y en palacios con extraña prodigalidad bajo toda clase de formas, y aun en gruesas y extensas planchas. De uno y otro se recogieron en la conquista fabulosas cantidades, así como de esmeraldas y de diferentes piedras preciosas. Adoraban aquellos indios al sol, y el mismo Atahualpa, considerando á los extranjeros como hijos de su dios, hizo que sus súbditos los respetasen como cosa divina.

Para tornárselos favorables y desarmar su cólera, de que habian dejado rastro harto sangriento en Puna y Tumpiz, envió el Inca á Francisco Pizarro una solemne embajada á cargo de su hermano Titu-Atauchi, encargado de felicitarle en su nombre y de ofrecerle abundantes regalos. Fué el embajador bien acogido, y Pizarro, sin detener su marcha, hizo que su hermano Hernando y el capitan Hernando de Soto se adelantasen con algunos caballos para dar gracias á Atahualpa por su cortesanía y anunciarle que no tardaria en llegar á su presencia para cumplir la mision que habia recibido del Soberano Pontífice y del glorioso emperador Cárlos V. El Inca festejó y regaló á los mensajeros, y por medio de ellos avisó á Francisco Pizarro su inmediata llegada á Caxamarca.

Preparáronse á recibirle los españoles, tomando prudentemente sus disposiciones militares por saber que iban acompañándole más de treinta mil hombres de guerra; y al efecto formó Pizarro en un ángulo de la gran plaza de Caxamarca sus cien infantes, y colocó los sesenta caballos detrás de unos paredones, para que, saliendo repentinamente en caso de necesidad, causara mayor efecto en los indios su impensada acometida. Llegó Atahualpa el 16 de Noviembre de 1532, conducido en una silla de oro, rodeado

de numerosa córte de indios, que ostentaban en sus vestidos extraordinaria riqueza, y escoltado por sus guerreros, de los cuales quedaron fuera de la poblacion unos ocho mil á cargo de su general Rumiñavi.

Tan luego como apareció el Inca se adelantó hácia él fray Vicente de Valverde, religioso dominico, llevando en una mano el libro de los Evangelios y en la otra una cruz, y empezó á dirigirle una larga plática, cuya primera parte iba encaminada á explicarle las verdades de nuestra religion, y la segunda á intimarle que se reconociese vasallo y tributario del monarca de España. La mala explicacion del indio Felipillo, que servia de intérprete, hizo que Atahualpa quedase en mayor confusion y muy disgustado con la exigencia de Pizarro, aun más exagerada por la ignorancia de Felipillo. Así que no pudo reprimir algunas muestras de enojo y de impaciencia, que advertidas por los indios causaron en ellos cierto movimiento. Creyendo el padre Valverde que querian ofenderle, se levantó con precipitacion dejando caer el libro y la cruz, todo lo cual, interpretado erradamente por los españoles, que estaban ya recelosos con el guerrero acompañamiento del Inca, resolvieron anticiparse en el ataque y cayeron sobre la inmensa multitud con ímpetu irresistible. El estruendo de los arcabuces, el choque de las armas y la terrible acometida de los caballos dejaron paralizados á los indios, que no ensayaron el ponerse en defensa. Perecieron de ellos hasta cinco mil, salvándose los demás con la fuga, y retirándose los ocho mil de Rumiñavi por el camino de Quito para organizar allí la resistencia. Atahualpa, que en medio de la confusion habia sido derribado de las andas, fué hecho prisionero por Pizarro.

Pasados los primeros momentos de espanto, trató Atahualpa de recobrar su libertad, ofreciendo como rescate lle-

nar de vasijas y otras piezas de oro y plata el gran salon en que se encontraba hasta la altura á que alcanzaba con el brazo extendido, donde se tiró una raya encarnada. Admitida la oferta, pronto empezaron á llegar á Caxamarca cantidades inmensas de ambos metales; y para completar cuanto antes las necesarias, salieron para distintos puntos algunos españoles con órdenes de Atahualpa, yendo Hernando de Soto y Pedro del Barco hasta el Cozco, distante doscientas leguas.

Fué por este tiempo cuando el Inca, sabiendo que su hermano Huascar procuraba captarse la voluntad de los españoles, le hizo quitar la vida en su prision. Pero de poco le aprovechó su crímen.

Habia llegado Diego de Almagro á Caxamarca conduciendo hasta doscientos cuarenta soldados; y de allí á poco, aunque no está bien averiguada la causa de la lamentable determinacion, si bien es de creer la motivase el sospechar por algunos movimientos de los indios que trataban de libertar por la fuerza á Atahualpa, ello es lo cierto que formándosele proceso, fué condenado á muerte. llevándose al punto á ejecucion la sentencia. Fuera más humano y aun conveniente el haberle remitido á España.

Sabida la noticia, Titu Atauchi, Quizquiz, Rumiñavi y otros capitanes indios empezaron á mover guerra á los españoles, siguiéndose reñidos encuentros, en los cuales aunque salian vencedores los nuestros, no dejaron de sufrir bastantes pérdidas. El príncipe Manco Inca, hermano de Atahualpa, solicitó de Pizarro la restitucion de su imperio, pero solo consiguió lisonjeras promesas, y vino á morir tambien desgraciadamente á manos de un español, con quien tuvo una disputa sobre el juego.

La fama de las riquezas del Perú habian llevado á él multitud de aventureros, y los españoles, no solo pudieron

someterlo á su dominacion, sino que Diego de Almagro redujo tambien á la obediencia el vecino reino de Chile, aunque á costa de padecer él y su gente infinitos trabajos, siendo muchos los que se helaron al trasponer los Andes.

Triste fué el fin que tuvieron así Almagro como Francisco Pizarro. Habiendo estallado entre ambos la discordia, el primero cayó en poder de Hernando Pizarro en una batalla y fué inhumanamente degollado. Pero Almagro el mozo, hijo de D. Diego, no tardó en vengar la muerte de su padre. Trece de sus parciales acometieron en medio del dia y en su propia casa á Francisco Pizarro, y aunque se defendió con valor, sucumbió por último de una estocada que le atravesó la garganta. Durante muchos años fué teatro el Perú de los mayores trastornos, despedazándose entre sí los mismos conquistadores, todos ansiosos de dominar sin rivales y nunca bastante hartos de riquezas.

EXPEDICION DE TÚNEZ.

El poder de los turcos y las piraterías de los berberiscos habian llegado al más alto punto en el primer tercio del siglo XVI, y tenian aterrados á todos los Estados cristianos, muy especialmente á los ribereños del Adriático y del Mediterráneo. Entre los demás corsarios que infestaban los mares, habíanse hecho famosos y más temibles que ningun otro los dos hermanos Horuc y Haradin, hijos de un alfarero de la isla de Lesbos, quienes desdeñando el tranquilo oficio de su padre y lanzándose á la azarosa vida del pirata, habian llegado á conquistar el reino de Argel, cuyos Estados aumentaron todavía con los de su vecino el monarca de Tremecen, al que vencieron y despojaron.

Horuc, el mayor de los dos hermanos, murió peleando con los españoles, y le sucedió Haradin, conocido por Barba-roja á causa del color de su barba, el cual, para hacer más respetable su autoridad á los moros y árabes, y para poder contar con una proteccion poderosa contra los Estados cristianos, colocó los suyos bajo la del sultan de Constantinopla Soliman II, quien le nombró su gran almirante. Tan hábil político como experimentado guerrero y terrible pirata, supo inducir al sultan á que, fiándole una numerosísima armada, le encargase la conquista de Túnez, cuyo

reino obedecia las órdenes de Muley Hacem, que habia subido al trono usurpándoselo á su hermano Al-Raschid.

Barba-roja, despues de devastar al paso las costas de Italia, se presentó delante de Túnez, y con ayuda de los naturales, á quienes hizo creer que llevaba en su compañía al despojado Al-Raschid, ahuyentó con facilidad á Muley Hacem, que corrió á acogerse á la proteccion del emperador Cárlos V. Y aunque descubierto pronto el engaño, los tunecinos quisieron sacudir el nuevo yugo, no costó mucho á Barba-roja el someterlos á la autoridad del sultan.

El buen éxito de aquella expedicion animó al antiguo pirata á proyectar otra más importante contra Sicilia y Nápoles, y empezó á hacer para ella extraordinarios aprestos. Difundida la noticia en los Estados cristianos, causó una alarma terrible, y todos volvian los ojos al emperador como el único capaz de conjurar la tormenta, y que por otra parte era el que tenia más interés en el asunto. Así lo comprendia tambien el mismo D. Cárlos, y resolvió hacer un esfuerzo para quebrantar el poder del atrevido pirata.

Convidó á tomar parte en la expedicion que proyectaba al rey de Portugal, al Papa, á la república de Génova, á los caballeros de Malta y á otros Estados de Italia; él, por su parte, dictó las disposiciones necesarias para que con la mayor premura se reuniesen tropas y navíos en España, Sicilia, Nápoles y Cerdeña. El mando de la escuadra lo confió al célebre marino genovés Andrea Dória, á quien tenia á su servicio, y el del ejército lo reservó para sí, resuelto á acaudillar empresa tan importante.

Francisco I de Francia, á quien su rencorosa envidia habia conducido al extremo de aliarse con los enemigos del nombre cristiano, avisó á Soliman y á Barba-roja los proyectos del emperador, previniéndoles que se dirigian contra Túnez, lo que hizo que el antiguo pirata mejorase no-

tablemente las fortificaciones de aquella plaza, y en especial las del fuerte de la Goleta, que colocado al extremo de una ensenada, por la que ambos se comunican, constituye la principal defensa.

Señalóse á Barcelona como punto de reunion de las distintas escuadras, acudiendo la primera la portuguesa, compuesta de veinte carabelas, mandadas por Antonio Saldaña, á quien acompañaban el infante D. Luis y mucha de la nobleza de aquel reino. Las galeras con que llegó Dória eran notables por su hermosura y magnificencia, sobresaliendo la capitana, que debia montar el emperador; las que se aprestaron en España iban á cargo de D. Alvaro de Bazan. Reunióse en la capital del Principado una multitud de gentes de todas clases y condiciones, ansiosas de concurrir á la expedicion, y en la gran revista que pasó el emperador el 14 de Mayo fueron notables el lujo y la riqueza que se desplegaron.

Al fin, el 30 del propio mes, despues de oir misa devotamente, se embarcó el emperador, y con él todo el ejército, dándose á la vela para las Baleares, donde se hizo escala, siguiendo luego á Cagliari, capital de Cerdeña, á la que llegaron el dia 11 de Junio. Allí se incorporaron nueve galeras del Papa, ocho de Génova, seis de los caballeros de Malta, y las que habia armado el marqués del Vasto en Nápoles y Sicilia, con más trece mil hombres alemanes é italianos que tenia prevenidos. El total de buques de todas clases que hicieron rumbo para las playas africanas el 13 de Junio de 1535 ascendia á cuatrocientos veinte, conduciendo treinta mil hombres de desembarco. El marqués del Vasto habia de dirigir las operaciones á las inmediatas órdenes del emperador.

Barba-roja tenia terminados sus preparativos de defensa, pues habia hecho trabajar en las obras á nueve mil cautivos

cristianos y á la tercera parte de la poblacion de Túnez, que se relevaba diariamente. La Goleta parecia ya ser inexpugnable, pues á sus antiguas fortificaciones se acababan de añadir otras nuevas, entre las cuales sobresalia un espeso murallon construido entre la playa y el fuerte, coronado por numerosísima artillería y protegido por un profundo foso.

Entre el mar y la laguna denominada Estaño, que se extiende al Oeste de la Goleta, construyó Barba-roja un profundo canal, en el que abrigó sus buques, y sobre él arrojó un puente levadizo, que aseguraba la comunicacion con Túnez. Sinan, renegado judío, recibió el encargo de defender la fortaleza hasta la muerte, teniendo á sus órdenes seis mil turcos veteranos y dos mil árabes escogidos.

La escuadra cristiana dió fondo el dia 17 en las playas de la antigua Cartago, y el ejército fué á acampar entre las ruinas de aquella antigua rival de Roma. Decidido el empezar las operaciones por el sitio de la Goleta, se puso sobre ella el ejército el 19, y establecidas las baterías, empezó un horroroso cañoneo por mar y tierra, pues la escuadra, despues de tomar una torre, llamada del Agua por contener dentro algunos pozos, se habia situado de modo que pudiera contribuir al ataque.

Enjambres de guerreros árabes hostigaban sin cesar el campamento cristiano, atacando y huyendo con aquella rapidez que les permiten sus ligeros corceles. Barba-roja, que habia reunido bajo sus órdenes cien mil infantes y treinta mil caballos, se mantenia en observacion en las cercanías de Túnez. Tambien habia crecido el número de los sitiadores, que llegaron á ascender á cincuenta mil, siendo muy festejado á su arribo el ya anciano pero siempre esforzado Hernando de Alarcon, á quien acompañaban su yerno don

Pedro Gonzalez de Mendoza, D. Fadrique de Toledo y otros caballeros españoles.

Sinan defendia á la Goleta con tanto valor como inteligencia, molestando á los imperiales con frecuentes salidas. En la que llevó á cabo el dia 23 asaltó el cuartel de los italianos, los puso en fuga, causó en ellos considerable destrozo, y no se retiró sino llevándose en triunfo dos banderas y cuando iban á caer sobre él fuerzas muy numerosas. Entre los que acudieron en auxilio de los italianos contábase de los primeros el mismo D. Cárlos, que corrió aquel dia gran peligro, pasando á su lado una bala de cañon de sesenta libras de peso.

El sitio de la Goleta recordaba mucho el de Granada por los combates particulares que tenian lugar diariamente, en los que se hicieron notables Garcilaso de la Vega, Juan de la Cueva y Pedro Juarez. Lo que más molestaba á los sitiadores era el calor y la falta de agua, auxiliares poderosísimos con que ya habia contado Barba-roja, pero que, sin embargo, no bastaron á postrar el valor de los nuestros.

El 26 decidió Barba-roja intentar un ataque general contra los sitiadores, y lo llevó á cabo moviendo contra ellos sus numerosos soldados. El combate fué sangriento y muy porfiado, causando mucho daño á los imperiales la artillería enemiga, bien situada en unos olivares y convenientemente defendida. Pero marchó contra ella el marqués de Mondéjar con una manga de arcabuceros españoles, y venciendo grandes obstáculos, se apoderó de los cañones, no sin recibir en un muslo una peligrosa lanzada.

En un momento en que por otro punto parecia inclinarse la victoria hácia los infieles, acometió el emperador, metiéndose lanza en ristre en lo más empeñado de la refriega, seguido de muchos nobles enardecidos con el ejemplo de su soberano. Barba-roja, rechazado en todas partes con gran

pérdida, se retiró bramando de coraje perseguido por los imperiales; entre los que se distinguieron aquel dia estaban D. Fadrique de Toledo, D. Bernardino y D. Juan de Mendoza, Hernando de Alarcon, D. Alonso de la Cueva y sobre todos el emperador.

El 4 de Julio los españoles se lanzaron sobre el bastion principal de la Goleta, y el alférez Marmolejo logró plantar su bandera sobre el rebellin, pero no siendo convenientemente sostenidos tuvieron que replegarse, salvando su bandera el heróico alférez, aunque le atravesaron el brazo derecho de un balazo, y una flecha le habia penetrado en la espalda.

No estaban ociosos los ingenieros, dirigidos por el italiano Ferramoli; adelantaban los ramales de trincheras, se construian nuevas baterías que vomitaban incesante fuego contra la Goleta, y en la noche del 13 todo quedó dispuesto para el asalto, que debia darse al dia siguiente.

Al romper el alba oyeron misa y comulgaron el emperador y su córte, y sonó la señal de ataque. Al punto la artillería de la armada por un lado y por otro la de tierra rompieron un espantoso cañoneo contra la torre de la Goleta, que fué briosamente contestado por los turcos, pero al cabo de seis horas de fuego se desplomó la torre y quedaron practicables varias brechas. Lanzáronse los imperiales al asalto, siendo recibidos con un tiroteo tan terrible que los españoles que marchaban á la cabeza empezaron á arremolinarse. El emperador se adelantó hácia ellos gritándoles con esfuerzo: «¡Españoles! ¡leones de España! «¿quedareis vencidos delante de vuestro rey?» Entonces acometieron con irresistible coraje, y en vano el valeroso Sinan trató de oponérseles con sus turcos, á los que arrollaron hasta la misma plaza del castillo. Acudiendo entonces por otro lado los alemanes y los italianos, se hizo general

la derrota de los infieles y quedó en nuestro poder la Goleta. Los primeros que la entraron por la parte de tierra fueron los soldados toledanos Andrés de Toro y Miguel de Salas, y por la de mar D. Alvaro de Bazan y el príncipe de Salerno, que habian desembarcado con un tercio de españoles.

La pérdida de los enemigos fué muy considerable en muertos y prisioneros, pero muchos lograron salvarse por el puente y por la laguna. Cayeron en poder de los imperiales más de trescientos cañones, y toda la flota de Barbaroja compuesta de ochenta y seis buques de todos portes. Al tomar posesion de la Goleta, el emperador, que llevaba á su lado al depuesto monarca Muley Hacem, le dijo: «Esta será la puerta por donde entrareis en vuestro reino.»

No renunció Barba-roja á defender á Túnez, antes bien se colocó en buenas posiciones para resistir al ejército imperial, que se dirigió contra aquella ciudad en la mañana del 20. La marcha, aunque de solo cinco millas, fué penosísima, habiendo de hacerla por enmedio de movedizos arenales, bajo los rayos abrasadores de un sol africano que ponia candentes las ármas, y sufriendo los tormentos de la sed, pues muy pronto se agotó la provision de agua que llevaban las tropas. Algunos soldados cayeron muertos y otros desmayados, contándose entre estos á D. Alfonso de Mendoza. Diferentes veces se desmandaron en busca de pozos en que saciar su sed, y hubo momentos en que si Barbaroja se hubiera presentado, habria corrido gran peligro el ejército, que se hallaba en la confusion más completa. Al fin pudo restablecerse el órden, y los imperiales llegaron á encontrarse enfrente de los infieles.

Al ver la muchedumbre que tenian delante, y en especial la numerosísima caballería de los enemigos, alguno ma-

nifestó temor por el éxito de la batalla, no contando los nuestros sino veinte mil combatientes; pero el marqués de Aguilar contestó con resolucion: «Si son muchos, tanto me»jor; *á más moros, más ganancia.*» Frase que ha quedado en España como proverbio.

El mismo emperador, al reconocer las posiciones de Barba-roja, dudó si deberia acometerle en ellas, y volviéndose al anciano Alarcon, le preguntó: «Padre, ¿qué hacemos?»—«Acometer, señor, le contestó el valiente veterano, que la »victoria es nuestra como vos sois emperador.»

La batalla, sin embargo, no fué tan empeñada como podia temerse; pues los enemigos se hallaban desalentados con la pérdida de la Goleta. Los españoles arrollaron fácilmente un cuerpo escogido de diez mil turcos y renegados, que formaban á la izquierda de nuestra línea, y aunque los italianos se replegaron un momento en la derecha, volvieron á rehacerse apoyados por los alemanes. La caballería árabe cargó vigorosamente sobre nuestra retaguardia, compuesta de tres mil españoles, que la recibieron con firmeza haciéndola volver grupas y destruyéndola con el fuego de la arcabucería. La derrota se hizo general, y los fugitivos se precipitaron dentro de Túnez, donde tampoco pudo retenerlos Barba-roja, pues abandonaban la ciudad á millares para huir hácia el interior.

Un suceso imprevisto acabó de desconcertar los planes del antiguo pirata, que aun pensaba en defender aquella capital. Quince mil cautivos cristianos, que se hallaban encerrados en la Alcazaba, lograron sorprender á sus guardias, se apoderaron de la fortaleza y asestaron sus cañones contra la ciudad. Con esto no quedó á Barba-roja otro remedio que evacuarla, y los imperiales la ocuparon sin resistencia, si bien eso no libró á los habitantes de sufrir un espantoso saqueo.

El emperador repuso en el trono á Muley Hacem, que se reconoció su vasallo, estipulando condiciones muy favorables para la cristiandad y el comercio; dejó bien fortificada la Goleta, y en ella una escogida guarnicion de españoles; y se embarcó para Sicilia, llegando sin novedad á Trápani el dia 20 de Agosto.

LA CONQUISTA DE LA CANELA.

El valor, la constancia y la pasmosa resignacion para sufrir los trabajos más duros fueron cualidades comunes á todos los intrépidos españoles que realizaron la conquista del continente americano, pero hubo empresas en que aquellas virtudes llegaron al último límite que puede alcanzar la humana naturaleza.

Una de esas empresas fué la conquista de la Canela, realizada por Gonzalo Pizarro, hermano del famoso conquistador del Perú, Francisco Pizarro.

Habia quedado este, con el vencimiento y muerte del infeliz Diego de Almagro, por único gobernador del colosal imperio arrancado á los Incas, que desde los Charcas hasta Quito se extendia por más de setecientas leguas. Pero no satisfecha su pasion por los descubrimientos, y habiendo llegado á su noticia que, lindando con la de Quito, existia una gran tierra donde se criaba con abundancia el precioso producto que vino á darla su nombre, dispuso que su hermano Gonzalo, abandonando el cuidado de la fundacion de la ciudad de la Plata, emprendiese la nueva conquista con cuantas fuerzas le fuese posible allegar.

Redujéronse estas, sin embargo, á trescientos cuarenta soldados, de ellos próximamente una mitad de caballería; pero llevó consigo Gonzalo cuatro mil indios para la conduccion de las armas, bastimento y otras cosas necesarias

para la jornada, como hierro, instrumentos, cordelería, clavazon, etc.

Salieron de Quito los españoles al finalizar el año 1539, y no bien habian abandonado aquella provincia cuando ya empezaron á experimentar las terribles penalidades, que no tuvieron término durante la infelicísima expedicion.

Presentáronseles desde luego en son de guerra los indios de la comarca, y aunque no se atrevieron á acometerles, huyeron tierra adentro y privaron á los españoles de los servicios que de ellos se habian prometido. Sin embargo, como entonces iban bien provistos de todo, no dieron grande importancia á aquella falta, y seguian alegres su camino cuando se vieron sorprendidos por espantosos terremotos que iban acompañados de furiosas tormentas. Al ver abrirse la tierra en su alrededor mostrándoles profundísimas simas, tan pronto perdidos en la más densa lobreguez como deslumbrados por el relámpago, ó espantando sus ojos la horrible silueta del rayo, anegados por espacio de más de cuarenta dias en lluvias torrenciales, aquellos españoles afrontaron con estóica resignacion tantos padecimientos y no temieron engolfarse en las entrañas de la gigantesca cordillera de los Andes.

Esperábanles en ella nuevas penalidades. El frio intensísimo propio de tan elevadas regiones y las inmensas capas de nieve que cubren aquellos montes desiertos, fueron causa de que pereciese multitud de indios, y tanto por esto como por la prisa que se dieron los españoles en dejar lugares tan desabridos, abandonaron la mayor parte del ganado y de los bastimentos, creyendo que al salir á mejor tierra remediarian fácilmente aquella falta.

Pronto hubieron de reconocer su yerro, porque traspuestos al fin los Andes, desembocaron á un país casi desierto, en el que tuvieron por gran ventura el encontrar

raíces y algunas frutas silvestres con que entretener los tormentos del hambre.

No eran solo estos los obstáculos con que tropezaban los intrépidos aventureros. Extraviados maliciosamente por los guias indios, encontrábanse con frecuencia detenidos por montañas inabordables, ó encerrados en espesísimos bosques, donde solo el hacha y la fuerza de sus nervudos brazos podian brindarles salida.

Algun reposo les permitió la fortuna, permitiéndoles arribar á una provincia denominada Cuca, que, más cultivada y con poblacion más numerosa y pacífica, les facilitó medios de reparar los ya agotados alientos.

Tras de un descanso de dos meses, Gonzalo Pizarro dió órden de seguir adelante; pero encontróse pronto atajado por un rio caudaloso, que asombró sus ojos con el extraño espectáculo de una magnífica catarata.

En vano trataron los españoles, durante muchos dias, de encontrar medio de atravesarlo, no consintiendo ni vado ni puente la anchura y profundidad de sus aguas. Llegaron, al fin, á un sitio en que aquellas se recogian en una angosta canal estrechada entre dos altísimas peñas, sobre las cuales, á costa de gigantescos esfuerzos, consiguieron echar un puente de madera, despues de espantar á arcabuzazos á los indios, que valerosamente trataban de impedirles el paso.

Nada aventajaron con trasladarse á la otra orilla del rio, siendo en esta tan grandes los obstáculos como lo eran en la contraria, y la tierra tan falta de recursos, que no bastando las yerbas y raíces para el indispensable alimento, hubieron de matar algunos caballos.

Viendo la conveniencia de poder atravesar el rio libremente cuando la necesidad lo exigiese, determinó Gonzalo Pizarro fabricar un bergantin, lo que consiguió, vencien-

do á fuerza de industria y de paciencia infinitas dificultades, y siendo el primero en dar el ejemplo con no desdeñar los oficios más viles y trabajosos.

Sirvióles tambien el barco para depositar en él los enfermos, el oro y esmeraldas que tenian recogido y una gran parte del fardaje, con lo que siguieron rio abajo con mayor desahogo. Pero apretándoles cada vez más el hambre, y habiendo dado á entender unos indios que siguiendo en la misma direccion, y en un sitio en que el rio se unia á otro de no menos importancia, existia una tierra rica en oro y abundantísima en bastimentos, resolvió Gonzalo Pizarro despachar el bergantin para que cuanto antes trajese á su gente los recursos que tanto habia menester. Púsolo, por lo tanto, al cargo de Francisco Orellana, y dió á este cincuenta soldados para que le acompañasen.

Dificultades insuperables que se le ofrecieron para remontar el rio, ó bien, como quieren algunos, el que la ambicion avivó los traidores intentos, ello es lo cierto que Orellana, en vez de volver hácia los suyos, llegado que fué al sitio designado por los indígenas, enderezó la proa á España, y allí, desfigurando la verdad de los hechos, logró que el emperador le hiciese merced de aquella conquista. Pero el cielo, cortándole la vida en la mar, le impidió muy luego el realizarla.

Entre tanto Pizarro y los que con él quedaron se veian reducidos á la mayor miseria, y cuando al cabo de dos meses de inauditos trabajos llegaron á la junta de los dos rios y supieron la defeccion de Orellana, su pena rayó en los límites de la desesperacion.

Logró calmarlos el valiente Gonzalo, haciéndoles comprender que no era propio de españoles, y menos de españoles que habian conquistado tan colosal imperio, el ceder á los reveses de la contraria fortuna, y que antes bien de-

bian arrostrarla con sereno ánimo y apacible semblante; con lo que, cobrados nuevos alientos, volvieron á proseguir la trabajosísima expedicion por espacio de otras cien leguas. Pero vieron al cabo de ellas que, aunque llevaban andadas ya no menos de cuatrocientas, la tierra se presentaba siempre tan áspera y desabrida, tenian que seguir alimentándose de yerbas y de inmundos reptiles, y se encontraban desnudos, habiéndoseles podrido las ropas con el continuado llover, ó quedándoseles en girones entre tantas malezas. Habido, pues, consejo, Gonzalo y sus capitanes resolvieron dar la vuelta á Quito, abandonando las orillas del rio, que por haberse hallado entre los indios que hostilizaron á Francisco Orellana algunas mujeres, recibió el nombre de rio de las Amazonas.

Tentaron buscar camino más recto, ya que no menos trabajoso; pero si consiguieron lo primero, no así lo segundo, que tanto habian menester.

Los riesgos y fatigas no fueron menores que los que hasta allí llevaban arrostrados. Atravesaron países llenos de pantanos, que tuvieron que salvar llevando á cuestas á los enfermos ó estropeados; jugaron cien veces sus vidas al cruzar los torrentes y caudalosos rios de aquellas tierras; hubieron de matar todos los caballos, y hasta los perros, para aliviar el hambre, y aun así murieron de ella todos los indios y no pocos de los mismos españoles.

Por último, tras de dos años y medio de sufrimientos tales que espanta á la imaginacion el recordarlos, Gonzalo Pizarro y hasta ochenta de sus compañeros volvieron á pisar los términos de Quito á principios de Junio de 1542.

Arrojáronse al suelo para besar la tierra y dar á Dios rendidas gracias por haberles conservado las vidas, y despacharon un mensajero que anticipase á sus amigos y deudos la noticia de su llegada, y les pidiese al mismo tiempo

algunas ropas para cubrir sus carnes. Mas tal era el estado de miseria á que habian reducido á la ciudad de Quito las revueltas civiles, que solo fué posible allegar seis vestidos y hasta doce caballos, si bien fué abundante el regalo de comestibles. Admitieron estos con ánsia los infelices expedicionarios; pero Gonzalo y sus capitanes rehusaron vestir los trajes ni montar á caballo, puesto que habian de seguir desnudos y á pié sus demás compañeros.

¡Lloraban los vecinos de Quito viendo aquellos miserables restos de una expedicion tan lucida!

Entraron en la ciudad descalzos, permitiendo la desnudez contemplar lo negro y demacrado de sus cuerpos cubiertos de heridas, espantables los rostros con lo crespo y desmesurado de las barbas y de los súcios y no peinados cabellos.

Tales fueron el curso y remate infelicísimo de aquella famosa expedicion, que puso tan de relieve las virtudes guerreras de Gonzalo Pizarro y de sus compañeros, virtudes de que en todo tiempo han dado los españoles pruebas bien relevantes.

SITIO Y BATALLA DE SAN QUINTIN.

Las guerras que habia encendido la rivalidad de Francisco I y del emperador Cárlos V no terminaron ni con la muerte del uno ni con que el otro se retirase al monasterio de Yuste en 1556, dejando á su hijo, Felipe II, por heredero de la corona de España y anejos á ella sus grandes dominios de Italia, de los Países Bajos y del Franco Condado. La tregua de Vauzélles, que debia dar un respiro de cinco años á los súbditos de ambos monarcas, fué rota por la imprudencia del nuevo rey de Francia, Enrique II, y por las sugestiones del Papa Paulo IV, anciano de 82 años, que cediendo al consejo de sus sobrinos los Carrafas, que por ódio á la familia de los Colonas eran enemigos de los reyes de España, se declaró tambien contrario á Felipe II y se empeñó en arrancarle el reino de Nápoles.

Convenidos ya Enrique y Paulo, éste fué el primero en romper las hostilidades, lo que obligó al duque de Alba á marchar contra los Estados Pontificios y á que, apoderándose de sus plazas más importantes, se presentase á las puertas de Roma. El terror que el Pontífice concibió á la vista de los españoles le hizo solicitar una tregua de cuarenta dias, que le fué generosamente concedida por el duque de Alba, aunque era contraria á sus intereses, por saber con cuánta repugnancia hacia la guerra Felipe II á la cabeza visible de la Iglesia.

Paulo IV se aprovechó de ella para reunir nuevas fuerzas y para activar la llegada del duque de Guisa, enviado en su ayuda por Enrique II, al frente de un ejército respetable. Franceses y pontificios invadieron el reino de Nápoles, en cuya defensa empleó hábilmente el de Alba fuerzas muy inferiores, haciendo perder al de Guisa un tiempo muy precioso en el inútil sitio que puso á Civitella del Tronto.

Entretanto el rey de España se disponia á descargar sobre su enemigo un golpe formidable, hiriéndole en el corazon de sus propios dominios. Reunió en Flándes un ejército de sesenta mil hombres, al que logró se incorporasen ocho mil ingleses auxiliares, y lo puso á las órdenes de Manuel Filiberto, duque de Saboya, general muy jóven todavía, pero ya ventajosamente conocido.

Manuel Filiberto supo engañar con habilidad á los franceses, y llamando su atencion á la Champaña con aparentar que se dirigia contra Guisa, invadió valerosamente la Picardía y puso sitio á la fuerte é importantísima plaza de San Quintin, que se hallaba bastante desguarnecida.

La posicion de esta ciudad, construida sobre una eminencia á las orillas del Somma y protegida por una ancha y cenagosa laguna, se prestaba por sí sola á una buena defensa; pero las grandes obras construidas por Francisco I la habian venido á colocar bajo un pié formidable. El de Saboya situó su campo en la parte del Norte, apoyándolo en el rio y en la laguna, y cubriendo el ángulo que forma el arrabal de la Isla con un cuerpo de arcabuceros españoles.

Grande fué la alarma que cundió en toda Francia al saberse el peligro que corria San Quintin, y en un arranque de patriotismo la nobleza levantó en pocos dias un ejército de veinte mil infantes y de seis mil caballos, con el que el

condestable de Montmorency avanzó hasta situarse en la Fere, plaza fuerte situada en las márgenes del Oise. Pero urgiendo remediar la falta de guarnicion de San Quintin, el almirante Coligni resolvió penetrar en la ciudad á toda costa, y poniéndose á la cabeza de tres mil voluntarios, atropelló por entre los sitiadores y consiguió su propósito, aunque á costa de perder la mitad de su gente.

Este refuerzo, el prestigio personal de Coligni y sus acertadas disposiciones dieron mayor impulso á la defensa; pero la situacion de los sitiados era muy peligrosa y el almirante no cesaba de incitar al condestable de Montmorency á que acudiese en su auxilio. Resolvióse este con mal acuerdo á abandonar su buena posicion de la Fere, y el 10 de Agosto se presentó á la vista de San Quintin, aunque su ejército era muy inferior en número al de los sitiadores.

Apoyándose en un bosque inmediato y cubriendo la ribera del Somma, mandó avanzar un cuerpo escogido á las órdenes de Andelot, hermano del almirante, el cual se arrojó temerariamente sobre los españoles; pero cercado por todas partes, á duras penas pudo refugiarse en la plaza seguido de muy pocos de los suyos, quedando los demás ó muertos ó prisioneros.

Esta desgracia hizo que Montmorency pensara en replegarse, pero ya era tarde; y por otra parte, Manuel Filiberto, aparentando no querer abandonar la defensiva ni salir de su campo, le confió lo bastante para entrenerle en las orillas del Somma ocupado en proteger á algunos cuerpos que aspiraban á penetrar en la plaza. Mientras tanto reunió toda su caballería, que puso al mando del conde de Egmónt, y cuando Montmorency, conocida la estratagema, quiso precipitar su retirada sobre la Fere, Egmónt le atacó resueltamente, deshizo á los ginetes y arcabuceros france-

ses que trataron de oponérsele, y revolviendo sobre la infantería, que opuso mucha menor resistencia, hizo general la derrota del enemigo.

Murieron de los franceses seis mil hombres y quedaron cuatro mil prisioneros, contándose en este número el condestable Montmorency, uno de sus hijos, los duques de Montpensier y de Longueville, el príncipe de Mántua, el mariscal de San Andrés, el vizconde de Turena, el rhingrave, general de los tudescos auxiliares, y otros muchos caballeros de la primera nobleza. Quedaron en poder de los vencedores diez y ocho cañones, cincuenta y dos banderas, diez y ocho estandartes y trescientos carros de municiones. Los restos del ejército francés se diseminaron por todas partes esparciendo la consternacion y el espanto. Esta victoria se debió á la caballería, pues cuando la infantería se presentó en el campo de batalla ya se hallaba esta decidida en nuestro favor, sin más pérdida que la de ochenta soldados.

Felipe II, que entonces se hallaba en Flándes, acudió al campamento á felicitar al duque de Saboya, é inmediatamente envió un mensajero al monasterio de Yuste para que comunicase á su padre tan importante noticia. Cuéntase que al recibirla preguntó Cárlos V si su hijo se encontraba ya en Paris. Tanta era la trascendencia que concedia á tan memorable victoria.

En efecto, quedaba ya completamente abierto el camino de la capital enemiga, y los jefes del ejército vencedor opinaban que levantando el sitio de San Quintin se debia avanzar resueltamente sobre aquella. Felipe II decidió continuar el asedio hasta la rendicion de la plaza, que se creia no podia sostenerse. Sin embargo, Coligni la prolongó otros diez y siete dias. El 27, abiertas tres brechas, se lanzaron al asalto de las dos primeras los tercios españoles de

Cáceres y de Navarrete; contra la tercera marcharon dos mil ingleses auxiliares. Las columnas de ataque iban sostenidas por otras de alemanes, walones y borgoñones. A pesar de la resistencia heróica de los defensores y de la actividad que desplegó Coligni para amontonar obstáculos á los nuestros, la plaza fué entrada por asalto y sufrió los últimos rigores de la guerra; el almirante quedó prisionero con todos los que respetó la espada.

Rendida San Quintin, los españoles se apoderaron de Hám, Chatelet y Noyon y tomaron cuarteles de invierno en el corazon de la Francia.

En accion de gracias por la importante victoria conseguida el 10 de Agosto, festividad del mártir San Lorenzo, el rey D. Felipe II erigió bajo la advocacion de aquel santo el magnífico monasterio del Escorial.

BATALLA NAVAL DE LEPANTO.

Selim II, hijo y sucesor de Soliman *el Magnífico*, aunque muy inferior en dotes á su padre, era enemigo no menos encarnizado del nombre cristiano, y no ponia menos empeño en aumentar el poder de la media luna. Quebrantando la paz que tenia firmada con la república de Venecia, envió en 1570 una poderosísima escuadra con tropas de desembarco para que se apoderasen de la isla de Chipre, las que despues de tomar por asalto á su capital Nicosia, pusieron sitio á Famagosta, que se defendió con la mayor valentía.

Solicitó Venecia el auxilio del Papa y el del rey de España D. Felipe II contra el enemigo comun, y reunió una respetable armada para ir en socorro de Chipre; pero la mala inteligencia entre los tres almirantes que mandaban la escuadra aliada hizo que esta se volviese á sus puertos sin intentar la menor empresa. Con esto tuvo que entregarse Famagosta, y el general turco Mustafá hizo perecer á los heróicos defensores enmedio de horrorosos suplicios.

El santo pontífice Pio V comprendió la necesidad de que, acallándose por el momento todas las rivalidades, se hiciese un esfuerzo supremo para quebrantar de una vez el formidable poder de los turcos, y se debió á sus gestiones el que Roma, España y Venecia conviniesen en reunir una poderosa armada, cuyo mando supremo se confirió al príncipe D. Juan de Austria, hermano de Felipe II, como hijo natural que era del emperador Cárlos V. Este jóven príncipe

acababa de adornar su frente con gloriosos laureles, dominando la sublevacion de los moriscos de las Alpujarras.

El dia 26 de Setiembre de 1571 se reunió en Corfú la armada de la liga, fuerte de doscientas diez y siete galeras, ocho galeazas y otros buques de trasporte, siendo una mitad españolas, muchas venecianas y las restantes pontificias con algunas maltesas. Bajo el mando superior de don Juan de Austria marchaban el almirante veneciano Sebastian Veniero, que llevaba por segundo á Agustin Barbarigo; el almirante del papa Marco Antonio Colonna; el de Malta, fray Pedro Justiniano, prior de Mesina; el de la armada de España D. Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, y el genovés Juan Andrea Dória, que se hallaba al servicio de Felipe II, como su tio Andrea Dória lo habia estado al del emperador. Acompañaban tambien al de Austria el príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, D. Juan de Cardona, D. Miguel Moncada, D. Rodrigo Mendoza, el comendador mayor de Castilla D. Luis de Requesens, Paulo Juan de Urbino y otros muchos caballeros españoles é italianos.

El 5 de Octubre, hallándose la armada en Cefalonia, se tuvo noticia de la rendicion de Famagosta, y el 7, antes de amanecer, mandó D. Juan levar anclas y navegar en busca de la escuadra otomana, que se encontraba en el golfo de Lepanto. Tambien venia aquella en demanda de la cristiana, y ambas tardaron poco en avistarse.

No contaban los turcos con menos de trescientos bajeles de guerra, tripulados por cincuenta mil combatientes. Iba la escuadra á cargo de Alí-bajá, quien llevaba como tenientes á Pertau-bajá, anciano, pero muy experimentado guerrero; á Hassem-bajá, hijo de Barba-roja; al célebre corsario argelino Uluc-Alí; á Yafér-bajá, gobernador de Trípoli; á Xiroco, virey de Scandinavia, y á otros generales no menos hábiles y valerosos. No faltaban de una y otra parte quienes

opinaban que debia evitarse el combate; pero lo decidió la autoridad de los generalísimos.

La escuadra cristiana estaba dividida en cuatro divisiones. La que componia el cuerno izquierdo iba á cargo del veneciano Barbarigo; la del derecho, á la de Juan Andrea Dória; la del centro á las inmediatas del príncipe D. Juan, que llevaba á sus costados á las capitanas de Roma y de Venecia montadas por sus almirantes; la de reserva se habia encomendado al ilustre marqués de Santa Cruz. La armada turca, más numerosa que la cristiana, se habia repartido en tres cuerpos, mandando el de la derecha Mehemet Xiroco; el de la izquierda Uluc-Alí; y el del centro Pertaubajá y Alí-bajá, y avanzaba en forma de media luna.

Al avistarse ambas escuadras una y otra se detuvieron, y durante algun tiempo estuvieron contemplándose en medio del más imponente silencio. Rompiólo un cañonazo disparado por la galera de Alí-bajá, al que inmediatamente contestó otro cañonazo de la Real de D. Juan. Esta fué la señal del combate.

Mehemet Xiroco se arrojó sobre las galeras de Barbarigo, procurando separarlas de nuestro centro y envolverlas por todas partes, pero se vió rechazado por el horroroso fuego que le hicieron las galeazas venecianas. El cuerno derecho de los cristianos, que se habia separado algo de la línea, se vió muy apretado por Uluc-Alí, quien logró apoderarse de la capitana de Malta, pasando á cuchillo todos sus defensores; pudo luego rescatarse esta galera y aun se encontró vivo al prior de Mesina, si bien desangrándose por numerosas heridas. D. Juan de Cardona, apostándose con cuatro galeras de la reserva en el hueco abierto entre el centro y nuestro cuerno derecho, burló los proyectos de Uluc-Alí y defendió aquel importante puesto contra los desesperados esfuerzos de quince buques contrarios.

No era menos empeñado el combate en el centro. Corrieron á encontrarse las dos almirantas, y despues de dispararse algunos cañonazos, se abordaron con una furia increible. Los turcos que invadieron la Real de Castilla fueron rechazados por la constancia de los españoles, conducidos por el maestre de campo D. Lope de Figueroa. Allí cayó muerto de un tiro de esmeril D. Bernardino de Cárdenas, y el mismo D. Juan de Austria recibió una herida en la rodilla. A su vez los españoles saltaron á la capitana turca, que fué valerosamente defendida por los genízaros que la guarnecian. La lucha fué terrible, peleándose cuerpo á cuerpo en medio de la espesa nube de humo que cubria ambas escuadras, produciendo una oscuridad que desgarraba á cada momento el siniestro resplandor de los arcabuces y de la artillería. Al fin, herido mortalmente Alí-bajá, empezaron á flaquear los genízaros, y cuando de allí á un momento vieron enarbolada en la punta de una pica la cabeza de su generalísimo, cesó toda resistencia, y la capitana turca quedó en poder de los españoles. El grito de victoria de estos voló de buque en buque, produciendo en los aliados indescriptible entusiasmo y en los enemigos profundo abatimiento.

El marqués de Santa Cruz acudia con las galeras de la reserva á todos los puntos donde juzgaba necesaria su presencia. Poco tardó en declararse la derrota general de los turcos, siendo Uluc-Alí el último que disputó la victoria á los cristianos, hasta que viéndolo todo perdido se puso en salvo con cuarenta galeras. Contribuyó á apresurar el desenlace de la batalla el que los cautivos que iban al remo en las galeras otomanas se insurreccionaron en muchas de ellas tan luego como vieron el aturdimiento que se apoderó de los infieles con la muerte de Alí-bajá.

Perdieron aquellos treinta mil hombres entre muertos y

prisioneros; ciento treinta galeras apresadas; noventa incendiadas ó echadas á pique, y trescientos cañones de diferentes calibres. Además recobraron su libertad cerca de quince mil cautivos cristianos que iban al remo. Los aliados tuvieron más de siete mil muertos, y entre ellos capitanes tan valerosos como D. Bernardino y D. Alonso de Cárdenas, D. Juan Ponce de Leon, D. Juan de Miranda, Agustin de Hinojosa, D. Juan de Córdoba, Agustin Barbarigo, Gerónimo Contarini, el gran bailío de Alemania y el conde de Briatico. Tambien perdieron catorce galeras. En la nombrada *Marquesa* fué herido peleando briosamente un soldado, entonces de nombre humilde, y que luego llenó el mundo con la fama de inmortales escritos. Aquel soldado se llamaba Miguel de Cervantes, y por haber perdido el uso de la mano izquierda de resultas de su herida, se le conoce con el glorioso título de *el manco de Lepanto*.

Tan completa victoria causó indecible júbilo en todos los Estados cristianos, y abatió para siempre la preponderancia naval de los turcos.

UN EPISODIO DE LAS GUERRAS DE FLÁNDES.

Uno de los teatros en que más brillaron las virtudes guerreras de los españoles en el glorioso siglo XVI, fué sin duda alguna el que les abrió en Flándes la rebelion de aquellas industriosas provincias.

Siendo patrimonio de la nobilísima casa de Borgoña, pasaron á la de Austria por el casamiento de la princesa María, hija de Cárlos *el Temerario*, con el emperador Maximiliano I, de quienes las heredó su hijo Felipe, apellidado *el Hermoso*, que de su matrimonio con doña Juana *la Loca*, hija de los famosos Reyes Católicos, tuvo á su sucesor Cárlos I y de este vinieron á trasmitirse al Sr. D. Felipe II.

Varias fueron las causas que promovieron y arraigaron la insurreccion de los flamencos.—Excesivamente halagados por el emperador, que, hijo del país, le profesaba entrañable cariño y residió en él más tiempo que en ningun otro de sus Estados, dolíales que su heredero D. Felipe no sintiese esos mismos afectos, antes bien prefiriera la compañía de los españoles; y no pudieron tolerar que trasladase á España su residencia, sin querer reconocer que era aquella punto más central desde que la corona del imperio habia dejado de adornar las sienes de nuestro soberano.

Uníase á esta causa de disgusto el que produjo el rigor con que empezaron á aplicarse los edictos publicados con-

tra los sectarios de las nuevas ideas religiosas, que desde Alemania, Francia é Inglaterra se habian introducido é iban ganando terreno en aquellas provincias; mostrándose inexorable en este punto el rey D. Felipe, y cumpliendo sus órdenes con la dureza propia de su carácter, el duque de Alba, D. Fernando Alvarez de Toledo, quien añadió nuevos combustibles á la hoguera, exigiendo á los flamencos muy pesados tributos.

Todavía, acaso, no hubieran sido bastantes las antedichas causas para convertir en rebelion el descontento si no hubiesen tenido tanto interés en atizarla la reina Isabel de Inglaterra, los hugonotes franceses y los príncipes alemanes que habian abrazado la religion reformada, todos los cuales veian en Felipe II un terrible enemigo, cuyo poder les era forzoso derrocar. Así que no podian desperdiciar tan buena ocasion de hacerle consumir, dentro de su propia casa, las fuerzas y los recursos que temian emplease en las ajenas para perjudicarlos.— No se limitaron, por lo tanto, á procurar que se mostrase en livianas exclamaciones el disgusto de los flamencos, sino que proporcionándoles armas, hombres y dinero, los precipitaron á la resistencia activa, haciéndoles ver en ella el más seguro remedio á los males que lamentaban.

Hallaron jefe harto sagaz y valeroso en la persona de Guillermo, príncipe de Orange, á quien secundaban con celo otros muchos señores de la principal nobleza del país, descollando entre ellos el conde de Egmont, cuya frente adornaban los laureles de San Quintin y de Gravelinas.

A pesar de la actividad y de las grandes prendas militares del duque de Alba, la rebelion habia hecho considerables progresos, especialmente en las provincias septentrionales, de las que Holanda y Celanda, por su situacion

y por estar más inficionadas en la herejía, habian llegado á ser la cabeza y foco principal del movimiento.

Al inexorable D. Fernando Alvarez de Toledo habia sucedido en el gobierno de Flándes el comendador mayor de Castilla, D. Luis de Requesens, persona de singular prudencia y de carácter dulce y conciliador, pero el mal habia echado ya muy profundas raíces, y aunque se introdujeron pláticas de avenencia no llegaron á dar resultado favorable y hubo que apelar de nuevo al doloroso extremo de las armas. Mucho habian descollado en ellas, hasta entonces, los intrépidos españoles, á quienes acaudillaban hombres como Sancho de Ávila y Cristóbal de Mondragon; pero en esta segunda época de la guerra tuvo lugar un hecho que merece pasar á la más remota posteridad para honra de los valientes que se atrevieron á ejecutarlo.

Ya hemos dicho que las provincias de Holanda y de Celanda estaban dominadas por los rebeldes, los cuales habian logrado crear en ellas una marina bastante fuerte para asegurarles su posesion. Mucho urgía el restablecer en ambas la superioridad de las armas reales, tanto más cuanto que tenian sobre el Océano los puertos más á propósito para facilitar la comunicacion marítima con España, y por lo tanto la llegada de los precisos auxilios. Resolvió, pues, el gobernador Requesens dedicar toda su atencion á esta empresa, y al efecto organizó en Amberes las fuerzas necesarias para apoderarse de las islas de Douveland y Scaldien, colocadas en el corazon de la segunda de aquellas provincias.

Grándísimas eran las dificultades que presentaba la ejecucion, hallándose ya apercibido el príncipe de Orange, que no perdonaba medio para impedirla. No contaba Requesens con las fuerzas navales suficientes para contrarestar las de los enemigos, y por lo tanto era preciso apelar

á un medio extraordinario, ya ensayado felizmente algunos años antes por Cristóbal de Mondragon al llevar á cabo el socorro de Goes, pero que presentaba ahora mayores dificultades por haber de combatir á un tiempo con la naturaleza y con los hombres.

Separa la isla de Douveland de la de Filipsland un canal de más de cuatro millas de ancho, que en la baja marea ofrece camino practicable, aunque peligroso para vadear á pié esa distancia. No quedaba, pues, otro recurso que intentar ese paso, aunque lo hacia casi imposible el haber dispuesto el de Orange que encallasen varios navíos en los bancos de arena más próximos al punto por donde habian de atravesar los nuestros, formando así dentro del mar castillos que lo barrerian con sus fuegos de cañon y de mosquete. Además habia cubierto las costas de Douveland de tropas escogidas, que convenientemente atrincheradas, esperaban pusiesen pié en tierra los valerosos expedicionarios, que lo eran en su mayor parte españoles, componiendo el resto tudescos y walones.

Pero queremos dejar el relato de esta hazaña al ilustre conde de Clonard, que la describe así en su eruditísima Historia orgánica de las armas de la infantería y caballería españolas.

«Al promediar la noche del 28 de Setiembre de 1575 la heróica tropa se lanza en el Océano dividida en tres cuerpos. El primero, cuya cabeza formaban los españoles, iba á cargo de Juan Osorio de Ulloa y constaba de mil doscientos hombres; el segundo se componia de doscientos cincuenta gastadores protegidos por cien arcabuceros; y otros mil quinientos cerraban la marcha á las órdenes del capitan Gabriel Peralta. Todos marchaban desnudos de medio cuerpo arriba, con calzoncillos y zapatos; en una mano sostenian una larga pica de que pendian dos bolsas,

una con pólvora y otra con pedazos de pan y queso, únicos víveres con que contaban hasta procurárselos en el campo enemigo; con la otra mano sostenian en alto los arcabuces. Avanzaban de uno en uno, de dos en dos ó á lo más de tres en tres, segun el ancho que ofrecia la inconstante base sobre que apoyaban los piés.

»Es imposible reprimir un sentimiento de asombro al recordar esta expedicion nocturna emprendida por medio del Océano y á la débil luz que despedian los rayos de la luna, reflejándose trémulos sobre las turbias ondas. Ni la arrolladora impetuosidad asiática, ni la estóica firmeza de los griegos y romanos pueden elevarse á la altura de esta hazaña verdaderamente épica.

»Cuando la imaginacion se familiariza con la idea de un peligro, su mayor ó menor intensidad no aterra á los corazones de buen temple; pero desafiar á sangre fria un peligro tan nuevo, tan inaudito, tan multiplicado, por decirlo así, es, sin duda, el último límite del heroismo y el más hermoso floron que puede adornar la historia de la milicia española. Porque aquellos hombres iban amenazados de mil muertes, y la fortuna más propicia no podia evitarles una pérdida considerable. Si lograban dominar la violencia de las olas, el ímpetu de las corrientes y los lejanos tiros de la escuadra enemiga, debian ir á chocar contra los navíos encallados; era preciso que contestasen á sus fuegos, que pelearan dentro del mar contra enemigos ocultos detrás de tan extraños parapetos, y si este combate se prolongaba sobrevendria la marea, con la cual quedarian sumergidos ó serian irremisiblemente víctimas de la escuadra enemiga. Pero aun orillando estos obstáculos tan formidables, aportarian al fin, extenuados de fatiga, á una costa cubierta con trincheras, erizada de cañones y defendida por más de dos mil hombres. Cualquiera de estos pe-

ligros parecia suficiente para aniquilar á aquella memorable legion.

»El mar, la costa y la atmósfera ofrecian en aquellos momentos un espectáculo sorprendente, extraordinario, más bien sublime. Mientras el valeroso tercio cruzaba el Océano con el agua al pecho, Requesens en la costa seguia con ávida mirada los movimientos y ondulaciones de su tropa, y un eclesiástico á su lado recitaba preces implorando el auxilio de la Providencia; el cielo se cubre de repente con brillantes meteoros, y los católicos españoles que creian ver en ellos el misterioso lábaro, se animan recíprocamente fiando en la proximidad de la victoria. Pero faltaba vencer aun las mayores dificultades; el terrible estampido de la artillería enemiga, retumbando de ola en ola como la voz de un gigante, anuncia el principio de la pecea, y al punto los gueux más animosos abandonan sus lejanas embarcaciones, se arrojan á nado y armados con pilas y espadas se esfuerzan á detener la marcha de los españoles. Aunque impotente para causar un daño considerable, este audaz enemigo logra en parte su objeto, porque los españoles, embarazados con su presencia, no pueden llegar al frente de los navíos sino cuando el horizonte empezaba á teñirse con los purpurados reflejos del alba, es decir, cerca de la hora en que habia de sobrevenir la marea. Parte al mismo tiempo de los navíos una lluvia de balas; pero los españoles, que ignoraban este peligro, no se desconciertan, y ¡cosa admirable! maniobran en el mar con la misma seguridad y precision que si se hallaran en campo raso; los unos combaten mientras los otros avanzan, y los combatientes son remplazados á su vez por los cuerpos que van llegando.

»De este modo la vanguardia salva el terrible escollo y se aproxima á la costa; mas el tiempo que se habia em-

pleado en aquel combate singular es irreparable; la luz de la aurora brilla ya en el firmamento, y la temida marea, arrojándose con el ímpetu y el estruendo de una catarata, inunda completamente los picos de las rocas que pocos momentos antes salian á flor de agua.

»La retaguardia española, mandada por el capitan Peralta, desesperando reunirse con el primer cuerpo, se echa á nado y logra volver á la ribera de donde habia partido. Pero no sucedió lo mismo con los desgraciados gastadores. Estos, que iban colocados en el centro, viendo venir el flujo, pugnan por seguir los pasos de la vanguardia; ¡noble y funesto empeño! La armada enemiga, con la creciente del mar, bogaba á vela tendida, y los soldados protestantes, admirando un valor tan desgraciado, pero obedeciendo á sus jefes, dan muerte segura á aquellos hombres heróicos. De doscientos cincuenta solo lograron salvarse nueve, y ni uno solo consintió en entregarse prisionero.

»Entretanto la vanguardia habia arribado felizmente á la costa. La pequeña tropa que la constituia, empapada en agua, sin poder asentar aun el pié sobre terreno sólido y sin tomar un instante de respiro, embiste impetuosamente las trincheras y las arrebata con poca dificultad, porque los dos mil hombres que las guarnecian, asombrados de tanto heroismo, huyeron en desórden hácia lo interior de la isla. Derramáronse por ella los victoriosos españoles, arrollando cuanto se oponia á su paso y haciendo en los fugitivos considerables destrozos. Entre los muertos se halló el gobernador de Douveland, Cárlos Bozolo.

»La extraordinaria columna que acababa de vencer tantos peligros habia solo perdido catorce hombres, los más en el choque con los navíos; uno de ellos fué el capitan Isidro Pacheco, digno de suerte más venturosa. Este héroe, sintiéndose gravemente herido y viendo que algunos sol-

dados acudian á socorrerle, les dijo con acento lleno de sublime dignidad: «Dejadme, amigos mios, dejadme que »muera honrosamente, y conducíos de modo que mi muer»te pueda contribuir en algo á la gloria de mi pátria.» Dicho esto cayó exánime en el fondo del Océano.

La toma de Douveland hizo decaer de ánimo á los enemigos, que opusieron ya menor resistencia al paso del otro canal que divide aquella isla de la de Scaldien. Vadeáronlo los nuestros en la misma forma que el anterior, yendo conducidos por Cristóbal de Mondragon, que se les reunió con algunos refuerzos, y ahuyentando á los rebeldes que les esperaban en la ribera, despues de tomar varias poblaciones de menor importancia, pusieron sitio á Zerickcee, capital de la isla. Resistió la plaza ocho meses, y solo se rindió cuando cerrada la boca del puerto con una gruesa cadena de hierro, se convenció su gobernador de que no podia esperar ningun auxilio.

Una sublevacion ocurrida en la caballería española por la falta de pagas, y la inmediata muerte de Requesens, fueron causa de que no diesen tan brillantes triunfos los resultados apetecidos; pero la historia conserva grabado en letras de oro el recuerdo del memorable hecho de armas que acabamos de describir.

SITIO Y RENDICION DE AMBERES

POR ALEJANDRO FARNESIO.

Las grandes dotes militares y políticas que poseia el príncipe de Parma Alejandro Farnesio, sucesor en el mando de las provincias flamencas del malogrado D. Juan de Austria, habian mejorado notablemente el aspecto de los negocios públicos, y daban esperanza de que pudiera dominarse la sublevacion de aquellos naturales. Terrible golpe habia esta recibido el 10 de Julio de 1584 con la muerte de su jefe y principal promovedor Guillermo de Orange, que fué villanamente asesinado de un pistoletazo por Baltasar Gerard, natural de Borgoña; pero el génio de Alejandro Farnesio le preparaba otros de mayor importancia.

Hacia tiempo que acariciaba el proyecto de conquistar á Amberes, la opulenta capital del Brabante, pero las dificultades que presentaba la empresa parecian insuperables, y hubieran desañimado á cualquier otro general de menor ánimo y que no confiara tanto en los grandes recursos de su génio.

Situada Amberes en la orilla derecha del Scalda, protégela este en tales términos por aquella parte, que solo necesita el amparo de un muro. Por el lado de la campaña ceñíala otro muy robusto y elevado, franqueado por diez

baluartes que mútuamente se protegian, y además elevábase allí mismo la magnífica ciudadela, considerada como inexpugnable. El rio, con su curso ancho y profundo, capaz de sufrir el peso de los mayores navíos, la brindaba fácil comunicacion con las demás provincias rebeldes, cuya marina, allí muy superior á la de España, aseguraba el abastecimiento y la llegada de toda clase de auxilios. El curso del Scalda estaba protegido por dos fuertes construidos tres leguas más abajo de la ciudad, en un punto donde aquel forma un gran recodo. El fuerte de la izquierda, llamado de Liefkenhoeck, cubria la isla de Delf, tambien fortificada; el de la derecha, mucho más robusto, llevaba el nombre de *Lilló*, del de una aldea vecina.

Era gobernador de Amberes Felipe de Marnix, señor de Santa Aldegunda, persona de gran prestigio, y que reunia prendas militares y políticas muy recomendables. Contaba con respetable guarnicion de tropas regladas, y con las milicias que podia proporcionar una ciudad de cien mil almas sumamente afecta á la causa rebelde, y que estaba harto acostumbrada al manejo de las armas en el fragor de las luchas civiles. Servíala tambien de grande auxilio su franca y constante comunicacion con las ciudades de Bruselas, Gante, Malinas y Termonde, todas las cuales era preciso dominar para que pudiera esperarse con fundamento el reducir á Amberes.

Decidido Alejandro Farnesio á poner por obra su pensamiento, quiso ver antes de todo si podria apoderarse de los fuertes de Lilló y de Liefkenhoeck, comprendiendo la absoluta necesidad de cerrar el curso del Scalda. Encargó al marqués de Rubaix y al tercio español de Paz la expugnacion de Liefkenhoeck y de la isla de Delf, que se hallaban defendidas por más de mil hombres al mando del coronel Petin. Los fortines que defendian la isla fueron fácilmente

ocupados, pero el fuerte principal opuso una resistencia terrible, rechazando varios asaltos, hasta que por último fué entrado espada en mano, pereciendo en la brecha su valiente gobernador, traspasado de una estocada por el marqués de Rubaix.

Menos feliz fué Cristóbal de Mondragon en el ataque de Lilló. Este fuerte, que él mismo habia construido cuando los españoles ocupaban á Amberes, era mucho más formidable que el de Liefkenhoeck, y á su guarnicion ordinaria añadió Marnix otros dos mil soldados en el momento en que tuvo noticia de que iba á ser atacado. Nada detuvo, sin embargo, al intrépido Mondragon y á sus españoles, que se arrojaron al peligro desafiando la nube de proyectiles que vomitaban la artillería y los mosquetes de los defensores; pero de repente tropezaron con otro nuevo enemigo. Abierta por aquellos una esclusa que habia dentro del fuerte, las aguas del Scalda se precipitaron sobre el campo de los españoles, convirtiéndolo en un inmenso lago. Ni aun con esto se acobardaron aquellos valientes, que siguieron peleando con el agua al pecho, hasta que una órden expresa del de Parma les obligó á retirarse. Allí perecieron, entre otros buenos soldados, los capitanes Pedro Padilla y Luis de Toledo.

Fracasada la ocupacion de Lilló y convencido Alejandro Farnesio de la necesidad de cerrar el Scalda, concibió la gigantesca idea de arrojar sobre él un puente, y consultando la posibilidad con los ingenieros Baroci y Plati, á quienes manifestó todo su pensamiento, aquellos se dispusieron á ponerlo por obra.

Riéronse los de Amberes cuando llegó á sus noticias el proyecto, no creyéndolo de ningun modo posible, aun considerando que no encontrase más obstáculos que los naturales que habian de presentar la anchura y profundidad

del Scalda. Sin embargo, pronto iban á ver que no existian dificultades que no pudiesen vencer el génio y la constancia del hombre extraordinario que acaudillaba las tropas reales.

Para procurarse las maderas necesarias para la obra del puente, resolvió el de Parma hacerse dueño de Termonde, situada en país muy rico en arbolado, y al efecto partió contra aquella con el tercio de Paz, dejando al marqués de Rubaix, á Cristóbal de Mondragon y al conde de Mansfeld el cuidado de bloquear á Amberes.

El capitan Gamboa, encargado de apoderarse de una esclusa con la que los de Termonde podian inundar la campiña, logró felizmente su empresa, y quitado este estorbo, Alejandro Farnesio dirigió sus ataques contra el baluarte de la puerta de Bruselas, que era la principal defensa de la plaza. Ocho dias costó el rendirlo, arrebatándolo los españoles en un furioso asalto, en que perecieron el anciano maestre de campo Pedro Paz y el italiano Tásis, jefe de gran renombre. Distinguióse muchísimo un oficial llamado Ripa, quien viendo á la orilla del foso un carro cargado de escombros, cuyos conductores habian quedado todos fuera de combate, corrió á él, y aunque recibió un balazo en un hombro, logró precipitarlo á costa de un esfuerzo gigantesco.

Perdido el baluarte, y viendo á los españoles dispuestos á arrojarse dentro de la plaza, sus defensores se rindieron por capitulacion. El de Parma, dejando por gobernador al valeroso Ripa, y muy estrechamente ceñidas las ciudades de Gante, Bruselas y Malinas, se incorporó al grueso del ejército, que permanecia en el bloqueo de Amberes, y emprendió con ahinco la construccion del puente.

Escogió un sitio en que el Scalda solo tenia dos mil cuatrocientos piés de anchura, entre los fuertes de Lilló y Lief-

kenhoeck y la ciudad; allí empezó por levantar dos fuertes, uno en cada ribera, llamados de Santa María y de San Felipe, capaces de contener cincuenta hombres y la correspondiente artillería. De ellos arrancaron dos trozos de puente, construido con gruesas vigas y troncos de árboles clavados en el fondo del rio, y fuertemente enlazados entre sí, dejando expedito un paso de doce piés de anchura, protegido por tablones capaces de resistir los tiros de arcabuz y de mosquete.

La conduccion de maderas desde Termonde era sumamente difícil, pues teniendo que pasar á la vista de Amberes, habia que sufrir el fuego de su artillería y la persecucion de sus navíos; pero felizmente ocurrió entonces el rendirse Gante, estrechada por el hambre, lo que además de poner á la disposicion de Farnesio los inmensos recursos de esta ciudad, le sugirió el medio de hacer llegar hasta la obra del puente todo lo necesario á su fábrica. Para esto utilizó las aguas del Moer, que pasando por Gante va á desembocar en el Scalda, más arriba de Amberes. Abriéndole un nuevo cáuce de catorce millas de longitud, en cuyos trabajos, ejecutados con celeridad admirable, no se desdeñó el de Parma de empuñar la pala como un simple soldado, hizo que el Moer fuese á unirse al Scalda más abajo de aquella ciudad, y poco más arriba del sitio donde se fabricaba el puente, y vencida así la gran dificultad que hasta entonces habia retrasado su fábrica, voló esta en lo sucesivo bajo la vigilante inspeccion de Alejandro.

El brazo de puente que correspondia al Bravante llegó á tener novecientos piés de longitud y doscientos el de la parte de Flándes, impidiendo el que avanzasen más la gran profundidad del rio, no habiendo ya maderas que alcanzaran al fondo. En los dos extremos se construyeron baterías armadas con cuatro cañones cada una. Quedaba

aun entre aquellos un hueco de mil trescientos piés, y para cerrarlo, el príncipe de Parma hizo bajar de Gante treinta y dos barcas, que oportunamente distribuidas, sujetas entre sí con cadenas y al fondo del rio por fuertes áncoras colocadas en sus proas y popas, sirvieron para continuar sobre ellas el piso del puente, estando de tal manera dispuestas, que podian elevarse y bajarse con el flujo y reflujo. La defensa de tablones se prolongó tambien á esta parte, y cada barca estaba guarnecida por dos cañones, uno á proa y otro á popa, y por número suficiente de soldados.

Para amparo del puente contra las tentativas que pudieran hacer las naves de Amberes, ó las auxiliares de Holanda y de Celanda, se colocaron delante y detrás de aquel dos líneas de barcones, sujetos y dispuestos en la misma forma que los de la obra principal, y que presentaban además unas largas vigas con puntas de hierro, tendidas horizontalmente para detener á distancia las naves contrarias. Toda la obra se dió por terminada á fin de Febrero de 1585, y duró cerca de siete meses. Una armada de cuarenta velas, dispuesta por el infatigable Alejandro, velaba tambien por la seguridad del puente.

No todos los cuidados del príncipe se cifraban en aquella colosal empresa. Desde su cuartel de Beveren, aldea situada en el lado de Flándes, extendia á todas partes su vigilante mirada, y bajo sus órdenes, el conde de Mansfeltd, acantonado en Strabuch, estorbaba las comunicaciones de Amberes con lo demás del Brabante, y Mondragon, que habia construido algunos fuertes enfrente del de Lilló, contenia á los defensores de este último.

Trataron los enemigos, rompiendo el dique que por aquella parte enfrenaba las aguas del Scalda, de hacer desalojar el campo á los españoles y de introducir al mismo tiempo

socorros en la ciudad; pero lo estorbaba un contradique que partía de la aldea de Couvestein, y aunque llegaron á practicar en él una abertura, pudieron remediar el daño las tropas reales, y lo dejaron bien asegurado con la construccion de los fuertes de San Jorge, de la Empalizada y de la Cruz.

La conclusion del puente llenó de consternacion á los de Amberes, que tanto se habian burlado de aquella obra, creyéndola irrealizable; y extremaron sus esfuerzos para librarse de tan molesto padrastro. Tambien vino á agravar sus apuros el haberse rendido á los españoles las plazas de Bruselas y de Nimega; aunque algo les consoló el que se salvara la de Ostende, que llegó á hallarse en grande aprieto acometida por el señor de la Mothe.

Acudió la escuadra de Celanda, mandada por Justino de Nassau, en auxilio de Amberes, y remontando el Scalda, se hizo dueña del fuerte de Liefkenhoeck, mal defendido por su gobernador. Pero en vano trató de vencer el tropiezo del puente.

Para esto contaban los de Amberes con otros medios más poderosos. El italiano Federico Giambelli, célebre ingeniero residente en aquella ciudad, habia construido unas naves incendiarias, de forma extraña, y de cuyo poder concibieron los amberenses tan singular idea, que no dudaban dejarian libre la navegacion del Scalda. Tenian el fondo plano y revestido con una gruesa pared de cal y de ladrillo, que igualmente abrigaba ambos costados; la cubierta la formaba una robusta bóveda de grandes piedras y losas sepulcrales, estaba sujeta con enormes vigas trabadas con grapas de hierro, forradas de tablones barnizados de pez y azufre, y en ella iba hacinada considerable cantidad de pelotas de hierro y mármol de todos tamaños, de ruedas de molino, de clavos, de cuchillos y hojas de espada rotas, de gar-

fios y de cadenas de hierro. El hueco de las naves estaba lleno de pólvora, y de su centro partía una larga mecha, que debia comunicar el fuego y producir la explosion.

En la noche del 4 de Abril se vieron salir de Amberes trece naves, las cuatro grandes y las otras nueve más pequeñas, todas despidiendo llamas y embargando el ánimo con la espectativa del efecto que podrian producir. Los marineros que iban en las pequeñas cuidaban de mantenerlas todas en la direccion conveniente, pero llegados á cierto punto se salvaron en pequeños esquifes y abandonaron las naves al curso natural de las aguas.

El ejército sitiador habia concurrido á las riberas del Scalda y veia acercarse poco á poco aquellas terribles máquinas. El príncipe de Parma, despues de reforzar las guarniciones de los castillos y de las naves del puente y de poner en punto los cañones, se situó en el fuerte de San Felipe, rodeándole los marqueses de Rubaix y del Vasto, el señor de Ville y el duque de Simoneta.

Las naves pequeñas quedaron detenidas sin causar daño en la línea de los barcones; de las cuatro mayores, que eran las verdaderas incendiarias, una se fué á fondo, dos encallaron en la ribera de Flándes, y la cuarta, rompiendo la línea de barcones, fué á parar al pié del castillo de San Felipe, y allí, consumidas las materias inflamables que traia sobre cubierta, pareció quedar apagada.

En aquel momento, un alférez español, llamado Vega, se precipitó en el castillo, y con sentidas súplicas rogó al príncipe de Parma que se apartase de aquel peligroso sitio, y como el príncipe se resistiese, le tomó del brazo y casi á la fuerza le obligó á salir, acompañándole el marqués del Vasto y el duque de Simoneta.

Animados los soldados al creer inutilizada la nave, saltaron muchos dentro de ella, y se disponian á regis-

trarla, cuando inflamándose la pólvora que encerraba en su seno, en cantidad de siete mil quinientas libras, estalló con horroroso estruendo aquella terrible máquina.

La tierra tembló hasta una extension de más de nueve mil pasos de distancia; retrocedieron con violencia las aguas del rio, saltando por encima del puente; voló el castillo de San Felipe, y pobláronse los aires de cuantos elementos de destruccion encerraba la nave, mezclados con los miserables restos de cerca de ochocientos hombres, que fueron lastimosamente destrozados; siendo tan grande el estrago, porque al mismo tiempo reventó tambien una de las dos máquinas incendiarias que habian encallado en la opuesta ribera.

Además del castillo de San Felipe se volaron las tres primeras barcas del puente con los soldados y cañones que las guarnecian, y la empalizada correspondiente á aquella parte fué arrancada de cuajo. Cuando se despejó algun tanto la atmósfera, la vista quedó espantada al contemplar el inmenso desastre.

Perecieron brillantísimos jefes, entre ellos el veterano Gaspar Robledo, señor de Ville, y el marqués de Rubaix, general de la caballería, y que era muy querido de todo el ejército. Por algun tiempo se creyó tambien muerto al de Parma, á quien se habia visto en San Felipe poco antes de la explosion; pero luego se le encontró tendido en tierra y privado de sentido á la puerta del castillo de Santa María, teniendo la espada en la mano y la cabeza apoyada en un cadáver. A sus piés yacían sin conocimiento el marqués del Vasto y el duque de Simoneta, herido este en el costado derecho.

Tan luego como volvió en su acuerdo Alejandro Farnesio, que por fortuna solo habia recibido una fuerte contusion en la cabeza, dedicó sus primeros cuidados á curar los

heridos y á infundir aliento á sus despavoridas tropas, y en seguida dispuso sin perder momento que se reparasen de la mejor manera posible los daños que el puente habia sufrido. Por fortuna, la escuadra enemiga, que se encontraba al abrigo de los fuertes de Lilló y de Liefkenshoeck, desperdició aquella favorable ocasion, y cuando al dia siguiente se presentó á la vista del puente, ya le pareció tan reparado, que juzgó prudente retirarse sin atacarlo.

No tardó el activo Alejandro en dejar aun más robusta que antes aquella importante fábrica, introduciendo en ella algunas modificaciones, y entre ellas la de suprimir la línea superior de barcones, y disponer de manera los del puente y los de la línea inferior, que á la llegada de las naves incendiarias fuese fácil desligarlos entre sí para dejarlas el paso franco, y que fueran á estallar donde ya no causaran daño.

Mucho se desanimaron los de Amberes al ver el ningun resultado de las famosas máquinas; pero logró alentarlos el señor de Santa Aldegunda, y más que las palabras de este, la llegada á las aguas de Lilló de la escuadra de Holanda, mandada por el conde de Holach; con lo que se reunian ya en aquel punto ciento treinta naves de guerra, que convoyaban otro gran número de mercantes, cargadas de vituallas.

Fiaban tambien mucho en otra ostentosa máquina de guerra discurrida por Giambelli, la cual tenia la forma de un navío gigantesco, en cuyo centro se elevaba una alta torre cuadrada con diferentes pisos, desde los que podian hacer fuego á cubierto hasta mil arcabuceros. Su parte inferior estaba guarnecida con ciento cincuenta cañones, y era tal la confianza que inspiraba á los de Amberes aquella máquina, que la pusieron por nombre *El fin de la guerra.*

Mientras se terminaba, resolvió el conde de Holach,

de acuerdo con los sitiados, intentar un ataque contra el contradique de Couvestein, y al efecto, rompiendo el dique de Lilló, por el que se precipitó furiosamente el Scalda, se adelantó con treinta bajeles á favor de las tinieblas de la noche, y colocándose bajo el cañon del fuerte de la Empalizada, lanzó al asalto quinientos holandeses veteranos. La sorpresa pudo facilitarles el triunfo, pero poniéndose al frente de la guarnicion española el maestre de campo Gamboa y los capitanes Ortiz y Verdugo, no tardaron en arrojarlos á sus navíos, y viendo Holach que no acudian los de Amberes, se retiró con pérdida de cuatro naves y de más de trescientos hombres.

Por último, apareció sobre las aguas del Scalda *El fin de la guerra*, y empezó á descender por ellas majestuosamente, teniendo en suspenso el ánimo de cuantos contemplaban su prodigiosa mole. Pero esta misma fué causa de que pronto viniera á inutilizarse. Introducido el navío en el terreno inundado, para que combatiese los fuertes del contradique, fué á encallar en un bajo, de donde no lograron arrancarlo los mayores esfuerzos.

Otras tentativas hicieron contra el puente los de Amberes valiéndose de naves incendiarias; pero familiarizados ya con ellas los soldados, á unas las apagaban las mechas, otras las hacian encallar en la ribera, y las que llegaban al puente encontraban el paso libre é iban á estallar muy lejos, sirviendo de burla y entretenimiento á las tropas reales.

Comprendieron los de Amberes que su única esperanza estribaba ya en la ocupacion del contradique, y poniéndose de acuerdo con las escuadras de Holanda y de Celanda, acordaron un ataque desesperado para el dia 26 de Mayo.

Al mismo tiempo que salió de la ciudad Felipe de Marnix con sesenta buques de guerra, remontaba el rio el con-

de Holach con más de otros ciento de la misma clase, que escoltaban multitud de embarcaciones cargadas de víveres, y otras con faginas y los útiles necesarios para construir trincheras y para trabajar en la rotura del contradique. Abiertas préviamente las esclusas de Lilló y de la parte de Amberes, é inundado el terreno que ciñe á aquel por ambos costados, acercáronse los enemigos, enviando delante cuatro naves con fuegos de artificio que las hacian parecer incendiarias. Esta estratagema produjo el efecto que se proponian, pues los soldados que guardaban aquella parte se retiraron por el temor de la explosion, y aprovechando el momento saltaron al contradique los holandeses y empezaron á fortificarse en él y á perforarlo por tres puntos distintos.

Acudieron briosamente al peligro el maestre de campo Gamboa y el capitan Padilla al frente de un cuerpo de españoles; pero abrasados por el fuego de los buques de Marnix, que les cogian por el costado derecho, cayeron ambos peligrosamente heridos, y costó mucho á sus soldados el retirarlos al fuerte de La Estacada. Entre tanto lograron los enemigos abrir una abertura en el contradique, y por ella se lanzó el de Holach en una barquilla cargada de víveres para llevar á Amberes la noticia de su libertad.

Ufanos con la ventaja obtenida, los holandeses atacan con el mayor vigor el fuerte de La Estacada, y apoderándose de sus atrincheramientos exteriores, ponen en el mayor peligro á los pocos soldados que lo guarnecian. Ya iba á quedar cortada la comunicacion entre La Estacada y San Jorge, cuando llegaron á impedirlo el conde de Mansfeldt á la cabeza del tercio italiano de Capizzuchi, el maestre de campo Aguilar, con trescientos españoles, y el capitan Torralba, al frente de otros doscientos hombres de la misma nacion. Estos valientes, emulando en arrojo, consiguen

detener los progresos del enemigo, y dan tiempo al príncipe de Parma para acudir desde su cuartel de Beveren. Desnudando su espada y cubriéndose con la rodela, el valeroso Alejandro se precipitó sobre los contrarios, exclamando con voz robusta: «Quien ame al rey y á la religion, que me siga.»

El combate fué rudo y se sostuvo con encarnizamiento durante mucho tiempo. Cinco mil hombres se despedazaban sobre el contradique, que solo tenia diez y siete piés de anchura; las naves holandesas y las de Amberes abrasaban por ambos costados á las tropas reales, pero á su vez sufrian no poco daño de la artillería de los fuertes. Al fin se inclinó á nuestro favor la victoria; los holandeses fueron arrojados del contradique, que quedó bien pronto reparado; los españoles y los italianos tomaron por asalto los atrincheramientos que aquellos ocupaban; y las escuadras enemigas hubieron de retirarse dejando en poder de las tropas reales treinta buques, noventa cañones y gran cantidad de víveres de los que estaban destinados á abastecer á Amberes. Perdieron en la batalla tres mil hombres; de los nuestros hubo mil doscientos entre muertos y heridos, la mayor parte españoles. Estos, concluido el combate, se hicieron dueños del famoso navío *El fin de la guerra*, que continuaba encallado.

La rendicion de Malinas, ocurrida en aquellos dias, acabó de postrar el ánimo de los defensores de Amberes, y Felipe de Marnix, mal de su grado, tuvo que pasar al campo del de Parma y estipular la entrega de la ciudad, que se rindió el 17 de Agosto con buenas condiciones. Un año entero habia durado aquel portentoso asedio, en que tanto brillaron las grandes dotes del príncipe de Parma y la resignacion, la intrepidez y la constancia de sus soldados.

SOCORRO DE PARIS.

A las desgracias que sufrió la Francia por causa de las guerras extranjeras que tuvo que sostener durante los reinados de Luis XII, de Francisco I y de Enrique II, sucedieron inmediatamente otras aun más terribles en los de Francisco II, Cárlos IX y Enrique III, consecuencia de las luchas civiles y religiosas que ensangrentaron su suelo, empobreciéndolo con la desolacion y el incendio.

El último de dichos monarcas celebró en 1576 con los calvinistas una paz vergonzosa, en la que, no solo les concedia el libre ejercicio de la religion reformada, sino tambien la posesion de muchas ciudades y plazas como garantía de su seguridad. Esto le acarreó el ódio de los católicos, que componian la inmensa mayoría de la nacion, además de que á toda esta se habia hecho aborrecible por sus vicios, por sus exacciones y por la insolencia de sus favoritos. Y como se añadia la circunstancia de que por carecer de hijos y por haber fallecido su hermano el duque de Alenzon, la corona debia recaer á su muerte en el príncipe Enrique de Borbon, jefe entonces del partido hugonote, los católicos, para impedir que tal sucediese, formaron en todo el reino la que se llamó *Santa Liga*, poniéndose á su cabeza Francisco, duque de Guisa, cuya ambicion personal no era ajena á todos estos disturbios.

El rey de España Felipe II, que se hallaba disgustado con el francés á causa de la proteccion indirecta que dispensaba á los rebeldes de Flándes, no podia tampoco mirar con indiferencia el que subiese al trono de Francia un príncipe calvinista; y como le sobraban razones para demostrar su enojo á Enrique III, se declaró protector de la Liga, y celebró con ella un tratado, por el cual se estipulaba: 1.°, que á la muerte de aquel monarca, en quien se extinguia la línea de los Valois, sucederia en el trono el cardenal de Borbon, quedando excluido todo príncipe que no profesase la religion católica, la que deberia ser sostenida con prohibicion de cualquiera otra; 2.°, que el rey de España protegeria al cardenal, á los Guisas y á todos cuantos formaban la Liga, y que luego el cardenal de Borbon devolveria á Felipe II las plazas que le habian quitado los herejes, y le auxiliaria para someter á los sublevados de Flándes.

Era Paris el focó principal de la Liga. Los predicadores católicos no cesaban de excitar al pueblo contra Enrique III, á quien pintaban con los más negros colores; y habiendo estallado por último una revolucion contra el despreciado monarca, tuvo este que evacuar su capital y refugiarse en Blois, para donde convocó el Parlamento. Acudieron á él los Guisas; pero el rey hizo asesinar dentro de su mismo palacio al duque Francisco y á su hermano el cardenal de Lorena. Con esto no tuvo ya límites la exasperacion de los católicos, y Enrique III, aceptando el apoyo de los hugonotes, marchó sobre Paris acompañado de su primo Enrique de Navarra.

Cuando ya se iban sintiendo en la ciudad los últimos rigores del asedio, salió de ella un fraile llamado Jacobo Clemente, y dirigiéndose á los cuarteles del rey, se presentó en su tienda solicitando presentarle una carta. Admitido á su presencia, mientras que aquel la estaba leyendo, el frai-

le le clavó un cuchillo que sacó de su manga. El asesino fué despedazado en el acto, pero el monarca tardó muy poco en espirar, declarando antes por heredero de la corona á Enrique de Borbon.

El Bearnés, que por este nombre se conocia al nuevo rey, levantó el sitio de París y se retiró á Normandía; pero sus prendas personales le granjearon nuevos partidarios, fué reconocido por una parte del ejército católico, y sus victorias de Arques y de Ibry le permitieron volver de nuevo sobre la capital.

El duque de Mayenne, hermano menor del de Guisa, habia sucedido á este en el mando de las tropas de la Liga, y él y los demás jefes, viendo el peligro de París, solicitaron de Felipe II el prometido socorro. El monarca español mandó al príncipe de Parma que pasara á prestárselo, y aunque el prudente Alejandro conocia cuánto habrian de resentirse con su ausencia los negocios de Flándes, y así se lo manifestó á Felipe II, se dispuso á obeceder, tomando las disposiciones necesarias para asegurar el éxito.

El 14 de Agosto de 1590, el de Parma, despues de confiar al conde de Mansfeld el gobierno de Flándes, entró en territorio francés al frente de diez y seis mil infantes y dos mil quinientos caballos, incorporándosele Mayénne con pocos pero escogidos soldados.

La situacion de París era ya la más aflictiva; el hambre causaba infinidad de víctimas, y se vieron en este sitio los mismos horrores que nos refiere Josefo del que sufrió Jerusalem antes de sucumbir á las tropas de Tito. A toda costa era preciso volar en su socorro, pero el ejército del Bearnés era muy superior en número, especialmente en caballería, pues contaba con siete mil caballos, y Alejandro Farnesio, general harto experimentado, no podia comprometer con una imprudencia el éxito de la expedicion.

Avanzó resueltamente hasta Meaux, como si llevara ánimo de arrojarse sobre el campamento enemigo, y allí, torciendo sobre los bordes del Marne, acampó en Chelles, amenazando á Lagni, importantísima por su posicion, y que si llegaba á verse ocupada por los españoles, hacia facilísimo el abastecimiento de París é insostenible la situacion de los sitiadores.

Alarmado con justicia el Bearnés, envió al mariscal Biron con algunas tropas para asegurar á Lagni, y viendo que los parisienses habian recibido víveres para quince dias, levantó el cerco, y fué con todo su ejército á provocar al príncipe de Parma, comprendiendo que le seria muy ventajoso empeñarle en una batalla. Aparentó aceptarla Farnesio, quien saliendo al campo, hizo evolucionar sus tropas de manera que llamó la atencion del francés, y le tuvo en suspenso sin poder penetrar sus designios. De repente ordena un cambio general, y mientras que el duque de Mayenna, colocado en una eminencia coronada de cañones, mantiene en respeto á los hugonotes, él, desapareciendo de repente con lo demás del ejército, toma á toda prisa el camino de Lagni. Había previsto que el Bearnés arrojaria en su persecucion su escogida caballería, así que ya tenia emboscadas en un bosque inmediato al camino algunas bandas de arcabuceros españoles, las cuales, al pasar el mariscal de Biron con mil ginetes los recibiron con un fuego que los desconcertó, en cuyo momento cargó sobre ellos el italiano Basti con un escuadron de caballos y obligó á Biron á refugiarse en su campo.

Cuando el Bearnés, vuelto de su sorpresa, corrió en auxilio de Lagni, ya Alejandro Farnesio se habia apoderado de sus arrabales y construido un formidable parapeto, que contuvo el avance de los franceses. Sin embargo, la posicion de aquella plaza, sus respetables fortificaciones, su

guarnicion numerosa y el amparo del Marne, que corre entre ella y sus arrabales, la hacian susceptible de briosa y larga defensa; pero unos soldados españoles se arrojaron al rio llevando en la boca sus espadas, y consiguieron apoderarse de algunas barcas, con las cuales se construyó un puente en pocas horas. Cruzaron las tropas el Marne, y arrojándose al asalto por una brecha no muy practicable, se hicieron dueños de Lagni, sin que pudiera impedirlo el Bearnés, que al frente de su poderoso ejército contemplaba atónito el atrevimiento del de Parma, y se retiró bramando de coraje.

Tomada Lagni, quedaba asegurado el aprovisonamiento de París, en cuya capital entró triunfante Alejandro en medio de las más entusiastas aclamaciones.

Deseaban los parisienses, para quedar más asegurados, que el de Parma se apoderase de la plaza de Corbeil, que domina el curso del Sena, y con el objeto de complacerlos, el príncipe se dirigió contra aquella el 24 de Setiembre.

Robustamente fortificada, protegida por una ancha laguna en el único sitio que no la ampara el rio Sena, y guarnecida por dos mil quinientos hombres, entre los que se contaba un cuerpo de setecientos nobles, Corbeil debia oponer y opuso, en efecto, larga y porfiada resistencia. Alejandro Farnesio quiso primero hacerse dueño de un baluarte exterior que protegia el foso, y tan luego como abrió en él brecha con una batería de veinticuatro piezas, que lo combatió sin cesar por espacio de diez y seis horas, lanzó al asalto el tercio español de Manrique. Nuestros soldados, aunque recibidos por una nube de proyectiles, se apoderan del baluarte, y para proteger su conquista la ciñen apresuradamente con una trinchera. Fué aquí notable el caso de un soldado, que hallándose gravemente herido, se esforzaba, sin embargo, por llevar tierra para la nueva obra, lo

que advertido por el de Parma le mandó retirarse. «Señor, »le contestó aquel valiente, permitid que emplee los mo»mentos que me quedan de vida en servicio de mi rey, de »mi pátria y de mi religion.»

La parte más flaca de Corbeil era la que correspondia á la laguna, y Alejandro resolvió construir sobre ella dos puentes; pero para esto necesitaba averiguar su extension, así como queria tambien saber si los sitiados habian clavado estacas en el fondo de las aguas. Ofreciéronse á la primera empresa un sargento, de apellido Nieto, y otro soldado de su compañía, los que, arrojándose al lago protegidos por las sombras de la noche, midieron su longitud con una cuerda. Cuando iban á retirarse cayó sobre ellos una granizada de balas, y el sargento, gravemente herido, fué hecho prisionero; más feliz el soldado, logró presentarse á su general llevando consigo la cuerda.

El sondeo de la laguna lo practicaron dos soldados españoles y dos italianos. Los dos primeros y uno de los segundos perecieron en el desempeño de su difícil mision; el cuarto regresó con vida, y pudo asegurar á Farnesio que no existia ningun obstáculo, pero falleció á poco de resultas de las heridas que habia recibido.

Sabiendo ya todo lo que deseaba, el de Parma resolvió llevar á cabo su pensamiento, y á fin de proteger la obra de las cabezas de los puentes que se habian de fijar en la parte de Corbeil, hizo construir una máquina, que consistia en una gran casa aplanada, colocada sobre tres naves fuertemente enlazadas entre sí, y que debia conducir ochenta arcabuceros bien resguardados con gruesas tablas de cedro, cuyo fuego habia de amparar á los trabajadores. Al abrigo de esta máquina, que dió excelente resultado, pudieron establecerse los puentes, y por ellos pasaron un tercio de españoles y otro de walones, que, guiados por una noble

emulacion, se disputaron el honor de correr primero al asalto.

La resistencia de los sitiados fué obstinadísima, animados con el ejemplo de su intrépido gobernador Rigaud; pero al cabo de seis horas de combate, al fin flotaron sobre los baluartes las banderas españolas y walonas, distinguiéndose el capitan español Carrillo, que derribado tres veces del muro volvió á subir la cuarta, arrollando cuanto se le presentó por delante. Otro tercio de italianos, encargado de forzar el puente de piedra que tenian los franceses, llenó briosamente su cometido, y se lanzó al auxilio de sus compañeros.

Perecieron combatiendo el gobernador Rigaud y la gran mayoría de la guarnicion, sufriendo la ciudad todos los horrores de la guerra.

Con la toma de Corbeil quedaba perfectamente conseguido el objeto de la expedicion del de Parma; pero aun añadió á aquella la de Pont-Charenton y la de Saint-Maure, despues de lo cual emprendió su retirada á Flándes con un órden tan admirable, que aunque el bearnés no cesó de hostigarle con su numerosa y brillante caballería, no pudo causarle ningun daño, ni se resolvió á empeñar otro combate de importancia que uno en que el arrojado Biron, que se precipitó sobre la retaguardia, fué totalmente deshecho y escapó milagrosamente de caer prisionero.

SOCORRO DE RUAN.

Tan luego como se retiró á Flándes el ejército español que en 1590 pasó á Francia en auxilio de la liga católica, cambiaron de aspecto las cosas, y el bearnés, á quien ya designaremos con el nombre de Enrique IV, adquirió de dia en dia más decisiva preponderancia. No solo recuperó á Lagni y á Corbeil, mal guardadas por los parisienses, sino que á fines de 1591 tenia en grande aprieto á la ciudad de Ruan, capital de la Normandía.

Las instancias del duque de Mayenne y de los demás jefes de la liga decidieron á Felipe II á mandar al príncipe de Parma que pasase segunda vez á Francia, y así lo verificó en Diciembre de aquel año. Llevaba consigo diez y seis mil infantes y tres mil caballos, á los que se agregaron tres mil de estos y nueve mil de aquellos pertenecientes á la liga francesa y á algunos socorros enviados por el Papa y por el duque de Lorena. Todo el ejército iba á cargo del príncipe de Parma, militando bajo sus órdenes los duques de Mayenne, de Aumale y de Guisa, jefes de la liga.

Hállase situada Ruan en la ribera del Sena, no ya muy lejos del sitio en que aquel se arroja en la mar; y como las tropas de Enrique IV ocupaban á Pont del Arche y á Caudebec, lugares fuertes igualmente asentados sobre aquel rio, el primero hácia su parte superior y el segundo hácia la inferior, era muy fácil cortar las comunicaciones á los defensores de Ruan, que sufrian mucho por la falta de ví-

veres. Además, el ejército sitiador, fuerte de veinticinco mil infantes y de nueve á diez mil caballos, no les dejaba un momento de respiro, combatiéndoles con su formidable artillería y con contínuos rebatos.

El de Parma, que habia penetrado por la provincia de Picardía, avanzaba sobre Ruan, y Enrique IV dudó si deberia esperarle en sus reales de sitio ó salirle al paso con todas sus tropas levantándolo. Tomó un partido medio, dejando al mariscal de Biron con la infantería en el asedio, y marchando él con los caballos al encuentro de los confederados. Su temerario arrojo estuvo á punto de serle sumamente funesto. Habiéndose adelantado con algunos escuadrones, tropezó con la vanguardia del príncipe Farnesio, y se empeñó con ella en un combate en el que resultó herido, y hubiera sido hecho prisionero sin la extremada circunspeccion del de Parma. Pero este no creia que el rey se hubiese lanzado irreflexivamente á tan gran peligro sin llevar á sus espaldas el necesario resguardo, y por eso contestó luego á los que le culpaban de haber perdido tan bella ocasion: «Yo »creia combatir con un gran general y no con un simple »capitan de caballería; nada tengo que reprocharme.»

Siguió avanzando el ejército de la liga, y próximo ya á Ruan, recibió aviso del señor de Villars, gobernador de la plaza, de que habia conseguido tales ventajas en una surtida que acababa de verificar contra los sitiadores, que no le era necesario más socorro que el de un corto número de soldados, y que enviándole estos, el ejército podria dedicarse á otra empresa de más necesidad ó importancia. Y aunque el príncipe de Parma opinaba que no convenia retroceder sin dejar del todo asegurada la libertad de Ruan, los jefes franceses fueron de la misma opinion que el señor de Villars, y queriendo acomodarse á ella Alejandro Farnesio, dispuso el volver luego á la provincia de Picardía.

No tardaron los sucesos en dar la razon al general español, porque partido el ejército auxiliar, Enrique IV apretó tanto de nuevo á Ruan, que su gobernador clamó pronto por el socorro que antes habia despreciado. Fué, pues, preciso que Farnesio volviese más deprisa sobre sus pasos, y lo hizo con tal resolucion, que no atreviéndose á esperarle el bearnés, levantó el cerco y se retiró á Pont del Arche. Entraron los de la liga en Ruan sin ningun tropiezo, y para dejarla más asegurada resolvieron apoderarse de Caudebec, que como hemos visto domina el curso del Sena en su parte inferior á la capital de Normandía. Esta empresa, no difícil, pudo ser muy funesta á los intereses de la liga, y mucho más aun á los de España, pues que adelantándose demasiado el príncipe de Parma para reconocer por sí mismo las defensas de la plaza, recibió un arcabuzazo en el brazo derecho, que produciéndole una violenta calentura, le obligó á dejar por algunos dias el mando del ejército.

Durante el sitio de Caudebec habia aumentado considerablemente sus fuerzas el rey Enrique IV, sobre todo en caballería, y saliendo de Pont del Arche, avanzó sobre los de la liga, no para combatirlos, sino para cortarles las comunicaciones é impedirles el aprovisionamiento de víveres. Facilitaba la consecucion de su propósito el terreno en que se hallaban metidos sus enemigos. Forma aquel una estrecha península limitada por el Océano y por el Sena, allí profundo y caudaloso, de modo que, ocupando y fortificando cuidadosamente la única salida que presenta por la parte de tierra y cerrada la costa por la escuadra holandesa, esperaba Enrique IV reducir á los de la liga por el hambre, sin tener que llegar al dudoso extremo de una batalla. Tanto confió el rey en el éxito, al ver la apurada situacion á que se hallaron pronto reducidos los confederados por la falta de mantenimientos, que públicamen-

te se jactaba de tener en sus manos al de Parma, y así lo escribió á todos sus amigos y aliados. Pero no conocia lo bastante al sagaz contrario con quien tenia que habérselas.

Rendida Caudebec, y mejorado de su herida, que le hacia sufrir mucho, cambió el parmesano la situacion de su campo situándolo más próximo al Sena. Habia resuelto pasar á la otra ribera el ejército, aunque eran muy grandes las dificultades que presentaba la empresa por la anchura y profundidad del rio, y no ménos por la extremada vigilancia del enemigo. Mandó, pues, levantar á toda prisa dos fuertes, uno en cada orilla y frente uno de otro, guarneciéndolos con algunas piezas de artillería y con ochocientos walones á las órdenes del conde de Bossú, y del señor de la Barlota; hizo bajar asimismo de Ruan gran número de barcas, preparadas muchas de ellas para recibir los cañones y los caballos, y en la misma noche en que llegaron, que fué la del 22 de Mayo, empezó el paso del Sena, hallándose ya al amanecer á la otra banda toda la caballería de la liga y la mayor parte de la infantería.

Cuando venido el dia salieron los caballos de Enrique IV á practicar el ordinario reconocimiento y vieron que los confederados estaban ya acabando de pasar el rio, enviaron á toda prisa un aviso á su rey, quien apenas podia creer la noticia; pero cerciorado de su verdad, marchó volando con buen número de caballos para probar si podia embarazar el paso. Vanos fueron sus desesperados esfuerzos. El de Parma habia dejado á su hijo, el príncipe Ranucio, con infantería española é italiana para proteger la operacion, y esta tuvo el éxito más completo, pues al amparo de Ranucio y al de los fuertes, que con su artillería mantuvieron alejados algunos buques holandeses que quisieron subir el rio, se trasladó á la otra banda todo cuanto conte-

nia el campamento sin perder un hombre ni el efecto más significante. Con la misma felicidad logró Ranucio poner en salvo la guarnicion y los cañones del fuerte de aquella orilla; despues de lo cual embarcó su gente en las últimas barcas que tenia prevenidas, siendo él el último que abandonó la ribera; y aunque tuvo que sufrir el fuego que le hicieron las tropas del rey de Francia, logró incorporarse al resto del ejército, despues de entregar á las llamas las barcas de que se habia servido para que el enemigo no las utilizase.

Enrique IV, sin poder volver del asombro que le causó una operacion tan atrevida y tan perfectamente ejecutada, lloraba de ira al ver que se le iba de las manos una presa que creia tener tan segura; pero convencido de su impotencia, renunció á perseguir al de Parma. Este continuó su marcha, talando el país que atravesaba; entró de nuevo en París, donde dejó mil quinientos españoles; dió algun descanso á sus tropas en Chateau-Thierri, se apoderó de Epernay y regresó á Flándes, dirigiéndose á los baños de Spá, que le habian recetado los médicos, y que no bastaron á curar sus dolencias habituales, recrudecidas por la herida que habia recibido en el sitio de Caudebec. La pérdida de este grande hombre, que falleció en Arrás el 2 de Diciembre de aquel mismo año de 1592, fué una desgracia irreparable para la monarquía española.

ASALTO Y RENDICION DE BRIHUEGA.

BATALLA DE VILLAVICIOSA.

El débil Cárlos II, último monarca de la dinastía austriaco-española, habia muerto sin hijos en 1.° de Noviembre de año 1700, dejando en su testamento por heredero de la corona á Felipe de Borbon, duque de Anjou, nieto de Luis XIV de Francia, en quien despues de muchas consultas reconoció mejor derecho, por haber recaido en él los de su abuela doña María Teresa de Austria.

Aquella sucesion le fué, sin embargo, disputada al de Anjou por el archiduque Cárlos, hijo del emperador Leopoldo, que fué reconocido como rey de España con el nombre de Cárlos III por las provincias de Cataluña, Aragon y Valencia, y vió su causa fuertemente apoyada por Inglaterra, Holanda, Portugal y el imperio Aleman. En 1705 empezó en España aquella guerra terrible, cuyas vicisitudes no es ahora de nuestro intento reseñar, huyendo como huimos de ocupar la pluma en todo lo que recuerde lamentables discordias entre hermanos; y si vamos á hablar de Brihuega y de Villaviciosa, es precisamente porque en estos hechos de armas puede decirse que los españoles solo pelearon contra extranjeros, siendo muy pocos los catalanes que militaban en Villaviciosa en las filas de Staremberg, y habiéndose cubierto de gloria en medio de su

derrota el general español D. Antonio Villaroel, acérrimo parcial del archiduque.

La victoria de Zaragoza habia abierto por segunda vez á los aliados las puertas de la capital de la monarquía, cuyos habitantes dieron en aquellas críticas circunstancias señaladísimas muestras de amor y de fidelidad á Felipe V, quien, lejos de retirarse á Francia, como no faltó alguno que se lo aconsejase, hizo juramento de morir combatiendo en medio de los valientes que quisieran seguirle. Muchos se brindaron á ello, y la lealtad de los castellanos, de los extremeños y de los andaluces facilitó el que en muy poco tiempo se pudieran reunir cuarenta batallones y ochenta escuadrones perfectamente organizados por el conde de Aguilar.

Felipe V, con el duque de Vendome, general de su ejército, fué á situarse en Casa-Tejada (Extremadura), para impedir que los ingleses, los holandeses y los alemanes, que eran los que acompañaban al archiduque, se unieran á los portugueses, que avanzando por Extremadura buscaban los medios de atravesar el Tajo. Pero bien guardados por los nuestros todos sus pasos, comprendieron los enemigos que tenian que renunciar á la incorporacion.

Esto, unido á las dificultades que encontraban para racionarse por la mala voluntad de los pueblos, y el haberles cortado las comunicaciones con Aragon y Cataluña las partidas de caballos con que los intrépidos guerrilleros don José Vallejo y D. Feliciano Bracamonte tenian interceptados todos los caminos, decidió á los aliados á emprender su retirada sobre Zaragoza, si bien trataron por el pronto de disimular su propósito pasando desde Madrid á Toledo, en cuya ciudad aparentaron que iba á fijar su córte el archiduque.

Pronto se vió, sin embargo, que aquel tomaba decididamente el camino de Aragon, escoltado por dos mil caba-

llos, y el 29 de Noviembre de 1710 todo el ejército aliado emprendió su movimiento de retirada.

Tan luego como llegó esto á noticia de Felipe V, emprendió la persecucion de los enemigos, á quienes ya iban hostigando Bracamonte y Vallejo. El general Stanhope, que cerraba la retaguardia con cinco mil cuatrocientos hombres de tropas inglesas, vió al acercarse á Brihuega que se le iban encima los castellanos, y siendo ya cerca de oscurecer, no se atrevió á pasar el Tajo de noche, y resolvió pernoctar en aquella villa, fortificándose lo mejor que pudo.

Esperaba Stanhope que el aleman Staremberg, que marchaba delante con el grueso del ejército aliado, tardaria poco en volar á su socorro; pero Staremberg se habia adelantado demasiado, y un regimiento portugués, que debia enlazar la retaguardia con el cuerpo principal, acababa de ser hecho prisionero por Bracamonte. Por otra parte, el marqués de Valdecañas, apoderándose de los puentes y ocupando el camino de Torija, cerró toda comunicacion entre los ingleses y los imperiales.

No tardaron los españoles en presentarse al rededor de Brihuega, y al punto empezaron á cañonearla, ansiando abrir brecha en el antiguo muro que la cercaba y lanzarse al asalto antes de que pudiera acudir Staremberg. Era el 9 de Diciembre, y lo corto de los dias en aquella época del año aumentaba la ya grande impaciencia de los nuestros. Aún mal abierta la brecha, arrojóse á ella una columna mandada por el marqués de Toy, por D. Pedro Zúñiga y por el conde de Merodi. Defendiéndose briosamente los ingleses, y urgiendo poner término á aquella situacion, acudió con refuerzos el conde de San Estéban de Gormaz, y entrada la villa por asalto hubo de rendirse Stanhope, prisionero de guerra con los generales Hill y Carpentier y con cuatro mil ochocientos hombres que le quedaban.

Llegaba al socorro Staremberg, disparando cañonazos de rato en rato para avisar á Stanhope; pero al amanecer el dia 10 quedóse sorprendido á la vista del ejército español, formado en batalla en los campos del inmediato pueblo de Villaviciosa. Esto, y el no oir fuego hácia la parte de Brihuega, le hicieron comprender la desgracia de los ingleses.

El duque de Vendome habia confiado el ala derecha del ejército, compuesto de diez mil infantes y nueve mil ginetes, al marqués de Valdecañas, la izquierda al conde de Aguilar y el centro al de las Torres. El rey recorria las filas á caballo. Staremberg tenia á sus órdenes veintidos mil soldados, los cinco mil de caballería, y se habia reservado el mando del ala derecha, entregando el de la izquierda al general Francherberg y el del centro á D. Antonio Villarroel y al general holandés Bel-Castell.

Empezó la batalla el marqués de Valdecañas, acometiendo tan furiosamente á los palatinos y portugueses de Franchemberg, que deshizo su primera línea y estuvo á punto de coger á aquel prisionero. Envió Staremberg en su auxilio algunos regimientos, que tambien fueron destrozados, y el mismo Villarroel, que se adelantó para socorrer á aquella ala, se vió obligado á retroceder. Esta primera ventaja hubiera podido ser decisiva, si nuestros soldados, en vez de empeñarse en perseguir á los fugitivos, se hubieran lanzado sobre el centro, algo conmovido al ver rechazado á Villarroel; pero el marqués de Valdecañas no pudo contener en algun tiempo su ardor irreflexivo, y las tropas del centro enemigo tuvieron lugar de fortalecerse antes de ser atacadas.

A su vez Staremberg habia colocado la caballería en disposicion de que pudiera lanzarse sobre los flancos de nuestros infantes, y al hacerlo con singular arrojo, intro-

dujo en ellos el desconcierto, pues se desbandaron los soldados bisoños, siendo aquella la primera funcion de guerra á que asistian, y los veteranos hubieron de ceder parte del terreno ganado. Valdecañas y el conde de las Torres hicieron prodigios para restablecer allí la batalla, ayudándoles con admirable valor las guardias española y walona y los regimientos de granaderos.

El conde de Aguilar se arrojó al mismo tiempo sobre la derecha alemana, llegando á estar á punto de envolverla; pero una habilísima maniobra de D. Antonio Villarroel cambió otra vez la faz del combate, y cansada nuestra infantería de tan contínuos ataques, empezó de nuevo á perder terreno, rompiéndose tambien la caballería de Aguilar.

Aprovechando esta ventaja, Staremberg se coloca en el centro de su ejército, y bien ayudado por Villarroel y Bel-Castell, hace un esfuerzo supremo y obliga á los nuestros á retroceder hasta un tiro de fusil. Creyó ya entonces el duque de Vendome que estaba perdida la batalla, tanto más cuanto que desesperaba de hacer volver al fuego á los regimientos fugitivos, cuyos oficiales, despues de inútiles esfuerzos por conseguirlo, se habian presentado noblemente en el campo del honor para pelear como simples soldados. Así que se empeñó en que el rey se retirase á Torija, á lo que Felipe no quiso nunca acceder.

Al fin el conde de Aguilar pudo restablecer el órden en sus tropas, y acometiendo á la derecha enemiga penetró sus dos alas y las arrojó sobre el centro, que formado en cuadro y protegido por mil caballos que Staremberg colocó á su frente, continuó resistiendo con la mayor tenacidad. En este momento llegó al campo de batalla el intrépido Bracamonte con un cuerpo de caballería, y poco despues se presentó tambien el marqués de Valdecañas con su ala vencedora de la izquierda contraria. En pocos minutos que-

daron derrotados los mil caballos que protegian el centro; pero este seguia resistiendo á los desesperados esfuerzos de nuestros valientes, que se precipitaban una y otra vez sobre las bayonetas de aquel cuadro terrible, hasta que llegando la noche y convencido Staremberg de que su obstinacion solo serviria para aumentar el estrago de su derrota, se retiró al abrigo de un bosque con seis mil hombres que le quedaban, y á favor de las tinieblas pudo ponerse en salvo, aunque hostigado por Valdecañas y Bracamonte, que le siguieron hasta donde pudieron penetrar sus caballos.

Esta importante victoria, que aseguró la corona en las sienes de Felipe V, nos costó cuatro mil hombres muertos ó heridos, contándose entre los primeros el mariscal de campo D. Pedro Ronquillo y muchos brigadieres y coroneles, y entre los segundos los generales marqués de Toy, D. José Amezaga y D. José Armendáriz. De los enemigos murieron más de cuatro mil, entre ellos el general holandés Bel-Castell y el inglés lord Hamilton; quedaron prisioneros los de la misma clase Saint-Amand, Franquemberg, Wezel y otros varios, con multitud de oficiales y no menos de doce mil soldados. De suerte que los dias 9 y 10 de Diciembre costaron á los aliados hasta veintiun mil combatientes.

Felipe V, que habia dado pruebas personales de valor en tan sangrienta jornada, contó entre los trofeos de su victoria cincuenta banderas, catorce estandartes, veintidos piezas de artillería y multitud de armas, tiendas y bagajes.

DEFENSA HERÓICA DEL CASTILLO

DEL MORRO.

El afan que siempre tuvo Inglaterra de apoderarse del comercio de América dió constante ocasion á que surgiesen cuestiones y dificultades que venian á parar de ordinario en rompimiento de relaciones, ocasionando guerras funestísimas entre España y la referida potencia.

No era nuestro rey Cárlos III quien mejor podia tolerar las desmesuradas pretensiones del gabinete de San James, teniendo siempre fijo en su memoria el que en 1742, cuando ocupaba el trono de Nápoles, una escuadra inglesa, que se presentó á la vista de su hermosa capital, le habia obligado con la amenaza de un bombardeo á firmar en el término de una hora un compromiso de neutralidad en la guerra entonces pendiente entre su padre Felipe V y la emperatriz María Teresa de Austria, en cuya virtud habia tenido que retirar las tropas auxiliares que militaban en el ejército español en Lombardía.

Cárlos III, separándose de la sábia política seguida con singular constancia por su hermano Fernando VI, tan luego como se ciñó la corona de España, empezó á estrechar sus relaciones con la Francia, enemiga constante de Inglaterra, y en 25 de Agosto de 1761 suscribió el funesto *Pacto de Familia,* orígen para nosotros de larga série de males.

La noticia de este tratado hizo que el gabinete inglés

pidiese á nuestra córte terminantes explicaciones, y no satisfaciéndole las que se le dieron, antes bien aumentando su enojo con las altivas y enérgicas contestaciones del ministro español Wall, retiró de Madrid á su embajador lord Bristol y empezó las hostilidades.

Por un descuido inconcebible no se hallaban nuestras colonias lo preparadas que debian estar para un caso demasiado previsto, y noticioso de ello el gabinete de San James, envió contra la Habana al almirante Pocock con una escuadra de treinta navíos de línea y cien buques de trasporte, que conducian catorce mil hombres de desembarco á las órdenes de lord Albemarle.

No era el gobierno de Madrid el culpable del abandono en que se encontraba tan importante colonia, pues que desde mucho antes estaba enviando avisos, instrucciones y recursos; éralo únicamente la negligencia é injustificada confianza de su capitan general D. Juan de Prado, que cuando ya la escuadra enemiga iba navegando por el canal de Bahama, aun mostraba dudas de que fuese destinada contra la isla de su mando, y solo cuando en la mañana del 6 de Junio de 1762 la vió á doce millas de distancia, empezó á preparar sus medios de defensa.

Contaba con unos cuatro mil hombres de tropas regulares, y con no mucho mayor número de milicias del país muy mal organizadas. A toda prisa se quiso cerrar la boca del puerto echando á pique algunos navíos, y no se supo sacar partido de la escuadra, cuya artillería fué destinada á los fuertes, dando tambien el mando de varios de ellos á jefes y capitanes de los buques. Fué uno de estos D. Luis de Velasco, á quien se fió el castillo del Morro.

Los ingleses desembarcaron el dia 7 sin dificultad al E. de la Habana, y marcharon contra el importantísimo fuerte de la Cabaña, que ocuparon el 11 casi sin resistencia. Nin-

guna se ensayó en el castillejo de la Chorrera, que les fué abandonado, y despues de cortar las cañerías que surtían de agua á la ciudad, empezaron á combatir el castillo del Morro. Allí era donde iban á inmortalizarse D. Luis de Velasco, y su segundo, el no menos valeroso marqués Gonzalez.

Dirigieron los ingleses contra el Morro, no solo el fuego de las baterías que plantaron y las del fuerte de la Cabaña, sino tambien el de sus buques de guerra, en términos que no menos de doscientos cañones vomitaban sobre él toda clase de proyectiles. Contestó vigorosamente la artillería del castillo, causando no poco daño á los contrarios, y no contento con eso el heróico Velasco, practicaba de cuando en cuando salidas, que aunque no siempre afortunadas, embarazaban los trabajos de sitio.

Terminó Junio sin que los ingleses hubiesen adelantado un solo paso, y no con mejor fortuna para ellos iba avanzando Julio; pues aunque una contusion de bala tuvo postrado en cama algunos dias á Velasco, le sustituyó dignamente su segundo el marqués Gonzalez. Pero careciendo de toda esperanza de socorro, y habiendo recibido el enemigo un refuerzo de cuatro mil hombres llegados de la América del Norte, la posicion de los defensores del Morro iba siendo de todo punto insostenible, tanto más cuanto que al estrago causado por las bombas, granadas y balas rasas se unió luego el temor de la minas, sintiéndose los golpes de los minadores junto á los muros del fuerte, y habiendo declarado nuestros ingenieros que carecian de medios y hasta de gente para contraminar.

El 29 de Julio, el imperturbable Velasco ofició al capitan general exponiéndole lo crítico de su situacion, y preguntándole si debia evacuar la fortaleza, capitular, ó resistir el asalto, que esperaba á cada momento. Contestósele dejando la resolucion á su prudencia. Pero el drama tocaba

ya al desenlace. En la tarde del 30 reventó con estruendo una mina cuando la mermada guarnicion se hallaba comiendo el rancho y quedó franca una anchurosa brecha, á la que se abalanzaron inmediatamente hasta dos mil ingleses. Ya estaban, sin embargo, en aquel puesto de peligro Velasco, Gonzalez y otros jefes animando á sus soldados con el ejemplo, y decididos á perecer primero que á consentir que el enemigo se apoderase del fuerte confiado á su lealtad, á su valor y á su patriotismo. Allí murió peleando como un héroe el marqués Gonzalez; allí sucumbieron sin cejar un paso muchos oficiales y soldados; allí cayó, por último, mortalmente herido el impertérrito marino don Luis Velasco, sin que pudiera resguardar su pecho la órden terminante que los generales ingleses, asombrados de su valor, habian dado á sus tropas para que respetasen á todo trance la vida del heróico defensor del Morro. Solo pasando sobre su cuerpo pudieron llegar los enemigos al torreon en que tremolaron la bandera británica.

Recogieron y cuidaron con el mayor esmero los ingleses al moribundo Velasco; pero no pudieron salvar su vida, y exhaló el último suspiro en la mañana siguiente.

La caida del Morro decidió la de la Habana, aun cuando quedaban á esta grandes elementos de defensa, de que Prado no supo sacar partido. Firmóse la capitulacion el dia 13 de Agosto, y cayeron con la ciudad en poder de los ingleses trescientos millones de reales que habia en tesorería, nueve navíos, tres fragatas y multitud de pertrechos de guerra.

La noble y vigorosa conducta de Velasco le valió el aprecio y la consideracion de sus mismos contrarios, la gratitud de la pátria y un glorioso lugar en la historia; la floja y descuidada del capitan general ha hecho que su nombre no pueda citarse como modelo á los que siguen la honrosa profesion de la milicia.

COMBATE NAVAL DE TRAFALGAR.

El tratado de San Ildefonso, tan impolítico y no menos funesto para España que lo habia sido el *Pacto de Familia*, ligó nuestros destinos á los de una potencia como Francia, que, enemiga de casi toda Europa, y singularmente de Inglaterra, iba á obligarnos á consumir en su provecho todos nuestros recursos.

La paz firmada en Amiens entre aquellas irreconciliables rivales el 27 de Marzo de 1802, quedó rota el 22 de Mayo del siguiente año, y la guerra volvió de nuevo á encenderse. Bonaparte, entonces primer cónsul de la República francesa, invocando el tratado de San Ildefonso, pidió á España los auxilios de hombres y de buques que en el mismo se estipulaban. Nuestro gobierno deseaba excusar aquella obligacion y no tomar parte en la campaña; pero apremiado por el primer cónsul, le propuso que permaneceria neutral, abonando á la Francia en lugar de dichos auxilios la cantidad de seis millones de francos mensuales. Avínose aquel á la propuesta, pero la Inglaterra protestó contra semejante neutralidad.

La manera que tuvo de vengarse echó sobre su honra un borron indeleble. Mientras que seguia en Madrid negociaciones diplomáticas para el arreglo de las cuestiones pendientes, y en tanto que su bandera era acogida amigablemente en nuestros puertos, dió en secreto instrucciones á los capitanes de sus cruceros para que apresasen ó echa-

ran á pique los buques españoles sin aguardar á la declaracion de guerra. Esta órden bárbara é injustificable, que colocaba á la Gran Bretaña al nivel del más cobarde pirata, ocasionó el 5 de Octubre de 1804 una funesta desgracia en las aguas del Puerto de Santa María.

Cuatro fragatas españolas, que fiadas en la paz existente, y por lo tanto del todo desprevenidas, venian del Rio de la Plata conduciendo caudales, fueron repentinamente asaltadas por otras cuatro británicas. Ensayaron, sin embargo, una inútil defensa; pero la *Mercedes* se voló al disparar una andanada, y las otras tres tuvieron que arriar sus pabellones.

La sangre de las trescientas víctimas de tan inmensa catástrofe encendió en los pechos españoles un terrible sentimiento de venganza contra aquellos odiados extranjeros, cuya bandera, tremolando orgullosa sobre la primera fortaleza de la península, es un recuerdo constante de infinitos agravios y mantiene viva la llaga de nuestra ajada dignidad nacional. Nuestro gobierno declaró la guerra al de la Gran Bretaña el 12 de Diciembre, y puesto de acuerdo con Napoleon Bonaparte, ya proclamado emperador de los franceses, tomó las disposiciones necesarias para herir duramente al comun enemigo.

Ningun medio le parecia á Napoleon más á propósito que el de verificar un desembarco en la misma Inglaterra, y para ello tenia ya reunidos inmensos pertrechos, numerosísimas fuerzas, muchas lanchas cañoneras y multitud de buques de trasporte. Pero necesitaba para atravesar el canal de la Mancha limpiarlo antes de las escuadras inglesas, y á este fin procuró llamar hácia otros mares la atencion del gabinete de Lóndres, y quiso reunir tal número de navíos franceses y españoles, que dominasen el canal el tiempo necesario para el paso de la expedicion. Todo fraca-

só por la apatía y la indecision del almirante francés Villeneuve, que huyendo de los mares de América tan luego como tuvo noticia de que habia llegado en su seguimiento el inglés Nelson, aunque con fuerzas muy inferiores, regresó á Europa para abandonar á nuestra marina vergonzosamente en Finisterre, donde la escuadra aliada vino á tropezar con la del almirante Calder. Allí, los navíos españoles, que sostuvieron casi solos el combate, pelearon como leones, pero no pudieron rescatar el *San Rafael* y el *Firme,* que arrojados por el viento en medio de los ingleses, hubieron de rendirse tras de una heróica defensa. Villeneuve, resistiéndose á las instancias del almirante español Gravina y á las de sus mismos capitanes, permitió á Calder retirarse tranquilo con su presa; y él, en vez de acudir á Brest como le mandaba Napoleon, corrió á encerrarse en el puerto de Cádiz.

Grande fué el enojo con que aquel supo la determinacion de su almirante, y no contento con desatarse contra él en improperios, envió á Rosilly para que le relevase en el mando. Noticioso de ello Villeneuve, se dispuso á correr atropelladamente en busca de los ingleses contra el dictámen de los marinos españoles, que juzgaban segura la derrota de Nelson si se resolvia á atacarlos en bahía, y que, por el contrario, veian inconvenientes y ninguna ventaja en salir á la mar. Pero habiéndose permitido el almirante francés algunas expresiones que podian lastimar la susceptibilidad española, Gravina le interrumpió diciendo: «Señor almirante, siempre que los españoles han operado con »escuadras combinadas han sido los primeros en entrar en »fuego, y ahora lo acaban de demostrar en Finisterre. Mi »escuadra está pronta á combatir.»

Constaba la escuadra aliada de treinta y tres navíos y cinco fragatas, siendo quince de aquellos españoles. Igual

en número era la inglesa, mandada por los almirantes Nelson y Collingwood; pero aventajaba mucho á la combinada en la calidad de la mayor parte de los buques, y sobre todo en las condiciones marineras de sus tripulaciones.

Villeneuve, que mandaba en jefe la escuadra franco-española, dió la órden de aparejar el 19 de Octubre de 1805, y aquella misma tarde abandonó la bahía de Cádiz en busca de los ingleses. El 20 una fragata exploradora descubrió diez y ocho velas enemigas, y el 21 al romper el dia se vió ya toda la escuadra inglesa, que navegaba viento en popa al encuentro de la combinada.

El órden en que esta iba marchando era el de tres cuerpos, vanguardia, centro, y retaguardia, á las órdenes la primera del general Alava, español; el segundo á las del almirante Villeneuve, y la tercera á las del contra-almirante Dumanoir, componiéndose cada una de siete navíos de línea. El almirante español D. Federico Gravina regia una fuerte division de reserva, compuesta de doce navíos, y pidió á Villeneuve que le autorizase á obrar con independencia para poder acudir sin demora al sitio necesario; pero el francés, celoso de la reputacion de nuestro ilustre marino, se negó á su demanda, mereciendo que el entendido contra-almirante Magon, que habia observado las señales de aquellos jefes, censurase duramente la negativa de su compatriota. Y aun no contento con ella Villeneuve, mandó que todos los buques virasen en redondo sobre sí mismos para formar una sola línea de batalla, embebiendo en ella la reserva, y quedándose sin medio de restablecer el combate en un caso desgraciado. Resultó de aquella maniobra, aun otra vez repetida, que muchos navíos quedaron sotaventados y la línea con claros que la debilitaban.

El propósito de Nelson era cortarla por dos puntos y coger entre dos fuegos á cada grupo por separado. Para ello

la escuadra inglesa marchaba en dos columnas, yendo á la cabeza de la una Nelson, que montaba el *Victory*, y á la de la otra Collingwood á bordo del *Royal Sobereign*. «Corte usted la retaguardia por el undécimo navío,» dijo Nelson á su compañero, y en seguida hizo aquella célebre señal: «La Inglaterra espera que cada uno hará su deber.»

El *Victory*, de ciento veinte cañones, se dirigió á cortar nuestra línea por entre el *Santísima Trinidad*, de ciento treinta y seis, y el *Bucentaure*, de ochenta, montado por Villeneuve. Cisneros, capitan del *Trinidad*, manda meter en facha las gavias de este buque y cierra el paso al *Victory*, sobre el que hacen espantoso fuego sus baterías. Devolvíaselo briosamente el *Victory*, ayudado por el *Temerary* y el *Neptuno*, tambien de tres puentes, y Nelson, al ver cerrado aquel camino, viró sobre la popa del *Bucentaure*, que se encontraba descubierta por haberse quedado á sotavento el navío que debia cubrirla. El capitan francés Lúcas voló con el *Redoutable* en auxilio de su almirante; pero, aunque combatió con el mayor heroismo, no pudo impedir que Nelson se colase por aquel hueco con la mitad de su division. La otra mitad maniobraba para tener en respeto á la vanguardia mandada por Dumanoir, la que por haber quedado dos navíos sotaventados, constaba de cuatro franceses y uno español, el *Neptuno*; mas al ver que ninguno de estos buques se movia, Nelson hizo que toda su division cargase sobre nuestro centro, y en especial sobre el *Trinidad*, el *Bucentaure* y el *Redoutable*.

La lucha fué espantosa. El *Heros* y el *Intrépide*, franceses, y el *San Agustin* y el *Neptuno*, españoles, acudieron en auxilio del *Trinidad* y del *Bucentaure*. El valiente D. Cayetano Valdés, capitan del *Neptuno*, no pudiendo contener su impaciencia al ver la incalificable conducta de Dumanoir, se lanzó al combate sin esperar más tiempo la órden del

contra-almirante francés; y como este le preguntase á dónde iba: «¡al fuego!» le contestó sin detener su marcha, y en efecto, llegó á tiempo para ilustrar su nombre con inmortales hazañas.

El almirante Collingwood habia logrado tambien cortar nuestra línea, y con su navío el *Royal Sovereign*, y con el *Belle-Isle*, el *Tonnant*, el *Mar* y el *Bellerofon* atacaba furiosamente al francés *Fougueux* y al español *Santa Ana*, de ciento doce cañones, que enarbolaba la insignia del general D. Ignacio de Alava, y estaba mandado directamente por su comandante Gardoqui. El *Royal* y el *Santa Ana* se batian tan de cerca que se tocaban sus velas bajas, así que el destrozo era espantoso, y acribillado á balazos su velámen y rotos todos sus palos, pronto quedaron imposibilitados de gobernar. Una andanada del *Santa Ana* hizo escorar al *Sovereign* hasta el punto de enseñar dos tablones; el puente de ambos navíos estaba materialmente cubierto de muertos, mezclados con los restos de las destrozadas arboladuras.

Por último, heridos gravemente Alava, Gardoqui, cuatro oficiales y ciento cuarenta y un soldados; muertos otros ciento y dos indivíduos de la tripulacion, entre ellos cinco oficiales, y acabada de destrozar toda su arboladura, el *Santa Ana* tuvo que arriar por el momento su gloriosa bandera. Y decimos por el momento, porque las reliquias de su tripulacion, aprovechándose de la horrible tormenta que sobrevino apenas terminado el combate, se alzaron contra los ingleses que la guardaban, y haciéndolos á su vez prisioneros, lograron rescatar el navío y entrar con él en Cádiz á la mañana siguiente. El *Royal Sovereign* quedó tambien tan maltratado, que Collingwood tuvo que abandonarlo y trasladarse á la fragata *Eurialus*.

El *Bahama*, de setenta y cuatro cañones, mandado por el

no menos sábio que valiente D. Dionisio Alcalá Galiano, peleó contra tres navíos enemigos, hasta que acribillado á balazos fué á hundirse en las profundidades del Océano. Momentos antes, una bala de cañon habia arrebatado la cabeza á Galiano, quien, decidido á defenderse á todo trance, al ver al principio de la batalla que se dirigian contra él dos navíos ingleses, dijo á su tripulacion señalando la bandera: «Señores, sepan ustedes que esa bandera está clavada.»

La defensa del *San Juan Nepomuceno*, tambien de setenta y cuatro, y que estaba á las órdenes del eminente brigadier D. Cosme Damian Churruca, excedió á cuanto nadie pudiera imaginarse. Atacado primero por tres navíos ingleses, luego por cuatro, y finalmente hasta por seis, entre ellos por el *Dreadnought*, de tres puentes, prolongó tan desigual combate por espacio de cinco horas. Churruca se multiplicaba en los puntos de mayor peligro, desempeñando á un mismo tiempo las funciones de general y de soldado. Herido gravemente cuando acababa de disparar un cañon en la proa, dijo á los que le rodeaban: «Esto no es nada; siga el fuego.» A los pocos momentos espiró, cumpliéndose así lo que habia escrito poco antes á un amigo suyo: «Si llegas á saber que mi navío ha sido apresado, asegura que yo he muerto.» Sucumbió el *San Juan* cuando convertido en una boya no podia servirse de sus baterías y yacia muerta ó herida la mitad de su tripulacion.

Durante muchos años se conservó en la bahía de Gibraltar el casco de este navío con su cámara cerrada, y sobre la puerta el nombre de Churruca grabado en letras de oro; y si alguna vez se abria aquella puerta para satisfacer la curiosidad de personas de distincion, no permitian los ingleses que nadie la traspusiese sino con la cabeza descubierta y guardando la mayor compostura. ¡Testimonio insigne del

respeto y de la consideracion que mereció á un enemigo el valor heróico del malogrado D. Cosme Damian Churruca!

No ilustraba menos su nombre al mismo tiempo el almirante español Gravina, que montaba el navío *Príncipe de Astúrias,* de ciento doce cañones. Durante cuatro horas habia sostenido un combate desigual contra cuatro navíos, en el que perdió casi toda su arboladura. Acudieron en su socorro el francés *Neptuno* y los españoles *San Justo,* el *Rayo*, el *Montañés,* el *San Leándro* y el *Asís*; pero otros navíos ingleses vuelan á entretener á estos auxiliares, y el *Defiance* y el *Revenge* hostigaban vigorosamante á nuestra desmantelada almiranta, cuando se precipita en su ayuda el *San Ildefonso*. Entonces se traba una espantosa lucha entre el *Príncipe* y el *San Ildefonso* por un lado, y por otro el *Defiance*, el *Revenge,* el *Tunderer*, el *Dreadnought* y el *Políphemus*. El *Aquiles,* navío francés, mandado por el valeroso capitan Newport, que acudia en auxilio de Gravina, se incendió, y antes que arriar su bandera, prefirió irse á pique, sin que se salvara un hombre de su tripulacion.

Dejamos al *Trinidad*, al *Bucentaure* y al *Redoutable* combatiendo con los navíos de Nélson. Este almirante, que dió en aquel dia tantas pruebas de su valor y de su pericia, saboreaba ya las delicias del triunfo, cuando una bala de fusil disparada desde las cofes del *Redoutable,* entrándole por el hombro izquierdo, le atravesó el pecho y fué á fijarse en la espina dorsal. «Soy hombre muerto, dijo al capitan Hardy; ¡bendito sea Dios! He cumplido con mi deber.» Y poco despues espiró.

La lucha siguió aun más encarnizada; pero por último, el *Bucentaure,* completamente destrozado, tuvo que sucumbir, y Villeneuve fué hecho prisionero; el *Redoutable* quedó fuera de combate, y el *Trinidad,* al que en vano quiso sal-

var D. Cayetano Valdés combatiendo contra cuatro navíos ingleses, hubo tambien de rendirse, cuando atravesado por mil balazos, rotos todos sus palos y teniendo cinco piés de agua en la bodega, habia perdido cuatrocientos hombres de su tripulacion, entre ellos seis oficiales, su comandante Iriarte y el general Cisneros; estos dos heridos gravemente.

La batalla estaba perdida. Gravina, que ya habia recibido una herida mortal, quiso salvar los buques que quedaban, y poniendo sobre el único palo que tenia su navío la señal para que se le reuniesen los que pudieran moverse, emprendió lentamente su retirada á Cádiz, siguiéndole los franceses *Neptuno* é *Indomptable*, y los españoles *Rayo*, *San Leandro*, *Pluton*, *Argonauta*, *San Justo* y *Montañés*. Los ingleses no se atrevieron á perseguirle. Al terminar la batalla estalló una tempestad tan horrible, que muchos buques fueron á estrellarse sobre la costa.

Tal fué el famoso combate naval ocurrido el 21 de Octubre de 1805, que se llamó de Trafalgar del cabo de ese nombre, en cuyas aguas tuvo lugar el encuentro. Fué superior á todo elogio la defensa de nuestros navíos *Trinidad*, *Santa Ana*, *San Juan*, *San Agustin*, *Argonauta*, *Neptuno*, *Bahama*, *San Ildefonso y Monarca*, compitiendo con ellos los franceses *Bucentaure*, *Redoutable Fougeux*, *Aquiles*, *Heros é Intrépide*. Sobre manera sensible fué la muerte de Gravina, ocurrida en Cádiz á consecuencia de su herida, y no menos lo fueron las de Galiano y de Churruca, sábios de reputacion europea. La historia conservará eternamente sus nombres, así como los de los heróicos Alava, Cisneros, Escaño, Alcedo, Gardoqui, Mac-Donell, Vargas, Uriarte, Argumosa, Cagigal, Pareja, Flores, Quevedo y Gaston españoles, y los de los franceses Magon, Lúcas, Newport, Beaudouin, Camas y Poutain; pero tambien conservará indeleble un vergonzoso recuerdo del contra-almirante Du-

manoir, que prefiriendo su salvacion á la honra, huyó de aquellas aguas con los navíos de su nacion el *Formidable*, el *Scipion*, el *Mont-Blanc* y el *Duguay-Trouin*, sin que ninguno de ellos hubiese disparado una sola andanada.

La escuadra aliada perdió diez y siete navíos, y de las tripulaciones españolas murieron mil veintidos hombres y salieron heridos mil trescientos ochenta y cinco. Los ingleses tuvieron ocho navíos perdidos, y nueve quedaron desarbolados é inservibles, pero sobre todas sus pérdidas lloraron como irreparable la de su famoso almirante Nelson.

El combate naval de Trafalgar, aunque de éxito desgraciado, es uno de los hechos de armas de que más puede envanecerse la nacion española.

EXPEDICIONES INGLESAS

CONTRA BUENOS-AIRES.

Hemos visto que el acto de piratería ejecutado por la marina británica en las aguas del Puerto de Santa María el 5 de Octubre de 1804 fué causa de una nueva guerra entre España é Inglaterra. Esta potencia, codiciando siempre nuestras ricas colonias, dispuso una expedicion contra Buenos-Aires á las órdenes del general Carr Beresford, el cual, llamando la atencion de los españoles hácia diferentes puntos del vireinato, consiguió que diseminasen sus fuerzas, y el 28 de Junio de 1806 ocupó sin gran esfuerzo la capital del vireinato.

El virey se retiró á Córdoba para organizar un ejército con que reconquistarla; pero se le anticipó el oficial de marina D. Santiago Liniers, que reuniendo setecientos hombres, y auxiliado por una escuadrilla á las órdenes de don Juan Gutierrez de la Concha, atacó á los ingleses, los arrojó del Retiro y les hizo recogerse al fuerte. Ya iba á darse el asalto cuando Beresford pidió capitulacion, arrojando su espada desde las almenas. Concediósela D. Santiago Liniers, pero antes obligó el pueblo al general enemigo á que por su propia mano enarbolase de nuevo la bandera española. Quedaron prisioneros mil doscientos ingleses, y se recogió un botin valuado en tres millones de pesos fuertes.

Deseando el gabinete británico vengar tan sensible revés, dispuso el año siguiente otra expedicion mucho más

formidable, como que se componia de quince mil hombres de desembarco á las órdenes del general Whitelock, gobernando la escuadra lord Murray.

Apoderándose al paso de nuestra pequeña colonia del Sacramento, se dirigieron contra Montevideo, que despues de resistir cuatro meses de sitio y dos asaltos, se vió forzada á capitular.

Detuviéronse en aquella ciudad los ingleses hasta fines de Junio, reuniendo toda clase de medios para asegurar el éxito de su empresa contra Buenos-Aires; y el 25 desembarcaron en la bahia de Barragan, protegidos por los fuegos de sus navíos. Esperábalos Liniers al frente de ocho mil hombres apostados á la derecha del Riachuelo, inmediato al puente de Barracas; pero Whitelock, dejando una division que entretuviese á Liniers, cruzó por su izquierda un vado peligroso, y se dirigió á la capital con todo el resto de su ejército. Liniers le salió al encuentro en los Mataderos y peleó con desventaja, separando á los combatientes una horrorosa tormenta que se prolongó toda la noche, durante la cual el valiente marino, extraviado enmedio de la confusion y de las tinieblas, vagó solo por el campo, no pudiendo incorporarse á los suyos hasta la madrugada.

La ciudad se hallaba bien prevenida para recibir á los enemigos; armado el vecindario y distribuidas las tropas en los puntos más convenientes. Creyendo muerto ó prisionero á Liniers, habia tomado el mando el coronel Velasco, quien lo devolvió á su jefe, que habia sido recibido con las mayores muestras de entusiasmo.

Whitelock dispuso dos ataques principales, el uno por el lado de la plaza de toros, á las órdenes del brigadier general Achmuty, y el otro por la parte occidental de la ciudad, dirigido por Crawford, jefe de la misma graduacion. Ambos tuvieron lugar al alborear el dia 5 de Julio de 1807.

Achmuty, cruzando por entre balas y metralla, logró apoderarse, aunque con mucha pérdida, del puesto fuerte del Retiro, y avanzó hasta el convento de Santa Catalina, que ocupó por algunos momentos. Crawford, rechazado en el colegio de los jesuitas, pudo apoderarse del convento de Santo Domingo; pero embestido en él por los españoles, fué hecho prisionero con sus tropas, salvándose solo un regimiento, que se habia apoderado del fuerte de la Residencia.

La pérdida de los ingleses no bajó de cuatro mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros; algunos cuerpos, y entre ellos cuatro escuadrones de carabineros, quedaron completamente destrozados. Los vecinos de Buenos-Aires compitieron con la tropa en denuedo, siendo cada casa una fortaleza, desde la que llovia sobre los ingleses cuanto pudiera servir á ofenderles.

Aterrado Whitelock, y comprendiendo la inutilidad de mayores esfuerzos, pidió capitulacion, la que, concedida por Liniers, fué firmada el dia 7, obligándose los ingleses á devolver á Montevideo, la colonia del Sacramento y los demás puntos que ocupaban en el Rio de la Plata, y á retirarse con la escuadra sin cometer nuevas hostilidades. Con estas condiciones se les devolvieron los prisioneros y se les permitió embarcar libremente. La enérgica conducta de Liniers fué premiada por el gobierno español confiándole el mando supremo de aquellas ricas provincias.

EL 2 DE MAYO DE 1808 EN MADRID.

En los primeros años de este siglo la ambicion de un solo hombre traia revuelta y desasosegada á la Europa, convirtiendo en horribles campos de batalla sus montes y sus llanuras. No contento con dominar en Francia, donde se hizo proclamar emperador con el nombre de Napoleon Bonaparte, ató á su carro de triunfo la Italia, el Austria, la Prusia, la Alemania entera, la Holanda y hasta los frios países del Septentrion. Entonces mismo acababa de sujetar el Portugal con ayuda de los soldados españoles que supo arrancar á la debilidad de Cárlos IV y de su favorito.

Solo Rusia, aunque vencida en Austerlitz y en Friedland, conservaba su independencia, si bien prestándose á servir humilde los intereses de su vencedor, habiendo aceptado en Tilssit el bloqueo continental, terrible arma dirigida contra el poderío de Inglaterra.

En nuestra pátria, á consecuencia de la conmocion popular que tuvo lugar en Aranjuez el 19 de Marzo, habia caido el omnipotente Godoy, y de resultas de uno y otro suceso acababa de abdicar la corona Cárlos IV y habia subido al trono su hijo Fernando VII entre los aplausos del pueblo, enemigo del favorito, harto de un reinado nada glorioso, y avergonzado de los espectáculos que le presentaba una córte tan corrompida.

Si rendido se habia mostrado siempre á la voluntad de Napoleon el anciano monarca, no menos adicto se le ofre-

cia Fernando, que mendigaba su proteccion, solicitando con encarecimiento le concediese la mano de una princesa de su familia. Pero el emperador deseaba arrancar cuanto antes á los Borbones el único trono que ya ocupaban en Europa, y por otra parte no queria demorar por más tiempo su proyecto de avasallar la España. Temia, sin embargo, valerse de la fuerza, y resolvió fiar la realizacion de sus designios al amaño y á la superchería.

Pretextando la guerra de Portugal y el temor de que los ingleses intentasen un desembarco en la península, habia hecho pasar los Pirineos á varios cuerpos de ejército, y no menos de veinticinco mil hombres ocupaban á Madrid y sus inmediaciones.

Al tener noticia de los sucesos de Aranjuez rehusó aceptar como hecha libremente la renuncia de Cárlos IV, negándose á reconocer á Fernando como rey; y aun pretendió erigirse en árbitro de las diferencias de la familia real, viendo que el anciano Cárlos habia retirado su renuncia despues de una conferencia que celebró con el ayudante general Monthion, enviado por Murat al real sitio.

Corrieron los reyes padres á acogerse al amparo del que llamaban su amigo, y fueron recibidos en Bayona con todo el esplendor debido á la majestad. Desde aquel momento dirigió Napoleon sus esfuerzos á reunir en el mismo punto á toda la real familia, para, una vez allí reunida, obligarla de grado ó por fuerza á renunciar en él sus derechos á la corona de España. Pero valiéndose siempre del dolo y de la hipocresía, hizo que, primero el embajador Beauharnais, y luego el general Savary, á quien envió bien aleccionado, anunciasen á Fernando que inmediatamente iba á salir para Madrid, y lograran que el engañado monarca saliese á recibirle hasta Búrgos, donde aquellos le aseguraban que ya encontraria á su huésped.

Al ver desvanecida esta esperanza, se mostró Fernando pesaroso de haber emprendido el viaje; pero el funesto influjo de su consejero el canónigo Escoiquiz, y nuevos engaños de Savary, le hicieron correr á su perdicion, llegando el 20 á Bayona, donde ya le esperaba su hermano el infante D. Cárlos. Pasó Napoleon á visitarle y le convidó á comer; pero apenas habia regresado á su alojamiento cuando se le presentó Savary, intimándole con brutal descaro que los Borbones habian cesado de reinar en España, siendo preciso que renunciase esta corona, en cuyo caso recibiria en cambio la de Etruria.

En la entrevista que tuvo Fernando con sus padres en presencia del emperador, dando aquellos suelta al comprimido enojo, y despues de extremar la reina los más odiosos dicterios contra su propio hijo, le intimaron les devolviera la corona, no consintiéndole alegar en su defensa la menor palabra. Hízolo Fernando, aunque con condiciones que no quiso admitir su padre, por lo que el 6 de Mayo, despues de otra escena aun más violenta á que dió lugar el haberse recibido la noticia de los sucesos del dia 2 en Madrid, reprodujo el jóven monarca la renuncia en los términos que se le exigian. No habia esperado Cárlos IV á recibirla para celebrar con Napoleon un tratado, por el cual, á cambio de mezquinas indemnizaciones, le cedia la corona de España é Indias, rematando vergonzosamente con este acto un reinado inglorioso. Bastaba solo arrancar á Fernando y á sus hermanos sus derechos hereditarios, mas no solo se prestaron todos á ello, sino que yendo ya camino de su destierro de Valencey, publicaron una proclama excitando á los españoles á someterse al yugo de un odioso extranjero. Tal fué el término de los sucesos de Bayona, preparados con mezquina artería y llevados á cabo por el terror y el engaño.

Habia llegado al más alto punto la irritacion de los españoles con ver arrebatada la real familia y ocupadas traidoramente las plazas de Barcelona, Figueras, Pamplona y San Sebastian, degenerando el descontento en tumulto en diversas ciudades. En Madrid fué silbado y escarnecido por el pueblo el soberbio Murat el 1.° de Mayo, cuando al volver de una revista atravesaba la Puerta del Sol al frente de sus brillantes escuadrones. No era dudoso que el más ligero incidente produciria la explosion del volcan, y ese incidente surgió el dia despues del mencionado.

En él debian verificarse la salida para Bayona de la reina de Etruria y la del infante D. Francisco. Partió aquella sin oposicion á las nueve de la mañana, siendo muy mal mirada por los españoles á causa de su intimidad con Godoy; mas al correr la voz de que el niño D. Francisco lloraba oponiéndose á la partida, estalló la indignacion popular. Llenaba la plaza de palacio numerosísima muchedumbre.

En ese momento llegó á aquel sitio un ayudante de Murat encargado de observar lo que allí pasaba; la multitud creyó que su presencia tenia por objeto acelerar la marcha del infante; una mujer anciana gritó con desesperacion: «que nos le llevan;» y el ayudante hubiera perecido á no escudarle con su cuerpo el oficial de Guardias walonas D. Miguel Desmaisieres y Florez. Murat, informado de lo que pasaba, envió en el acto un batallon con dos piezas, y la tropa francesa, sin prévio aviso ni intimacion de ninguna clase, hizo una descarga sobre el pueblo, la que si produjo por el pronto una dispersion general, ocasionó instantáneamente el levantamiento de la capital entera, pues los fugitivos comunicaron á todos los barrios su deseo de venganza.

En todas partes fueron acometidos los franceses, echando

mano el pueblo aun de las armas más antiguas y enmohecidas. Preparado Murat para este caso, hizo que por distintos puntos afluyesen sobre la Puerta del Sol varias columnas, barriendo con su artillería las calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo, y acuchillando á la multitud la caballería, distinguiéndose en crueldad los mamelucos y los lanceros polacos. La lucha fué encarnizada y sangrienta. Los madrileños hacian desde las bocas calles y balcones un fuego mortífero, cubriéndose unas veces con las esquinas y arrojándose otras á dar y recibir la muerte á pecho descubierto. Los franceses, favorecidos por su número y disciplina, acabaron por dispersar á la muchedumbre; entraron á saco varias casas, y aun arcabucearon en los mismos umbrales de la del duque de Híjar al anciano portero.

La tropa española, cuyo número estaba reducido á tres mil hombres, permanecia encerrada en los cuarteles de órden del capitan general D. Francisco Javier Negrete, y retenida por la disciplina bramaba de coraje por no poder auxiliar al pueblo.

El primer episodio de aquella aciaga aunque gloriosa jornada fué la defensa del parque de artillería. Acudieron á él grupos de paisanos pidiendo se les abriesen las puertas, y los artilleros permanecian perplejos, cuando llegó hasta ellos la falsa noticia de haber sido atacado por los franceses uno de los cuarteles. Decididos entónces, y acudiendo á ponerse á su cabeza los capitanes del arma D. Luis Daoiz y D. Pedro Velarde, franquearon las puertas á los paisanos, sacaron á la calle tres cañones, y sostenidos por aquellos y por un piquete de voluntarios del Estado mandados por el teniente D. Jacinto Ruiz, se dispusieron á una briosa defensa.

No tardó en presentarse el enemigo, que recibido con descargas mortíferas hubo de retirarse en dispersion, de-

jando tendidos en la calle muchos de los suyos, y en manos del paisanaje varios prisioneros. Acudió en su socorro el general Lefranc con una gruesa columna, renovándose la pelea con encarnizamiento y pérdidas considerables de la una y de la otra parte. Cayó gravemente herido el valeroso Ruiz; Velarde espiró de un pistoletazo que recibió por la espalda, y Daoiz fué acribillado á bayonetazos mientras parlamentaba con el jefe enemigo.

La junta de gobierno nombrada por Fernando á su salida, azorada y confusa, envió á D. Gonzalo Ofarril y á don Miguel Asanza, indivíduos de su seno, á que se viesen con Murat, quien con otros generales se habia situado en la cuesta de San Vicente, y le ofrecieron en su nombre que si mandaba suspender el fuego y les daba para acompañarles uno de sus generales, se comprometian á restablecer la tranquilidad. Accedió Murat, y Ofarril y Asanza, acompañados del general Harispe y de varios indivíduos de los Consejos, recorrieron las calles predicando la reconciliacion y el olvido de lo pasado, con lo que retiróse el pueblo y todo pareció volver á su natural estado.

Mas apenas cesó la resistencia, ocuparon militarmente los franceses los puntos principales, situando en las bocas calles cañones con mecha encendida, y aprisionando á cuantos españoles transitaban fiados en las anteriores promesas. Los que por su desgracia llevaban sobre sí cualquier arma, aunque fuese una pequeña navaja de uso comun y lícito, ó eran arcabuceados en el acto, ó presentados ante una comision militar establecida en la casa de Correos, que los juzgaba sin permitirles la menor defensa. El átrio de la iglesia del Buen Suceso, el Prado y la Montaña del Príncipe Pío fueron los sitios donde atrahillados y en pelotones perdieron la vida cerca de doscientos infelices, muchos de los cuales ninguna parte habian tomado en la contienda.

El orgulloso Murat coronó su obra con la publicacion de un bando en que competian el insulto y la barbárie.

Tal es la historia de los sucesos de ese famoso dia, que pasará á las futuras generaciones como testimonio solemne del pátrio amor y del ódio á la dominacion extranjera que abrigaban en su pecho los madrileños de principios del siglo.

No fueron sordas las provincias al grito de la capital, que antes de espirar el mes ya se habian alzado como un solo hombre contra el comun enemigo y declarado la guerra al poderoso Napoleon Bonaparte, muy ajeno entonces de creer que de allí á breves dias uno de sus ejércitos habria de rendir las armas en campo raso y de quedar prisionero en virtud de la vergonzosa capitulacion que se vió obligado á firmar con los noveles soldados á quienes tanto despreciaba en su orgullo.

BATALLA DE BAILÉN.

Los sucesos que tuvieron lugar en Madrid el dia 2 de Mayo y las noticias que iba recibiendo de las provincias hicieron que Murat resolviese asegurarse de las de Andalucía, y al efecto dispuso que el general Dupont saliera para Cádiz el 24 del indicado mes al frente de unos doce mil hombres.

Marcharon sin tropiezo los franceses hasta llegar á Andújar, donde llegó á su noticia el levantamiento de Sevilla, la creacion de la Junta Central, y que D. Pedro Agustin de Echavarri, con tres mil soldados de línea y mayor número de paisanos armados, les esperaba en el puente de Alcolea, resuelto á disputarles el paso. Fácilmente, aunque con pérdida de do scientos hombres, arrollaron los enemigos el improvisado obstáculo, y el 7 de Junio se presentaron á las puertas de Córdoba, derribaron á cañonazos la titulada *Nueva*, y entrando á fuego y sangre entregaron al más desenfrenado saqueo aquella ciudad inerme y sin defensa.

A pesar de su triunfo hallábase Dupont inquieto, y conocia que su posicion era comprometida, por cuanto al levantamiento de Andalucía habia sucedido el de la Mancha, quedando con ello cortadas sus comunicaciones con la capital. Resolvió por lo tanto retirarse, y el 19 se situó en Andújar, enviando desde este punto para castigar á Jaen al comand ante Barte con una gruesa columna, que, no contenta con saquear la poblacion, instigada á ello por su

mismo jefe, degolló hasta mujeres, ancianos y niños. En Andújar recibió Dupont importantes refuerzos que le enviaba desde Madrid el general Savary, sucesor de Murat, á las órdenes de Vedel y Gobert, quienes, para llegar hasta él, habian tenido que sostener empeñados combates.

No se descuidaban por su parte los nuestros. D. Francisco Javier Castaños, nombrado general en jefe del ejército de Andalucía, lo habia organizado en cuatro divisiones, que puso respectivamente á las órdenes de D. Teodoro Reding, del marqués de Coupigni, de D. Félix Jones y de D. Manuel de la Peña; ascendia su número á veinticinco mil infantes y dos mil caballos, siendo la mayor parte de gente allegadiza y sin instruccion militar.

Apremiado Castaños por las exigencias de la opinion, que queria se acometiese al enemigo á todo trance, avanzó sobre Andújar y reunió en Porcuna el 11 de Julio un consejo de guerra, en el que se decidió que D. Teodoro Reding, cruzando el Guadalquivir por Mengíbar, se dirigiese sobre Bailén, sosteniéndole el marqués de Coupigni, que habia de pasar el rio por Villanueva, y que al mismo tiempo el general Castaños atacaria de frente con las otras dos divisiones. D. Juan de la Cruz, con algunas tropas ligeras y cuerpos francos que mandaba, debia tambien molestar á los imperiales por su flanco derecho.

Alarmado Dupont, pidió refuerzos á Vedel, y este corrió en su auxilio con toda su division, dejando solo mil trescientos hombres para guardar el paso de Mengíbar, á las órdenes de Liger-Belair.

El general Reding, al mismo tiempo que amenaza aquella posicion, cruzó el rio al alborear el 16 de Julio por el vado del Rincon, desalojó al enemigo de todos los puntos que ocupaba y obligó á Liger-Belair á retirarse sobre Bailén, de donde corrió en su auxilio el general Gobert, que

cayó muerto muy en breve de un balazo en la frente. Atemorizados los franceses retrocedieron hácia Guarroman, abandonando á Bailén, y aunque Dupont mandó á Vedel que marchase á ocuparlo desde Andújar, este general, en vez de detenerse en aquel punto, siguió hasta la Carolina y Santa Elena para asegurar los pasos de la sierra.

Reding, que despues de su gloriosa victoria habia regresado á la márgen izquierda del rio, volvió á pasarlo en la tarde del 17, é incorporado á Coupigni entraron ambos en Bailén el 18. Con esto quedó cortado Dupont. Habíase puesto en camino al anochecer de aquel dia, procurando que favoreciese la sombra de la noche su movimiento retrógrado, embarazado por el inmenso convoy que conducia el producto de sus depredaciones en Córdoba y Jaen. Por su parte Reding y Coupigni, tan luego como descansaron algo sus tropas, habian vuelto á salir hácia Andújar para caer sobre el enemigo, con lo que franceses y españoles se encontraron impensadamente en el camino.

A las cuatro de la mañana del 19 se trabó la batalla, acometiendo furiosamente las divisiones Chavert y Barbou á la nuestra de Coupigni, que no solo se defendió con valor, sino que rechazó á las contrarias, aunque eran superiores en número y mucho más aguerridas. La division Reding, que acudió al socorro de la de Coupigni, sufrió una terrible carga de los coraceros franceses y se vió por un momento comprometida, pero pronto recobró la superioridad. Tambien corrió peligro una columna que, á las órdenes de don Pedro Grimarest, atacó el ala izquierda de los franceses, salvándola una heróica embestida del regimiento titulado *Ordenes militares*, conducido por D. Francisco Javier Venegas.

Furioso Dupont, renovó sus ataques, y por espacio de ocho horas consecutivas los campos de Bailén fueron teatro de

encarnizada lucha. Rechazado siempre con mucha pérdida el general enemigo, hizo un supremo esfuerzo, y poniéndose á la cabeza de sus mejores batallones, entre los que se contaban los marinos de la Guardia Imperial, se arrojó por última vez sobre los españoles. Rechazado como en las anteriores tentativas, herido él mismo, muertos en el campo el general Dupré y hasta dos mil de los suyos, acabó de colmar su desaliento el oir á sus espaldas los cañonazos con que avisaba su llegada el general La Peña, enviado por Castaños con la tercera division tras de los fugitivos imperiales. Ya entonces se decidió á pedir á Reding una suspension de armas, y concedida esta, se empezaron á discutir las bases de la capitulacion.

En aquel momento se presenta Vedel á retaguardia de los españoles al frente de nueve mil hombres. Tranquilizado al ver abiertos los pasos de la sierra, y habiéndose unido al general Doufour, sucesor de Gobert, volvian ambos lentamente hácia Bailén, cuando llegó á sus oidos el cañoneo de la batalla.

Prosiguiendo más deprisa su marcha, llegó Vedel á nuestros puestos cuando se estaba ya ajustando la capitulacion, y aunque se le notificó el armisticio, lanzóse de repente sobre el batallon de Irlanda, que descansaba fiado en la tregua, y le hizo prisionero. Obtenida esta fácil ventaja, se dirigió contra la posicion de San Cristóbal, que cerraba sus comunicaciones con Dupont; pero la defendió valerosamente el regimiento de las *Ordenes militares*, que estaba ya sobre aviso. La llegada de un ayudante de Dupont con órdenes perentorias le obligó á suspender las hostilidades. No queriendo, sin embargo, avenirse á que sus tropas sufriesen las consecuencias de la derrota de las de Dupont, pronunció velozmente su retirada y llegó á Santa Elena en breves horas. Irritados nuestros generales con esta deslealtad,

amenazaron á Dupont con pasar á cuchillo las divisiones que tenian cercadas si no obligaba á Vedel á volver á ocupar sus posiciones. Así tuvo este que hacerlo, y sin nuevo tropiezo firmóse la capitulacion el 22 en Andújar, suscribiéndola por los españoles D. Francisco Javier Castaños y el conde de Tilly, indivíduo de la Junta de Sevilla, y por los franceses los generales Marescot y Chavert.

Rindieron las armas sobre el campo diez y ocho mil franceses; habian perecido en los combates unos dos mil, con los generales Gobert y Dupré, y todavía se hicieron luego prisioneros otros destacamentos. Todos los caballos, cuarenta piezas de artillería y las águilas de los regimientos fueron tambien glorioso trofeo de una victoria cuyo eco, resonando en toda Europa, hizo ver que no eran invencibles las legiones napoleónicas, y decidió al Austria á emprender otra nueva guerra contra el coloso de Francia.

El terror se apoderó de nuestros contrarios; levantóse el sitio de Zaragoza; José Bonaparte abandonó precipitadamente la capital, retirándose sobre el Ebro, y á los pocos dias no quedaba un solo francés á la derecha de aquel rio. El ejército vencedor en Bailén entró en Madrid entre las más entusiastas demostraciones de alegría y de patriotismo.

PATRIOTISMO DEL MARQUÉS DE LA ROMANA

Y DE SU EJÉRCITO.

La debilidad de Cárlos IV y el mal acuerdo de su favorito Godoy, ayudando los ambiciosos proyectos del emperador Napoleon Bonaparte, habian autorizado en 1806 y 1807 que saliesen de España quince mil de sus mejores soldados para apoyar en el Mediodia y en el Norte de Europa los planes del altivo conquistador.

Marchó la primera la division O-farril, compuesta de seis mil hombres de ambas armas, so color de guarnecer el pequeño reino de Etruria; traspusieron los Pirineos al siguiente año otras dos, regidas por D. Pedro Caro y Sureda, marqués de la Romana, las cuales se dirigieron directamente á Dinamarca, á donde fué á reunírseles la division O-farril por medio de una pasmosa marcha, en la que despues de atravesar la Italia y la Alemania haciéndose admirar de los pueblos por su disciplina, por su moderacion y por su aspecto guerrero, concurrieron al sitio y rendicion de Stralsund, en la Pomerania Sueca, á las órdenes del mariscal francés Brune.

Las tres divisiones españolas quedaron incorporadas al ejército titulado del Elba, que regia el mariscal Bernadote, príncipe de Pontecorvo, quien las recibió con las más distinguidas muestras de aprecio, eligiendo para su guardia

cien granaderos españoles, que vistió con el lujo más asombroso. Pero obedeciendo las prescripciones de Napoleon, desparramó nuestras tropas en el Jutland y la Fionia, situándolas de manera que las fuera difícil comunicarse entre sí, fraccionándolas cuanto le fué posible, y vigilándolas con setenta y cinco mil franco-daneses. No podia ser más comprometida la situacion de aquellos valientes, cuando en Junio de 1808 empezó á llegar hasta ellos, aunque sumamente desfigurada, la noticia de los sucesos que ocurrian en España.

Cundieron en las filas la ansiedad y la zozobra, y así, al recibirse en el mismo mes una órden firmada por D. Mariano Luis de Urquijo para que el ejército jurase como rey á José Bonaparte, estalló el descontento, tanto más motivado cuanto que hacia sospechoso el inesperado despacho el no haberse recibido con él cartas ni correspondencias particulares, de las que hacia mucho tiempo tenia privados á aquellos españoles la vigilancia francesa.

Los regimientos de Astúrias y de Guadalajara, que se hallaban acantonados en Celanda, se sublevaron contra el general Fririon, quien se salvó por haberle amparado algunos oficiales españoles; pero rodeados aquellos regimientos por quince mil daneses, hubieron de rendir las armas. En otros cuerpos se dieron entusiastas *vivas á España* y *muerás á Napoleon*.

El príncipe de Pontecorvo hostigaba sin cesar al marqués de la Romana para que se cumpliese la órden del juramento, y no pudiendo ya eludirla más tiempo, tratóse de salir del paso con añadir á la fórmula prescrita por el mariscal francés la condicion de que José hubiese sido reconocido en España como rey sin coaccion ni violencia de ningun género. Aun así, costóle á la Romana gran trabajo el conseguir que sus tropas se prestasen á jurar, verificándolo

solo obligadas por la severidad de la disciplina. En la crítica situacion en que se encontraba el ejército expedicionario, preciso le era á la Romana el ceder algun tanto si habia de conservarlo para aprovechar alguna coyuntura que pudiera libertarlo del cautiverio.

No tenian olvidados á aquellos valientes las Juntas de Galicia, Astúrias y Sevilla, las cuales encargaron muy particularmente á sus comisionados en Lóndres procurasen á toda costa ponerse en comunicacion con la Romana, á quien se enviaban órdenes é instrucciones. Por algun tiempo salieron fallidas todas las tentativas; pero la divina Providencia proporcionó el medio de conseguir lo que tanto se deseaba.

El subteniente de voluntarios de Cataluña D. Juan Antonio Fabregués habia sido enviado con pliegos desde Langeland á Copenhague; y evacuada su comision, buscando los medios de escaparse, ajustó su regreso en una lancha tripulada por dos pescadores dinamarqueses. De repente columbró tres navíos pertenecientes á la escuadra inglesa del Sund, y tirando del sable intimó á los marineros que gobernasen hácia ellos. Al subir á su bordo encontróse con D. Rafael Lobo, oficial de marina y comisionado por la Junta de Sevilla, á quien hizo presentes los sentimientos del ejército, recibiendo de él la correspondencia que llevaba para su general en jefe, y encargándose de su entrega, á cuyo efecto un bote inglés le desembarcó de noche en Langeland.

Tan luego como llegaron á poder de la Romana las órdenes que le enviaba la Junta de Sevilla, se preparó á cumplirlas, estimulado por los consejos de todos los oficiales y por el unánime deseo del ejército. Al efecto, y puesto ya de acuerdo con los ingleses, dispuso que el baron de Armendáriz se apoderase á toda costa de la isla de Langeland,

que se señaló como punto de reunion de todos los cuerpos. Llenó el marqués su cometido, haciendo rendir las armas á la guarnicion dinamarquesa, aunque era superior en número.

La Romana por su parte se hizo dueño de la plaza de Nyborg, en la que tenia su cuartel general, y con esto se puso ya en franca comunicacion con los almirantes ingleses Saumaretz y Keats.

Grandes fueron las dificultades que tuvieron que vencer los diferentes cuerpos del ejército para concurrir á Langeland, hallándose vigilados por fuerzas muy superiores y careciendo de todo medio de trasporte marítimo. El regimiento de Zamora, acantonado en Fridericia, fué villanamente vendido por el mariscal de campo D. Juan Kindelan, que avisó á Bernadote el proyecto de fuga; sin embargo, logró salvarse haciendo una prodigiosa marcha de diez y ocho leguas españolas en solo veintiuna horas. Menos felices Astúrias y Guadalajara, que como hemos visto estaban ya desarmados, se vieron envueltos al ir á ponerse en marcha y quedaron los dos prisioneros. Tambien lo quedó el regimiento de caballería del Algarbe, pues las indecisiones de su anciano coronel dieron lugar á que lo cercaran y rindieran superiores fuerzas francesas.

Reunidos finalmente en Langeland todos los demás cuerpos españoles, ofrecieron al mundo el ejemplo más grande de hidalguía, de valor y de patriotismo que pudo dar jamás ningun ejército. Colocados á tantas leguas de su pátria, al saber que esta se hallaba en peligro, desprecian las seductoras ofertas de un poderoso conquistador, y antes que ceder á sus dones y á sus promesas, antes que procurar cobardemente por su tranquilidad y sosiego, prefieren correr mil peligros, atravesar los mares y lanzarse á una lucha titánica contra los poderosos ejércitos que en Austerlitz,

en Jena y en Wagram habian humillado á los austriacos, á los rusos y á los prusianos, haciendo á la Francia dominadora de casi toda la Europa. Puestos de rodillas los regimientos alrededor de sus respectivas banderas, clavadas en tierra, juraron derramando lágrimas ser fieles á su querida pátria y volar en su auxilio para combatir sin tregua ni descanso á todos sus enemigos.

Embarcadas en los navíos ingleses las tropas españolas, se trasladaron á Gothemburgo, donde fueron bien recibidas por los suecos, aliados de la Inglaterra, y de allí, haciéndose á la mar nuevamente, aportaron el 8 de Octubre á Santander y Santoña, y sin descansar de tantas fatigas, corrieron á sellar con su sangre en los campos de batalla la fé de sus juramentos.

LOS SITIOS DE ZARAGOZA EN 1808 Y 1809.

La guerra de la Independencia, sostenida por nuestros padres á principios del siglo contra el colosal poder de la Francia napoleónica, forma en su conjunto una epopeya magnífica, digna de pasar á la más remota posteridad cantada en los sublimes versos de otro Homero; mas en esa epopeya figuran algunos episodios cuya realidad sobrepuja todavía á cuanto supo discurrir la fecunda inventiva del inmortal poeta, siendo uno de ellos el sitio, ó por mejor decir los dos sitios, que sufrió Zaragoza.

Ocupadas traidoramente por las tropas francesas las plazas de Pamplona, Figueras, Barcelona y San Sebastian; llevada á Bayona con infames amaños toda la real familia; cayó al fin la venda que cubria los ojos de una noble nacion, y el grito de guerra que lanzaron el 2 de Mayo los patriotas madrileños halló pronto eco en todas las provincias de la monarquía. Apenas habia rincon en España donde al comienzo de Junio no se batallase ya contra el aborrecido extranjero.

Tampoco se descuidaba este por su parte; y no ocultándosele la importancia que tenia la capital de Aragon, trató de avasallarla por la fuerza, despues de ver que eran inútiles la persuasion y el engaño.

El general Lefebre Desnóuettes, despues de dispersar las bandas de paisanos que capitaneaba el marqués de Lazan,

se arrojó sobre Zaragoza al frente de cinco mil infantes y ochocientos caballos, llegando á internarse en la ciudad; pero ahuyentado á fusilazos por los vecinos, hubo de resignarse á formalizar el sitio en toda regla. Solo tenia aquella de guarnicion trescientos soldados, careciendo de artilleros y de baterías, ciñéndola un debilísimo muro, y no contando con los elementos más precisos para una ordenada defensa.

En la tarde del 15 de Junio lanzó Lefebre tres columnas contra las puertas del Cármen, del Portillo y de Santa Engracia, ensañándose contra la segunda; mas tras larga y encendida pelea quedaron rechazadas las tres con pérdida de ochocientos hombres, de seis cañones y de otras tantas banderas. Enardecidos con la victoria, los zaragozanos eligieron por caudillo al intendente D. Lorenzo Calvo de Rozas, en ausencia de Palafox, y ante la enérgica iniciativa de este jefe se improvisaron recursos, y si era posible se levantó á mayor altura el entusiasmo de la poblacion.

Militares, paisanos, venerables eclesiásticos, la débil niñez, la ancianidad achacosa, el delicado brazo del bello sexo, todos contribuyeron igualmente á la defensa del sagrado recinto. Ni la voladura de un repuesto de pólvora, causa de inmensos y lamentables destrozos; ni la pérdida del Torrero; ni la derrota que sufrió en Epila D. José Palafox al intentar el socorro; ni los considerables refuerzos que recibieron los sitiadores, permitiendo á su nuevo jefe Verdier organizar más vigorosos ataques, aportillar los muros y destruir los edificios al rudo empuje de poderosísima artillería, nada bastó á postrar la valerosa constancia de aquellos impertérritos ciudadanos.

Si á costa de sangre pudieron los franceses penetrar en algunas calles y ocupar diferentes edificios, costábales cada paso sobrehumanos esfuerzos, disputándoselos los zara-

gozanos mientras que se derrumbaban sobre sus cabezas al estallido de las bombas los techos y paredones. La historia recordará con orgullo, los nombres de Palafox, Calvo de Rozas, Cerezo, Renovales, de los hermanos Tabuenca, de Larripa, y de Marcó del Pont, del Ingeniero San Genis, de los oficiales de artillería Lopez Piñeiro, y Rosales, del intrépido tio Jorge, y de tantos otros como los inmortalizaron en este pasmoso sitio. La condesa de Bureta improvisando una batería á la puerta de su casa, y Agustina Zaragoza sembrando la muerte con un tiro de metralla en las filas de una columna que avanzaba confiadamente á apoderarse de la batería del Portillo, cuyas piezas permanecian silenciosas por haber perecido los artilleros que las servian; son sublimes dechados de patriotismo, que tendrán de seguro imitadores cuantas veces vuelva á peligrar nuestra independencia.

Por fortuna, tocaban por el momento á su término tantos padecimientos. El 5 de Agosto entró en la ciudad con 500 hombres el marqués de Lazan, y el 8 lo verificó con mayores fuerzas su hermano D. José Palafox, ídolo de los zaragozanos. Tambien se acercaba D. Felipe Saint Marck con una division valenciana. Pero en la madrugada del 14, Lefebre, que habia vuelto á encargarse del mando del ejército francés, levantó su campo precipitadamente, y abandonando pertrechos, municiones y noventa piezas de artillería, no paró hasta meterse en Navarra. Espoleábale la noticia de la derrota de Bailén, que no dejó por entonces ni un francés en toda la derecha del Ebro.

Bien podia empero adivinarse que esa calma tenia que ser pasajera. Hallábase Napoleon en todo el apogeo de su poderosa grandeza y no podia permitir quedase sin venganza aquel vergonzoso descalabro.

Resuelto á acaudillar en persona sus legiones, pero no

queriendo exponerse á sufrir un desaire de la fortuna, precipitó en España doscientos cincuenta mil soldados, divididos en ocho cuerpos, que regian los más ilustres mariscales, y tras de ellos cruzó el Vidasoa el 8 de Noviembre. No era posible que por lo pronto resistiésemos semejante avalancha, y Espinosa, Gamonal, Somosierra, Uclés y Tudela atestiguan más el ardimiento de los nuestros que la pericia ni el valor de los imperiales. Las débiles tapias del Retiro hubieron de ceder pronto á la formidable artillería del general Senarmont, y el emperador entró en Madrid el 3 de Diciembre, habiéndose resignado á celebrar á sus puertas el dia antes el aniversario de la famosa batalla de Austerlitz.

Poco tardó en fijar su atencion sobre Zaragoza, y el 20 de aquel mismo Diciembre ya se presentaron á las puertas de la ciudad heróica los mariscales Moncey y Mortier, acompañados de cuarenta mil hombres pertenecientes á los cuerpos tercero y quinto.

Bajo la direccion del inteligente San Genis se habian mejorado las fortificaciones, que estaban dotadas con setenta piezas de mediano calibre, y defendidas por demasiado numerosa guarnicion y por muy decidido paisanaje.

El 21 se apoderaron los enemigos de los puestos exteriores, mas tuvieron que ceder en el ataque del arrabal, terriblemente diezmados por nuestra artillería. Formalizado el sitio, emprendieron en la noche del 29 los trabajos de trinchera, que eran interrumpidos con frecuencia por vigorosas salidas de los zaragozanos.

Sucedió á Moncey en el mando del ejército sitiador el general Junot, quien el 10 de Enero empezó el bombardeo, atacando al mismo tiempo con ocho baterías el convento de San José y la cabeza del puente del Huerva. Apoderóse de aquel en el siguiente dia tras de una furiosa pelea, en la

que descollaron D. Mariano Renovales y una mujer apellidada Manuela Sancho; pero contuvo sus progresos el reducto del Pilar, hasta que reducido á cenizas tuvieron que abandonarlo sus defensores La Ripa, Simonó y Betbesé, volando antes el puente sobre el Huerva.

Amontonada la poblacion en los barrios donde no servia de estorbo á la defensa, y recogida en los sótanos por huir del estrago de las bombas, el viciamiento del aire ocasionó una espantosa epidemia.

Agregóse la desgracia de haber ahuyentado los franceses de las cercanías de la ciudad la corta division de don Felipe Perena y algunas guerrillas que los molestaban. Pero nada amilanó á los intrépidos defensores.

En vista de los pocos adelantos de Junot, envió Napoleon en su lugar al mariscal Lannes, quien redoblando con furor los asaltos, tomó el convento de Santa Engracia, aunque pagándolo con la muerte de más de ochocientos hombres. Dolióle aun más á Zaragoza la pérdida del bizarro San Genis.

Seguia cada vez más terrible el bombardeo, la peste causaba diariamente centenares de víctimas, y la mala calidad del escaso alimento enflaquecia unos brazos incesantemente levantados para rechazar los contínuos ataques. Creyendo Lannes postrado el ánimo de los defensores intimó de nuevo la rendicion; pero Palafox le contestó que estaba resuelto á defenderse hasta el postrer aliento.

Repelidos los franceses siempre que intentaron el asalto de los conventos de San Agustin y de Santa Mónica, solo valiéndose de la mina pudieron señorearlos el 1.° de Febrero. Harto les acibaró esta ventaja la muerte de su general de ingenieros Lacoste, atravesado de un balazo en el mismo dia. Al fin, la pérdida del arrabal, evacuado por la toma del convento de San Lázaro, que aseguraba sus comunica-

ciones con la ciudad, precipitó la caida de la inmortal Zaragoza, que, convertida en un vasto cementerio, sembrada de ruinas humeantes y amenazada por la simultánea explosion de seis ramales de mina cargados con diez y ocho mil libras de pólvora, no podia prolongar más tiempo su resistencia.

Yacia moribundo el heróico Palafox, y la Junta nombrada para sucederle en el mando capituló el 20 de Febrero con honrosas condiciones, que pronto fueron violadas, segun era costumbre en los más de los generales franceses.

Palafox, á quien la palabra de Lannes aseguraba la libertad, fué conducido á Francia y encerrado en la fortaleza de Vincennes; los infelices prisioneros, despojados de cuanto poseian, sufrieron los más duros tratamientos; dos virtuosos sacerdotes, sacados de sus casas en el silencio de la noche, fueron muertos á bayonetazos en el puente de piedra; y la rapacidad del vencedor se cebó en el riquísimo joyero del Pilar. Así vengaron los franceses tantos descalabros y la muerte de ocho mil de los suyos.

Habia durado este segundo sitio sesenta y dos dias, quedando destruidos por las bombas y las minas los más de los edificios. En la voladura de la Universidad pereció su magnífica biblioteca.

Merece mencionarse la entereza con que D. José María Ric, encargado con otros vocales de la Junta de entenderse con Lannes para ajustar la capitulacion, contestó á las soberbias exigencias del general francés: «Se respetarán, »dijo este, la mujeres y los niños, con lo que queda el asunto concluido.» «Ni aun empezado, replicó con firmeza Ric, porque eso seria entregarnos sin condiciones, y antes que eso Zaragoza continuará defendiéndose, porque aun tiene armas, municiones, y sobre todo puños.»

Así cayó la inmortal Zaragoza, cuyo ejemplo presentó

como modelo á los pueblos de Francia aquel mismo emperador Napoleon en 1814 para estimularlos á resistir la invasion extranjera. Solo entonces le permitió su soberbia apreciar en su justo valor la grandeza de nuestros sacrificios, la abnegacion y el heroismo de que habia visto tantas y tan repetidas muestras en este suelo idólatra de su independencia, nunca seguro bajo las plantas de los más poderosos conquistadores.

SITIO Y RENDICION DE GERONA.

Corria el año 1809, y España, villanamente acometida por quien se la vendia por aliado y amigo, llevaba ya mucho tiempo de luchar contra las numerosas y aguerridas legiones del vencedor de Europa, que queria sujetarla á su triunfante carro. Al santo grito de *¡Libertad é independencia!* levantáronse como un solo hombre nuestros padres sin medir sus fuerzas y sin pararse á calcular las de su poderoso enemigo, y las ciudades y los campos, las llanuras y las montañas, vinieron á ser teatro sangriento de incesante y horrorosa pelea.

Reducida á un monton de ruinas, habia caido al fin en poder del francés la heróica é inmortal Zaragoza, despues de asombrar al mundo con la repeticion de los grandes ejemplos de Sagunto y de Numancia. No creia ya el soberbio invasor que hubiera otra ciudad que se atreviese á cerrarle sus puertas; pero muy pronto iba á probar el desengaño.

Era Cataluña una de las provincias que más tenazmente se defendian contra los invasores, ilustrando el principio de su levantamiento con el glorioso triunfo del Bruch. Aunque dos infames traiciones habian puesto en poder de Napoleon las importantísimas plazas de Barcelona y Figueras, no por eso amainaron los catalanes en su resistencia terrible, y las demás ciudades del Principado cerraban

atrevidamente á los imperiales su sagrado recinto. Por dos veces habia intentado señorearse de Gerona el general Duhesme; pero tuvo que desistir de su propósito, rechazado en ambas por los gerundenses. El 13 de Mayo de dicho año de 1809 encargóse de la empresa el general Verdier, presentándose á la vista de la plaza al frente de diez y ocho mil hombres, y empezando las hostilidades con la toma de la ermita de los Angeles, que fué muy bien defendida.

Situada Gerona en la confluencia de los rios Ter y Oña, se ve partida por este en dos porciones, de las cuales la más pequeña forma el arrabal denominado el *Mercadal;* comunicándose ambas por un puente de piedra. Su recinto está defendido por una cortina circular de seis piés de espesor y treinta poco más ó menos de altura, la cual se ve interrumpida por tres torres antiguas y por algunos baluartes de construccion más moderna; pero ninguna de estas obras reune las condiciones necesarias para resistir un ataque ordenado, y además se hallan dominadas por alturas exteriores, sobre las que ha sido preciso construir defensas en que está cifrada la seguridad de la plaza. Considéranse como las principales el castillo de Monjuich, que tiene cuatro reductos avanzados, y los fuertes del Calvario, del Condestable, de la Reina Ana, de Capuchinos, del Cabildo y de la Ciudad.

Contaba Gerona con catorce mil habitantes, y su guarnicion apenas llegaba á cinco mil setecientos hombres; número demasiado escaso para lo extenso de su rádio y los muchos puntos fortificados. Era gobernador D. Mariano Alvarez de Castro, natural de Granada, aunque oriundo de Castilla la Vieja, y desempeñaba el cargo de teniente de rey D. Juan Bolívar. Para suplir la falta de guarnicion se formaron ocho compañías de paisanos, compuestas de ciudadanos de todas las clases y estados, las que instruyó y

regia el coronel D. Enrique O'Donnell. Tambien se reunió otra compañía de mujeres, apellidada de Santa Bárbara, á cuyo cargo estaba el llevar á los defensores víveres y cartuchos y el recoger y cuidar los heridos. Excitóse el entusiasmo religioso con nombrar generalísimo á San Narciso, patrono de la ciudad y muy venerado por sus naturales.

En principios de Junio quedó del todo circunvalada la plaza y establecidas las baterías de sitio; pero antes de romper el fuego, presentóse en ella un parlamentario para intimar la rendicion. Contestó el gobernador «que, no queriendo entenderse con los enemigos de su pátria de otro modo que á cañonazos, en lo sucesivo recibiria con la metralla á todos sus emisarios.» Ya antes habia publicado un bando, en el que se anunciaba que seria pasado por las armas todo el que hablase de capitulacion.

En la noche del 13 rompieron las baterías contra la plaza un furioso bombardeo, que duró once dias consecutivos y causó terribles destrozos, siendo el más lamentable el incendio del hospital general. Atacaron tambien los franceses con encarnizamiento las torres de San Daniel, San Narciso y San Luis, que servian á Monjuich de puestos avanzados, y habiendo abierto brecha se dispusieron á asaltarlos; pero fueron abandonados por sus guarniciones, que recibieron órden de retirarse al castillo. Unióse á estas ventajas del sitiador el que el general Gouvion Saint-Cyr, con un enérgico movimiento de avance, penetró hasta San Feliú de Guixols, haciendo imposible el avituallamiento de la plaza y concurriendo al sitio con nuevas fuerzas, que elevaron á treinta mil el número de los sitiadores.

El 3 de Julio emprendieron los enemigos el ataque de Monjuich, cañoneándole entre otras una batería de brecha, compuesta de veinte piezas de grueso calibre y de dos obuses. Una bala derribó al foso la bandera española que flo-

taba en el baluarte del Norte; pero el subteniente D. Mariano Montoro se arrojó á él entre mil peligros, recobróla, y volvió á enarbolarla. Ni fué menos notable la muestra de heroismo que ofreció el tambor Luciano Ancio, encargado de anunciar con su caja los tiros de bomba y de granada. Habiéndole llevado un casco de estas una parte del muslo, se opuso á que se le condujera al hospital, diciendo: «No, »aunque herido en la pierna, aun tengo los brazos sanos »para con el toque de caja libertar de las bombas á mis »amigos.» ¡Ejemplos de sublime valor y de acendrado amor pátrio, que merecen escribirse en bronces para estímulo de las futuras generaciones!

En el asalto que con rabioso esfuerzo intentaron los franceses en la mañana del 8 perdieron no menos de dos mil hombres; distinguiéndose entre los nuestros muy particularmente D. Blás de Fournás, el oficial de artillería D. Juan Candy y el comandante de brecha D. Miguel Pierson, que pereció en su defensa. Amenguó el contento del triunfo el haberse volado el mismo dia la torre de San Juan, pereciendo casi todos los que la guarnecian.

No estaban abandonados á sus solos esfuerzos los defensores de Gerona, que los somatenes y migueletes, con la poca tropa que pudo reunirse, no omitian medio de molestar á los sitiadores y de intentar la introduccion de socorros. Porta, Milans, Rovira, Clarós y otros partidarios interceptaban las comunicaciones con Francia y traian al enemigo en perpétuo desasosiego. Las autoridades de Cataluña enviaron un convoy, que desgraciadamente fué interceptado por Saint-Cyr, salvándose tan solo su comandante, el irlandés D. Rodulfo Marshall con algunos soldados, que pudieron penetrar en la plaza.

Redoblaron los franceses sus ataques contra el castillo, que al fin vino á quedar reducido á un monton de escom-

bros por el fuego de diez y nueve baterías, en cuyo estado, su valiente gobernador D. Guillermo Nash, viendo imposible el sostenerlo más tiempo, resolvió evacuarlo y retirarse á la ciudad. Habíalo defendido dos meses teniendo abiertas varias brechas, y de los novecientos hombres que componian la guarnicion habian perecido diez y ocho oficiales y quinientos once soldados, sin quedar apenas quien no estuviera herido. Costó al francés aquella triste conquista más de tres mil valientes.

Considerado Monjuich como la llave de Gerona, lisonjeóse Verdier con que á su ocupacion seguiria muy en breve la de la plaza, y aun así se lo anunció á su gobierno. Luego se convenció de que se habia equivocado.

Impertérrito Alvarez, no desaprovechaba ocasion de molestar al contrario, de estorbar sus trabajos y de multiplicar las defensas de la ciudad. Decidido á perecer antes que rendirse, no queria oir hablar ni de capitulacion ni de retiradas, y á un oficial que, encargado de una pequeña salida, le preguntó dónde se acogeria en caso de ser rechazado, le contestó severamente: «Al cementerio.»

Pero por más que extremase sus esfuerzos no pudo impedir que rendido Monjuich adelantase Verdier sus baterías contra la plaza é hiciese llover incesantemente sobre ella las bombas y las granadas. Iban además escaseando los víveres, y muy disminuida la guarnicion con tantos combates, apenas podia cubrir los puntos principales.

En tal apuro, D. Joaquin Blake, capitan general de Cataluña, al que aguijaba con sus reclamaciones D. Enrique O'Donnell, enviado por Alvarez al intento, se resolvió á probar introducir en la ciudad un importante socorro. Al efecto, además de llamar por distintos puntos la atencion de Saint-Cyr, hizo que D. Enrique O'Donnell, atacando bruscamente la posicion de *Bruñolas*, atrajese á aquel pun-

to la mayor parte de las fuerzas contrarias; que D. Manuel Llauder se apoderase de la ermita de los Angeles, y que mientras tanto el general García Conde, cayendo de repente sobre los franceses que ocupaban á Salt, procurase introducir por aquella parte el socorro. Logróse todo felizmente, entrando en la plaza dos mil acémilas con las tropas de García Conde, quien dejando de refuerzo á D. Mariano Alvarez tres mil y trescientos hombres, volvió á salir sin tropiezo con dos mil setecientos que le restaban. Ocurrió tan feliz suceso en dia 1.° de Setiembre; pero fué corto el respiro que proporcionó á la denodada Gerona.

Reforzando y aumentando sus baterías logró el enemigo abrir anchurosas brechas en Santa Lucía, Alemanes y San Cristóbal, y el 19 de Setiembre, despues de ser recibidos á cañonazos varios parlamentarios que fueron á intimar la rendicion al valeroso Alvarez, se lanzaron al asalto de las tres brechas otras tantas columnas de á dos mil hombres, quedando una más de reserva, y procurando llamar á otros puntos la atencion de los gerundenses amagando diferentes ataques.

Sereno y decidido como siempre, dictó Alvarez sus disposiciones para rechazar á los imperiales, y al toque de generala, al lúgubre tañido de las campanas, que tocaban á somaten, cuantos hombres útiles encerraba Gerona se presentaron en los puestos que tenian señalados, decididos á escarmentar á los invasores y á secundar los nobles esfuerzos de su valiente gobernador. Ni la vejez, ni la debilidad del sexo impidieron que ancianos, mujeres y aun niños corriesen á las murallas para ayudar en lo posible á los defensores.

Tres horas duró el horroroso batallar; las brechas estaban llenas de cadáveres, y el enemigo hubo de retirarse despues de perder casi dos mil de los suyos. Cayó en Santa Lucía

mortalmente herido su comandante el irlandés Marshall, quien dijo antes de espirar: «que moria contento por tal causa y por nacion tan brava.»

Lo rudo del descalabro escarmentó al general enemigo, quien desde entonces convirtió el sitio en el más estrecho bloqueo, sin que la llegada del mariscal Augereau, sucesor de Saint-Cyr en el mando de Cataluña, alterase el anterior propósito, aunque trajo al campo cuantiosos refuerzos.

Desde entonces fueron inútiles cuantas tentativas se hicieron para socorrer la plaza, y el hambre y las enfermedades se cebaron en aquellos valientes, que ni aun tenian el consuelo de morir combatiendo á un enemigo que habia resuelto fiar su triunfo al bombardeo y á aquellos indignos auxiliares. Escaseaban ya las carnes de caballo, de jumento y de mulo, que eran las únicas que habia en la ciudad; se pagaban cinco reales por un raton y treinta por un gato; faltaban hasta las medicinas en los hospitales, y Gerona estaba convertida en un vasto cementerio. Ni aun con eso se postraba el levantado ánimo de su gobernador. A una persona que en su presencia se atrevió á hablar de capitulacion, la interrumpió diciendo: «¿Cómo, Vd. solo es aquí »cobarde? Cuando ya no haya víveres nos comeremos á »usted y á los de su ralea, y despues resolveré lo que más »convenga.»

Impaciente el mariscal Augereau por lo mucho que se retrasaba la rendicion de la plaza, al principiar Diciembre emprendió de nuevo los ataques, ocupando el arrabal del Cármen, el reducto de la ciudad y las casas de Gironella.

Con esto, con haber establecido nuevas baterías, que unidas á las antiguas abrieron en la muralla siete anchurosas brechas; con estar ya reducida la guarnicion á 1.100 hombres útiles, con quedar tan solo para alimento un poco

de trigo sin molinos para molerlo, y con recrudecerse cada dia la epidemia, era ya de todo punto imposible el prolongar más la resistencia. Cayó al fin postrado con una fiebre nerviosa el imperturbable Alvarez, y tuvo que hacer entrega del mando á D. Julian Bolívar.

Este, de acuerdo con la Junta del corregimiento y con el dictámen de un consejo de guerra, resolvió someterse á la dura ley de la necesidad, y envió al campo enemigo á don Blas Fournas, que alcanzó del mariscal Augereau una honrosa capitulacion. Rindióse Gerona el 11 de Diciembre, á los siete meses de sitio, cuando estaba ya reducida á un monton de escombros, habiendo llovido sobre ella 60.000 balas de cañon y más de 20.000 bombas y granadas. Perecieron durante el sitio cuatro mil habitantes y cerca de seis mil de los defensores.

Indigna fué la conducta de Augereau con el heróico Alvarez. Apenas algun tanto restablecido, le hizo conducir á Francia, y trasladándole luego al castillo de Figueras, le encerró en un oscuro calabozo, donde al dia siguiente al de su llegada apareció cadáver y con señales de haber sido violenta su muerte.

CAMPAÑA DE ÁFRICA.

Vamos á ocuparnos de un glorioso episodio de nuestra historia moderna. La memoria se recrea al recordar aquellos dias tan felices, en que dando tregua á las miserables luchas de partido, todos los españoles nos agrupábamos bajo una sola bandera, mirándonos unos á otros como hermanos y no con la recelosa desconfianza de encarnizados contrarios; aquellos dias en que si derramaban su sangre nuestros valientes soldados era para vengar la honra de la pátria, hollando un suelo extranjero y combatiendo á los que una guerra de más de siete siglos nos habia enseñado á considerar como naturales é irreconciliables contrarios. ¡Dias ciertamente imposibles de olvidar para los que hemos presenciado el mágico entusiasmo que, naciendo espontáneo en lo íntimo de los corazones, brillaba en las miradas y se exhalaba de los labios, trémulos de fervor patriótico, al correr al encuentro de los cañones conquistados en la batalla de Tetuan, ó al precipitarnos en confuso tropel para saludar á los que regresaban victoriosos, dejando humillada la soberbia del audaz marroquí!

Como recuerdo de otras épocas más gloriosas para España, conservamos todavía sobre la costa africana algunas plazas, de las que es la principal la de Ceuta, que viniendo á nuestro poder en 1580 con todas las demás provincias y colonias del floreciente reino lusitano, quedó por nuestra

en 1668 cuando por el tratado de Lisboa reconoció el gabinete de Madrid la independencia del Portugal.

Grandes esfuerzos han hecho los moros desde entonces para arrancarla á nuestro dominio, siendo célebre por su duracion el sitio que la pusieron en 1694 y duró hasta 1727, en que se vieron obligados á levantarlo. Sin embargo, los emperadores marroquíes habian reconocido nuestro derecho por diferentes tratados, y eran responsables de las agresiones que pudieran cometer las bárbaras tríbus fronterizas.

En 1859, á consecuencia de haber dispuesto el gobierno que se reparasen convenientemente nuestras plazas de guerra, los ingenieros de Ceuta empezaron á levantar un cuerpo de guardia en el sitio llamado *Ataque de Santa Clara*, con el objeto de impedir las deserciones de los presidiarios. En la noche del 10 de Agosto traspasaron los moros la línea fronteriza y derribaron las obras comenzadas, destrozando tambien la garita en que se acostumbraba colocar durante el dia un centinela de la compañía de Lanzas.

Hechas las oportunas reclamaciones al alcaide moro, jefe de la línea, este las satisfizo levantando por sí mismo la garita y conviniendo en que continuasen las obras; pero los moros volvieron á destruirlas en la noche del 21, y no contentos con esto, derribaron los pilares que marcaban la línea divisoria y echaron por tierra el escudo con las armas de España que se ostentaba sobre uno de ellos.

En vano se pidieron á los infieles las debidas explicaciones; lejos de dar ninguna, volvieron á repetir sus insultos; el 24 los moros del vecino pueblo de Anghera empezaron á hostilizar la plaza formalmente y el 26 apareció ardiendo la garita del centinela de caballería.

El gobierno español, preparándose para lo que pudiera ocurrir, dispuso reforzar la guarnicion de Ceuta y reunir

en Algeciras un cuerpo de tropas. Al mismo tiempo hizo que nuestro cónsul en Tánger presentase al emperador las convenientes reclamaciones, que no produjeron ningun resultado favorable. En vista de esto, el 22 de Octubre se declaró la guerra al imperio marroquí en medio de las mayores muestras de entusiasmo, y el conde de Lucena, don Leopoldo O'Donnell, presidente del Consejo de Ministros, salió á colocarse al frente del brillante ejército que con la más pasmosa celeridad se habia dispuesto para pasar al África. Ya entonces habia corrido la sangre de nuestros bravos en diferentes combates, y en el que tuvo lugar el 13 de Setiembre, los cazadores de Madrid, guiados por su primer comandante el señor duque de Gor, escarmentaron duramente á los infieles.

Componíase el ejército expedicionario de tres cuerpos, que se reunieron: el primero en Algeciras, á las órdenes del mariscal de campo D. Rafael Echagüe; el segundo en el Puerto de Santa María, á las del teniente general D. Juan Zavala, y el tercero en Málaga, á las de D. Antonio Ros de Olano, de la misma graduacion que el anterior. D. Juan Prim, conde de Reus, se puso al frente de una division de reserva.

El 18 de Noviembre desembarcó en Ceuta el primer cuerpo, y el 19, cruzando la línea divisoria, arrojó á los moros de la posicion del Serrallo, donde estableció su campamento y emprendió la construccion de dos fuertes, denominados Isabel II y Francisco de Asís, el uno sobre el camino de Tánger y el otro frente al boquete de Anghera. Los moros de las kabilas vecinas á Ceuta, en número considerable, y reforzados por 2.000 de los llamados de rey, que son los que constituyen el nervio principal del ejército marroquí, atacaron furiosamente nuestros puestos los dias 22, 23, 24, 25 y 30 del antedicho mes.

Empeñados en el combate del 25 en apoderarse de nuestra artillería, llegaron hasta las bocas de los cañones sin que bastaran á detenerlos sesenta tiros de metralla, y allí empeñaron una lucha personal, teniendo los artilleros que defender sus piezas hasta con los mismos útiles de su oficio por no bastar los machetes, y los oficiales que hacer uso de sus espadas. En la accion del 30, dirigida ya por el general en jefe conde de Lucena, que habia desembarcado el 28, un grupo de cuatrocientos moros, acorralados en una estrecha garganta cuya única salida daba al mar, no queriendo rendirse, perecieron hasta el último, atravesados por las bayonetas de nuestros valientes ó precipitándose voluntariamente en las olas. Grandes fueron las pérdidas del enemigo, pero tambien las experimentamos nosotros muy sensibles.

El general en jefe dispuso construir otro reducto sobre el camino de Tetuan, que llevó el nombre del Príncipe don Alfonso, y al mismo tiempo se empezó á habilitar aquel camino para el paso del ejército, que debia emprender sus operaciones contra la referida plaza.

Tras de ocho dias de descanso, los moros renovaron las hostilidades el 9 de Diciembre, atacando con furor los reductos Isabel II y Francisco de Asís, y el 15 quisieron forzar nuestro centro dirigiéndose por la izquierda de aquel último y presentando en batalla quince mil hombres, de ellos los mil de caballería. Rechazados como siempre, les costó esta intentona no ménos de mil quinientas bajas.

La disposicion del terreno, cubierto de espesísimos bosques, favorecia singularmente las empresas del enemigo, que abrigado en el fondo de Sierra-Bullones podia hacer llegar los suyos á cubierto hasta el mismo pié de nuestros reductos. Era preciso derribar multitud de árboles seculares y despejar el suelo de los infinitos arbustos y de las en-

marañadas malezas que lo cubrian para privar á los infieles de tan preciada ventaja, y el sufrido soldado solo dejaba el fusil para empuñar el hacha ó para manejar el azadon y la pala. Ni aun descanso le permitia la desencadenada furia de los elementos. Lluvias torrenciales, cayendo con molesta constancia, no le dejaban enjugar sus vestidos, y habian convertido los campos en inmensas lagunas; vendavales furiosos arrancaban las tiendas y le exponian sin abrigo á las inclemencias de la estacion. Para colmo de desgracia, las enfermedades, siempre funesto cortejo de la guerra, invadieron los campamentos, y no tardó tampoco en visitarlos el terrible azote del cólera morbo asiático, que causaba diariamente multitud de víctimas. Nada alcanzaba, sin embargo, á postrar el ánimo de aquellos valerosos hijos de España, que tomando ejemplo de sus jefes, no ménos castigados por las epidemias y ofreciendo siempre sus pechos á las balas contrarias, tenian puesta toda su confianza en el ilustre caudillo, que, sereno en medio de los mayores peligros, vigilaba sin descanso por la seguridad del ejército y desplegaba el más exquisito celo por disminuir las privaciones y penalidades de la campaña.

Llegaba el momento en que nuestro ejército, desprendiéndose de la plaza de Ceuta, iba á avanzar en el interior del país, para hacer sentir á los marroquíes el paso de su venganza. Apoyada su espalda en aquella fuerte ciudad, cubierta ya entonces por los reductos de Isabel II, de don Francisco de Asis y del príncipe Alfonso, que coronaban su frente, y con los de España y Cisneros sobre el barranco de las Colmenas, el camino que á costa de infinitos trabajos estaban abriendo los ingenieros en direccion á Tetuan se prolongaba hácia el E, siempre á la vista de la costa, para que siguiendo la escuadra los movimientos del ejército pudiera abastecerle de todo lo necesario.

Diferentes combates se libraron todavía en los restantes dias de Diciembre, y el 29 nuestra escuadra, compuesta del navío de vela *Isabel II*, de las fragatas de hélice *Blanca* y *Princesa*, de la corbeta *Villa de Bilbao* y de los vapores *Vasco Nuñez*, *Isabel II*, *Santa Isabel*, *Colon*, *Vulcano* y *Leon*, cañoneó los fuertes que protegen la entrada de la ria de Tetuan hasta apagar sus fuegos y causarles considerables destrozos.

El dia 1.° de Enero de 1860, el ejército expedicionario emprendió decididamente su movimiento de avance, rompiendo la marcha sobre los Castillejos el general Prim con la division de reserva, dos escuadrones de húsares de la Princesa y dos baterías. Siguió detrás el general en jefe con el cuartel general, y cerraba la marcha el segundo cuerpo con su comandante D. Juan Zavala á la cabeza.

Comprendiendo los moros cuánto les importaba impedir que los nuestros descendieran al llano saliendo del ingrato terreno en que hasta entonces habian tenido que combatir, trataron de contenerlos amagando un ataque al reducto de Isabel II; pero el conde de Lucena no quiso suspender por eso el movimiento, comprendiendo la intencion de los enemigos, y no dudando que los obligaria á seguirle.

Así sucedió efectivamente. La division de reserva llegó hasta unas posiciones que dominan los Castillejos por la parte de la costa, hostilizándola los moros desde un cerro inmediato, sostenidos por los que en número considerable ocupaban la casa del Marabú. El general en jefe dispuso que el general Prim se apoderase de esta posicion, y que la brigada Serrano, del segundo cuerpo, con una batería de montaña, ocupase otra que flanqueaba el bosque en que se abrigaban los marroquíes. Ambas operaciones, apoyadas por el desembarco de algunas fuerzas de los buques, á cargo del capitan de fragata D. Miguel Lobo, tuvieron satisfactorio

éxito, y los dos escuadrones de húsares pudieron descender al valle, en el que se unieron con los valientes marinos.

Reconcentráronse los enemigos en una posicion que lo domina, reforzados con numerosos grupos que sin cesar iban desembocando por el boquete de Anghera, y fué preciso que el general Prim marchase á desalojarlos, como lo consiguió, con una impetuosísima carga dada á la cabeza de los batallones de Luchana, Vergara, Cuenca y Príncipe, apoyados por los ingenieros y por la artillería.

Entre tanto habian invadido el valle grandes fuerzas de infantería y caballería marroquíes, y los húsares, aunque tan pocos en número, se lanzaron á escape sobre ellas, acuchillándolas hasta entrar en su seguimiento en el campo enemigo, situado en el fondo del mismo valle entre escarpadas alturas. Allí el cabo Pedro Mur se apoderó de un estandarte marroquí matando al que lo llevaba, y otro cabo, de nombre Francisco Perez Navarro, que fué el primero en llegar á las tiendas, logró salvar la vida á su teniente, que habia caido herido, y librarlo de las manos contrarias. Los húsares, que arrastrados por su valor se habian lanzado á empresa tan temeraria sin estar apoyados, dejaron con pena el campamento enemigo, habiendo sufrido la pérdida de dos oficiales muertos y cinco heridos, entre estos sus dos comandantes, Aldama y Fuentepelayo, con la de no pocos de sus valientes soldados.

A las tres de la tarde, la llegada de grandes refuerzos permitió á los marroquíes el volver á tomar la ofensiva, empeñándose en recuperar sus posiciones; pero Prim se precipitó á su encuentro, y tras de una horrorosa lucha cuerpo á cuerpo, en que desempeñaban el principal papel las gumías y las bayonetas, los infieles se retiraron completamente derrotados, habiendo acudido en auxilio de Prim el ge-

neral Zavala con los batallones de Simancas, Leon, Saboya y Arapiles.

Tal fué la batalla de los Castillejos, en la que ocho mil de nuestros bisoños soldados escarmentaron tan duramente á más de veinte mil enemigos, mandados por el príncipe Muley el Abbás, hermano del emperador de Marruecos. Ascendió nuestra pérdida á unos quinientos hombres, y la del enemigo á dos mil.

En la mañana del 4 se pusieron en movimiento los cuerpos segundo, tercero y cuarto, ó de reserva; el primero habia quedado custodiando á Ceuta y los fuertes recien construidos. El ejército llegó sin novedad al valle Mnuel, y acampó aquella noche en las *alturas de la Condesa*, que le sirven de límite por el lado del Sur. Entre dichas alturas y el mar se prolonga un arrecife arenoso, que marchando en direccion al monte Negron, que se levanta á su frente, termina en la desembocadura del Nefso. Todo el valle del Mnuel está cubierto de lagunas pantanosas, en las que se pierde sin llegar al mar el riachuelo que da nombre á dicho valle.

El dia 6 el general García, que por enfermedad de Zavala se habia hecho cargo del segundo cuerpo, se apoderó de unas posiciones situadas al pié del Negron, á cuyo amparo le fué posible al ejército atravesar sin obstáculo el peligrosísimo paso de las lagunas. Situado en monte Negron, fué sorprendido el 7 por un horrible temporal de lluvias y huracanes que obligó á la escuadra á refugiarse en los puertos de Ceuta y Algeciras, no sin sufrir la pérdida del vapor de guerra *Santa Isabel*, de la goleta de hélice *Santa Rosalía* y de muchas cañoneras y chalanas de desembarco. Tres dias seguidos duró sin interrupcion el desencadenamiento de los elementos. Nuestros valientes, sin tiendas en que abrigarse, pues las arrebataba la violencia del viento, su-

frian impávidos el incesante aguacero, sin lograr el menor reposo, y ya la prolongada ausencia de la escuadra inspiraba temores por la falta de víveres, siendo muy sensible la de forrajes para la caballería. En esta situacion, dispuso el conde de Lucena que el general Prim estuviese dispuesto para marchar á Ceuta con cuatro batallones y todos los caballos, mulos y acémilas en busca de los necesarios socorros, pero felizmente al amanecer del 10 empezó á mejorar el tiempo y nuestros vapores pudieron acercarse á la costa, aunque todavía con peligro.

No desperdiciaron los moros la angustiosa situacion del ejército para acometerle el dia 8, y con mucho mayor empeño el 10 y el 12, pero, como siempre, tuvieron que retirarse escarmentados.

En la noche del 13, los ingenieros y los marinos establecieron dos puentes sobre el rio Azmir, que baña la falda oriental del Negron, y el ejército, cruzando al opuesto valle, se lanzó al asalto de las cumbres de Cabo Negro, que señorean la extensa llanura regada por el Guad el Jelú, ó rio Martin, en que se asienta la famosa ciudad de Tetuan.

La division Orozco, primera del segundo cuerpo, puesto ya á las órdenes del general Prim, y que llevaba aquel dia la vanguardia, se apoderó de las primeras alturas de Cabo Negro, cruzó luego una profunda cañada rodeada de espesísimos montes, y empezó á trepar la opuesta pendiente arrollando á los infieles que la defendian. Apoyada por la segunda division, regida por el general D. Enrique O'Donnell, alcanzó á dominar unas crestas desde las que ya se descubria el valle de Tetuan, sobre el que flotaron las primeras las banderas del regimiento de Castilla y del batallon de cazadores de Simancas.

Comprendiendo el general en jefe que el enemigo defenderia con empeño sus posiciones de Cabo Negro, dispuso

que el tercer cuerpo avanzase á tomar parte en el combate. Una impetuosa carga arrojó á los marroquíes de la tercera y última línea que ocupaban en las crestas más elevadas, y nuestros soldados vieron huir á sus piés en todas direcciones á aquellos feroces enemigos, que corrian á abrigarse en las espesuras de Sierra Bermeja.

En aquel mismo dia quedó embarcada en Algeciras otra division, que, al mando del general D. Diego de los Rios, iba á reforzar el ejército de Africa, muy mermado por las balas y por las enfermedades. Como dicha division debia desembarcar en la playa de Cabo Negro al alcance de los fuegos de los fuertes situados en la desembocadura de la ria de Tetuan, la escuadra se adelantó para apagarlos; pero viendo que los moros no contestaban al primer cañonazo, echó á tierra cien hombres, que encontrando abandonada la torre, la escalaron por tener cerrada la puerta, y arbolaron en ella el pabellon español. El desembarco de la division Rios se verificó sin obstáculo en la mañana del 16, y el 17 se incorporó al ejército, que habia ya descendido de las alturas de Cabo Negro.

El conde de Lucena estableció su campamento apoyando la derecha en las estribaciones del Cabo, la espalda en el mar y fuertes de la ria, la izquierda en el Guad el Jelú, y cubrió su frente con el Alcántara, que bajando de Sierra Bermeja, desagua en aquel junto al vasto edificio de la Aduana, que fortificaron convenientemente nuestros ingenieros. Algo más avanzado, á la derecha de la Aduana, se construyó otro fuerte en forma de estrella, tambien á la márgen izquierda del Alcántara. La derecha de este riachuelo está cubierta de lagunas en una grande extension.

El 23 numerosas fuerzas marroquíes amagaron un ataque para impedir las obras del fuerte, y el general en jefe dispuso que salieran á su encuentro las tropas de la division

Rios y que el tercer cuerpo estuviese dispuesto á apoyarlas. Un batallon del regimiento de Cantábria, que entraba por primera vez en fuego, arrastrado por su valor, se lanzó temerariamente hácia adelante, encontrándose solo al otro lado de las lagunas rodeado por multitud de enemigos, que se precipitaron sobre él como sobre presa segura. Pero nuestros valientes, sin perder su serenidad, forman el cuadro, esperan impávidos el ataque de la caballería mora, y dejándola acercar á doce pasos de distancia, la reciben con un fuego tan terrible que la hacen retroceder en dispersion.

El general en jefe se adelantó con algunas tropas á socorrer á Cantábria, cruzando sin temor las cenagosas y profundas lagunas. Una carga brillante de nuestra caballería, mandada por el general Galiano, obligó á huir á la contraria, y la llegada del tercer cuerpo acabó de asegurar la victoria. El soldado del regimiento de lanceros de Farnesio Francisco Castillo, digno émulo del cabo Mur, se apoderó aquel dia de una bandera, dando muerte al que la llevaba y á otro moro que quiso rescatarla.

El 29 llegó al campamento marroquí el príncipe Sidi-Ahmed, hermano del emperador, conduciendo un numeroso refuerzo de tropas regulares, con lo que envalentonados los enemigos probaron otra vez fortuna el 31, empeñándose en romper nuestra línea. Pero lejos de realizar sus intentos, se vió forzado á retirarse á su campo perseguido por las bayonetas de nuestros bravos y terriblemente diezmado por la artillería. Tambien nuestros ginetes se cubrieron de gloria ahuyentando á tres mil caballos que les esperaban en la llanura.

Asegurada la base de las nuevas operaciones, reunida gran cantidad de víveres y preparado el tren de batir, dispuso el general en jefe dirigirse contra Tetuan, derrotando primero al ejército moro que la protegia. Hallábase este

distribuido en dos campamentos, el uno delante de la ciudad y á las órdenes del príncipe Sidi-Ahmed, el otro á la izquierda del anterior, situado al rededor de la torre de Geleli, en las faldas de Sierra Bermeja, y obedeciendo á Muley el Abbas. Ambos, pero especialmente el segundo, estaban bien fortificados, con trincheras protegidas por artillería, encerrando de treinta y cinco á cuarenta mil combatientes. El terreno que se extendia entre aquellos campamentos y el español se hallaba sembrado de pantanosas lagunas.

Dictadas de antemano las necesarias disposiciones, nuestro ejército se puso en movimiento al amanecer el 4 de Febrero, y cruzando por cuatro puentes echados la noche antes por los ingenieros sobre el Alcántara, quedó formado en la llanura. Componia la derecha el segundo cuerpo, mandado por el general Prim, llevando las dos brigadas de su primera division formadas por batallones en escalones, á retaguardia la segunda division en columnas cerradas, y en el centro dos baterías de montaña y otras dos del regimiento montado. El tercer cuerpo, guiado por el general Ros de Olano, y en el mismo órden de formacion que el segundo, componia el ala izquierda de la línea de batalla. Entre uno y otro cuerpo marchaban las cuatro baterías del regimiento de artillería de reserva, precedidas del regimiento de ingenieros, y detrás la division de caballería, ordenada en dos líneas.

La division de reserva, á las órdenes del general Rios, se situó con dos baterías frente á la extrema izquierda del campamento alto de Muley el Abbas para entretener en aquel punto una parte de las fuerzas contrarias. El total de las nuestras que tomaron parte en la batalla ascenderia á unos veinte mil hombres con sesenta piezas de artillería.

El ejército, sin que descompusiesen su formacion las lagunas que tenia que cruzar, avanzó en buen órden hasta llegar á distancia de mil setecientos metros de las trincheras enemigas, sufriendo ya el fuego de sus cañones. A aquella distancia avanzaron las cuatro baterías de reserva y empezaron á jugar con viveza, apoyándolas en breve las de los regimientos montado y de montaña, que apoyadas por sus respectivos cuerpos de ejército fueron ganando terreno hasta situarse á seiscientos metros de ambos campamentos. Algunas fuerzas marroquíes, que amenazaron el ala izquierda de nuestra línea, fueron fácilmente arrojadas contra los muros de Tetuan.

Fiado el general en jefe en el valor de las tropas, dió la órden para tomar por asalto los campamentos, y nuestros heróicos soldados, que habian sufrido hasta entonces á pecho descubierto el fuego de la artillería y de las espingardas, se lanzaron sobre los parapetos con la rapidez y energía que les eran características. Media hora duró aquel trance decisivo de la batalla; los moros defendieron sus posiciones con encarnizamiento, oponiendo á las bayonetas sus terribles gumías; pero nada bastó á detener á aquellos bravos españoles, que salvando toda clase de obstáculos, tremolaron sus banderas sobre los conquistados atrincheramientos. El general Prim saltó por la tronera de uno de los cañones, dando muerte al artillero que iba á prenderle fuego.

La batalla estaba ganada, y los moros huian en todas direcciones; pero todavía se conservaban algunas fuerzas enemigas en la torre de Geleli y alturas inmediatas, siendo preciso que el general D. Enrique O'Donnell marchase á desalojarlas al frente de la division de su mando.

Los trofeos de tan gloriosa victoria consistieron en dos banderas, ocho cañones, infinidad de efectos y de municiones, multitud de camellos y ochocientas tiendas de

campaña, cada una para veinticinco hombres, contándose en aquel número la del príncipe Muley el Abbas. Las bajas del enemigo fueron numerosísimas; las nuestras sesenta y siete muertos, setecientos sesenta y dos heridos y doscientos setenta y nueve contusos.

El ejército vencido solo entró en Tetuan para saquearla, abandonándola sin ensayar la menor defensa, aunque la tenian bien fortificada; de suerte que el dia 6 los muros de la plaza y los de la alcazaba tremolaban el pabellon español.

Tantos descalabros abatieron el ánimo de los marroquíes, y Muley el Abbas envió comisionados que propusiesen en su nombre la paz; pero no fué posible llegar á un acuerdo y volvieron á renovarse las hostilidades.

El general Echagüe, con ocho batallones, la caballería, algunas compañías de ingenieros y tres baterías, todo perteneciente al primer cuerpo, fueron por tierra desde Ceuta á reforzar el ejército, al que tambien se incorporaron los tercios vascongados. Los marroquíes se fortalecieron con la llegada de buen número de tropas regladas y de multitud de moros de las kabilas.

El 10 de Marzo se adelantaron algunos batallones para proteger el pueblecillo de Samsa, cuyos habitantes eran vejados diariamente por las avanzadas de los marroquíes, y empeñaron con estos una escaramuza, precursora del combate formal que tuvo lugar en el siguiente dia 11, con el mismo éxito que todos los anteriores.

De nuevo quisieron reanudar los moros los tratos para la paz, pero el general O'Donnell manifestó que no por eso detendria las operaciones, y en efecto, en la mañana del 23 se puso en marcha el ejército con direccion á Tánger, siguiendo el camino que por las orillas del Jelú y puente de Buceja conduce á las formidables posiciones del Fondak,

intermedias entre Tetuan y Tánger. En ellas creia el conde de Lucena que le esperaria el ejército marroquí, pero apenas hubo el nuestro andado poco más de una legua, cuando sus guerrillas tuvieron que romper el fuego contra los numerosos grupos de moros que se iban presentando á su paso.

Pronto estuvieron empeñados en el combate los ocho batallones del primer cuerpo. Al trepar á la cima de una altura, los cazadores de Cataluña se encontraron con que los moros la escalaban por el contrario, y solo un rudo ataque á la bayoneta les dejó dueños de la posicion.

El segundo cuerpo llegó pronto á compartir los peligros del primero. Adelantóse bizarramente el batallon de voluntarios catalanes para apoyar al segundo batallon de Granada, despues de lo cual el bizarro general Prim, forzando el paso del puente de Buceja, desembocó en la opuesta llanura, y en pocos momentos obligó á los moros á despejarla á favor de su bien servida artillería.

Entre tanto, el general Rios, encargado con cinco batallones de la reserva y con los tres vascongados de flanquear la marcha del ejército por los montes de Samsa, tropezó con numerosas fuerzas enemigas, que por este camino se dirigian á colocarse á nuestra retaguardia. Empeñado el combate, los marroquíes fueron precipitados hácia el valle de Vad-Rás; pero rehaciéndose con la llegada de continuos refuerzos, volvieron á la carga repetidas veces, y ya que no podian romper el frente de la division, procuraban á lo menos el envolver su izquierda. De todo hubieron de desistir, abandonando sus posiciones y huyendo ante las bayonetas de nuestros incomparables soldados.

El tercer cuerpo, que marchaba detrás del bagaje, lo rebasó para correr al sitio de la batalla, y los moros, valiéndose de esta circunstancia, se lanzaron sobre aquel para sa-

quearlo; pero lo defendió su pequeña escolta auxiliada por los bagajeros, dando lugar á que llegasen los batallones de la reserva, que cerraban la retaguardia.

Seis horas hacia que estaban combatiendo ambos ejércitos, y aunque habiamos conseguido importantes ventajas, todavía no eran estas bastante decisivas. Conociendo el general Prim el interés de unas posiciones que tenia á su frente, las ocupó con propósito de sostenerse en ellas hasta el ataque general que iba á ordenarse; pero los marroquíes las atacaron con furor, y no se consiguió el rechazarlos sin que por algunos momentos hiciesen perder terreno á nuestros soldados.

Las atinadas disposiciones del general en jefe, reforzando nuestra izquierda con tropas del tercer cuerpo, amagando cortar la línea de retirada del enemigo, y lanzándose al mismo tiempo sobre su frente en la direccion que conduce al Fondak, acabaron de decidir la batalla, y los moros, abandonando precipitadamente todas sus posiciones, se retiraron en el mayor desórden.

Esta batalla, que tomó el nombre de Vad-Rás del valle en que terminó, costó al enemigo inmensas pérdidas. Las nuestras ascendieron á ciento treinta y siete muertos, novecientos heridos y doscientos contusos, siendo verdaderamente admirable el valor y constancia con que nuestros soldados pelearon contra doble número de contrarios, á pesar del peso enorme que llevaban encima con la mochila, tienda, manta, raciones para seis dias y setenta cartuchos por plaza, á lo que se agregaba el terrible calor de aquel dia.

La derrota del 23 de Marzo acabó de postrar á los marroquíes, y así, cuando al dia siguiente se preparaba nuestro ejército á continuar su marcha sobre Tánger, se presentó al general en jefe un enviado de Muley el Abbas so-

licitando una conferencia. Esta se celebró el 25, y en ella quedó convenido un armisticio y acordadas las siguientes bases para la paz definitiva, que se firmó en Tetuan el 26 del siguiente mes de Abril: 1.ª, el ensanche del territorio de Ceuta, al que se agregó todo el comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra Bullones hasta el barranco de Anghera; 2.ª, la cesion, tambien á perpetuidad, en Santa Cruz la Pequeña, en la costa del Océano, del territorio necesario para un establecimiento de pesquería como el que ya habia tenido España anteriormente, 3.ª, garantías respecto á la seguridad de las plazas de Melilla, el Peñon y Alhucemas, extendiéndose los límites de la primera; 4.ª, indemnizacion á España por gastos de la guerra, fijada en cuatrocientos millones de reales; 5.ª, la ciudad de Tetuan y todo su bajalato quedarian en poder de España hasta el completo pago de dicha indemnizacion; 6.ª, celebracion de un tratado de comercio, en virtud del cual España gozaria siempre de las mismas ventajas que la nacion más favorecida; 7.ª, residencia en Fez ó en el punto más conveniente para España de su representante en Marruecos; 8.ª, establecimiento en Fez de otra casa de misioneros igual á la de Tánger; 9.ª, nombramiento de plenipotenciarios para extender las capitulaciones definitivas de paz sobre las bases ya aceptadas.

La noticia de estar firmada una paz tan gloriosa, justo fruto de una heróica campaña, colmó de júbilo á todos los españoles; y al regresar al suelo pátrio los valientes que á tanta altura habian sabido colocar su bandera, fueron recibidos con las mayores muestras de entusiasmo en todas las poblaciones. Si ellos habian prodigado su sangre por la pátria, esta les correspondia con su gratitud, y ningun medio omitió de demostrársela; si sus conciudadanos no compartieron con ellos los riesgos y las penalidades de

la campaña, auxiliáronles con toda clase de recursos, y el poderoso con los que le permitia su riqueza, y el mendigo con su mezquino óbolo, todos procuraron remediar sus necesidades y hacer menos sensibles los funestos efectos de la guerra socorriendo generosamente á los heridos, á los inutilizados en la campaña, y á las familias de los que en ella rindieron á la pátria el tributo de sus preciosas vidas.

España asombró al mundo manifestando de lo que son capaces sus hijos cuando, desentendiéndose de miserables rencillas de partido, se dejan arrastrar por sus naturales sentimientos patrióticos. El levantar en brevísimo tiempo un ejército de cincuenta mil hombres provistos abundantemente de todo lo necesario, probaba la riqueza de sus recursos; el llevarlo á arrostrar en tierras extrañas las balas, las epidemias y el rigor de los elementos, su noble empeño de lavar á todo trance el insulto inferido á su limpia bandera; el hacerle desfilar por delante de los cañones de la escuadra que la celosa Inglaterra habia atravesado en su camino en son de amenaza, un fiero arranque de independencia y su resolucion de no retroceder por nada ni por nadie en la senda que en tales casos marca á las naciones el sentimiento de su dignidad.

El recuerdo de la guerra de Africa vivirá eternamente en la historia, y para ayudar á perpetuarlo, la reina doña Isabel II creó el ducado de Tetuan á favor del excelentísimo Sr. D. Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena, y agració con los marquesados de los Castillejos, de Sierra Bullones y de Guad-el-Jelú á los generales Prim, Zavala y Ros de Olano.

COMBATE DEL CALLAO.

No se han extinguido todavía, por desgracia, los ódios que engendró contra España el movimiento insurreccional de sus colonias americanas, y hay aún en aquellas repúblicas quienes creen que su antigua metrópoli alimenta el propósito de aprovechar una ocasion favorable para reivindicar derechos á que solemnemente ha renunciado, y para restablecer una dominacion que, lejos de proporcionarla ventajas, seria para ella causa de perpétua ruina y de constantes perturbaciones.

Ese error tan funesto es el que mantiene vivos los añejos rencores, dando ocasion á que los mismos que debieran amarnos como hermanos nos miren con enemiga y recelosa ojeriza.

De ahí que surjan con lamentable frecuencia conflictos que dificultan el mantenimiento de amistosas relaciones entre los dos paises; de ahí el que, como sucedió en 1866, lleguemos á dar al mundo el espectáculo de una lucha tanto más odiosa cuanto que es fratricida.

Venian sufriendo nuestros compatriotas de mucho tiempo atrás toda clase de insultos y de tropelías en los territorios de las repúblicas de Chile y del Perú, llegando á tomar el asunto tales proporciones, que hicieron precisa la intervencion diplomática. Por desgracia aquellos gobiernos se mostraron sordos á las justas reclamaciones del nuestro, y negándonos una razonable reparacion, hicieron preciso el apelar al doloroso extremo de la guerra..

Una escuadra, compuesta de la fragata acorazada la *Numancia*, de las de madera *Villa de Madrid*, *Almansa*, *Resolucion*, *Blanca* y *Berenguela* y de la goleta *Vencedora*, fué la encargada de vengar los ultrajes inferidos á nuestros compatriotas, yendo á cargo del general Pareja, por cuya repentina y dolorosa falta pasó más adelante al del distinguidísimo y bravo brigadier de la armada D. Casto Mendez Nuñez: A la ocupacion de las islas Chinchas, célebres por sus inmensos depósitos de guano, y que eran fuente de cuantiosa riqueza para el gobierno limeño, siguió el sensible pero necesario bombardeo de Valparaiso, que tales son las exigencias y aun las bárbaras necesidades de la guerra; y tras de este castigo impuesto á los chilenos, la escuadra española se dirigió á las aguas del Callao para hacer sentir tambien á los peruanos el peso de su venganza, por más que resguardasen aquella plaza baterías formidables armadas con artillería de los más monstruosos calibres, y que estaban defendidas con potentes blindajes.

Dista el Callao de Lima unas dos leguas, siendo su puerto de comercio, y el primer arsenal de la república. Al Norte y Sur de la poblacion guardan la costa dos torres blindadas y diferentes baterías, cuyas defensas estaban protegidas por noventa cañones, entre ellos bastantes giratorios, sistema Armstrong, de 300 libras, otros Blakely, de 500, y los demás de 68, 32 y 24. En el puerto, y al abrigo de estas fortificaciones, se encontraban los monitores peruanos *Loa* y *Victoria*, el vapor *Tumbes* y otros más pequeños, varios de estos torpedos; estando además sembradas aquellas aguas de boyas, boyarines, barriles y diferentes objetos preparados para servir de máquinas infernales.

Trascurrido el plazo concedido por el almirante español para que pudieran ponerse en seguridad los extranjeros y las personas pacíficas de la poblacion, nuestra escuadra de-

jó su fondeadero de la isla de San Lorenzo en la mañana del 2 de Mayo de 1866, y hecho el zafarrancho de combate, avanzó sobre el Callao distribuida en tres divisiones. La primera, formada por la *Numancia*, la *Resolucion* y la *Blanca*, se hallaba encargada de atacar la torre y baterías del Sur; contra las del Norte se dirigió la segunda, que estaba compuesta de la *Villa de Madrid* y de la *Berenguela*; y la *Almansa*, con la goleta *Vencedora*, que constituian la tercera division, debian batir la escuadra enemiga y llevar á cabo el bombardeo de la plaza. Todos nuestros buques marcharon decididamente á sus puestos, adelantándose cuanto les permitia su calado, y aun la *Numancia* se vió obligada á retroceder algun tanto, porque su hélice removia mucho fango y funcionaba con dificultad.

A las once y cincuenta y cinco minutos de la mañana del 2 de Mayo de 1866 aquella fragata, sobre la que ondeaba la insignia de Mendez Nuñez, disparó el primer cañonazo contra la torre del Sur, é inmediatamente siguieron su ejemplo todos los demás buques, siendo contestados con nutridísimo fuego por la escuadra, torres y baterías peruanas.

Breves momentos despues la *Villa de Madrid* tenia que retirarse del combate con avería gruesa en la máquina, siendo remolcada por la *Vencedora*, que tan luego como la dejó fuera del alcance de los tiros contrarios, volvió á colocarse en su puesto.

Tambien la *Berenguela* se vió obligada á abandonar la línea de batalla, largando la señal de *buque se va á pique*. Era que un proyectil de monstruoso calibre habia atravesado de parte á parte su costado de estribor, saliendo por debajo de la línea de flotacion y abriendo un inmenso boquete de cuatro piés de altura por catorce de extension. Vióse con ello precisada á tumbar sobre babor todo lo más

posible para que fuese menor la cantidad de agua que embarcaba; y quiso todavía la desgracia de esta fragata que algunos minutos despues reventara dentro de su sollado una granada Armstrong de á 300, produciendo el incendio de una carbonera, el de muchas maletas de la gente y otros efectos, aventando hasta catorce tablones de la cubierta de la batería principal, y causando otras averías.

Apuradísima era la situacion en que se encontraba la *Berenguela*, que, además de su inminente peligro de irse á pique, tenia á bordo un incendio considerable; pero á todo hizo frente su bizarrísima tripulacion con el mismo valor y serenidad con que hasta entonces habia estado combatiendo á los enemigos, guiada por su bravo y entendido capitan D. Manuel de la Pezuela. El fuego fué apagado, y la fragata pudo llegar al fondeadero de San Lorenzo sin tener que admitir el auxilio de la corbeta de guerra inglesa *Shearwater*, que la fué generosamente ofrecido por su comandante Mr. Douglas. La tripulacion de este buque extranjero, al ver pasar en aquel estado á la *Berenguela*, de cuyo heroismo habia sido espectadora, la saludó con hurras entusiastas.

No causaron impunemente esos daños á nuestras dos fragatas la torre y baterías del Norte, pues aquella sufrió tales destrozos que se vió obligada á enmudecer por completo, y las segundas vieron tambien apagados los fuegos de la mayor parte de sus cañones.

Los fuertes del Sur eran vivamente batidos por la *Numancia*, la *Resolucion* y la *Blanca*, que dirigian con más empeño sus tiros á la batería de Santa Rosa, que era la más formidable. Una de las granadas de estos buques penetró en la torre blindada, produciendo una explosion qu hizo volar toda su parte superior, destrozó á gran númer de los defensores, é inutilizó los dos cañones de á 50

jó su fondeadero de la isla de San Lorenzo en la mañana del 2 de Mayo de 1866, y hecho el zafarrancho de combate, avanzó sobre el Callao distribuida en tres divisiones. La primera, formada por la *Numancia,* la *Resolucion* y la *Blanca*, se hallaba encargada de atacar la torre y baterías del Sur; contra las del Norte se dirigió la segunda, que estaba compuesta de la *Villa de Madrid* y de la *Berenguela*; y la *Almansa*, con la goleta *Vencedora*, que constituian la tercera division, debian batir la escuadra enemiga y llevar á cabo el bombardeo de la plaza. Todos nuestros buques marcharon decididamente á sus puestos, adelantándose cuanto les permitia su calado, y aun la *Numancia* se vió obligada á retroceder algun tanto, porque su hélice removia mucho fango y funcionaba con dificultad.

A las once y cincuenta y cinco minutos de la mañana del 2 de Mayo de 1866 aquella fragata, sobre la que ondeaba la insignia de Mendez Nuñez, disparó el primer cañonazo contra la torre del Sur, é inmediatamente siguieron su ejemplo todos los demás buques, siendo contestados con nutridísimo fuego por la escuadra, torres y baterías peruanas.

Breves momentos despues la *Villa de Madrid* tenia que retirarse del combate con avería gruesa en la máquina, siendo remolcada por la *Vencedora*, que tan luego como la dejó fuera del alcance de los tiros contrarios, volvió á colocarse en su puesto.

Tambien la *Berenguela* se vió obligada á abandonar la línea de batalla, largando la señal de *buque se va á pique.* Era que un proyectil de monstruoso calibre habia atravesado de parte á parte su costado de estribor, saliendo por debajo de la línea de flotacion y abriendo un inmenso boquete de cuatro piés de altura por catorce de extension. Vióse con ello precisada á tumbar sobre babor todo lo más

posible para que fuese menor la cantidad de agua que embarcaba; y quiso todavía la desgracia de esta fragata que algunos minutos despues reventara dentro de su sollado una granada Armstrong de á 300, produciendo el incendio de una carbonera, el de muchas maletas de la gente y otros efectos, aventando hasta catorce tablones de la cubierta de la batería principal, y causando otras averías.

Apuradísima era la situacion en que se encontraba la *Berenguela*, que, además de su inminente peligro de irse á pique, tenia á bordo un incendio considerable; pero á todo hizo frente su bizarrísima tripulacion con el mismo valor y serenidad con que hasta entonces habia estado combatiendo á los enemigos, guiada por su bravo y entendido capitan D. Manuel de la Pezuela. El fuego fué apagado, y la fragata pudo llegar al fondeadero de San Lorenzo sin tener que admitir el auxilio de la corbeta de guerra inglesa *Shearwater*, que la fué generosamente ofrecido por su comandante Mr. Douglas. La tripulacion de este buque extranjero, al ver pasar en aquel estado á la *Berenguela*, de cuyo heroismo habia sido espectadora, la saludó con hurras entusiastas.

No causaron impunemente esos daños á nuestras dos fragatas la torre y baterías del Norte, pues aquella sufrió tales destrozos que se vió obligada á enmudecer por completo, y las segundas vieron tambien apagados los fuegos de la mayor parte de sus cañones.

Los fuertes del Sur eran vivamente batidos por la *Numancia*, la *Resolucion* y la *Blanca*, que dirigian con más empeño sus tiros á la batería de Santa Rosa, que era la más formidable. Una de las granadas de estos buques penetró en la torre blindada, produciendo una explosion q hizo volar toda su parte superior, destrozó á gran núme de los defensores, é inutilizó los dos cañones de á 5

jó su fondeadero de la isla de San Lorenzo en la mañana del 2 de Mayo de 1866, y hecho el zafarrancho de combate, avanzó sobre el Callao distribuida en tres divisiones. La primera, formada por la *Numancia*, la *Resolucion* y la *Blanca*, se hallaba encargada de atacar la torre y baterías del Sur; contra las del Norte se dirigió la segunda, que estaba compuesta de la *Villa de Madrid* y de la *Berenguela*; y la *Almansa*, con la goleta *Vencedora*, que constituian la tercera division, debian batir la escuadra enemiga y llevar á cabo el bombardeo de la plaza. Todos nuestros buques marcharon decididamente á sus puestos, adelantándose cuanto les permitia su calado, y aun la *Numancia* se vió obligada á retroceder algun tanto, porque su hélice removia mucho fango y funcionaba con dificultad.

A las once y cincuenta y cinco minutos de la mañana del 2 de Mayo de 1866 aquella fragata, sobre la que ondeaba la insignia de Mendez Nuñez, disparó el primer cañonazo contra la torre del Sur, é inmediatamente siguieron su ejemplo todos los demás buques, siendo contestados con nutridísimo fuego por la escuadra, torres y baterías peruanas.

Breves momentos despues la *Villa de Madrid* tenia que retirarse del combate con avería gruesa en la máquina, siendo remolcada por la *Vencedora*, que tan luego como la dejó fuera del alcance de los tiros contrarios, volvió á colocarse en su puesto.

Tambien la *Berenguela* se vió obligada á abandonar la línea de batalla, largando la señal de *buque se va á pique*. Era que un proyectil de monstruoso calibre habia atravesado de parte á parte su costado de estribor, saliendo por debajo de la línea de flotacion y abriendo un inmenso boquete de cuatro piés de altura por catorce de extension. Vióse con ello precisada á tumbar sobre babor todo lo más

posible para que fuese menor la cantidad de agua que embarcaba; y quiso todavía la desgracia de esta fragata que algunos minutos despues reventara dentro de su sollado una granada Armstrong de á 300, produciendo el incendio de una carbonera, el de muchas maletas de la gente y otros efectos, aventando hasta catorce tablones de la cubierta de la batería principal, y causando otras averías.

Apuradísima era la situacion en que se encontraba la *Berenguela*, que, además de su inminente peligro de irse á pique, tenia á bordo un incendio considerable; pero á todo hizo frente su bizarrísima tripulacion con el mismo valor y serenidad con que hasta entonces habia estado combatiendo á los enemigos, guiada por su bravo y entendido capitan D. Manuel de la Pezuela. El fuego fué apagado, y la fragata pudo llegar al fondeadero de San Lorenzo sin tener que admitir el auxilio de la corbeta de guerra inglesa *Shearwater*, que la fué generosamente ofrecido por su comandante Mr. Douglas. La tripulacion de este buque extranjero, al ver pasar en aquel estado á la *Berenguela*, de cuyo heroismo habia sido espectadora, la saludó con hurras entusiastas.

No causaron impunemente esos daños á nuestras dos fragatas la torre y baterías del Norte, pues aquella sufrió tales destrozos que se vió obligada á enmudecer por completo, y las segundas vieron tambien apagados los fuegos de la mayor parte de sus cañones.

Los fuertes del Sur eran vivamente batidos por la *Numancia*, la *Resolucion* y la *Blanca*, que dirigian con más empeño sus tiros á la batería de Santa Rosa, que era la más formidable. Una de las granadas de estos buques penetró en la torre blindada, produciendo una explosion q hizo volar toda su parte superior, destrozó á gran núme de los defensores, é inutilizó los dos cañones de á 5

jó su fondeadero de la isla de San Lorenzo en la mañana del 2 de Mayo de 1866, y hecho el zafarrancho de combate, avanzó sobre el Callao distribuida en tres divisiones. La primera, formada por la *Numancia,* la *Resolucion* y la *Blanca*, se hallaba encargada de atacar la torre y baterías del Sur; contra las del Norte se dirigió la segunda, que estaba compuesta de la *Villa de Madrid* y de la *Berenguela*; y la *Almansa*, con la goleta *Vencedora*, que constituian la tercera division, debian batir la escuadra enemiga y llevar á cabo el bombardeo de la plaza. Todos nuestros buques marcharon decididamente á sus puestos, adelantándose cuanto les permitia su calado, y aun la *Numancia* se vió obligada á retroceder algun tanto, porque su hélice removia mucho fango y funcionaba con dificultad.

A las once y cincuenta y cinco minutos de la mañana del 2 de Mayo de 1866 aquella fragata, sobre la que ondeaba la insignia de Mendez Nuñez, disparó el primer cañonazo contra la torre del Sur, é inmediatamente siguieron su ejemplo todos los demás buques, siendo contestados con nutridísimo fuego por la escuadra, torres y baterías peruanas.

Breves momentos despues la *Villa de Madrid* tenia que retirarse del combate con avería gruesa en la máquina, siendo remolcada por la *Vencedora*, que tan luego como la dejó fuera del alcance de los tiros contrarios, volvió á colocarse en su puesto.

Tambien la *Berenguela* se vió obligada á abandonar la línea de batalla, largando la señal de *buque se va á pique.* Era que un proyectil de monstruoso calibre habia atravesado de parte á parte su costado de estribor, saliendo por debajo de la línea de flotacion y abriendo un inmenso boquete de cuatro piés de altura por catorce de extension. Vióse con ello precisada á tumbar sobre babor todo lo más

posible para que fuese menor la cantidad de agua que embarcaba; y quiso todavía la desgracia de esta fragata que algunos minutos despues reventara dentro de su sollado una granada Armstrong de á 300, produciendo el incendio de una carbonera, el de muchas maletas de la gente y otros efectos, aventando hasta catorce tablones de la cubierta de la batería principal, y causando otras averías.

Apuradísima era la situacion en que se encontraba la *Berenguela*, que, además de su inminente peligro de irse á pique, tenia á bordo un incendio considerable; pero á todo hizo frente su bizarrísima tripulacion con el mismo valor y serenidad con que hasta entonces habia estado combatiendo á los enemigos, guiada por su bravo y entendido capitan D. Manuel de la Pezuela. El fuego fué apagado, y la fragata pudo llegar al fondeadero de San Lorenzo sin tener que admitir el auxilio de la corbeta de guerra inglesa *Shearwater*, que la fué generosamente ofrecido por su comandante Mr. Douglas. La tripulacion de este buque extranjero, al ver pasar en aquel estado á la *Berenguela*, de cuyo heroismo habia sido espectadora, la saludó con hurras entusiastas.

No causaron impunemente esos daños á nuestras dos fragatas la torre y baterías del Norte, pues aquella sufrió tales destrozos que se vió obligada á enmudecer por completo, y las segundas vieron tambien apagados los fuegos de la mayor parte de sus cañones.

Los fuertes del Sur eran vivamente batidos por la *Numancia*, la *Resolucion* y la *Blanca*, que dirigian con más empeño sus tiros á la batería de Santa Rosa, que era la más formidable. Una de las granadas de estos buques penetró en la torre blindada, produciendo una explosion que hizo volar toda su parte superior, destrozó á gran número de los defensores, é inutilizó los dos cañones de á 500

que montaba. Pero casi al mismo tiempo un proyectil enemigo rompió la baranda del puente de la *Numancia*, causando los astillazos hasta ocho heridas al valeroso Mendez Nuñez, que aunque quiso permanecer en su puesto, cayendo en los brazos del comandante de la fragata don Juan Bautista Antequera, fué conducido al hospital de sangre despues de resignar el mando en el mayor general D. Miguel Lobo.

No bastó esta desgracia para que la fragata disminuyese sus fuegos, pues siguió combatiendo con creciente heroismo, y entre los muchos proyectiles que la alcanzaron, todavía una bala cónica de poderoso calibre, despues de rebotar en la mar, perforó su coraza junto á la línea de flotacion y fué á incrustarse en el macizo de teca, produciendo al buque un terrible sacudimiento.

Ayudaban eficazmente á la *Numancia* la *Resolucion* y la *Blanca*, mandadas por sus capitanes D. Cárlos Valcárcel y D. Juan Bautista Topete, los cuales, en su afan de aproximarse á las baterías enemigas, llegaron á colocarse á solo cuatro cables y medio de distancia, aunque rascando á veces el fondo con sus quillas y exponiéndose á nuevo é inminente peligro. El certero y nutrido fuego de estos tres buques, además de la voladura de la torre blindada, de la que fueron víctimas importantes jefes y entre ellos el ministro de la Guerra de la república peruana, redujo al silencio á casi todas las piezas que artillaban las baterías de aquella parte. Poco antes de las tres de la tarde, la *Blanca*, agotadas todas sus municiones, tuvo que abandonar el combate.

Con no ménos valor, con igual inteligencia y decision estaban desempeñando su cometido la *Almansa* y la *Vencedora*, encargadas, como hemos dicho, de hostilizar á los buques de guerra peruanos y del bombardeo de la poblacion.

La *Vencedora*, mandada por el teniente de navío D. Francisco Patero, despues de remolcar á la *Villa de Madrid* hasta dejarla fuera de peligro, volvió á ocupar su puesto de combate, desafiando con impavidez un peligro que era mayor para ella por su pequeñez, pues que uno solo de los enormes proyectiles Armstrong ó Blakely que la hubiese tocado la hubiera hecho volar en mil pedazos.

Solo nos resta hablar de la *Almansa*, cuyo comandante, D. Victoriano Sanchez Barcáiztegui, dió en aquella funcion tan singulares muestras de un valor y de una sangre fria verdaderamente asombrosos. Esta fragata aguantaba los fuegos de Santa Rosa, los de otra batería situada más al Norte de la anterior, el de un cañon Blakely de 500 emplazado en el arsenal, y el de los monitores *Loa* y *Victoria*, que la arrojaban balas de 80 y de 100 libras, contestando á todos sus enemigos con acierto y serenidad admirables, al mismo tiempo que hacia llover sus granadas sobre la poblacion.

El vapor *Tumbes*, que llevaba colgado de su bauprés un torpedo y habia manifestado intencion de atracarse á alguno de nuestros buques para hacerlo estallar en sus costados, pareció haberse decidido á probar fortuna dirigiendo su proa hácia las fragatas, pero los cañonazos de la *Almansa* le hicieron variar de propósito y volver á abrigarse al muelle, de donde no se movió en todo lo demás del combate. Tambien sufrió mucho el monitor *Victoria*, y fué echada á pique una gran fragata trasporte cargada de carbon.

A eso de las tres de la tarde una granada Armstrong de á 300 atravesó el costado de la *Almansa*, y penetrando en la batería despedazó á dos sirvientes, dejando ocho más fuera de combate; chocó contra un cañon, lanzándolo con su cureña contra el cabestrante, y al verificar su explosion hizo volar en pedazos á un jóven guardia marina é infla-

mó varios cartuchos de pólvora, lo que unido á una composicion incendiaria que contenia la granada, llenó de densísimo humo la batería, sollado y falso sollado, llegando el fuego hasta el antepañol de pólvora de proa, despues de quemar lastimosamente á cuatro hombres que conducian los cartuchos. Ni uno solo de aquellos valientes abandonó su puesto, limitándose, al verse inutilizados para el servicio, á decir con estóica serenidad: «*venga nuestro relevo*». Todavía causó el terrible proyectil otros muchos destrozos. Su culote le llevó la cabeza á un hombre; uno de los cascos alcanzó á un bodeguero, y el resto, despues de romper un bao, salió al agua por una porta destrozando el batiente de proa.

Peligrosísima era la situacion de la *Almansa* teniendo el fuego tan inmediato á la Santa Bárbara, y no es extraño que hubiera quien excitase al comandante á anegar inmediatamente el pañol; pero Sanchez Barcáiztegui se negó á dar la órden, diciendo: que *primero que mojar la pólvora en un dia de combate preferia que se volase su fragata.* ¡Estoicidad sublime, de que ofrece la historia pocos y muy encomiados ejemplos!

Por fortuna el fuego pudo ser extinguido, y la *Almansa* siguió jugando su artillería como si no ocurriera á su bordo nada de extraordinario.

Muchos otros proyectiles recibió en su casco esta fragata, y entre ellos uno sólido de quinientas libras, sistema Blakely, penetró por una porta matando al cargador y á un sirviente de aquel cañon, sé le llevó una pierna entera á un cabo de mar, y despues de causar muchos destrozos cayó al fin sobre cubierta. No estuvo ociosa por cierto la valiente tripulacion de este buque, pues que en las cinco horas que estuvo en fuego vomitó su artillería hasta dos mil ciento setenta balas y granadas de diferentes formas y calibres.

A las cuatro de la tarde solamente tres cañones de las baterías peruanas seguian contestando al fuego de nuestros buques, por lo que el mayor general dispuso que estos hiciesen algunos disparos á la poblacion, y á las cinco, empezando á caer la neblina y próxima ya la noche, mandó largar la señal de retirarse del combate, hizo que la gente de la *Numancia*, subida en las jarcias, diese tres vivas á la Reina, que fueron entusiastamente contestados por las otras tripulaciones, y la *Numancia*, la *Resolucion*, la *Almansa* y la *Vencedora* regresaron al fondeadero de San Lorenzo. En él las esperaban la *Villa de Madrid*, la *Blanca* y la *Berenguela*, reparando sus averías como se lo permitian los recursos que llevaban á bordo, pues que los bravos marinos que á cuatro mil leguas de su pátria se habian batido tan heróicamente en el Callao con buques de madera contra fortificaciones acorazadas y baterías guarnecidas de cañones de los mejores sistemas modernos, no tenian en toda aquella costa del Pacífico ni un solo puerto amigo á que acogerse.

Nuestras pérdidas consistieron en treinta y ocho muertos y ciento cincuenta heridos; en el número de los primeros se contaron dos guardias marinas; en el de los segundos el brigadier Mendez Nuñez, el comandante de la *Blanca*, un oficial y tres guardias marinas.

Quiso la Providencia conservar todavía á su pátria el bizarro marino que tan alta supo colocar su fama en aquella campaña, demostrando que sabia unir la prudencia del hombre de Estado á la voluntad enérgica y al sereno valor que deben distinguir al guerrero. Así que, segura estaba en sus manos la honra de nuestro pabellon, como supo demostrarlo cuando queriendo estorbar su accion, y aun manifestándose decidido á impedirla, el comodoro de una poderosa marina extranjera, bien representada en

aquellas aguas, no dudó responderle con severa entereza: *Estoy resuelto á cumplir mi deber sin que me lo impidan temores ni amenazas, que España quiere mejor tener honra sin barcos, que no barcos sin honra.* ¡Lástima grande que quien tan dignamente supo interpretar los hidalgos sentimientos de su nacion la fuese arrebatado por la muerte á los pocos años, cuando más que nunca la eran necesarios hombres de aquel temple y de tan nobles y levantados propósitos!

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
Prólogo	1
Ruina de Sagunto	3
Destruccion de Numancia	7
Teodomiro.—Sitio y salvacion de Auriola (Orihuela)	13
Covadonga.—Restauracion de la pátria	16
Batalla de Calatañazor	20
Batalla de las Navas de Tolosa	24
Reconquista de Córdoba	33
Sitio y rendicion de Sevilla	36
Guzman el Bueno	41
Batalla del Salado	43
Conquista de Granada	49
Descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colon	61
Primeras guerras de Nápoles	69
Conquista definitiva del reino de Nápoles por el Gran Capitan	74
Conquista de Orán	85
Sitio y batalla de Pavía	90
Sorpresa de Melzi	101
La quema de las naves por Hernan Cortés	104
La batalla de Otumba	110
Conquista del Perú	117
Expedicion de Túnez	127
La conquista de la Canela	136
Sitio y batalla de San Quintin	142

aquellas aguas, no dudó responderle con s
Estoy resuelto á cumplir mi deber sin que
temores ni amenazas, que España quiere me
sin barcos, que no barcos sin honra. ¡Lástin
quien tan dignamente supo interpretar los h
mientos de su nacion la fuese arrebatado po
los pocos años, cuando más que nunca la er
hombres de aquel temple y de tan nobles y le
pósitos!

FIN.

Batalla de Villaví- 180
. 185
. 191
. 195
. 205
. 208
. 215
rcito. 220
. 225
. 232
. 240
. 3
. 4
. 5
. 6
. 8
. 9
. 11
. 12
. 13
. 14
. 15
. 16
. . . . .